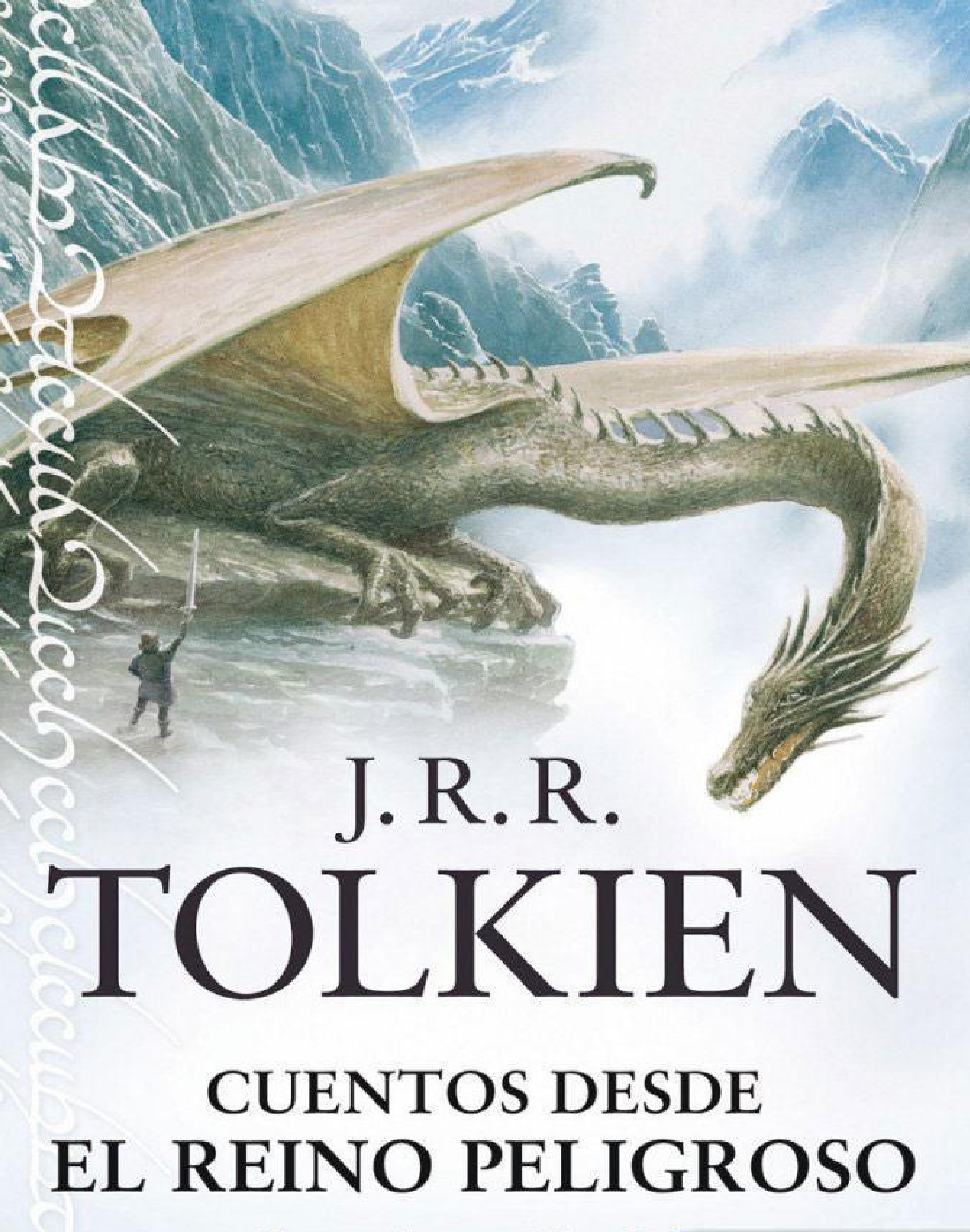


J. R. R.

TOLKIEN

CUENTOS DESDE EL REINO PELIGROSO

Ilustrado por Alan Lee

Cuentos desde el Reino Peligroso reúne en un único volumen cinco relatos de fantasía y aventuras escritos por J. R. R. Tolkien. Estos trabajos breves reafirman el lugar de Tolkien como contador de historias para lectores de todas las edades.

Esta colección está ilustrada por el reconocido artista Alan Lee, quien también aporta un epílogo. Además, incluye una introducción del experto en Tolkien, Tom Shippey y el ensayo "Sobre los cuentos de hadas", que ofrece una cautivadora mirada a la imaginación de J.R.R. Tolkien.

"*Roverandom*" es un perro de juguete que, encantado por un mago de la arena, se lanza a explorar el mundo y encuentra extrañas y fantásticas criaturas.

"*Egidio, el granjero de Ham*" tiene un aspecto poco heroico, pero, tras espantar de forma inesperada a un gigante corto de vista, es elegido para presentar batalla cuando el dragón Crisófilax llega al pueblo.

"*Las aventuras de Tom Bombadil*" tratan, en verso, las muchas aventuras que vive Tom con hobbits, princesas, enanos y trolls.

"*El herrero de Wootton Mayor*" viaja al País de las Hadas gracias a los mágicos ingredientes de la Gran Tarta de la Fiesta de los Niños Buenos.

"*Hoja de Niggle*" narra las extrañas aventuras del pintor Niggle, quien emprende la imposible tarea de pintar el árbol perfecto.

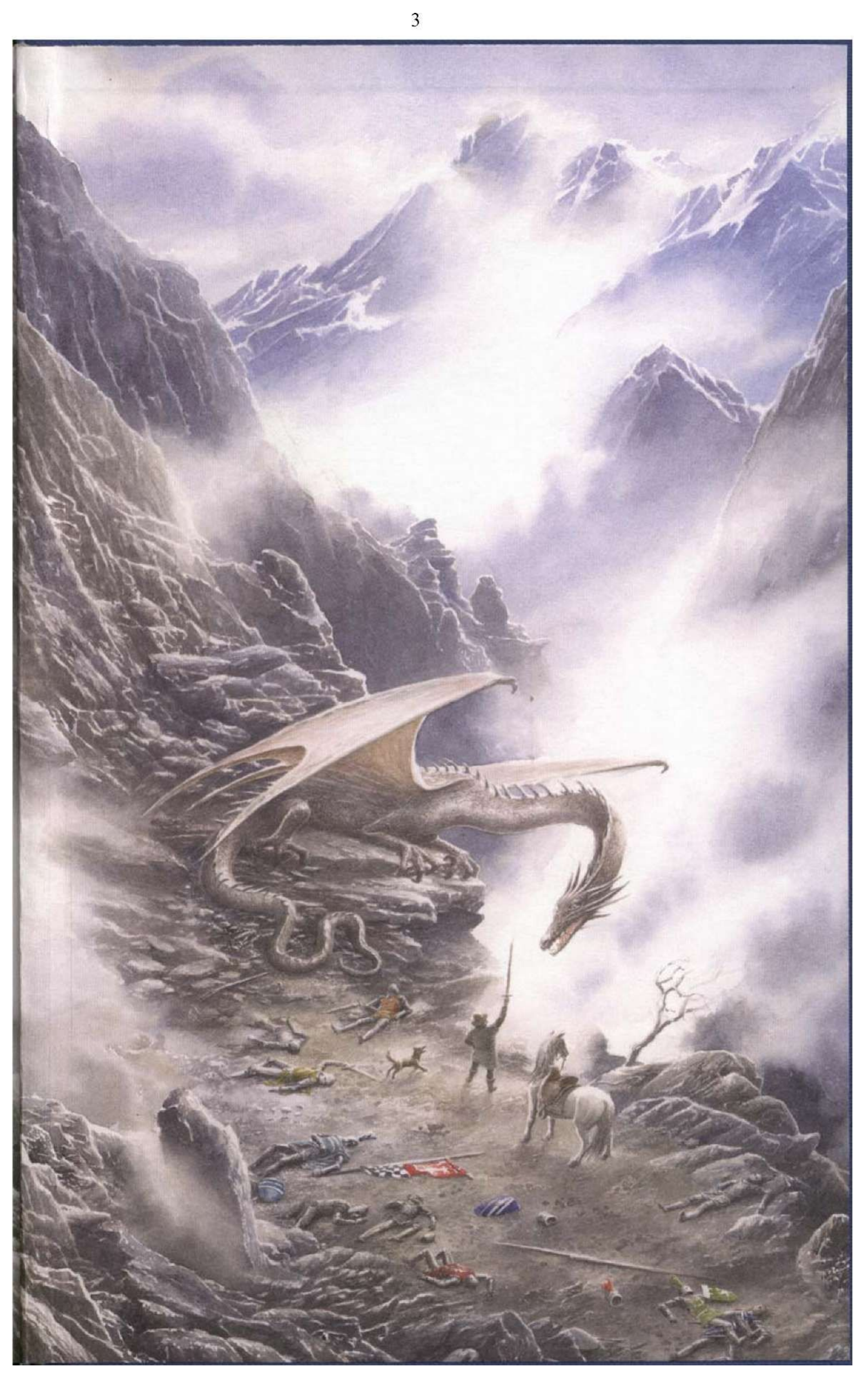
J.R.R. Tolkien

Cuentos desde el Reino Peligroso

Ilustrado por Alan Lee

ePUB v1.0

Volao 13.02.12



Introducción

No sabemos cuándo empezó Tolkien a dirigir sus pensamientos al Reino Peligroso del País de las Hadas. En su ensayo «Sobre los cuentos de hadas», que se hallará al final de este libro, admite que de niño no sentía ninguna inclinación por los relatos de ese tipo: sólo eran uno de muchos intereses. «El auténtico interés por la literatura fantástica», afirma, «me lo despertó la filología, ya en el umbral de los años mozos, y la guerra lo aceleró y desarrolló del todo». Parece ser una afirmación estrictamente cierta. La primera de sus obras en la que se advierte interés por las hadas, que nosotros sepamos, es un poema llamado «Wood-sunshine», escrito en 1910, cuando Tolkien tenía dieciocho años y todavía estudiaba en el King Edward's School en Birmingham. Para finales de 1915, el año en que se licenció en Oxford e inmediatamente se incorporó al ejército para luchar en la Gran Guerra, había escrito varios más, algunos de los cuales contenían elementos principales de lo que sería su mitología desarrollada del País de las Hadas. Para finales de 1917, año que pasó en su mayor parte en un hospital militar o esperando a ser declarado apto para reincorporarse al servicio, había escrito el primer borrador de historias que sesenta años después se publicarían en *El Silmarillion*; y gran parte de la Tierra Media, al igual que del Hogar de los Elfos, había cobrado forma en su mente.

Lo que ocurrió después es una larga historia, de la que ahora sabemos mucho más que antes, pero que de nuevo el propio Tolkien resumió de manera concisa y sugerente en el relato *Hoja de Niggle*. En general se acepta que contiene un fuerte elemento autodescriptivo, con Tolkien, el escritor —un «niggler»[1] declarado, tal como él decía— transmutado en Niggle, el pintor. Niggle, nos dice la historia, pintaba todo tipo de cuadros, pero uno en particular empezó a gustarle cada vez más. Empezó como una única hoja, pero luego se convirtió en un árbol, y el árbol creció hasta convertirse en el Árbol, y detrás de él empezó a desplegarse un paisaje entero, con «atisbos de un bosque que avanzaba sobre las tierras de labor y montañas coronadas de nieve». Niggle, escribió Tolkien, «dejó de interesarse por sus otras pinturas. O si lo hizo fue para intentar adosarlas a los extremos de su gran obra».

De nuevo se trata de una descripción precisa de lo que podemos ver hacer a Tolkien en las décadas de 1920, 1930 y 1940. Durante estos treinta años siguió trabajando en variantes de las historias de *El Silmarillion*, escribiendo poemas ocasionales, con frecuencia de manera anónima, y componiendo otros relatos, que no siempre ponía por escrito y a veces sólo explicaba a sus hijos. *El hobbit* nació como uno de ellos, ambientado en la Tierra Media, pero inicialmente conectado sólo de manera tangencial con la historia élfica de los Silmarils: empleando el término

moderno, fue un *spin-off*. *El Señor de los Anillos* fue un nuevo *spin-off*, esta vez de *El hobbit*, que en un principio surgió del fuerte deseo del editor de Tolkien de una secuela de hobbits. Pero lo que Tolkien empezó a hacer, igual que Niggle, fue tomar cosas que había escrito antes y comenzar a «adosarlas a los extremos». Tom Bombadil, que había empezado como nombre de un juguete infantil, llegó a imprenta en 1934 como héroe de un poema y luego se convirtió en la que quizá sea la figura más misteriosa del mundo de *El Señor de los Anillos*. Esa obra también bebió de otros poemas, algunos de ellos cómicos, como la poesía «Olifante» de Sam Gamyi, publicada originalmente en 1927; otros graves y tristes, como la versión que recita Trancos en la Cima de los Vientos de la historia de Beren y Lúthien, que también se remonta a un poema de 1925 y está basada en un relato escrito antes incluso.

No podemos saber con certeza cuál fue exactamente la «hoja» de la inspiración original de Tolkien, ni a qué se refería con «el Árbol», aunque «el bosque que avanzaba sobre las tierras» recuerda mucho a los Ents. Pero la pequeña alegoría es un nuevo detalle que corrobora lo que Tolkien dijo en otro lugar, que es que los «cuentos de hadas», independientemente de quien los narre, no tratan tanto sobre las hadas como sobre el País de las Hadas, el propio Reino Peligroso. En verdad Tolkien declaró que no hay muchas historias sobre hadas, o sobre elfos, y que la mayoría de ellas —era demasiado modesto para añadir «a menos que estén escritas por el mismo Tolkien»— no eran muy interesantes. La mayoría de los buenos cuentos de hadas tratan de «las aventuras de los hombres en el Reino Peligroso o en sus oscuras fronteras», lo cual constituye otra vez una descripción exacta de las historias de Beren en las fronteras de Doriath, de las escaramuzas de Túrin en torno a Nargothrond o de la huida de Tuor de la Caída de Gondolin. Tolkien siempre fue muy ambivalente sobre la idea misma de «hada». No le gustaba la palabra, en tanto que préstamo del francés —la palabra inglesa es «elfo»— y tampoco le gustaba el culto Victoriano de las hadas como criaturas pequeñas, hermosas e ineficaces, propensas a caer al servicio de los cuentos morales para niños, y con frecuencia irremediablemente falsas. En realidad, gran parte de su ensayo «Sobre los cuentos de hadas» (publicado en 1945 en un volumen en recuerdo de Charles Williams, como ampliación de una conferencia pronunciada en 1939 en honor a Andrew Lang, el recopilador de cuentos de hadas) es una corrección manifiesta tanto de la terminología académica como del gusto popular. Tolkien pensaba que él sabía más, que estaba en contacto con conceptos más antiguos, profundos y poderosos que los que se conocían en la época victoriana, incluso por parte de individuos tan cultos como Andrew Lang.

No obstante, aunque no tenía tiempo para hadas, Tolkien estaba completamente dedicado al País de las Hadas, la tierra, tal como lo expresa Bilbo Bolsón, «de los dragones, los trasgos y los gigantes», la tierra donde se puede oír del «rescate de

princesas y la inesperada suerte de hijos de viudas». Las historias y poemas de este libro muestran a Tolkien probando diferentes aproximaciones a reinos peligrosos de un tipo u otro, todos ellos sugerentes, originales, independientes. Representan, podría decirse, las pinturas que Niggle no adosó «a los extremos de su gran obra». Insinúan, dejando fuera de nuestro alcance, direcciones que podrían haberse explorado más, como la historia posterior no escrita del Pequeño Reino del granjero Egidio. Y ofrecen perspectivas bastante diferentes de la inspiración de Tolkien, que abarcan un período de al menos cuarenta años y se extienden desde la madurez hasta la vejez. Además, resulta que sabemos mucho de cómo llegó a existir cada una de ellas.

Roverandom, que no se publicó hasta 1998, nació más de setenta años antes como una historia con un propósito único y limitado: consolar a un niño pequeño por la pérdida de su perro de juguete. En septiembre de 1925, la familia Tolkien, padre, madre y tres hijos, John (de ocho años de edad), Michael (de cinco) y el bebé Christopher, se fueron de vacaciones al pueblo costero de Filey, en Yorkshire. En ese entonces Michael estaba muy unido a un pequeño perro de juguete que lo acompañaba a todas partes. Su padre, él y su hermano mayor, bajaron a la playa, lo dejó para jugar, pero cuando volvieron a buscarlo no lo encontraron: el perro era blanco con manchas negras, y en una playa de guijarros blancos resultaba invisible. Lo buscaron sin éxito ese día y el siguiente, y entonces una tormenta destrozó la playa y no pudieron seguir buscándolo. Para animar a Michael, Tolkien inventó una historia en la que el juguete Rover no era un juguete, sino un perro de verdad convertido en juguete por un mago furioso; entonces el juguete conocía a un mago amable en la playa, quien le encomendaba varias misiones para que volviera a convertirse en un perro de verdad y se reuniera con su antiguo propietario, el niño llamado Dos. Como todas las historias de Tolkien, creció mientras la contaba y fue puesta por escrito, con varias ilustraciones del propio Tolkien, en torno a las Navidades de 1927, para alcanzar su forma definitiva aproximadamente en la misma época que *El hobbit*, en 1936.

Además de la playa de Filey, donde Rover conoce al mago de la arena, Psámatos, *Roverandom* se desarrolla en tres escenarios principales: el lado luminoso de la luna, donde el Hombre de la Luna tiene su torre; el lado oscuro, donde los niños dormidos llegan por el sendero de la luna para jugar en el valle de los sueños; y el reino submarino del Rey del Mar, donde el mago furioso Artajerjes rige el destino del Pacífico y el Atlántico como Mago o PAM. Tanto en la luna como bajo el mar, Rover recibe la amistad de un perro de la luna, o un perro del mar, ambos llamados Rover, razón por la cual toma el nombre de *Roverandom*. Los tres se meten en continuos líos, haciendo rabiar al Gran Dragón Blanco de la luna y despertando a la Serpiente del Mar en el lecho marino, cuyos movimientos envían una tormenta como la que dispersó los guijarros en Filey, mientras la gran ballena Uin lleva a *Roverandom* a

través de los Mares Sombríos y más allá de las Islas Mágicas hasta tener a la vista el propio Hogar de los Elfos y la luz del País de las Hadas, que es lo máximo que llega a vincular Tolkien este relato con su mitología más vasta. «Si se llegara a saber, yo me enteraría», dice Uin, sumergiéndose rápidamente, y nada más sabemos de lo que sería Valinor.

«Yo me enteraría» capta el tono de esta pieza temprana y humorística. Las aventuras de los pequeños perros son travesuras, los animales que los transportan, la gaviota Mew y la ballena Uin, no pasan de condescendientes, e incluso los tres magos que hacen su aparición son de natural bondadoso o, en el caso de Artajerjes, poco competentes. Sin embargo, hay atisbos de cosas más antiguas, oscuras y profundas. El Gran Dragón Blanco al que los perros molestan en la luna es también el Dragón Blanco de Inglaterra en la leyenda de Merlín, siempre en guerra con el Dragón Rojo de los galeses; la Serpiente del Mar recuerda a la serpiente Midgard que dará muerte a Tor el día del Ragnarok; el perro del mar Rover recuerda a un maestro vikingo muy similar al famoso rey Olaf Tryggvason. Hay mito, y leyenda, e incluso historia, en *Roverandom*. Tampoco olvidó Tolkien que incluso para los niños debe haber indicios de peligro en el Reino Peligroso. El lado oscuro de la Luna tiene arañas negras, así como arañas grises, dispuestas a escabechar perros pequeños para guardarlos en la despensa, mientras que en el lado blanco «había moscas espada y escarabajos de cristal con mandíbulas como cepos de acero, y unicornios pálidos con aguijones como lanzas... Y peor que los insectos eran los murciélagos de las sombras», por no mencionar, en el camino de vuelta del valle donde se internan los niños dormidos, que «en las ciénagas había montones de horribles criaturas reptantes» que sin la protección del Hombre de la Luna «habrían apresado rápidamente al perrito». También hay trasgos marinos, y toda una lista de calamidades causadas por los hechizos de Artajerjes. Tolkien había comprendido ya el efecto de la sugestión, de las historias no contadas, de los seres y poderes (como el Nigromante de *El hobbit*) que se mantienen justo fuera de la vista. Independientemente de lo que dicte la lógica, el tiempo empleado en los detalles, incluso cuando no llevan a ninguna parte, no supone «perder el tiempo».

El humor es también el tono dominante de *Egidio, el granjero de Ham*, pero se trata de un humor de un tipo diferente, más adulto e incluso erudito. De nuevo, la historia empezó como un cuento improvisado para los hijos de Tolkien: su hijo mayor, John, recordaba haber escuchado una versión del mismo mientras la familia se refugiaba de una tormenta debajo de un puente, probablemente después de su traslado a Oxford en 1926. (Una de las escenas más importantes de la historia es cuando el dragón Crisófilax sale de debajo de un puente para derrotar al rey y su ejército.) En la primera versión escrita, el narrador es «papá» y un niño lo interrumpe para preguntar lo que es un «trabuco». La historia se amplió de manera uniforme para alcanzar su

forma definitiva cuando se leyó ante una asociación de estudiantes de Oxford en enero de 1940, y fue publicada en 1949.

El primer chiste se encuentra en el título, porque tenemos dos, uno en inglés y otro en latín. Tolkien finge haber traducido el relato del latín, y en el «prefacio» imita una especie de introducción académica que es completamente condescendiente. El editor imaginario desprecia el latín del narrador imaginario, considera que la historia es útil principalmente para explicar topónimos y levanta una ceja esnob ante los ilusos que puedan encontrar «atractivos, incluso, al protagonista mismo y sus aventuras». Pero la historia se toma su venganza. El editor muestra su aprobación de los «austeros anales» y los «historiadores del reino de Arturo», pero los «bruscos cambios entre la paz y la guerra» que menciona provienen del principio del romance de *Sir Gawain y el Caballero Verde*, la fuente más maravillosa y menos histórica que se pueda encontrar. Tal como indica el relato, la verdad es que los «romances populares» que con tanto desdén menciona el autor son mucho más fiables que el comentario académico que se les impone. Durante la totalidad de *Egidio, el granjero de Ham*, lo viejo y lo tradicional derrotan a lo académico y lo moderno. Los «Cuatro Sabios de Oxenford» definen un trabuco, y su definición es la del gran *Oxford English Dktionary*, con (en la época de Tolkien) sus cuatro editores sucesivos. No obstante, el trabuco de Egidio desafía la definición y funciona exactamente igual. «Las espadas sencillas y recias» ya no están «de moda» en la corte del rey, y éste le entrega una a Egidio como si no tuviera ningún valor: pero la espada es *Tajarrabos* (o, si se insiste en usar latín, *Caudimordax*), y a Egidio le reconforta tenerla, incluso frente a los dragones, debido a su amor por las viejas historias y las canciones heroicas que también están pasadas de moda.

Pasadas de moda, quizá, pero no desaparecidas. Durante toda su vida Tolkien se sintió fascinado por los vestigios: palabras, frases y dichos, incluso relatos y poemas, que venían de un pasado prehistórico pero que habían pasado de boca en boca, de manera natural, con frecuencia tergiversados y en general no reconocidos, directamente hasta la experiencia común y moderna. Los cuentos de hadas son un ejemplo obvio que ha sobrevivido durante siglos no gracias a los académicos, sino a las abuelas y las niñeras. Las canciones infantiles también. ¿De dónde vienen? El rey Colé aparece en el «prefacio» de Tolkien (adecuadamente transferido a una pseudohistoria académica) y Crisófilax cita «Humpty Dumpty» cuando sale de debajo del puente. Dos canciones infantiles más se reescribieron como los poemas de «El Hombre de la Luna» en Tom Bombadil. Los acertijos también son vestigios, recitados por anglosajones (todavía tenemos más de cien) y por colegiales modernos. Y luego están los dichos populares, siempre abiertos a revisión —el herrero Sam el Soleado invierte un par en *Egidio, el granjero de Ham*, igual que Bilbo en *El Señor de los Anillos*, con su «no es oro todo lo que reluce»— pero sin desaparecer. Y los

vestigios más frecuentes son nombres, de personas y de lugares. Con frecuencia descienden de la antigüedad remota, su significado suele estar olvidado, pero siguen abrumadoramente presentes. Tolkien estaba convencido de que antiguos nombres heroicos pervivían en nombres asociados a su propia familia, y una de las fuentes de inspiración de *Egidio, el granjero de Ham* debe de ser «entender» los topónimos locales de Buckinghamshire de Tame y Worminghall.

Sin embargo, los mitos son los vestigios más grandes, y la venganza más importante de *Egidio, el granjero de Ham* es la venganza de lo mítico sobre lo cotidiano. Porque ¿quién debe decir qué es qué? Son los dragones jóvenes y estúpidos quienes concluyen: «¿Así que los caballeros son un mito?... Siempre nos lo pareció.» Es la estúpida y demasiado civilizada corte la que prefiere la empalagosa imitación de cola de dragón a la cola verdadera. Con el tiempo los descendientes de los cortesanos (insinúa Tolkien) sustituirán sus débiles imitaciones por el objeto real incluso en la fantasía, exactamente igual que Nokes, el cocinero de *El herrero de Wootton Mayor*, con su triste y menguada idea de la Reina de las Hadas y del propio País de Fantasía. Egidio trata con firmeza y justicia con el rey, la corte y el dragón por igual, aunque no debemos olvidar la ayuda que recibe del párroco —un erudito que compensa a todos los demás— y de la heroína no cantada del relato, la yegua gris, quien siempre sabía lo que estaba haciendo, incluso cuando olfateaba con desdén las innecesarias espuelas de Egidio. Él no necesitaba fingir que era un caballero.

Las aventuras de Tom Bombadil también deben su existencia a la iniciativa de la familia de Tolkien. En 1961 su tía Jane Neave le sugirió que publicara un pequeño libro en el que apareciera Tom Bombadil y que las personas como ella pudieran comprar como regalo de Navidad. Tolkien respondió recopilando un puñado de poemas que había escrito en diferentes momentos de los cuarenta años anteriores o más. La mayoría de los dieciséis poemas habían salido a la luz, a veces en publicaciones muy oscuras, en la década de 1920 y 1930, pero en 1962 Tolkien aprovechó la oportunidad de revisarlos profundamente. Para entonces había aparecido *El Señor de los Anillos*, que ya era muy conocido, y Tolkien hizo lo que Niggle había hecho con sus pinturas anteriores: incluyó estas antiguas composiciones en la estructura general de la más grande. De nuevo utilizó el recurso del editor erudito, esta vez alguien que tenía acceso al *Libro Rojo de la Frontera del Oeste*, la recopilación hobbit en la que supuestamente se basaba *El Señor de los Anillos*, y que en esta ocasión había decidido no editar el relato principal, sino los «marginalia», las anotaciones que en la realidad los escribas medievales escribían a menudo en los bordes de sus obras oficiales.

Este recurso permitió a Tolkien añadir poemas que eran evidentemente chistes, como el número 12, «Gato», escrito en 1956 para su nieta Joanna; o poemas que no

guardaban relación alguna con la

Tierra Media, como el número 9, «Maulladores», publicado originalmente en *The Oxford Magazine* en 1937 y allí subtitulado «Versos inducidos por las sensaciones al esperar respuesta en la puerta de un académico elevado»; o poemas con los que sí había una conexión, pero una conexión que ahora inquietaba a Tolkien. El número 3, «Errabundo», por ejemplo, se había escrito originalmente al menos treinta años antes, y luego había sido revisado para convertirlo en una canción que Bilbo cantaba en *El Señor de los Anillos*, pero los nombres que allí había no encajaban con las lenguas élficas de Tolkien, cada vez más desarrolladas. En consecuencia, el Tolkien editor explica que, aunque el poema es de Bilbo, éste debió de escribirlo no mucho después de retirarse a Rivendel, en una época en que todavía no conocía mucho la tradición élfica. Para cuando Bilbo compuso la versión de *El Señor de los Anillos* sabía más, aunque Trancos sigue pensando que debería haberlo dejado tranquilo. Otros poemas, como los números 7 y 8, los dos poemas de trolls, o el número 10, «Olifante», se atribuyen a Sam Gamyi, lo cual ayuda a explicar su naturaleza poco seria. Los números 5 y 6, los dos poemas del «Hombre de la Luna», ambos fechados en 1923, confirman el interés de Tolkien por las canciones infantiles: se trata, en la imaginación de Tolkien, de los antiguos poemas completos de los que las canciones infantiles modernas son descendientes tergiversados, y el tipo de canción que habría sido popular en su imaginaria Comarca.

Los dos primeros y los tres últimos poemas de la recopilación, sin embargo, muestran a Tolkien trabajando con mayor profundidad y seriedad. El número 1, el poema del título, también se había publicado en *The Oxford Magazine*, en 1934, pero el número 2, «El paseo en bote de Tom Bombadil», puede ser más antiguo aún. Como *Roverandom*, Bombadil había surgido como nombre de uno de los juguetes de los hijos de Tolkien, pero no tardó en transformarse en una especie de imagen de la campiña inglesa y de sus gentes y sus tradiciones perdurables, poderosas, incluso autoritarias, pero sin interés por ejercitar el poder. En ambos poemas Tom se ve amenazado continuamente, de manera seria por el tumulario, de manera jocosa por el muchacho nutria y por los hobbits que le disparan flechas al sombrero, o molestado por el carrizo y el martín pescador y de nuevo por los hobbits. El da tanta bondad como recibe, o más, pero mientras que el primer poema termina con una nota de triunfo y satisfacción, el segundo lo hace con un tono de pérdida: Tom no volverá.

Los tres últimos poemas son reelaboraciones de originales anteriores que han adquirido una oscuridad temática mucho mayor. «El tesoro» (que se remonta a 1923) describe lo que Tolkien denominaría en *El hobbit* «la enfermedad del dragón», la codicia y la actitud posesiva que domina sucesivamente a elfo, enano, dragón y héroe y que los lleva a todos —como a Thorin Escudo-de-Roble en *El hobbit* y al rey elfo Thingol *Capagrís* en *El Silmarillion*— a la muerte. En «El último navio» vemos a

Tolkien oscilando entre dos impulsos: por un lado, el deseo de escapar de la mortalidad y viajar a las Tierras Inmortales como Frodo, y por otro la sensación de que esto no es sólo imposible, sino en última instancia inoportuno: lo correcto es dar la vuelta y vivir la propia vida, como Sam Gamyi. Puede que sea correcto, pero, tal como descubre Arwen, si no hay manera de deshacerla, es una elección amarga. Por último, «La campana de mar» nos recuerda por qué hay que ser precavido en el Reino Peligroso. Quienes han viajado hasta allí, como el narrador del poema, saben que no se les permitirá quedarse, pero cuando regresan se sienten abrumados por un sentimiento de pérdida. Tal como Sam Gamyi dice de Galadriel, los habitantes del País de las Hadas pueden no querer hacer daño, pero siguen siendo peligrosos para los mortales normales. Quienes se los encuentran pueden no volver a ser los mismos. En la ficción editorial de Tolkien, aunque el narrador no debe identificarse con Frodo, el escriba hobbit que llamó al poema «El sueño de Frodo» estaba expresando el miedo que despertaron en la Comarca los acontecimientos apenas comprendidos de la Guerra del Anillo, así como (en realidad) el sentimiento de pérdida y vejez del propio Tolkien.

Estos temas son más intensos en el último relato publicado de Tolkien, *El herrero de Wootton Mayor*. Empezó con la petición de un editor, en 1964, para que Tolkien escribiera un prefacio destinado a una nueva edición ilustrada del relato «La llave dorada» del autor Victoriano George MacDonald. (Tolkien había alabado la historia en su ensayo «Sobre los cuentos de hadas» casi veinte años antes.) Tolkien accedió, empezó a trabajar en el prefacio y llevaba unas cuantas páginas cuando empezó a ilustrar su argumento sobre el inesperado poder del País de las Hadas con una historia sobre un cocinero que intenta hacer un pastel para una fiesta infantil. Pero en ese punto interrumpió el prefacio, que no retomó nunca, y escribió la historia en su lugar. Una versión desarrollada se leyó ante un amplio público en Oxford el 28 de octubre de 1966, y el relato se publicó el año siguiente.

El título es casi agresivamente sencillo, incluso más que *Egidio, el granjero de Ham*, y el mismo Tolkien advirtió que parecía un anticuado cuento de colegio. El nombre de Wootton, no obstante, aunque perfectamente común en Inglaterra, tiene un significado, como antaño tuvieron todos los nombres. Significa «el pueblo del bosque» y la segunda oración confirma que se encontraba «en la espesura del bosque». Los bosques y florestas, tan importantes para Tolkien, reaparecen desde el Bosque Negro hasta Fangorn, y una de sus características recurrentes (y realistas) es que en ellos las personas pierden los modales y el camino. Da la impresión de que esto es cierto por lo que respecta a los habitantes Wootton Mayor, o a muchos de ellos: un poco pagados de sí mismos, fáciles de contentar, preocupados sobre todo por la comida y la bebida: no son cualidades del todo malas, pero sí limitadas. A esto el herrero es una excepción. En la fiesta de los niños que la aldea celebra cada

veinticuatro años, se traga una estrella, y esta estrella es su pasaporte al País de las Hadas. La historia sigue la vida del herrero, describe alguna de sus visiones y experiencias en el País de las Hadas, pero también nos lleva a través de repetidas celebraciones hasta que el herrero tiene que ceder la estrella y permitir que la metan en un pastel para que algún otro niño lo suceda. El herrero sabe, cuando deja el País de las Hadas por última vez, que «su camino lo llevaba de nuevo al desamparo». Se encuentra en la misma posición, aunque con más aceptación, que el narrador de «La campana de mar». La historia es «un adiós a la Tierra de las Hadas».

Esto no significa que el herrero haya fracasado. Su pasaporte al Otro Mundo lo ha convertido en una persona mejor en éste, y su vida ha hecho algo por debilitar lo que Tolkien denominó, en un comentario sobre su propia historia, «el anillo de hierro de lo familiar» y el «anillo diamantino de la creencia» en Wootton, la sensación de que todo lo que vale la pena saber se sabe ya. La estrella también ha pasado a otro, de una manera inesperada, y seguirá existiendo. No obstante, el poder de lo banal sigue fuerte y el conflicto principal de la historia es el que se da entre Alf —un emisario del País de las Hadas en el mundo real, igual que el herrero es un visitante en la dirección contraria— y su predecesor como maestro cocinero en la aldea, cuyo nombre es Nokes. Nokes sintetiza mucho de lo que a Tolkien le desagradaba en la vida real. Es triste que tenga una idea tan limitada del País de las Hadas, de lo que hay más allá del monótono mundo de la aldea en las profundidades del bosque, pero es inexcusable que niegue que pueda haber alguien más imaginativo que él e intente que los niños se mantengan a su nivel. Su idea de pastel es que debe ser dulce y empalagoso, su idea de las hadas es que deben ser insípidamente bonitas. A esto se oponen las visiones del herrero de los adustos guerreros elfos regresando de las batallas en las Fronteras Tenebrosas, del Árbol del Monarca, el viento salvaje y la bruja llorando, las doncellas elfas danzando. Nokes se siente amedrentado al final por su aprendiz, Alf, que se revela como rey de Fantasía, pero nunca cambia de opinión. El tiene la última palabra en la historia, la mayoría de los habitantes de Wootton se alegran al ver partir a Alf y la estrella deja la familia del herrero para pasar a la de Nokes. Si el herrero, Alf y el País de Fantasía han ejercido efecto alguno, éste tardará en hacerse evidente. Pero quizá sea así como son las cosas.

Como son en este mundo, es decir. En *Hoja de Niggle* Tolkien presenta su visión de un mundo en otra parte, un mundo en el que caben la Tierra Media, el País de las Hadas y también los deseos de todos los corazones. Sin embargo, aunque presenta una «divina comedia» y termina con una carcajada que sacude el mundo, el relato empezó con temor. Tolkien afirmó en más de una carta que la historia le vino en sueños y que la puso por escrito inmediatamente, en algún momento (hay varias versiones) entre 1939 y 1942. Resulta tanto más plausible cuanto es tan evidente de qué tipo de sueño se trataba: un sueño angustioso, como los que tenemos todos. Los

estudiantes que deben hacer un examen sueñan que se duermen y llegan tarde, los académicos que deben realizar una presentación sueñan que llegan al estrado sin nada que leer y la mente en blanco; y el miedo que hay en el centro de *Hoja de Niggle* es sin duda el de *no terminar nunca*. Niggle sabe que tiene un plazo —se trata obviamente de la muerte, el viaje que todos debemos emprender—, tiene una pintura que quiere terminar desesperadamente, pero posterga las cosas una y otra vez y cuando al fin se pone a trabajar en serio primero recibe una llamada que no puede rechazar, y luego se pone enfermo, y después aparece un Inspector y condena su cuadro a servir como desechos, y, cuando empieza a responder, llega el Conductor y le dice que debe irse sólo con lo que pueda coger. Deja incluso la pequeña bolsa en el tren, y cuando vuelve a por ella el tren se ha ido. Este tipo de sueño de una cosa después de otra es muy frecuente. El motivo también es fácil de imaginar, en el caso de Tolkien. Para 1940 llevaba trabajando en la mitología de *El Silmarillion* más de veinte años, y no se había publicado nada a excepción de un grupo de poemas y el *spin-off* de *El hobbit*. Llevaba escribiendo *El Señor de los Anillos* desde Navidades de 1937 y también avanzaba demasiado despacio. Tenía el estudio lleno de borradores y revisiones. Además, puede adivinarse que, al igual que a la mayoría de los profesores, sus numerosas tareas administrativas le parecían una distracción, aunque Niggle (y quizá Tolkien) es penosamente consciente de que se distrae con facilidad y no es un buen gestor de su tiempo.

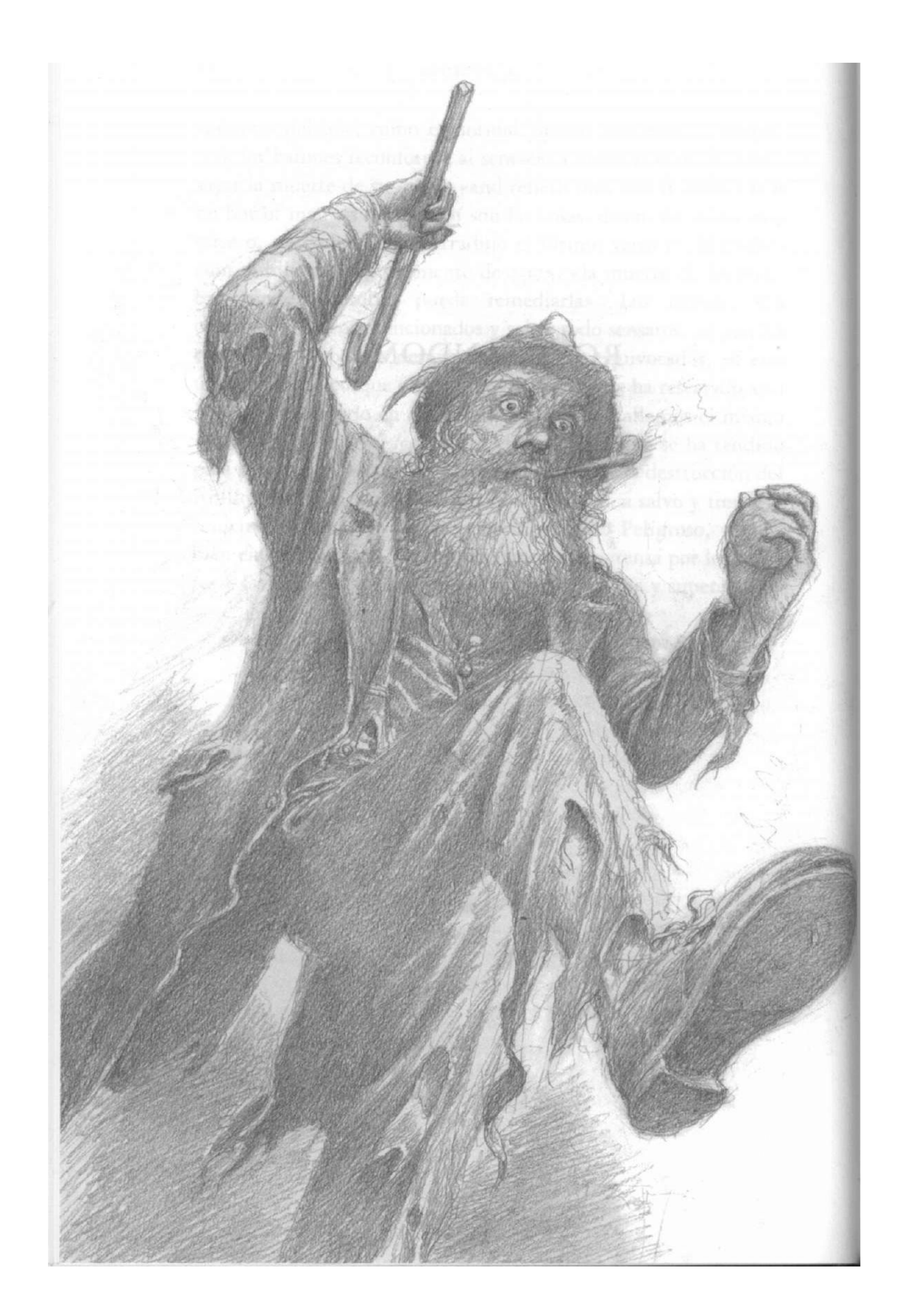
La concentración y la gestión del tiempo es lo que Niggle debe aprender en el Taller, que la mayor parte de los críticos han identificado con una versión del Purgatorio. Su recompensa consiste en descubrir que en el Otro Mundo los sueños se hacen realidad: allí ante él estaba su Árbol, mejor de como lo había pintado y mejor aún de como lo había imaginado, y más allá el bosque y las montañas que sólo había empezado a imaginar. Y sin embargo hay espacio para mejorar, y para hacerlo Ingle tiene que trabajar con su vecino, Parish, quien en el mundo real sólo le había parecido una distracción más. El fruto de su visión conjunta es considerado terapéuticamente valioso incluso por las Voces que juzgan las vidas de las personas, pero aun entonces no es más que una introducción a una visión más grande que los mortales sólo pueden adivinar. Pero todo el mundo tiene que empezar por algún sitio. Tal como la Reina de las Hadas dice en *El herrero de Wootton Mayor*, «Acaso valga más una figurilla que el total olvido de Fantasía», y acaso valga más Fantasía que ninguna sensación de nada más allá del mundo prosaico de lo cotidiano.

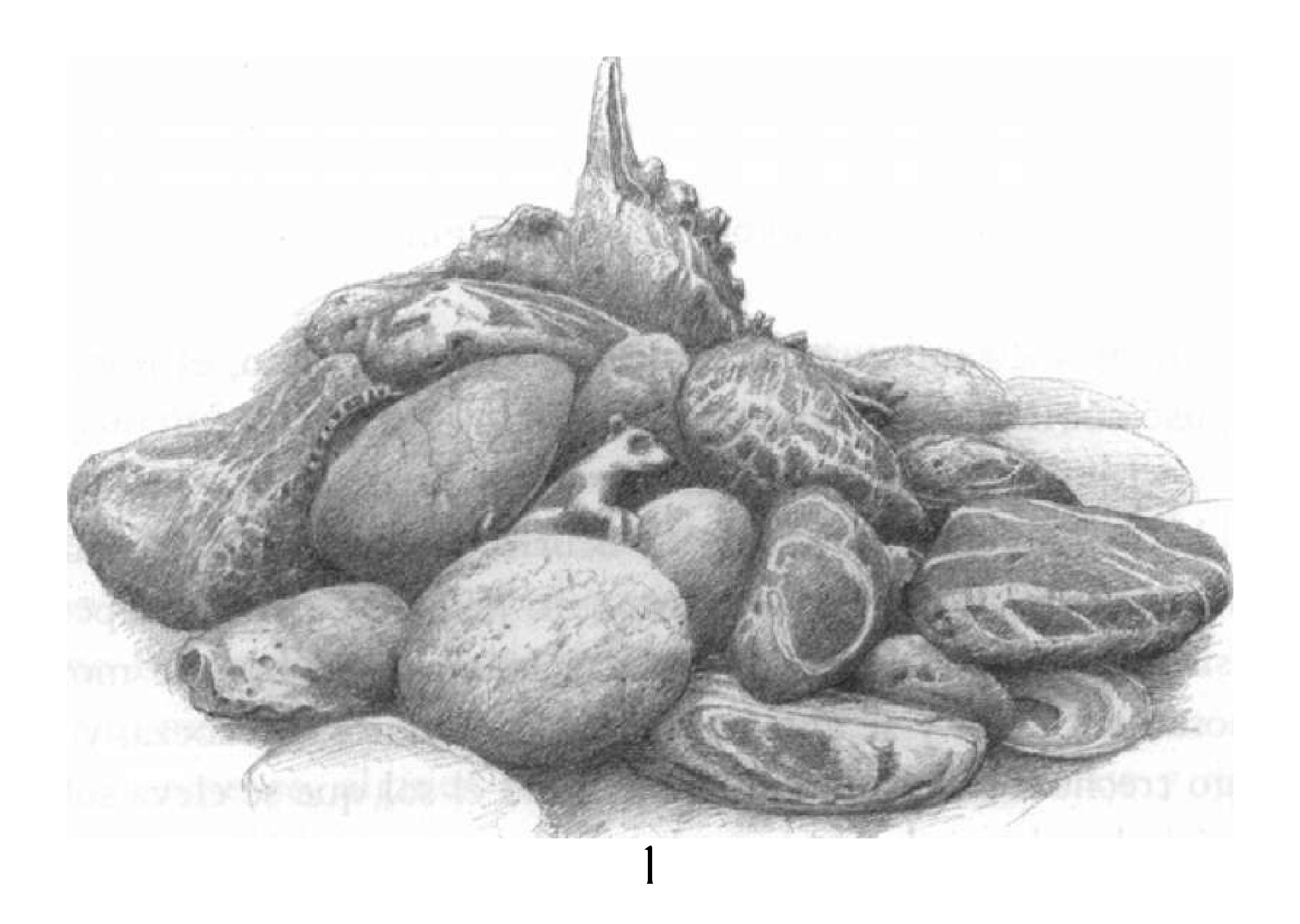
Después de todo, *Hoja de Niggk* tiene dos finales, uno en el Otro Mundo y otro en el mundo que abandonó Niggle. El final del Otro Mundo es un final de alegría y risa, pero en el mundo real la esperanza y el recuerdo perecen. El gran cuadro del Árbol de Niggle se usó para tapar un agujero, una hoja fue a parar a un museo, pero también se quemó y Niggle fue olvidado por completo. Las últimas palabras que se dicen sobre

él son «no sabía que pintase» y el futuro parece pertenecer a personas como el Concejal Tompkins, con sus opiniones sobre la educación práctica y —recordad que esta historia se escribió como muy tarde a principios de la década de 1940— la eliminación de los elementos indeseables de la sociedad. Si hay un remedio para nosotros, dice Tolkien, subrayando que Niggle utiliza la palabra «en su sentido más literal», será «un don». Un equivalente de «don» es «gracia».

Hoja de Niggle termina, pues, con lo que Tolkien llama «disca-tástrofe (...) tristeza y fracaso» en «Sobre los cuentos de hadas», y con lo que considera «la más elevada misión» del cuento de hadas y el *evangelium*, la «buena nueva» o Evangelio que hay detrás, y que es la «eucatástrofe», el «repentino y gozoso giro», la «gracia súbita y milagrosa», que encontramos en Grimm, en los cuentos de hadas modernos y, de manera suprema, en los *Cuentos desde el Reino Peligroso* del propio Tolkien. En el poema en inglés medio de Sir Orfeo, que Tolkien editó en 1943/4 (en un folleto anónimo del que, como es normal, apenas sobreviven ejemplares), los barones reconfortan al senescal a quien acaban de comunicar la muerte de su señor, «and telleth him hou it geth, / It is no bot of mannes deth». Así son las cosas, dicen, no puede evitarse o, tal como Tolkien tradujo el último verso en la traducción publicada postumamente de 1975, «la muerte de un hombre ningún hombre puede remediarla». Los barones son compasivos, bien intencionados y sobre todo sensatos: así son las cosas. Pero el poema demuestra que están equivocados, en esta única ocasión, porque Orfeo está vivo y además ha rescatado a su reina del cautiverio en el País de las Hadas. Hallamos el mismo «giro» en *El Señor de los Anillos*, cuando Sam, que se ha tendido para morir en el Monte del Destino después de la destrucción del Anillo, despierta para descubrir que está vivo, a salvo y frente al resucitado Gandalf. Hay alegría en el Reino Peligroso, y también en las Fronteras Tenebrosas, tanto más intensa por los pesares y las pérdidas de la vida real a los que desafía y supera.

Tom Shippey





1

Había una vez un perrito llamado Rover. Era muy pequeño y muy joven, pues de lo contrario se habría portado mejor; y era muy feliz jugando al sol en el jardín con una pelota amarilla, si nunca hubiera hecho lo que hizo.

No todos los hombres viejos con los pantalones rotos son malos: unos son hombres de huesos y botellas y tienen sus perritos; y otros son jardineros; y algunos, muy pocos, son brujos que vagabundean como si estuvieran de fiesta, buscando algo que hacer. El que ahora entra en la historia era un brujo. Llegó a pie por el sendero del jardín, vestido con una vieja y andrajosa chaqueta, con una vieja pipa en la boca y un viejo sombrero verde en la cabeza. Si Rover no hubiera estado tan ocupado ladrando a la pelota, tal vez habría visto la pluma azul clavada en la parte de atrás del sombrero verde y entonces habría sospechado que el hombre era un brujo, como habría hecho cualquier perrito sensato; pero él nunca vio la pluma.

Cuando el hombre se agachó y recogió la pelota —por un momento pensó convertirla en una naranja, incluso en un hueso o en un trozo de carne para Rover—, Rover gruñó y dijo: —¡Déjala! —Sin ni siquiera un «por favor». Por supuesto, el brujo, por ser brujo, lo entendió perfectamente, y contestó a su vez:

—¡Calla, tonto! —Sin ni siquiera un «por favor».

Luego se metió la pelota en el bolsillo, sólo para fastidiar al perro, y se volvió. Lamento decir que inmediatamente Rover le mordió los pantalones, y le arrancó un

buen trozo. Tal vez también le arrancó un trozo al brujo. En cualquier caso, el hombre se puso súbitamente furioso y dijo:

—¡Idiota! ¡Anda y conviértete en un juguete!

Y al momento empezaron a ocurrir las cosas más extrañas. Para empezar, Rover era sólo un perro pequeño, pero de repente se sintió mucho más pequeño. La hierba pareció hacerse monstruosamente alta y se agitó muy por encima de su cabeza; y un largo trecho a través de la hierba, como el sol que se eleva sobre los árboles de un bosque, pudo ver la enorme pelota amarilla, donde el brujo había vuelto a dejarla. Oyó el clic de la cancela cuando el hombre salió, pero no pudo verlo. Intentó ladrar, pero sólo le salió un pequeño sonido, demasiado pequeño para que pudiera oírlo la gente común; y supongo que ni siquiera un perro lo habría percibido.

Tan pequeño se había hecho el perro que, si entonces hubiera llegado un gato, estoy seguro, habría pensado que Rover era un ratón y se lo habría zampado. Tinker lo habría hecho. Tinker era el gato negro "y grande que vivía en la misma casa.

Nada más pensar en Tinker, Rover empezó a sentir un miedo espantoso en todo el cuerpo; pero los gatos se esfumaron pronto de su mente. De repente desapareció el jardín alrededor de él y Rover se sintió transportado no sabía a dónde. Cuando volvió la calma, comprobó que estaba en la oscuridad, encima de un montón de cosas duras; y allí estaba él, en una caja que le parecía sofocante, muy incómoda a la larga. No tenía nada para comer o beber; pero, peor aún, comprobó que no podía moverse. Al principio pensó que era porque estaba muy apretado, pero luego descubrió que, durante el día, podía moverse muy poco, y con mucho esfuerzo, y además únicamente cuando nadie miraba. Sólo después de medianoche podía andar y menear el rabo y, aun así, un poco tieso. Se había convertido en un juguete. Y como no había dicho «por favor» al brujo, ahora tenía que estar todo el día quieto y suplicar. Ese era su castigo.

Después de lo que le pareció un tiempo muy largo y oscuro, Rover intentó una vez más ladrar con suficiente fuerza para que la gente le oyera. Luego trató de morder las otras cosas que estaban con él en la caja, estúpidos, pequeños animales de juguete, hechos sólo de madera o plomo, no perros auténticos encantados como Rover. Pero su situación no era nada buena: no podía ladrar ni morder.

De repente, alguien llegó y quitó la tapa de la caja y dejó que entrara la luz.

—Habría sido mejor poner esta mañana algunos de estos animales en el escaparate, Harry —dijo una voz, y una mano se introdujo en la caja—. ¿De dónde vino éste? —dijo la voz cuando la mano asió a Rover—. No recuerdo haberlo visto antes. En la caja de tres peniques no hay nada que merezca la pena, seguro. ¿Has visto alguna vez algo que parezca tan real? ¡Mírale el pelo y los ojos!

—¡Márcalo a seis peniques —dijo Harry—, y ponlo en la parte de delante del escaparate!

El pobre pequeño Rover tuvo que permanecer toda la mañana allí, en la parte delantera del escaparate, bajo el fuerte sol, y la tarde entera, hasta cerca de la hora del té; y todo el tiempo tuvo que estar quieto y hacer ver que suplicaba, aunque en su interior estaba realmente muy enfadado.

—Tan pronto como alguien me compre me escaparé —dijo Rover a los otros juguetes—. Yo soy de verdad. ¡Yo no soy un juguete y no quiero ser un juguete! Quiero que venga alguien y me compre enseguida. Odio esta tienda, y no puedo moverme metido como estoy entre las cosas de este escaparate.

—¿Para qué quieres moverte? —dijeron los otros juguetes—. Nosotros no queremos. Es más cómodo estarse quieto, sin pensar en nada. Cuanto más reposes, tanto más vivirás. Así, pues, ¡cierra el pico! Mientras hablas no podemos dormir, y a algunos de nosotros nos esperan tiempos difíciles en familias con niños salvajes.

Los otros juguetes ya no dijeron nada más, con lo que el pobre Rover no tenía absolutamente a nadie con quien hablar, y se sintió muy desgraciado y lamentó mucho haber mordido al brujo en los pantalones.

No puedo decir si fue o no fue el brujo quien envió a la madre a sacar de la tienda al perrito. En cualquier caso, justamente cuando Rover se sentía más desgraciado, ella entró en la tienda con la cesta de la compra. Había visto a Rover en el escaparate, y pensó que sería un perrito muy lindo para su hijito. Tenía tres hijos y a uno le gustaban de manera especial los perros pequeños, sobre todo los blancos y negros. Así pues, compró a Rover, y éste fue envuelto en papel y metido en la cesta entre las cosas que había ido comprando para el té.

Pronto Rover consiguió sacar la cabeza del papel. Olía a bizcocho. Pero comprobó que no podía salir; y desde allí abajo, entre las bolsas de papel, lanzó un gruñido de juguete pequeño. Sólo los camarones lo oyeron y le preguntaron qué ocurría. Él lo explicó todo, y esperaba que le compadecieran, pero sólo dijeron:

—¿Cómo puede gustarte que te hiervan? ¿Te han hervido alguna vez?

—¡No! Nunca me han hervido, que yo recuerde —dijo Rover—, aunque a veces me han bañado, y no es precisamente agradable. Pero espero que hervir no sea ni de lejos tan malo como estar embrujado.

—Entonces con toda seguridad que nunca te han hervido — contestaron—. No sabes nada de eso. Es con mucho lo peor que le puede ocurrir a cualquiera; nosotros sólo de pensarlo nos ponemos rojos de ira.

Como a Rover no le gustaban los camarones dijo:

—No importa, a vosotros os comerán pronto y yo me quedaré tan tranquilo, mirando.

Después de esto, los camarones ya no tuvieron nada más que decirle y dejaron que se echara y se preguntara qué clase de gente lo había comprado.

Pronto lo averiguó. Le llevaron a una casa y dejaron la cesta encima de una mesa,

y sacaron de ella todos los paquetes. A los camarones los llevaron a la despensa, pero Rover fue entregado inmediatamente al niño para el que lo habían comprado, y el niño lo llevó a su habitación y se puso a hablarle.

A Rover le habría gustado el niño, si no hubiera estado demasiado enfadado para escuchar lo que le decía. El niño le ladraba en el mejor lenguaje canino que podía imitar (y lo hacía bastante bien), pero Rover ni siquiera intentaba contestar. Se pasaba todo el tiempo pensando que había dicho que se escaparía de la primera persona que lo comprara, y ahora se preguntaba cómo iba a hacerlo; y durante todo el tiempo tenía que estar quieto y hacer como si suplicase, mientras el niño le daba golpecitos y lo empujaba de acá para allá, sobre la mesa y en el suelo.

Finalmente llegó la noche, y el niño se fue a la cama; y a Rover lo puso en una silla junto a la cabecera, todavía suplicando hasta que oscureció. La persiana estaba bajada; pero fuera la luna emergió del mar y tendió sobre las aguas la senda de plata por la que se llega a los lugares del borde del mundo y más allá, para aquellos que pueden caminar por ella. El padre y la madre y los tres niños pequeños vivían cerca del mar, en una casa blanca que miraba por encima de las olas a ninguna parte.

Cuando los niños estaban dormidos, Rover estiró las patas fatigadas, tiesas, y emitió un pequeño ladrido que nadie oyó, excepto una vieja y perversa araña en lo alto de un rincón. Luego saltó de la silla a la cama y de la cama a la alfombra, y en seguida salió corriendo de la habitación, bajó las escaleras y recorrió toda la casa.

Aunque le agradaba mucho poder moverse de nuevo, y había sido de noche tan real y apropiadamente vivo, que podía saltar y correr mucho mejor que la mayoría de los juguetes, comprobó que le resultaba muy difícil y peligroso ir de un lado a otro. Ahora era tan pequeño que bajar escaleras era casi como saltar paredes; y subir escaleras era por cierto muy fatigoso y complicado. Y no servía para nada. Naturalmente encontró todas las puertas cerradas con llave; y no había ni una rendija ni un agujero por el que poder escabullirse. Así que aquella noche el pobre Rover no pudo escapar corriendo, y la mañana encontró un perrito muy cansado; sentado en la silla donde lo habían dejado y con aspecto suplicante.

Los dos niños mayores acostumbraban a levantarse, cuando hacía buen tiempo, y correr por el arenal antes del desayuno. Aquella mañana, cuando se despertaron y levantaron la persiana, vieron que el sol salía del mar, todo él rojo encendido, con nubes en torno a su cabeza, como si hubiera tomado un baño frío y tratara de secarse con varias toallas. Pronto estuvieron en pie y vestidos; y una vez fuera, bajaron por el acantilado y se encaminaron a la costa para dar un paseo, y Rover con ellos.

En el mismo momento en que el niño Dos (a quien pertenecía Rover) saltó de la cama, vio a Rover en la cómoda donde lo había puesto mientras se vestía.

—¡Está suplicando que lo saque! —dijo el niño, y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Pero Rover no suplicaba que lo sacaran, y mucho menos en un bolsillo de pantalón. Quería descansar y prepararse nuevamente para la noche, pues pensaba que esta vez podría encontrar una salida y escapar, y caminar más y más, hasta llegar de regreso a su casa y a su jardín y a su pelota amarilla en el césped. Tenía la vaga idea de que si conseguía volver hasta el césped, todo se arreglaría: se rompería el encantamiento, o despertaría y descubriría que todo había sido un sueño. Así, cuando los niños bajaban por el sendero del acantilado y galopaban por el arenal, Rover intentó ladrar y luchar y revolverse en el bolsillo. Lo intentó, pero apenas pudo moverse, a pesar de que estaba escondido y nadie podía verlo. Aun así, hizo lo que pudo, y la suerte lo ayudó. En el bolsillo había un pañuelo muy arrugado y revuelto, de modo que Rover no estaba completamente abajo, y con sus esfuerzos y el galopar de su amo no tardó en sacar la nariz y husmear un poco alrededor.

Esta vez también quedó muy sorprendido ante lo que vio y olió. Hasta entonces nunca había visto ni olido nada semejante. La aldea donde había nacido estaba a kilómetros y kilómetros del ruido y el olor del mar.

De repente, cuando estaba asomándose, un pájaro enorme, todo él blanco y gris, pasó rozando las cabezas de los niños y haciendo un ruido como de un gran gato con alas. Rover se asustó tanto que cayó del bolsillo a la arena blanda, y nadie lo oyó. El gran pájaro se elevó y se alejó, sin oír en ningún momento los débiles ladridos de Rover, y los niños siguieron correteando por el arenal y no pensaron para nada en él.

Al principio, Rover se puso muy contento.

—¡Me he escapado! ¡Me he escapado! —ladraba, ladridos de un juguete que sólo otros juguetes habrían podido oír, y allí no había ninguno que lo escuchase. Después giró sobre sí mismo y se echó en la arena limpia y seca, aún fría por haber estado tendida toda la noche bajo las estrellas.

Pero cuando los niños emprendieron el camino de regreso, y en ningún momento pensaron en él, y él se quedó completamente solo en la playa vacía, ya no se sintió tan contento. La playa estaba desierta, sólo había gaviotas. Aparte de las marcas de sus patas en la arena, las únicas huellas que se podían ver eran las pisadas de los niños. Aquella mañana habían ido a pasear a una parte muy solitaria de la playa que rara vez visitaban. Ciertamente no era común que alguien fuera allí, pues, aunque la arena era limpia y dorada, y los guijarros eran blancos, y el mar azul con espuma plateada en una pequeña ensenada debajo de los acantilados grises, flotaba allí una extraña sensación, excepto por la mañana temprano cuando el sol era aún joven. La gente decía que allí ocurrían cosas singulares, a veces incluso por la tarde; y al llegar la noche, el lugar se llenaba de tritones y sirenas, sin hablar de los duendes marinos, más pequeños, que cabalgaban en unos diminutos caballitos de mar con bridas de algas verdes hasta los acantilados y los dejaban en la espuma, en el límite de las aguas.

Ahora estaba claro el motivo de todo el misterio: en aquella ensenada vivía el más viejo de todos los hechiceros de la arena, Psamatistas como los llamaba la gente de mar en su lengua acuosa. El nombre de éste era Psámatos Psamátides, al menos eso decía él, y a cada momento organizaba un gran alboroto a propósito de la pronunciación correcta. Pero era viejo y sabio, y acudían a verlo toda suerte de gentes extrañas, pues era un mago excelente, y muy respetuoso (con quien lo merecía) en los tratos, aunque un poco rudo en apariencia. La gente acostumbraba a reír sus chistes durante semanas, después de alguna reunión de medianoche. Pero durante el día no era fácil dar con él. Le gustaba permanecer enterrado en la arena caliente, cuando brillaba el sol, de modo que lo único que sobresalía de él era la punta de una de sus largas orejas; y cuando éstas asomaban, la mayoría de la gente, como tú y yo, las tomaba por pequeños palitos.

Es posible que el viejo Psámatos lo supiera todo acerca de Rover.

Ciertamente conocía al viejo brujo que lo había encantado, pues los magos y los brujos son pocos, y aunque viven alejados unos de otros se conocen todos muy bien y, además, no dejan de estar atentos a los tejemanejes de los demás, de modo que no siempre son los mejores amigos en la vida privada. En cualquier caso, allí estaba Rover, tendido en la blanda arena, y empezaba a sentirse muy solo y un poco intranquilo, y allí estaba Psámatos, aunque Rover no lo veía, mirándolo desde un montón de arena que las sirenas habían preparado para él la noche anterior.

Pero el hechicero no decía nada. Y Rover no decía nada. Y pasó la hora del desayuno, y el sol llegó a lo alto y empezó a calentar. Rover miró el mar, que resonaba con una sensación de frío, y un miedo horrible se apoderó de él. Al principio pensó que le había entrado arena en los ojos, pero pronto vio que no cabía error: el mar se acercaba más y más, y devoraba más y más arena; y las olas estaban haciéndose más grandes y más espumosas cada vez.

Estaba subiendo la marea, y Rover seguía tendido justamente debajo de la marca de pleamar, pero él no sabía nada de eso. Al mirar, se sintió más y más horrorizado e imaginó que las olas subían hasta los acantilados y lo arrastraban hasta el mar cubierto de espuma (mucho peor que cualquier bañera jabonosa), mientras él seguía suplicando tristemente.

Eso es por cierto lo que pudo haberle ocurrido, pero no le ocurrió. Me atrevo a decir que Psámatos tuvo algo que ver; en cualquier caso, imagino que el hechizo del brujo no era tan poderoso en aquella misteriosa ensenada, pues estaba muy cerca de la residencia de otro mago. En verdad, cuando las aguas habían llegado muy cerca y Rover estaba a punto de reventar de miedo, mientras pugnaba por alejarse un poco más de la playa girando sobre sí mismo, descubrió de repente que podía moverse.

No había cambiado de tamaño, pero ya no era un juguete. Podía moverse ágil y correctamente con todas sus patas, a pesar de que todavía era de día. Ya no necesitaba

seguir suplicando, y podía correr por donde la arena era más dura; y podía ladrar, no ladridos de juguete sino ladridos auténticos, agudos, de un perrito de cuento de hadas en consonancia con su tamaño. Estaba tan complacido, y ladraba tan fuerte, que si hubierais estado allí, lo habríais oído, nítido y distante, como el eco de un perro pastor que llega con el viento de las colinas.

Y entonces, el hechicero sacó de repente su cabeza de la arena. Ciertamente era feo, y más o menos del tamaño de un perro grande; pero a Rover, empequeñecido por el encantamiento, le pareció horrible y monstruoso, así que se sentó y dejó de ladrar.

—¿Por qué haces tanto ruido, perrito? —dijo Psámatos Psamátides—. ¡Es mi hora de dormir!

De hecho, para él todas las horas eran horas de dormir, a menos que hubiera algo que lo divirtiera, como un baile de sirenas en la ensenada (invitadas por él). En ese caso, salía de la arena y se sentaba en una roca para ver el espectáculo. Las sirenas podían ser muy graciosas en el agua, pero cuando intentaban bailar sobre sus colas a orillas del mar, Psámatos pensaba que resultaban cómicas.

—¡Es mi hora de dormir! —dijo de nuevo Psámatos, cuando Rover no contestó.

Rover siguió sin decir nada, y sólo meneó el rabo pidiendo disculpas.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó el mago—. Yo soy Psámatos Psamátides, jefe de todos los Psamatistas! —Lo dijo varias veces muy orgullosamente, y con cada P lanzaba una nube de arena por la nariz.

Rover estaba allí, casi enterrado en la arena, mirando tan asustado y tan triste que el hechicero lo compadeció. De repente dejó de mirarle con fiereza y se echó a reír:

—Eres un perrito muy gracioso. En verdad que no recuerdo haber visto un perrito tan pequeño.

Y entonces rió de nuevo, y después adoptó súbitamente un aire solemne.

—¿Has tenido peleas con brujos en los últimos tiempos? — preguntó casi en un susurro; y cerró un ojo, y miró tan benévola y tan sagazmente con el otro que Rover se lo contó todo. Probablemente no era en absoluto necesario, pues, como te dije, seguramente Psámatos lo sabía ya; aun así, Rover se sintió mucho mejor al hablar con alguien que demostraba comprender y tener más sentido que los simples juguetes.

—Fue un brujo —dijo el hechicero, cuando Rover terminó su relato—. El viejo Artajerjes, me parece por tu descripción. Viene de Persia. Pero un día se perdió, como a veces les ocurre incluso a los mejores brujos (a menos que se queden siempre en casa como yo), y la primera persona con la que se encontró fue y lo puso camino de Pershore. Desde entonces ha vivido en esos parajes, excepto en vacaciones. Dicen que, a pesar de su edad, es un hábil recolector de ciruelas, dos mil en un buen día, y que le gusta mucho la sidra. Pero eso no viene a cuento. —Con esto Psámatos daba a entender que se había apartado de lo que quería decir—. La pregunta es: ¿qué puedo hacer por ti?

—No lo sé —dijo Rover.

—¿Quieres ir a casa? Me temo que no pueda darte el tamaño adecuado, y menos sin pedir permiso antes a Artajerjes, pues no quiero pelearme con él en este momento. Pero creo que puedo aventurarme a enviarte a casa. Después de todo, Artajerjes siempre puede hacer que vuelvas, si así lo desea. Aunque, por supuesto, la próxima vez puede enviarte a un sitio mucho peor que una tienda de juguetes, si está realmente enfadado.

A Rover esto no le gustó en absoluto, y se atrevió a decir que si volvía a casa tan pequeño era posible que nadie lo reconociera, salvo el gato Tinker; y en su estado actual no le gustaba mucho que Tinker lo reconociera.

—¡Muy bien! —dijo Psámatos—. Tenemos que pensar alguna otra cosa. Mientras tanto, como ya eres nuevamente real, ¿te gustaría comer algo?

Antes de que Rover tuviera tiempo de decir «¡sí, por favor! ¡Sí! ¡POR FAVOR!», en el arenal, delante de él, apareció un platito con pan y salsa y dos huesos menudos, del tamaño adecuado, y un pequeño bol lleno de agua con BEBE PERRITO BEBE escrito alrededor de él en pequeñas letras azules. Rover comió y bebió todo lo que había, antes de preguntar:

—¿Cómo lo has hecho? ¡Muchas gracias!

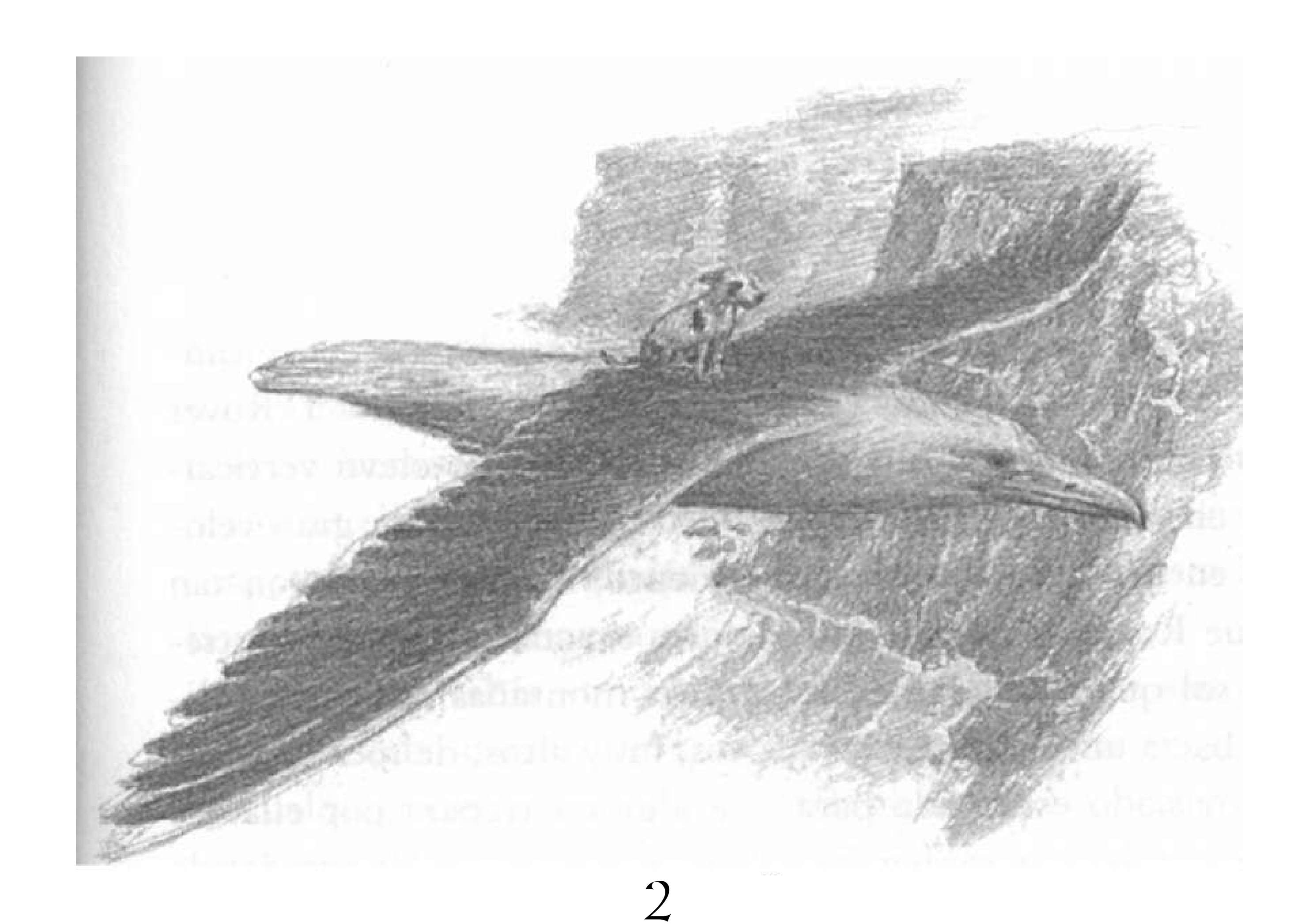
Rover se acordó al momento de añadir «muchas gracias», pues los brujos y los de su especie parecían gente un poco quisquillosa. Psámatos sólo sonrió; por tanto Rover siguió tendido en la arena caliente y se puso a dormir, y soñó con huesos, y con gatos a los que perseguía hasta que se encaramaban a un ciruelo sólo para ver que se convertían en brujos con sombreros verdes que le arrojaban ciruelas enormes, como calabazas. Y durante todo el tiempo estuvo soplando un viento suave, de modo que Rover quedó casi sepultado en la arena.

Por eso es por lo que los niños nunca lo encontraron, a pesar de que bajaron a propósito a la ensenada para buscarlo, tan pronto como Dos se dio cuenta de que lo había perdido. Esta vez su padre estaba con ellos; y después de buscar y buscar hasta que el sol empezó a descender y llegó la hora del té, no quiso permanecer más tiempo allí y los llevó de regreso a casa: sabía demasiadas cosas extrañas acerca de aquel lugar. Después de aquello, Dos se tuvo que contentar durante algún tiempo con un perro de juguete de tres peniques (de la misma tienda); pero, a pesar de haberlo tenido durante un tiempo tan corto, nunca olvidó a su perrito suplicante.

Sin embargo, en este momento te lo puedes imaginar sentado, muy triste, delante de su taza de té, sin perro; mientras tanto, muy lejos tierra adentro, la anciana señora que había cuidado de Rover y lo había mimado cuando era un animal normal, de tamaño normal, estaba escribiendo un anuncio para localizar un perrito perdido: «orejas blancas y negras, responde al nombre de Rover»; y mientras tanto el propio Rover dormía lejos, en el arenal, y Psámatos dormitaba junto a él con los cortos

brazos plegados sobre la gorda barriga.





2

Cuando Rover despertó, el sol estaba muy bajo; la sombra de los acantilados caía directamente sobre el arenal, y a Psámatos no se le veía por ninguna parte. Una gran gaviota se había posado muy cerca y lo miraba, y por un momento Rover tuvo miedo de que se lo fuera a comer.

Pero la gaviota dijo:

—¡Buenas tardes! He estado esperando mucho tiempo a 4ue despertaras. Psámatos dijo que despertarías hacia la hora del té, pero ya hace mucho tiempo de eso.

—Por favor, ¿qué quiere usted de mí, señor Pájaro? —preguntó Rover muy cortésmente.

—Mi nombre es Mew —dijo la gaviota—, y estoy esperando a que salga la luna para llevarte lejos de aquí, siguiendo la senda de la luna. Pero antes tenemos que hacer una o dos cosas. ¡Monta encima de mí y verás cómo te gusta volar!

Al principio, a Rover no le gustó en absoluto. Aun así, todo fue bien mientras Mew se mantuvo cerca del suelo, deslizándose con las alas extendidas, tiesas y quietas; pero cuando salió disparada hacia arriba, o se puso a girar bruscamente a uno y otro lado, siguiendo un camino distinto cada vez, a descender de pronto y a chapotear, como si fuera a sumergirse en el mar, entonces el perrito, con el viento

silbándole en las orejas, deseó estar otra vez a salvo abajo, en tierra firme.

Así se lo dijo varias veces a Mew, pero todo lo que ella contestó fue:

—¡Aguanta! ¡Aún no hemos empezado!

Llevaban un rato volando y Rover empezaba a sentirse cansado cuando, de repente, Mew gritó: «¡Allá vamos!» Y Rover estuvo realmente a punto de irse, pues Mew se elevó verticalmente en el aire como un cohete y luego se deslizó a gran velocidad, en línea recta, a favor del viento. Pronto estuvieron tan alto que Rover pudo ver, muy lejos y exactamente sobre la tierra, el sol que se ponía detrás de unas montañas oscuras. Se dirigían hacia unos acantilados negros, muy altos, de roca escarpada, demasiado escarpada para que alguien trepara por ella. El mar se agitaba y se replegaba debajo, y aunque en las paredes de roca no aparecía nada, estaban cubiertas de cosas blanquecinas, pálidas en el crepúsculo vespertino. Cientos de aves marinas estaban posadas allí, en estrechas repisas, unas veces hablando tristemente entre ellas, otras sin decir nada, y otras lanzándose repentinamente desde sus perchas para abatirse y girar en el aire, antes de zambullirse en el mar, allí abajo, donde las olas parecían pequeñas arrugas.

Aquí vivía Mew y aquí tenía que visitar a varias amigas, incluida la más vieja y más importante de todas las gaviotas de lomo negro, y recoger mensajes antes de partir. Así pues, dejó a Rover en una de las estrechas repisas, mucho más estrechas que el peldaño de una escalera, y le dijo que esperara allí y tuviera cuidado de no caer.

Puedes estar seguro de que Rover tuvo cuidado de no caer, y de que, con un fuerte viento soplando de costado, no se sentía nada cómodo, acurrucándose tan pegado a la pared del acantilado como podía y gimiendo. Era en verdad un sitio muy desagradable para un perrito embrujado y asustado.

Finalmente, la luz del sol se apagó en todo el cielo, y una niebla se extendió sobre el mar, y en la creciente oscuridad aparecieron las primeras estrellas. Entonces, por encima de la niebla, lejos en el mar, la luna emergió redonda y amarilla y empezó a tender una brillante senda sobre el agua.

Mew volvió poco después y recogió a Rover, que estaba temblando de pies a cabeza. Las plumas del pájaro le parecieron calientes y confortables después de haber permanecido en la fría repisa del acantilado, y se arrimó a Mew tanto como pudo. Entonces Mew se lanzó al aire, por encima del mar, y todas las demás gaviotas saltaron de las repisas y gritaron y les dijeron adiós, mientras ellos, ya lejos, volaban raudos siguiendo la senda de la luna, que ahora se extendía directamente desde la costa hasta el borde oscuro de ninguna parte.

Rover no sabía en absoluto a dónde llevaba la senda de la luna, y estaba demasiado asustado y excitado para preguntar, y en cualquier caso empezaba a acostumbrarse a las extraordinarias cosas que ahora le ocurrían.

Mientras volaban sobre el mar, siguiendo el resplandor plateado de la senda, la luna se elevó y se hizo más blanca y más brillante, hasta que ninguna estrella se atrevió a quedarse cerca y ella estuvo completamente sola, brillando en el cielo oriental. No cabía duda de que Mew, siguiendo las órdenes de Psámatos, iba hacia donde Psámatos quería que fuera, y no cabía duda de que Psámatos ayudaba a Mew con su propia magia, pues ciertamente volaba más deprisa y más recto que las gaviotas grandes aun a favor del viento, cuando tienen prisa. Sin embargo, transcurrió toda una eternidad antes de que Rover viera algo, aparte de la luz de la luna y el mar, abajo; y durante todo el tiempo la luna fue haciéndose más grande y más grande, y el aire más frío y más frío.

De repente, en el límite del mar, Rover vio una cosa negra, que crecía a medida que volaban hacia ella, hasta que pudo ver que era una isla. Por encima del agua y hasta ellos llegó el ruido de tremendos ladridos, un ruido formado por todas las diferentes clases e intensidades de ladridos que existen: gruñidos y gañidos, aullidos y quejidos, bufidos y mugidos, lamentos y gimoteos, quiebros y requiebros, mordisqueos y lloriqueos, y el ladrido más descomunal, como salido de un gigantesco sabueso en la cueva de un ogro. De repente, todo el pelo de Rover alrededor del cuello se le volvió muy real otra vez y se le puso tieso como si fueran cerdas; y pensó que le gustaría bajar y pelearse con todos aquellos perros a la vez, hasta que se acordó de lo pequeño que era.

—Esa es la Isla de los Perros —dijo Mew—, o más bien la Isla de los Perros Perdidos, adonde van todos los perros perdidos que lo merecen o tienen suerte. No es un mal sitio para perros, me han dicho; y pueden hacer tanto ruido como quieran sin que nadie les diga que se callen o les arrojen algo. Dan un bonito concierto, todos ladrando a la vez con sus ruidos predilectos, siempre que la luna brilla. Me han dicho que allí hay también árboles de hueso, con frutos como jugosos huesos con carne que caen de los árboles cuando están maduros. ¡No! ¡Ahora no vamos allí! ¿Te das cuenta? Ahora no se puede decir que seas exactamente un perro, aunque ya no seas propiamente un juguete. En realidad, creo que Psámatos no sabía muy bien qué hacer contigo cuando dijiste que no querías ir a casa.

—Entonces, ¿adonde vamos? —preguntó Rover. Estaba molesto por no poder ver de cerca la Isla de los Perros, después de haber oído hablar de los árboles de hueso.

—Por la senda de la luna directamente hasta el borde del mundo, y luego a través del borde hasta la luna. Eso es lo que dijo el viejo Psámatos.

A Rover no le gustó en absoluto la idea de ir más allá del borde del mundo, y la luna le pareció un sitio frío.

—¿Por qué a la luna? —preguntó—. En el mundo hay montones de sitios donde no he estado. Nunca oí que en la luna hubiera huesos, o incluso perros.

—Al menos hay un perro, pues el Hombre de la Luna tiene uno; y como él es un

viejo honrado, y también el más grande de todos los magos, con toda seguridad que allí habrá huesos para los perros, y probablemente para los visitantes. En cuanto a por qué te han enviado allí, me atrevería a decir que lo descubrirás en el momento oportuno, si conservas la calma y no pierdes el tiempo gruñendo. Considero muy amable de parte de Psámatos preocuparse por ti; de hecho, no entiendo por qué lo hace. No es propio de él hacer algo sin una buena y poderosa razón, y tú no pareces ni bueno ni poderoso.

—Gracias —dijo Rover, profundamente herido—. Son muy amables todos esos magos al preocuparse por mí, estoy seguro, aunque es bastante enojoso. Una vez que te has enredado con magos y sus amigos, nunca sabes lo que puede ocurrir en cualquier momento.

—Eso es mucho mejor de lo que merece un perrito mimado y bullanguero —dijo la gaviota, y después ya no tuvieron más conversación durante un buen rato.

La luna se hizo más grande y más brillante, y abajo el mundo se hizo más oscuro y más distante. Luego, en un abrir y cerrar de ojos desapareció el mundo, y Rover pudo ver las estrellas que brillaban en la oscuridad de debajo. Más allá divisó el rocío blanco de la luz de la luna, donde las cascadas se precipitaban sobre el borde del mundo y caían directamente en el espacio. Esto le hizo sentir un vértigo insoportable, y se acurrucó entre las plumas de Mew y cerró los ojos durante mucho, mucho tiempo.

Cuando volvió a abrirlos, la luna estaba debajo de ellos; un mundo nuevo, blanco, que brillaba como la nieve, con amplios espacios abiertos de color verde y azul pálido, donde las altas y picudas montañas proyectaban sus largas sombras hasta muy lejos, sobre el suelo.

En lo alto de una de las montañas más altas, tan alta que pareció que iban a chocar contra ella cuando Mew descendió velozmente, Rover alcanzó a ver una torre blanca. Era blanca con líneas rosadas y verde claro, brillando como si estuviera construida con millones de conchas marinas todavía cubiertas de espuma y resplandecientes; y se alzaba en el borde de un precipicio blanco, blanco como un acantilado de creta, pero a la luz de la luna brillaba con más intensidad que una distante lámina de cristal en una noche sin nubes.

Por lo que pudo ver Rover, no había sendero para bajar de aquel acantilado; pero de momento eso no importaba, pues Mew descendía velozmente y pronto se posó en el tejado de la torre, a una altura tan vertiginosa por encima del mundo-luna que los acantilados del mar, donde Mew vivía, parecían bajos y seguros.

Para sorpresa de Rover, de inmediato se abrió cerca de ellos una pequeña puerta, que daba al tejado, y un viejo con una barba larga y plateada asomó la cabeza.

—¡No está mal! —dijo—. He estado midiendo el tiempo desde que pasasteis por el borde; mil seiscientos kilómetros por minuto, he llegado a contar. ¡Tenéis prisa esta

mañana! Me alegro de que no chocarais con mi perro. Me pregunto en qué lugar de la luna estará ahora.

El viejo sacó un telescopio larguísimo y se lo puso en un ojo.

—¡Allí está! ¡Allí está! —gritó—. ¡De nuevo molestando a los rayos de luna, maldita sea! ¡Baja de ahí, chico! ¡Baja de ahí, chico! — añadió hablándole al aire, y en seguida se puso a silbar una larga y clara tonada.

Rover levantó los ojos y miró al aire, pensando que el divertido viejo tenía que estar loco al silbar a un perro que estaba arriba en el cielo; pero vio con asombro un perro pequeño de alas blancas que muy por encima de la torre perseguía unas cosas que parecían mariposas transparentes.

—¡Rover! ¡Rover! —gritó el viejo; y justamente cuando nuestro Rover saltó sobre el lomo de Mew para decir «¡Aquí estoy!», sin detenerse a preguntar cómo era que el viejo sabía cómo se llamaba, vio que el pequeño perro volador descendía directamente del cielo y se posaba en los hombros del viejo.

Entonces se dio cuenta de que el perro del Hombre de la Luna se tenía que llamar también Rover. No le gustó, pero como nadie se preocupaba por él, se tendió de nuevo y empezó a gruñir entre dientes.

El Rover del Hombre de la Luna tenía buen oído y al momento saltó hasta el tejado de la torre ladrando como loco; luego se detuvo y gruñó:

—¿Quién trajo ese otro perro?

—¿Qué otro perro? —dijo el Hombre.

—Ese ridículo, pequeño chucho que está en el lomo de la gaviota —dijo el perro de la luna.

Entonces, como es natural, Rover saltó de nuevo y ladró con todas sus fuerzas:

—¡Tú sí que eres un ridículo, pequeño chucho! ¿Quién dijo que te podías llamar Rover, si te pareces más a un gato o a un murciélago que a un perro?

Ahí puedes ver que los dos iban a hacerse muy amigos antes de que pasase mucho tiempo. En cualquier caso, ésa es la manera como los perros pequeños hablan usualmente a los forasteros de su misma especie.

—¡Eh, vosotros dos, levantad el vuelo! ¡Y dejad de hacer tanto ruido! Quiero hablar con el cartero —dijo el Hombre.

—¡Ven aquí, chiquitín! —dijo el perro de la luna; y Rover recordó entonces que efectivamente era muy chiquitín, incluso al lado del perro de la luna, que sólo era pequeño; y en lugar de lanzar un rudo ladrido, sólo dijo:

—Ya me gustaría, si tuviera alas y supiera volar.

—¿Alas? —dijo el Hombre de la Luna—. ¡Eso es fácil! ¡Ten un par y vete!

Mew rió, y efectivamente lo arrojó fuera del lomo, por encima del borde del tejado de la torre. Pero Rover no había hecho más que abrir la boca, y sólo se había imaginado cayendo y cayendo como una piedra sobre las blancas rocas del valle,

kilómetros hacia abajo, cuando descubrió que le habían regalado un par de hermosas alas blancas con puntos negros (para que le hicieran juego con el pelo). No obstante, había recorrido un largo trayecto antes de que pudiera dejar de caer, pues no estaba acostumbrado a las alas. Para eso necesitó un rato, aunque ya antes el Hombre de la Luna había dicho a Mew que su Rover había estado persiguiendo al perro de la luna alrededor de la torre. Empezaba a cansarse de aquellos primeros esfuerzos, cuando el perro de la luna descendió hasta la cima de las montañas y se posó en el borde del precipicio, a los pies de las paredes. Rover bajó detrás de él, y pronto los dos estuvieron sentados uno al lado del otro, tomando aliento con la lengua fuera.

—De modo que te llamas Rover por mí —dijo el perro de la luna.

—No por ti —dijo nuestro Rover—. Estoy seguro de que mi ama nunca había oído hablar de ti cuando me puso mi nombre.

—Eso no importa. Yo fui el primer perro que se llamó Rover, el Vagabundo, hace miles de años; por lo tanto, ¡a ti te tuvieron que poner el nombre de Rover después de mí! ¡Yo también era un vagabundo! Nunca me quedaba quieto en un sitio, ni pertenecí a nadie antes de venir aquí. Desde que era un cachorro no hice otra cosa que escaparme; y estuve corriendo y vagabundeando hasta que una bonita mañana, una mañana muy bonita, con el sol en mis ojos, caí por el borde del mundo mientras perseguía una mariposa.

»¡Una sensación horrible, te lo aseguro! Afortunadamente en ese momento la luna pasaba por debajo del mundo, y después de descender durante unos momentos espantosos a través de las nubes, y dar contra estrellas fugaces, y cosas parecidas, caí en ella. Fui a parar a una de las enormes redes plateadas que las gigantescas arañas grises tejen aquí, de una montaña a otra, y justamente la araña se disponía a bajar por la escalera de hilos para regañarme y sacarme de allí, cuando apareció el Hombre de la Luna.

»El ve absolutamente todo lo que ocurre a este lado de la luna con ese telescopio suyo. Las arañas le tienen miedo, porque sólo las deja en paz si tejen hilos y cuerdas de plata para él. El Hombre tiene sospechas más que fundadas de que ellas capturan los rayos de luna, que son de él, y eso no está dispuesto a permitirlo, a pesar de que dicen que ellas viven exclusivamente de alevillas y murciélagos de las sombras. En la escalera de la araña el Hombre encontró alas de rayos de luna y convirtió rápidamente a la araña en una piedra. Luego me agarró y me dio unas palmaditas y dijo:

»"¡Ha sido una caída terrible! Será mejor que tengas un par de alas para prevenir cualquier otro accidente, ¡y ahora sal volando y diviértete! ¡No te preocupes de los rayos de luna, y no mates mis conejos blancos! ¡Y vuelve a casa cuando tengas hambre, la ventana del techo está normalmente abierta!"

»Yo creía que era un individuo honrado, pero más bien loco. Pero no te

equivoques en esto de su locura. En verdad yo no me atrevería a causar daño a sus rayos de luna o a sus conejos. Puede transformarte y darte formas horriblemente incómodas. ¡Y ahora dime por qué viniste con el cartero!

—¿El cartero? —dijo Rover.

—Sí, Mew, el cartero del viejo hechicero de la arena, naturalmente —dijo el perro de la luna.

Apenas había acabado Rover el relato de sus aventuras cuando oyeron silbar al Hombre. Corrieron hasta el tejado. El viejo estaba sentado allí, con las piernas colgando del borde, arrojando sobres al aire con la misma rapidez con que abría las cartas. El viento los transportaba en remolinos, hasta el cielo, y Mew volaba tras ellos y los capturaba y los metía luego en una pequeña bolsa.

—Acabo de leer sobre ti, Roverandom, mi pequeño perro — dijo—. (Yo te llamo Roverandom y Roverandom tendrás que ser; aquí no puedo tener dos Rovers.) Y estoy totalmente de acuerdo con mi amigo Sámatos (no quiero poner esa ridicula P para complacerle) en que ha sido mejor para ti detenerte aquí un momento. También he recibido una carta de Artajerjes, si sabes quién es, e incluso si no lo sabes, en la que me dice que te haga volver en seguida. Parece muy molesto contigo por haberte escapado, y con Sámatos por haberte ayudado. Pero a nosotros no nos preocupa, y tú tampoco tienes por qué preocuparte, mientras estés aquí.

—¡Ahora sal volando y diviértete! No te preocupes por los rayos de luna, y no mates mis conejos blancos, y ven a casa cuando tengas hambre! ¡La ventana del tejado está normalmente abierta! ¡Adiós!

El Hombre de la Luna desapareció inmediatamente en el aire tenue; y todo aquel que ha estado allí te dirá lo sumamente tenue que es el aire de la luna.

—¡Bueno, adiós, Roverandom! —dijo Mew—. Espero que te diviertas armando trifulcas con los brujos. Adiós por ahora. No mates a los conejos blancos, y todo irá bien, y volverás a casa sano y salvo, tanto si quieres como si no.

Entonces, Mew salió volando tan rápidamente que antes de que pudieras decir «¡zas!» se convirtió en un puntito en el cielo, y luego desapareció. Ahora Rover no sólo volvía a tener el tamaño de un juguete sino que además le habían cambiado el nombre, y lo habían dejado completamente solo en la luna, completamente solo si no fuera por el Hombre de la Luna y su perro.

A Roverandom —como también nosotros haremos bien en lla-marlo, a partir de ahora, para evitar confusiones— no le importaba. Las nuevas alas eran muy divertidas, y la luna llegó a parecerle un lugar muy interesante, de modo que se olvidó de seguir pensando por qué Psámatos lo había enviado allí. Aún tenía que transcurrir mucho tiempo antes de que lo averiguara.

Mientras tanto vivió toda suerte de aventuras, en solitario y con el Rover de la luna. No volaba muy a menudo por los aires, lejos de la torre, pues en la luna, y

especialmente en el lado blanco, los insectos son muy grandes y feroces, y a menudo tan pálidos y tan transparentes y tan silenciosos que es difícil oírlos o verlos venir. Los rayos de luna sólo brillan y vibran, y Roverandom no les tenía miedo; las grandes alevillas blancas con ojos feroces eran mucho más inquietantes; y había moscas espada y escarabajos de cristal con mandíbulas como cepos de acero, y unicornios pálidos con aguijones como lanzas, y cincuenta y siete variedades de arañas dispuestas a engullir todo lo que capturaban. Y peor que los insectos eran los murciélagos de las sombras.

Roverandom hacía lo que los pájaros hacían en aquel lado de la luna: volaba muy poco, excepto cerca de casa, o en espacios abiertos con buena visión todo alrededor, y lejos de los sitios donde se escondían los insectos; y andaba de un sitio a otro muy silenciosamente, sobre todo en el bosque. Allí la mayoría de las cosas se hacían en silencio, y hasta los pájaros rara vez cantaban. Los ruidos que había, venían sobre todo de las plantas. Las flores —las campanas blancas, las campanas claras y las campanas de plata, las campanas tintineantes y las trompetitas y los cuernos de crema (una crema muy pálida) y muchos otros con nombres intraducibles— emitían tonadas durante todo el día. Y las hierbas-plumas y los helechos —cuerdas de violín mágicas, polifonías y lenguas de bronce y ruidos del bosque— y todas las cañas de los estanques blancos como leche continuaban la música, suavemente, inclusive de noche. De hecho allí siempre se oía una música tenue.

Pero los pájaros guardaban silencio; casi todos eran muy pequeños, brincaban de un lado a otro, sobre la hierba gris, debajo de los árboles, eludiendo las moscas y los moscardones; y muchos habían perdido las alas o habían olvidado cómo utilizarlas. Roverandom acostumbraba a sorprenderlos en sus pequeños nidos terrestres, cuando caminaba quedamente sobre la hierba pálida, persiguiendo a los pequeños ratones blancos o husmeando ardillas grises en los lindes del bosque.

Los bosques estaban llenos de campanitas de plata; cuando las vio por primera vez todas tañían suavemente al unísono. Los tallos negros emergían, altos como iglesias, de la alfombra plateada, y estaban cubiertos con hojas azul claro que nunca caían, de modo que ni siquiera el más largo telescopio de la tierra ha visto alguna vez aquellos altos tallos o las campanitas de plata que hay debajo de ellos. Más adelante, dentro del mismo año, todos los árboles se llenaban de flores doradas; y como los bosques de la luna son casi interminables, no cabe duda de que esto altera la imagen de la luna desde abajo, desde la tierra.

Pero no debes pensar que Roverandom se pasaba todo el tiempo vagabundeando. Después de todo, los perros sabían que el ojo del Hombre estaba fijo en ellos, y emprendían numerosas aventuras y se divertían de lo lindo. A veces recorrían kilómetros y kilómetros y durante días se olvidaban de volver a la torre. Una o dos veces subieron a las montañas lejanas, hasta que, al mirar atrás, sólo podían ver la

torre de la luna como una aguja brillante en la distancia; y se sentaron en las rocas blancas y contemplaron las diminutas ovejas (no más grandes que el Rover del Hombre de la Luna) que vagaban en rebaños por las laderas de las colinas. Cada oveja llevaba una esquila dorada, y cada esquila sonaba cada vez que una oveja movía una pata hacia adelante para tomar un bocado fresco de hierba gris; y todas las esquilas tañían armoniosamente y todas las ovejas brillaban como nieve, y nadie las molestaba. Los Rovers estaban demasiado bien educados (y tenían demasiado miedo al Hombre) para hacer una cosa así, y en toda la luna no había otros perros, ni vacas, ni caballos, ni leones, ni tigres, ni lobos; de hecho, nada con cuatro patas más grande que los conejos y las ardillas (y además del tamaño de un juguete), aunque ocasionalmente se podía ver, meditando en actitud solemne, un enorme elefante blanco casi tan grande como un burro. No he mencionado los dragones, porque aún no entran en la historia, y en cualquier caso vivían a mucha distancia, lejos de la torre, pues tenían mucho miedo al Hombre de la Luna, excepto uno (y aun él le tenía un poco de miedo).

Cada vez que los perros volvían a la torre y entraban volando por la ventana, encontraban la comida a punto, como si lo hubieran planeado; pero rara vez veían u oían al Hombre. Este tenía un taller abajo, en los sótanos, y por las escaleras acostumbraban a subir nubes de vapor blanco y niebla gris que se disolvían al salir por las ventanas superiores.

—¿Qué hace él solo todo el día? —dijo Roverandom a Rover.

—¿Hacer? —dijo el perro de la luna—. Oh, durante todo el día está bastante ocupado; aunque desde que llegaste parece aún más ocupado de lo que yo le había visto durante mucho tiempo. Inventando sueños, creo yo.

—¿Y para quién los inventa?

—¡Oh, para los del otro lado de la luna! En este lado nadie sueña; todos los que sueñan van a la parte de atrás.

Roverandom se sentó y se rascó; le pareció que la explicación no explicaba nada. El perro de la luna ya no le diría más, y si me preguntas, te diré que él tampoco sabía mucho del tema.

Sin embargo, poco después ocurrió algo que alejó de golpe, por algún tiempo, tales cuestiones de la mente de Roverandom. Los dos perros salieron y tuvieron una aventura muy emocionante, demasiado emocionante mientras duró; pero fue culpa de ellos. Estuvieron varios días fuera, mucho más lejos que nunca desde la llegada de Roverandom; y no se les ocurrió pensar a dónde se dirigían. De hecho, salieron y se perdieron; y, al equivocar el camino, se alejaron más y más de la torre cuando pensaban que estaban regresando. El perro de la luna decía que ya había recorrido todo el lado blanco de la luna y se lo conocía todo de memoria (era muy dado a exagerar), pero a la postre tuvo que admitir que el paisaje le resultaba un poco

extraño.

—Me temo que ha transcurrido mucho tiempo desde que llegué aquí —dijo—, y estoy empezando a olvidarlo un poco.

En realidad, el perro de la luna nunca había estado allí con anterioridad. Sin darse cuenta, se habían acercado demasiado al borde sombrío del lado oscuro, donde había toda suerte de cosas semiolvidadas, y los caminos y los recuerdos se confundían. Cuando se sintieron seguros de que por fin estaban en el camino de vuelta correcto, se sorprendieron al comprobar que delante de ellos se alzaban unas montañas silenciosas, desnudas e inquietantes; y esta vez el perro de la luna no presumió de haberlas visto antes. Eran grises, no blancas, y parecía como si estuvieran hechas de viejas, frías cenizas; y entre ellas se extendían largos y oscuros valles, sin signos de vida.

Entonces empezó a nevar. En la luna nieva a menudo, pero la nieve (como ellos lo llaman) es usualmente agradable y cálida, y completamente seca, y se convierte en fina arena blanca y se esparce por los aires. Esta se parecía más a la nuestra. Era húmeda y fría; y estaba sucia.

—Eso me pone nostálgico —dijo el perro de la luna—. Es exactamente como la sustancia que acostumbraba a caer en el pueblo donde yo vivía cuando era un cachorro, en el mundo que tú conoces. ¡Oh! Mira aquellas chimeneas, son altas como árboles de la luna; y el humo negro; ¡y los fuegos del horno rojo! A veces me cansa un poco tanto color blanco. Es muy difícil ensuciarse de verdad en la luna.

Esto muestra bastante los bajos gustos del perro de la luna; y como si no hubiera pueblos así en el mundo desde hace cientos de años, también puedes ver que ha exagerado mucho el tiempo que había pasado desde que cayó por el borde. Sin embargo, en aquel preciso momento, un copo especialmente grande y sucio le golpeó en el ojo izquierdo, y cambió de parecer.

—Creo que este copo ha errado el camino y ha caído fuera del duro viejo mundo —dijo—. ¡Al demonio con él! Y parece que también nosotros hemos errado nuestro camino de plano. ¡Al infierno con él! ¡Busquemos un agujero y metámonos dentro!

Les costó algún tiempo encontrar un agujero, y antes de en-contrarlo ya estaban completamente mojados y fríos: de hecho, su estado era tan lamentable que entraron en el primer refugio que encontraron y no tomaron precauciones, que es lo primero que debes hacer en los parajes desconocidos del borde de la luna. El refugio en el que se metieron no era un agujero sino una cueva, y muy grande; oscura pero seca.

—Es bonita y caliente —dijo el perro de la luna, y cerró los ojos y casi inmediatamente se quedó dormido.

—¡Ay! —gritó no mucho después, despertando bruscamente, a la manera perruna, de un agradable sueño—. ¡Demasiado caliente!

El perro de la luna se puso en pie de un salto. Oyó al pequeño Roverandom gritar

un poco más allá, dentro de la cueva, y cuando fue a ver qué ocurría, descubrió un hilo de fuego que serpenteaba a lo largo del suelo hacia ellos. Entonces no echó de menos el hogar con hornos al rojo vivo; y agarrando al pequeño Roverandom por el cuello salió de la cueva con la rapidez de una centella y huyó hasta un pico de piedra que se alzaba justo fuera.

Allí los dos se sentaron en la nieve, temblando y mirando, cosa que era muy tonta de su parte. Lo que tendrían que haber hecho era volar a casa, o a cualquier otro sitio, más veloces que el viento. El perro de la luna no lo sabía todo sobre la luna, como puedes ver, pues de lo contrario habría sabido que aquella era la guarida del Gran Dragón Blanco, que sólo temía —a medias— al Hombre (y apenas cuando estaba enfadado). El Hombre mismo estaba un poco molesto con este dragón. Cuando se refería a él le llamaba «esa maldita criatura».

Todos los dragones blancos proceden originalmente de la luna, como probablemente sabes; pero éste había estado en el mundo y había vuelto, de modo que había aprendido un par de cosas. En tiempos de Merlín luchó con el Dragón Rojo en Caerdragón, como puedes ver en todos los libros de historia más actualizados, después de lo cual el dragón se puso muy rojo. Posteriormente causó otros muchos daños en las Tres Islas, y durante un tiempo se fue a vivir a lo alto de Snowdon. Mientras esto duró, la gente no se molestó en subir allí, con la sola excepción de un hombre, al que el dragón sorprendió bebiendo de una botella. El hombre huyó tan deprisa que dejó la botella allí arriba, y su ejemplo ha sido seguido por otros muchos posteriormente. Tras la desaparición del Rey Arturo, el dragón huyó a Gwynfa en una época en la que las colas de los dragones eran consideradas un manjar delicado por los reyes sajones.

Gwynfa no está tan lejos del borde del mundo, y es muy sencillo volar desde allí hasta la luna para un dragón tan titánico y tan enormemente malo como éste. Ahora vivía en el borde de la luna, pues no estaba muy seguro de lo que el Hombre de la Luna podía hacer con sus hechizos y sus artimañas. Aun así, en ocasiones se atrevía a interferir en los esquemas de colores. A veces, cuando celebraba un banquete de dragones o tenía un berrinche, lanzaba llamas reales, rojas y verdes, desde la cueva; y eran frecuentes las nubes de humo. Se sabía que una o dos veces había dejado roja toda la luna, o la había hecho desaparecer por completo. En tan incómodas ocasiones el Hombre de la Luna se cubría (y cubría a su perro), y todo lo que decía era «otra vez esa maldita criatura». Nunca explicó qué criatura era, o donde vivía; simplemente bajaba a los sótanos, descorchaba los mejores hechizos y arreglaba las cosas tan rápidamente como podía.

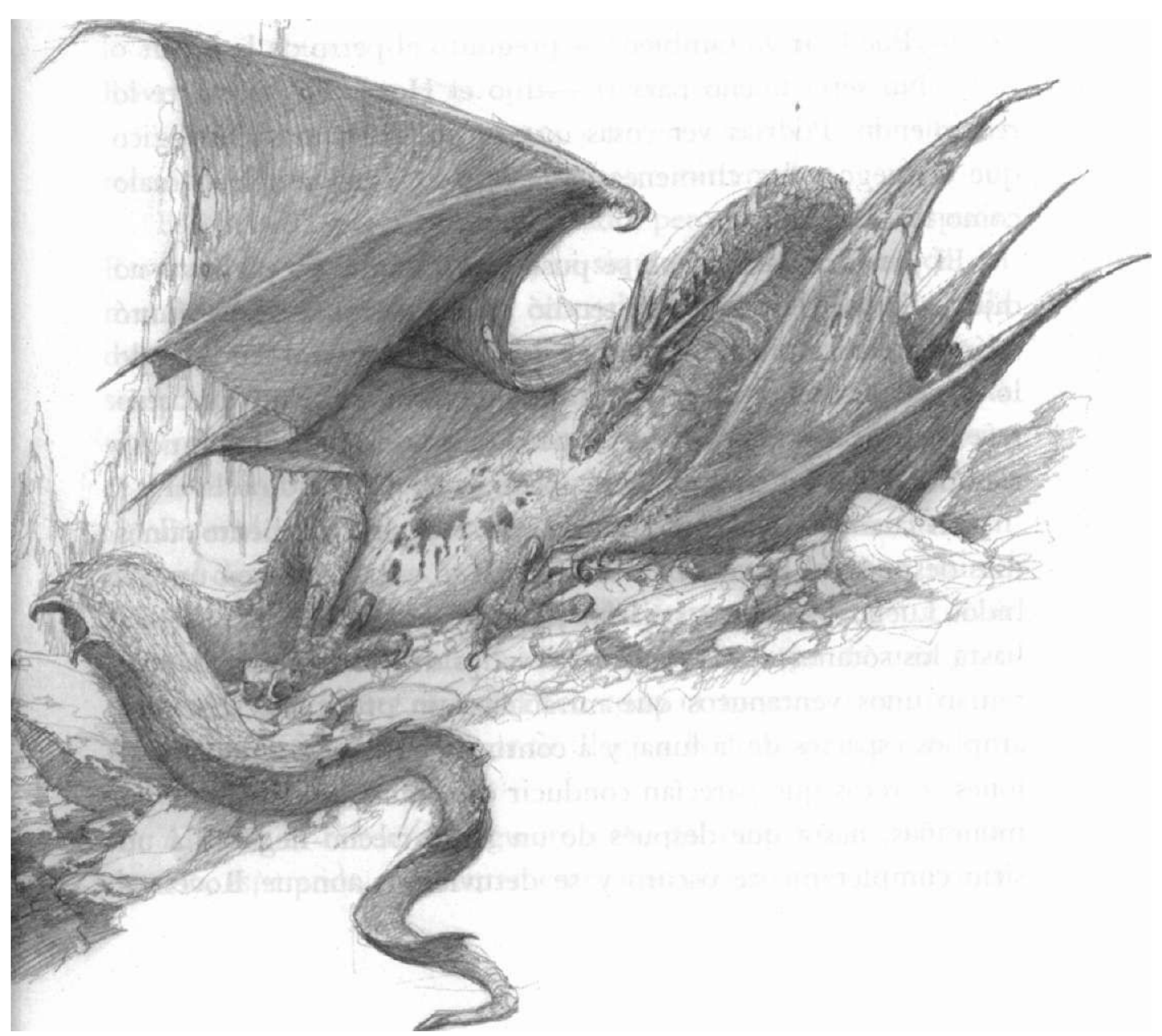
Ahora lo sabes todo; y si los perros hubieran sabido la mitad nunca se habrían detenido allí. Pero se detuvieron, al menos el tiempo que he necesitado para hablar del Dragón Blanco, y entonces todo él, blanco con ojos verdes, rezumando fuego

verde por cada articulación, y desprendiendo humo negro como un barco de vapor, salió de la cueva y lanzó el más horrible bramido. Las montañas se agitaron y retumbaron, y la nieve se secó; las avalanchas se detuvieron y las cascadas quedaron inmóviles.

Aquel dragón tenía alas, como las velas que tenían los barcos cuando todavía eran barcos, y no máquinas de vapor; y no tenía reparos en matar a cualquier criatura, desde un ratón hasta una hija del emperador. Y planeó matar a aquellos dos perros, y lo anunció varias veces antes de elevarse por los aires. Ese fue su error. Los dos salieron disparados como cohetes y se alejaron siguiendo el viento, a una velocidad que habría enorgullecido a la misma Mew. El dragón salió detrás de ellos, batiendo las alas como un dragón volador y lanzando dentelladas como un dragón mordedor, derribando las cimas de las montañas, y haciendo sonar todas las esquilas de las ovejas como una ciudad en llamas. (Ahora ya sabes por qué todas ellas llevan esquilas.)

Por fortuna, al seguir el viento los dos perros iban en la dirección correcta. Tan pronto como las esquilas alcanzaron un ritmo frenético, de la torre salió un cohete enorme. Se le pudo ver en toda la luna como un paraguas dorado que estalló en miles de penachos de plata, y no mucho después provocó una caída imprevista de estrellas fugaces en el mundo. Si fue una guía para los pobres perros, fue también un aviso para el dragón; pero él había emitido demasiado vapor para darse cuenta.

La persecución continuó de una manera feroz. Si has visto alguna vez un pájaro persiguiendo a una mariposa, y puedes imaginar un pájaro más que gigantesco persiguiendo a dos mariposas insignificantes entre montañas blancas, entonces puedes empezar a imaginar las vueltas y revueltas y la salvaje, zigzagueante rapidez de aquella huida. En más de una ocasión, antes de que hubieran cubierto la mitad del camino, el aliento del dragón chamuscó el rabo de Roverandom.



¿Qué hizo el Hombre de la Luna? Pues bien, lanzó un cohete realmente magnífico; y después dijo «¡esa maldita criatura!» y también «¡esos malditos perros! ¡Van a provocar un eclipse antes de tiempo!». Y después bajó a los sótanos y destapó un hechizo oscuro, negro, que parecía una jalea de alquitrán y miel (y olía a cinco de noviembre y a caldo de repollo que hierve y rebosa).

En aquel preciso momento, el dragón se situó justamente encima de la torre y levantó una enorme garra para golpear a Roverandom, y lanzarlo al vacío. Pero no llegó a hacerlo. El Hombre de la Luna disparó un hechizo desde una ventana baja e hirió al dragón en la barriga (especialmente blanda en los dragones) y lo golpeó en el costado. El dragón perdió el sentido y cayó sobre una montaña antes de que pudiera recuperar el dominio de su cuerpo; y era difícil decir cuál había sido el daño mayor: el de la nariz o el de la montaña; en cualquier caso los dos quedaron deformados.

Así, los dos perros se lanzaron hacia dentro por la ventana más alta, y tardaron una semana en recuperar el aliento; y el dragón, patituerto, volvió lentamente a la cueva, donde se estuvo rascando la nariz durante meses. El siguiente eclipse fue un fracaso, pues el dragón estaba muy ocupado lamiéndose la barriga. Y nunca

consiguió eliminar las manchas negras que le habían salido donde el hechizo lo alcanzó. Me temo que las va a llevar siempre. Ahora lo llaman el Monstruo Manchado.



3

Al día siguiente, el Hombre de la Luna miró a Roverandom y dijo:

—¡Te has escapado por los pelos! Parece que has explorado el lado blanco bastante bien para ser un perro joven. Pienso que cuando te hayas recuperado del susto será el momento de visitar el otro lado.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó el perro de la luna.

—No sería bueno para ti —dijo el Hombre—, y no te lo recomiendo. Podrías ver cosas que te pondrían más nostálgico que el fuego y las chimeneas, y a la postre eso sería tan malo como los dragones.

El perro de la luna no se puso rojo, porque no podía; y no dijo nada, pero se fue y se tendió en un rincón y se preguntó cuánto sabría el viejo de todo lo que pasaba, y también de todo lo que se decía. Por un momento se preguntó asimismo qué querría decir exactamente el viejo; pero esto no le preocupó mucho tiempo; él era un tipo despreocupado.

En cuanto a Roverandom, cuando recuperó el aliento, unos días después, el Hombre de la Luna llegó y lo llamó con un silbido. Luego bajaron y bajaron juntos, siempre escaleras abajo, hasta los sótanos, que estaban excavados dentro del acantilado y tenían unos ventanucos que miraban a un precipicio sobre los amplios

espacios de la luna; y a continuación bajaron unos escalones secretos que parecían conducir directamente debajo de las montañas, hasta que después de un largo trecho llegaron a un sitio completamente oscuro y se detuvieron, aunque Roverandom no dejaba de volver la cabeza, como desconcertado, después de kilómetros de bajar escaleras y dar vueltas y más vueltas.

En completa oscuridad, el Hombre de la Luna brillaba pálidamente, todo él, como un gusano de luz, y ésa era la única luz de que disponían. Aun así, era suficiente para ver la puerta, una puerta grande en el suelo. El viejo tiró de ella, y, al levantarla, la oscuridad pareció salir de la abertura, como si fuera una niebla, Roverandom ya no pudo ver ni siquiera el débil resplandor del Hombre.

—¡Baja, perrito bueno! —dijo, y la voz del Hombre emergió de la oscuridad.

No debes sorprenderte si te digo que Roverandom no se comportó como un buen perro, pues no se movió. Retrocedió hasta el rincón más apartado de la pequeña sala y bajó las orejas. Tenía más miedo del agujero negro que del hombre viejo.

Pero no le sirvió de nada. El Hombre de la Luna lo agarró y lo arrojó al agujero sin rodeos; y cuando caía y caía en el vacío, Roverandom oyó que le gritaba, ya muy lejos, encima de él:

—¡Déjate caer en línea recta y luego vuela siguiendo la dirección del viento! ¡Espérame en el otro extremo!

Eso debería haberlo tranquilizado, pero no fue así. Después, Roverandom diría siempre que ni siquiera caer por el borde del mundo podía ser peor, y que, en cualquier caso, fue la más mala de todas sus aventuras, y que cada vez que la recordaba tenía la sensación de haber perdido la barriga. Puedes creer que todavía sigue pensando así cuando grita en sueños y se aferra súbitamente a la alfombra de delante de la chimenea.

En cualquier caso, la caída llegó a su fin. Después de un buen rato, el descenso se fue haciendo más lento hasta que por último él casi se detuvo. Durante el resto del trayecto tuvo que utilizar sus alas; y era como volar hacia arriba, a lo largo de una gran chimenea; por suerte, ayudado en todo el trayecto por una corriente poderosa. Cuando por fin llegó a la cima estaba más que contento.

Allí, en el borde del agujero pero del otro lado, estuvo jadeando, esperando obedientemente, y angustiado, al Hombre de la Luna. Transcurrió un buen rato hasta que apareció, y Roverandom tuvo tiempo para ver que estaba en el fondo de un valle profundo y oscuro, entre montes bajos y sombríos. Nubes negras parecían reposar en las cimas, y más allá de las nubes sólo había una estrella.

De repente, tuvo mucho sueño; en unos oscuros arbustos cercanos un pájaro entonó un canto somnoliento que le pareció extraño y maravilloso después de los pequeños pájaros mudos del otro lado a los que se había acostumbrado. Roverandom cerró los ojos.

—¡Despierta, perrito! —gritó una voz; y Roverandom dio un salto justo a tiempo para ver cómo el Hombre salía del agujero sujeto a una soga que una gran araña gris (mucho más grande que él) se apresuró a sujetar a un árbol próximo.

El Hombre saltó fuera.

—¡Gracias! —dijo a la araña—. ¡Y ahora vete! —Y la araña se fue, contenta. En el lado oscuro hay arañas negras, venenosas, aunque no tan grandes como los monstruos del lado blanco. Odian todo lo blanco o pálido o claro, y especialmente a las arañas pálidas, a las que odian como a esos parientes ricos que rara vez se dejan ver.

La araña gris bajó por la soga al agujero, y en el mismo momento la araña negra bajó del árbol.

—¡Ahora! —gritó el viejo a la araña negra—. ¡Vuelve aquí! Esa es mi puerta privada, no debes olvidarlo. Sólo tienes que hacerme una bonita hamaca con esos dos tejos y te perdonaré.

—Trepar arriba y abajo a través del centro de la luna es bastante pesado —le dijo la araña a Roverandom—, y creo que me vendría bien un poco de descanso antes de que lleguen. Son muy simpáticos, pero necesitan mucha energía. Naturalmente, yo podría echar mano de las alas, sólo que las gasto demasiado deprisa; además eso significaría hacer más grande el agujero, pues mis alas difícilmente entrarían, y yo soy una excelente trepadora con la cuerda.

—Y ahora, ¿qué piensas de este lado? —continuó el Hombre—. Es oscuro con un cielo pálido, mientras que el otro era pálido con un cielo oscuro, ¿no es así? Un cambio total, sólo que aquí no hay mucho más color real que allí, no lo que yo llamo color real, montones y montones de color. Debajo de los árboles hay unos cuantos destellos, si miras, luciérnagas y escarabajos diamantinos y alevillas como rubíes, y otros similares. Pero muy pequeños; muy pequeños, como todas las cosas que brillan en este lado. Y tienen una vida terrible, con buhos como águilas y tan negros como el carbón, y cuervos como buitres y tan numerosos como gorriones, y todas esas arañas negras. Pero lo que a mí, personalmente, menos me gusta son esos pájaros como terciopelo negro que vuelan todos juntos en nubes. Ni siquiera se apartan de mi camino. No me atrevo a esparcir un poco de luz, pues todos quedarían apresados en mi barba.

»Aun así, este lado tiene sus encantos, perrito; y uno de ellos es que nadie y ningún perro de la tierra lo ha visto hasta ahora, estando despierto, ¡excepto tú!

Entonces, el Hombre saltó de repente hasta la hamaca que la araña negra había tejido para él mientras hablaba y se quedó dormido en un abrir y cerrar de ojos.

Roverandom se quedó solo y lo miró, con un ojo pendiente de las arañas negras. Aquí y allá, debajo de los árboles oscuros e inmóviles, parpadeaban y se movían pequeños focos de luz, rojos, verdes, dorados y azules. El cielo estaba pálido con

extrañas estrellas encima de los mechones flotantes de la nube de terciopelo. Miles de ruiseñores parecían estar cantando en algún otro valle, un poco por debajo de las colinas más próximas. Y entonces Roverandom oyó el sonido de voces de niños, o el eco del eco de unas voces que llegaba con una brisa súbita y suave. Se detuvo y ladró con el ladrido más fuerte con que había ladrado desde que empezó este cuento.

—¡Válgame Dios! —gritó el Hombre de la Luna, despertando de golpe y saltando de la hamaca a la hierba, cerca del rabo de Roverandom—. ¿Han llegado ya?

—¿Quiénes? —preguntó Roverandom.

—Está bien, pero si no los has oído, ¿por qué ladrabas? —dijo el viejo—. ¡Ven por aquí!

Fueron por un largo sendero gris, marcado con piedras débilmente luminosas y cubierto por arbustos que colgaban a los lados. El sendero seguía y seguía, y los arbustos se convirtieron en pinos, y de noche el aire estaba lleno del olor de los pinos. Después, el sendero empezó a subir; y al cabo de un rato llegaron a la cima del punto más bajo en la cadena de montañas en la que estaban encerrados.

Roverandom miró entonces abajo, al valle más próximo; y todos los ruiseñores dejaron de cantar al momento, y voces de niños flotaron, claras y dulces, pues cantaban una bonita canción con muchas voces integradas en una sola música.

El viejo y el perro corrían y saltaban juntos colina abajo. ¡Qué digo! ¡El Hombre de la Luna podía saltar de roca en roca!

—¡Venga, venga! —gritó—. ¡Es posible que yo sea un macho cabrío con barba, un macho cabrío salvaje o de jardín, pero tú no puedes atraparme! —Y Roverandom tenía que volar para poder seguirlo.

Y de repente llegaron a un precipicio escarpado, no muy alto, pero oscuro y terso como el azabache. Al echar una mirada, Roverandom vio abajo un jardín crepuscular; y mientras miraba el crepúsculo se convirtió en la blanda luz de un sol de media tarde, aunque no pudo ver de dónde procedía ese leve resplandor que iluminaba todo aquel lugar protegido y nunca llegaba más allá. Allí había montañas grises, y grandes prados; y niños por todas partes, danzando adormecidos, caminando como en sueños y hablando consigo mismos. Algunos estaban aturdidos como si acabaran de despertar de un profundo sueño; otros corrían y reían, ya completamente despiertos: cavaban, recogían flores, levantaban tiendas y casas, cazaban mariposas, jugaban a la pelota, trepaban a los árboles; y todos cantaban.

—¿De dónde vienen todos ellos? —preguntó Roverandom, desconcertado y complacido.

—De sus casas y de sus camas, por supuesto —le dijo el Hombre.

—¿Y cómo llegan aquí?

—Eso no te lo voy a decir y nunca lo averiguarás. Eres un ser afortunado, como lo es todo aquel que llega aquí por el camino que sea; pero en cualquier caso los

niños no llegan por tu camino. Unos vienen a menudo, otros rara vez, y yo fabrico la mayor parte de los sueños. Una parte la traen ellos, naturalmente, como quien lleva el almuerzo a la escuela, y otra parte (lamento decirlo) la hacen las arañas, pero no en este valle, y siempre que yo no las sorprenda a tiempo. ¡Y ahora vamos y unámonos a la fiesta!

El acantilado de azabache era de paredes abruptas. Demasiado lisas para que alguien pudiera escalarlas aun una araña, aunque la verdad es que ninguna lo había intentado; de hecho las arañas podían deslizarse por la pendiente, pero no subir por ella; y en aquel jardín había centinelas ocultos, además del Hombre de la Luna, sin el cual ninguna fiesta estaba completa, pues era él quien las celebraba.

Y ahora se presentó de repente en ésta. Simplemente se sentó y, ¡zas!, fue a parar en medio de una multitud de niños, con Roverandom dando vueltas encima de él, sin acordarse para nada de que podía volar. O que había podido volar, pues cuando se encontró en el suelo comprobó que se había quedado sin alas.

—¿Qué hace aquí ese perrito? —le dijo un niño pequeño al Hombre.

Roverandom daba vueltas y más vueltas como una peonza, tratando de verse el lomo.

—Buscar sus alas, jovencito. Cree que se le han despegado al bajar, pero las tengo en mi bolsillo. Aquí abajo no se permiten las alas; de aquí no se marcha nadie sin permiso, ¿de acuerdo?

—¡Sí, papá barba larga! —dijeron unos veinte niños, todos a la vez, y un niño se aferró a la barba del viejo y trepó hasta el hombro. Roverandom pensó que iba a verlo convertido en una alevilla o en un trozo de caucho, o algo similar.

—¡Válgame Dios, eres un pequeño escalador de cuerda, jovencito! —dijo el Hombre—. Te tendré que dar unas lecciones.

Y al momento lanzó al niño al aire. Pero éste no cayó de nuevo al suelo, ni mucho menos. Permaneció en el aire; y el Hombre de la Luna le arrojó una cuerda de plata que sacó del bolsillo.

—¡Baja de ahí rápidamente! —dijo; y el niño se deslizó hasta los brazos del viejo, donde enseguida sintió que le hacían cosquillas—. Si ríes tan fuerte te vas a despertar —dijo el Hombre, y lo dejó sobre la hierba y se metió en la multitud.

A Roverandom lo dejaron que se divirtiera, y en este mismo momento corría detrás de una bonita pelota amarilla («exactamente igual a la que tengo en casa», pensó él), cuando oyó una voz conocida.

—¡Ahí está mi perrito! —dijo la voz—. ¡Ahí está mi perrito! Siempre pensé que era real. ¡Es fantástico que esté aquí, pues nosotros estuvimos mirando y remirando en todo el arenal y lo llamamos gritando y silbando todos los días!

Tan pronto como Roverandom oyó aquella voz se sentó y alzó las patas de delante, suplicando.

—¡Es mi perrito! —dijo el niño Dos; y corrió hacia él y empezó a acariciarlo—. ¿Dónde has estado?

Pero todo lo que Roverandom pudo decir en el primer momento fue:

—¿Puedes oírme?

—Por supuesto que puedo —dijo el niño Dos—. Cuando mamá te llevó a casa, ni siquiera querías escucharme a pesar de que ensayé mi mejor lenguaje canino contigo. Y creo que tampoco querías hablar conmigo; parecía que estuvieras pensado en otra cosa.

Roverandom dijo lo mucho que lo lamentaba, y explicó al niño cómo se había caído de su bolsillo; y todo lo referente a Psámatos, y a Mew, y muchas de las aventuras que había vivido desde que se perdió. Así es como el niño y sus hermanos llegaron a conocer al extraño personaje de la arena, y aprendieron un montón de cosas útiles que de otro modo habrían ignorado. El niño Dos pensó que «Roverandom» era un nombre magnífico.

—Yo también te llamaré así —dijo—. ¡Y no olvides que todavía me perteneces!

Luego jugaron con la pelota, y al escondite, y corrieron, y dieron un largo paseo, y jugaron a la caza del conejo (sin otro resultado, por supuesto, que una gran excitación, pues los conejos eran demasiado esquivos), y chapotearon insistentemente en los charcos, y otras muchas cosas, una detrás de otra, durante un tiempo interminable, y cada una de ellas les gustaba más que las demás. El pequeño Dos estuvo rodando y rodando sobre la hierba cubierta de rocío, con una luz propia de la hora de acostarse (pero en aquel sitio nadie parecía preocuparse por la hierba mojada o por la hora de ir a la cama), y el perrito estuvo también rodando y rodando con él, sosteniéndose sobre la cabeza como ningún perro de la tierra lo había hecho desde el perro muerto de la Madre Hubbard; y el niño estuvo riéndose hasta que...desapareció de repente y dejó a Roverandom completamente solo en la hierba.

—Se ha despertado, eso es todo —dijo el Hombre de la Luna, que apareció de improviso—. Se ha ido a casa, era la hora. ¿Por qué? Pues porque sólo falta un cuarto de hora para el desayuno. Esta mañana se quedará sin paseo por el arenal. Bueno, bueno, me temo que también para nosotros es hora de irse.

Así, muy a pesar suyo, Roverandom volvió al lado blanco con el Hombre de la Luna. Hicieron todo el camino a pie y tardaron muchísimo; y Roverandom no disfrutó tanto como debiera, pues vieron toda suerte de cosas extrañas y vivieron muchas aventuras; por supuesto siempre totalmente a salvo, con el Hombre de la Luna pegado a él. Esto era de agradecer pues en las ciénagas había montones de horribles criaturas reptantes que de otro modo habrían apresado rápidamente al perrito. El lado oscuro era tan húmedo como seco el lado blanco, y estaba lleno de las más extraordinarias plantas y criaturas, de las que te hablaría si Roverandom se hubiera fijado en ellas. Pero no lo hizo; pensaba en el jardín y en el niño.

Finalmente llegaron al borde gris, y miraron más allá de los valles de cenizas donde vivían muchos de los dragones, y a través de un hueco en las montañas contemplaron la gran llanura blanca y los brillantes acantilados. Vieron cómo el mundo se elevaba, una luna de color verde pálido y dorado, enorme y redonda, sobre los hombros de las Montañas Lunares; y Roverandom pensó: «¡Ahí vive mi pequeño dueño!» Parecía un camino terriblemente largo.

—¿Es cierto que los sueños se hacen realidad? —preguntó.

—Algunos míos, sí —dijo el viejo—. Algunos, pero no todos; y rara vez enseguida, o exactamente como eran cuando se soñaron. Pero ¿por qué quieres saber cosas de los sueños?

—Era sólo una pregunta —dijo Roverandom.

—Acerca del niño —dijo el Hombre—. Ya me lo imaginaba. — Enseguida sacó un telescopio del bolsillo. Una vez desplegado, era enormemente largo—. Creo que un vistazo no te hará ningún mal — añadió.

Roverandom miró por el telescopio cuando por fin consiguió cerrar un ojo y mantener abierto el otro. Sencillamente vio el mundo. Primero vio el extremo lejano de la senda de la luna que caía directamente en el mar; y pensó que veía unas largas hileras, débiles y más bien delgadas, de pequeños seres que bajaban a toda prisa, pero no estaba muy seguro. La luz de la luna se extinguió rápidamente. La luz del sol empezó a crecer; y de repente apareció la ensenada del hechicero de la arena (pero sin rastro de Psámatos, pues no permitía que lo espiaran); y al cabo de un rato los dos niños entraron en escena: iban de la mano por la playa. «¿Me buscan a mí o buscan caracolas?», se preguntó el perro.

Muy pronto la escena cambió, y Roverandom vio la casa blanca del niño sobre el acantilado, con un jardín que descendía hasta el mar; y junto a la cancela vio —una desagradable sorpresa— al viejo brujo sentado en una roca y fumando su pipa, como si no tuviera otra cosa que hacer que pasarse la vida mirando, con el viejo sombrero verde echado hacia atrás en la cabeza y el chaleco desabrochado.

—¿Qué está haciendo el viejo Arta..., o como lo llames, en la cancela? —preguntó Roverandom—. Debí pensar que se había olvidado de mí hace ya mucho tiempo. ¿No han terminado aún sus vacaciones?

—No, te está esperando, perrito. No te ha olvidado. Si vas hasta allí arriba ahora mismo, como animal de verdad o de juguete, te echará rápidamente un nuevo hechizo. No es que le preocupe mucho lo de los pantalones, enseguida fueron remendados, pero la interferencia de Sámatos le ha molestado mucho; y Sámatos aún no ha terminado de hacer componendas para tratar con él.

Entonces Roverandom vio que el viento se llevaba el sombrero de Artajerjes y que el brujo corría tras él; y como se podía ver fácilmente, tenía un precioso remiendo en sus pantalones, un remiendo de color naranja con puntos negros.

—¡Creí que un brujo podía remendarse mejor los pantalones! — dijo Roverandom.

—¡Pues él piensa que lo ha hecho muy bien! —dijo el viejo—. Hechizó un trozo de las cortinas de alguien, que recibió un seguro contra incendios, y él se quedó con el parche de color, y todos felices. Aun así, tienes razón. Ha fracasado, creo yo. Es triste ver cómo un hombre pierde su magia después de todos estos siglos; pero tal vez es una suerte para ti. —El Hombre de la Luna cerró el telescopio con un chasquido, y los dos salieron de allí.

—Aquí están de nuevo tus alas —dijo cuando llegaron a la torre—. ¡Ahora emprende el vuelo y diviértete! ¡No te preocupes por los rayos de luna, no mates mis conejos blancos y vuelve cuando tengas hambre! O algún otro contratiempo.

Roverandom emprendió el vuelo al momento en busca del perro de la luna para hablarle del otro lado, pero estaba un poco celoso de un visitante al que le habían permitido ver cosas que a él le estaban vedadas, y le dio a entender que le interesaban muy poco.

—En resumidas cuentas, una cosa horrible —gruñó—. Estoy seguro de que no quiero verla. Supongo que ahora te vas a aburrir en el lado blanco, y teniéndome sólo a mí para ir de paseo, en vez de a todos tus amigos de dos patas. Es una lástima que el brujo persa sea tan terco y ahora no puedas volver a casa.

Roverandom se sintió más bien herido; y le dijo de nuevo, una y otra vez, al perro de la luna que estaba contentísimo de estar otra vez en la torre, y que nunca se aburriría en el lado blanco. Pronto los dos decidieron ser nuevamente buenos amigos y hacer montones y montones de cosas juntos; y, aun así, lo que el perro de la luna había dicho cuando estaba de mal humor resultó ser verdad. No fue culpa de Roverandom, quien hizo todo lo posible para que no se viera, pero en cierto modo ninguna de las aventuras o exploraciones le parecía tan excitante como las que habían hecho antes, y pensaba constantemente en lo bien que se lo pasaba en el jardín con su amo, el pequeño Dos.

Visitaron el valle de los gnomos blancos de la luna (en forma abreviada, gnomos lunares) que van de un lado a otro montados en conejos, y hacen tortitas con copos de nieve, y cultivan pequeños manzanos dorados no más grandes que botones de oro. Pusieron cristales rotos y clavos de estaño delante de las guaridas de algunos de los dragones más pequeños (mientras dormían), y permanecieron despiertos hasta medianoche para oírlos rugir de rabia, como ya te he dicho, los dragones acostumbran a tener la barriga blanda, y cada noche salen a beber a las doce, sin hablar ya de las horas intermedias.

A veces los perros se atrevían incluso a hostigar a las arañas, mordiendo las telarañas y liberando los rayos de luna, y remontando el vuelo justo a tiempo, mientras las arañas les lanzaban cuerdas con lazo desde lo alto de las colinas. Pero

durante todo el tiempo Roverandom estuvo buscando al cartero Mew y el periódico *Noticias del Mundo* (dedicado casi todo a asesinatos y partidos de fútbol, como sabe incluso un perro pequeño; pero a veces se encuentra una buena noticia escondida en un rincón).

Roverandom se perdió la siguiente visita de Mew, pues estaba de excursión, pero cuando volvió el viejo aún continuaba leyendo las cartas y las noticias (y también parecía de un excelente buen humor, sentado en el tejado con los pies colgando del borde, fumando la enorme pipa blanca de arcilla, lanzando nubes de humo como una máquina de tren y sonriendo con su redonda cara de viejo).

Roverandom sintió que no podía aguantar más.

—Tengo una pena en mi corazón —dijo—. Quiero volver junto al niño para que su sueño sea cierto.

El viejo dejó su carta (trataba de Artajerjes y era muy divertida) y se quitó la pipa de la boca.

—¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte? ¡Tan rápido! ¡Ha sido un placer conocerte! Tienes que dejarte caer por aquí algún otro día. ¡Me complacerá verte cuando se te ocurra! —dijo de un tirón, conteniendo el aliento.

»¡Muy bien —siguió diciendo en un tono más sensato—. Artajerjes ya está preparado.

—¿Cómo? —preguntó Roverandom, realmente entusiasmado de nuevo.

—Se ha casado con una sirena y se ha ido a vivir al fondo del Profundo Mar Azul.

—¡Espero que ella le remiende mejor los pantalones! Un remiendo de algas marinas hará juego con su sombrero verde.

—¡Mi querido perrito! Cuando se casó llevaba un traje completamente nuevo, verde como las algas marinas, con botones rosados de coral y charreteras de anémonas de mar; ¡y le quemaron el viejo sombrero en la playa! Sámatos se cuidó de todo. ¡Oh! Sámatos es muy profundo, tan profundo como el Profundo Mar Azul, y espero que arregle así, a su gusto, montones de cosas, además de lo tuyo, mi querido perrito.

»¡Me pregunto cómo va a terminar todo! Artajerjes tiene en estos momentos veinte o veintiún años, me parece; y monta un gran alboroto por cosas muy pequeñas. Es muy obstinado, sin duda. En otro tiempo era un mago bastante bueno, pero se ha convertido en un ser malhumorado y en un fastidio permanente. Cuando llegó y desenterró al viejo Sámatos con una azada de madera en plena tarde y lo sacó de su agujero por las orejas, el Samatista pensó que las cosas habían ido demasiado lejos, y no me sorprende. "Tanto alboroto, precisamente en mi mejor hora de dormir, y todo por culpa de un miserable pequeño chucho": eso es lo que me escribe, y no tienes por qué ruborizarte.

»Cuando se calmaron, invitó a Artajerjes a una fiesta de sirenas, y así fue como ocurrió todo. Se llevaron a Artajerjes para tomar un baño a la luz de la luna, y nunca más volvió a Persia, ni siquiera a Pershore. Se enamoró de la hija del rico rey de los mares, ya no muy joven pero encantadora, y una noche después se casaron.

»Probablemente eso no esté mal, tampoco. Durante algún tiempo no ha habido un mago residente en el océano. Proteo, Poseidón, Tritón, Neptuno y todos los demás se convirtieron hace mucho tiempo en pececillos o mejillones, y en cualquier caso nunca se interesaron mucho por las cosas que ocurrían fuera del Mediterráneo; les gustaban demasiado las sardinas. También el viejo Niord se retiró hace mucho tiempo. Por supuesto, él no podía prestar mucha atención a los asuntos después de ese estúpido matrimonio con la giganta; recuerda que ella se enamoró de él porque tenía los pies limpios (cosa muy conveniente en casa) y se desenamoró de él cuando ya era demasiado tarde, porque los tenía mojados. Ahora él está de capa caída, tengo entendido; pobre y adorable viejo chocho. Por culpa del combustible líquido agarró una tos horrible, y se ha retirado a la costa de Islandia para tener un poco de sol.

»Estaba el Viejo del Mar, por supuesto. Era primo mío, lo cual no rae enorgullece. En cierto modo era una carga, se resistía a andar y siempre quería que lo llevaran, tal como lo oyes. Eso fue su muerte. Estaba sentado encima de una mina flotante (si sabes lo que quiero decir) hace un año o dos, ¡justamente encima de uno de los botones! Ni siquiera mi magia pudo hacer algo en un caso así. Fue peor que lo de Humpty-Dumpty.

—¿Qué hay de Britania? —preguntó Roverandom, que después de todo era un perro inglés; aunque estaba realmente un poco aburrido de todo esto, y quería oír más cosas acerca de su brujo—. Yo creía que Britania mandaba en las olas.

—A decir verdad, ella nunca se moja los pies. Prefiere acariciar leones en la playa y sentarse en un penique con un tenedor en la mano, y en cualquier caso hay cosas de las que ocuparse además de las olas. Ahora tienen a Artajerjes, y espero que les sea útil. Se va a pasar los primeros años intentando cultivar ciruelas en pólipos, espero, si le dejan; y eso va a ser más fácil que mantener a raya a la población marina.

»¡Bien, bien, bien! ¿Dónde estaba yo? Por supuesto que puedes volver ahora, si quieres. De hecho, sin querer ser demasiado cortés, es hora de que vuelvas lo antes posible. El viejo Sámatos es tu primera llamada. No sigas mi mal ejemplo y no olvides las letras Ps cuando lo veas.

Mew apareció de nuevo al día siguiente, con más correo, un in-menso número de cartas para el Hombre de la Luna y fardos de publicaciones periódicas: *La Flora Marina, Semanario Ilustrado, Nociones Oceánicas, El Correo de los Mares, La Caracola y La Rociada Matutina*. Todas ellas llevaban exactamente las mismas (exclusivas) fotografías de la boda de Artajerjes en la playa una noche de luna llena, con el señor Psámatos Psamátides, el conocido financiero (título marino de respeto),

haciendo muecas al fondo. Pero eran más bonitas que nuestras fotos, pues al menos eran de color; y la sirena era realmente muy bella (la cola quedaba dentro de la espuma).

Había llegado el momento de decir adiós. El Hombre de la Luna sonrió a Roverandom, y el perro de la luna se hizo el distraído. Roverandom tenía el rabo más bien caído, y todo lo que dijo fue:

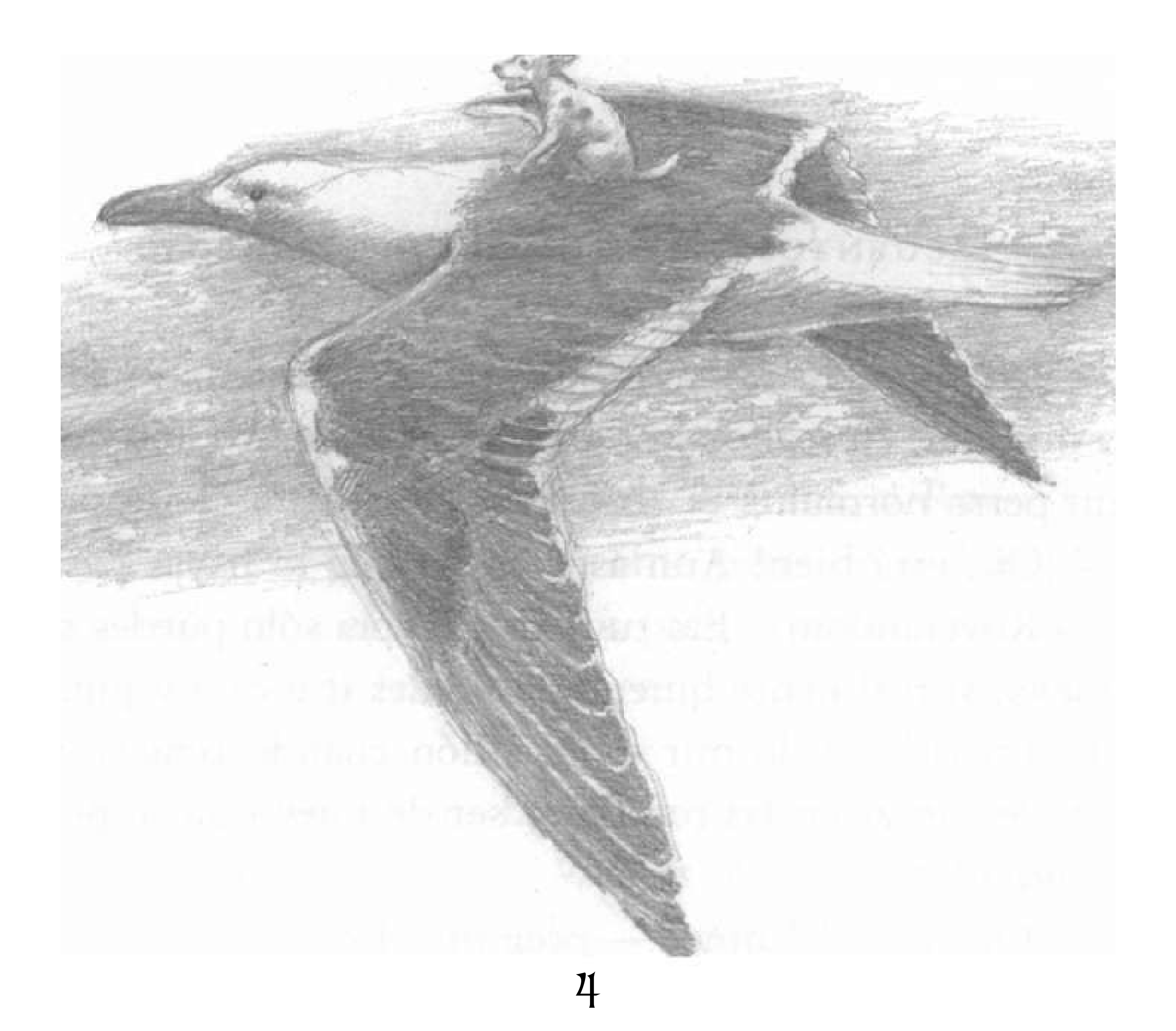
—¡Adiós, perrito! ¡Cuídate, no te preocupes por los rayos de luna, no mates los conejos blancos y no comas demasiado en la cena!

—Tú también eres un perrito —dijo el Rover de la luna—. ¡Y deja de comerte los pantalones de los brujos!

Eso fue todo; y sin embargo, creo yo, Rover estuvo importunando constantemente al viejo Hombre de la Luna para que lo enviara de vacaciones a visitar a Roverandom y, en efecto, le ha permitido ir varias veces desde entonces.

Después, Roverandom volvió con Mew, y el Hombre de la Luna regresó a sus sótanos, y el perro de la luna se sentó en el tejado y vio cómo los dos se perdían de vista.





4

Desde la Estrella Polar soplaba un viento frío cuando se acercaron al borde del mundo y el rocío gélido de las cataratas cayó sobre ellos. El camino de vuelta había sido más duro, pues entonces la magia del viejo Psámatos no demostró tener muchas prisas; y ellos se alegraron de poder descansar en la Isla de los Perros. Pero como Roverandom seguía con su tamaño de perro encantado no disfrutó mucho allí. Los otros perros eran demasiado grandes y alborotadores, y demasiado prepotentes; y los huesos de los árboles de hueso eran demasiado grandes y descarnados.

Era el amanecer del día después del día después de mañana cuando por fin divisaron los negros acantilados de la casa de Mew; y el sol era cálido detrás de ellos, y las cimas de las colinas de arena estaban ya secas y doradas en el momento en que bajaron hasta la ensenada de Psámatos.

Mew lanzó un pequeño grito y golpeó con el pico un trocito de madera que había en el suelo. Inmediatamente el trocico de madera se alzó en el aire y se convirtió en la oreja izquierda de Psámatos, a la que se unió la otra oreja, y pronto fue seguida por el

resto de la fea cabeza y el cuello del mago.

—¿Qué queréis vosotros dos a estas horas del día? —gruñó Psámatos—. Es mi hora predilecta para dormir.

—¡Hemos vuelto! —dijo la gaviota.

—Y por lo que veo, tú has dejado que ella te trajera en su lomo —dijo Psámatos, volviéndose al perrito—. Después de escapar de la persecución del dragón debí pensar que un pequeño vuelo de vuelta a casa te iba a parecer casi un paseo.

—Pero por favor, señor —dijo Roverandom—. He dejado atrás mis alas; en realidad no me pertenecían. Y prefiero volver a ser un perro normal.

—¡Oh, está bien! Aun así, espero que lo hayas pasado bien como «Roverandom». Era tu deber. Ahora sólo puedes ser Rover de nuevo, si realmente quieres; y puedes ir a casa y jugar con tu pelota amarilla, y dormir en el sillón cuando tengas oportunidad, y descansar en las rodillas y ser de nuevo un respetable perrito ladrador.

—¿Qué hay del niño? —preguntó Rover.

—Pero tú, tonto, te escapaste y te fuiste corriendo a la luna —dijo Psámatos, fingiendo estar molesto o sorprendido, pero haciendo al mismo tiempo un picaro guiño de complicidad con un ojo—. Dije casa y casa quise decir. ¡No me vengas ahora a farfullar y discutir!

El pobre Rover farfullaba porque trataba de decir con toda cortesía «Señor P-sámatos». Al fin lo dijo.

—Por, P-Por favor, Señor P-P-Psámatos —dijo en el tono más conmovedor—. Por, por favor, p-perdóneme, pero he vuelto a verlo; y ahora no me escaparé; y en realidad yo le pertenezco, ¿no es así? Por lo tanto debo volver a su lado.

—¡Eso es una majadería y un disparate! ¡Por supuesto que ni le perteneces ni debes volver a su lado! Tú perteneces a la anciana señora que te compró primero, y tendrás que ir con ella. No se pueden comprar cosas robadas, y tampoco cosas embrujadas, como sabrías si conocieras la ley, pequeño y tonto perro. La madre del niño Dos se gastó seis peniques en ti, eso es todo. Y en cualquier caso, ¿de qué sirve vivir algo en sueños? —concluyó Psámatos con un guiño rotundo.

—Yo creía que algunos de los sueños del Hombre de la Luna se hacían verdad —dijo el pequeño Rover con tristeza.

—¡Oh! Está bien, eso es cosa del Hombre de la Luna. Mi cometido es devolverte enseguida a tu tamaño y enviarte de regreso a donde te corresponde. Artajerjes se ocupa ahora de otras cosas útiles, por lo tanto, no tiene que preocuparnos más. ¡Ven aquí!

Psámatos alzó a Rover y agitó una mano gorda sobre la cabeza del perrito, y... ¡no hubo ningún cambio!

Entonces, Psámatos se levantó de la arena, y Rover vio por primera vez que sus piernas eran como patas de conejo. Pateó y brincó, y lanzó arena al aire con los pies,

y pisoteó las caracolas, y bufó como un perro faldero enfurecido; ¡y aun así no ocurrió absolutamente nada!

—Si esto es obra de un brujo de plantas marinas, ¡llénale de ampollas y verrugas! —juró—. Si es obra de un recolector de ciruelas persa, envásalo y prénsalo! —gritó, y continuó gritando hasta que se sintió cansado. Luego se sentó.

»¡Bien, bien! —dijo al fin, cuando estaba ya más tranquilo—. ¡Vivir para aprender! Pero Artajerjes es sumamente peculiar. ¿Quién podía saber que se iba a acordar de ti en medio de toda la excitación de la boda, y que iba a malgastar su más poderoso conjuro en un perro antes de iniciar la luna de miel, como si su primer hechizo no valiera más que un estúpido pequeño perro? Como si no bastara con rasgarle a uno la piel.

»¡Bien! De todos modos, no necesito averiguar qué hay que hacer —continuó Psámatos—. Sólo hay una posibilidad. Tienes que ir y encontrarlo y pedirle perdón. Pero, ¡palabra de honor!, esto no se lo voy a perdonar hasta que el mar sea dos veces más salado y la mitad de húmedo. ¡Vosotros dos, id a dar un paseo y volved dentro de media hora cuando esté de mejor humor!

Mew y Rover fueron a lo largo de la costa y subieron al acantilado, Mew volando lentamente y Rover trotando a la par, muy triste. Se detuvieron delante de la casa del padre del niño; y Rover incluso se acercó a la cancela y se sentó en un macizo de flores, debajo de la ventana del niño. Aún era muy temprano, pero él ladró y ladró, esperanzado. Los niños o aún dormían profundamente o no estaban en casa, pues nadie acudió a la ventana. Eso fue al menos lo que pensó Rover. Había olvidado que las cosas son diferentes en el mundo vistas desde el jardín trasero de la luna, y que el hechizo de Artajerjes seguía actuando sobre su tamaño y sobre la fuerza de sus ladridos.

Después de un rato, Mew lo llevó de nuevo, entristecido, a la ensenada. Allí lo esperaba una sorpresa absolutamente nueva. ¡Psámatos le estaba hablando a una ballena! Una ballena grandísima, Uin, la más vieja de las ballenas reales. Al pequeño Rover le pareció como una montaña; estaba sumergida en un charco profundo, con la enorme cabeza cerca del borde del agua.

—Lo siento, no pude conseguir nada más pequeño al recibir la noticia —dijo Psámatos—. Pero es muy confortable.

—¡Entra! —dijo la ballena.

—¡Adiós! ¡Entra! —dijo la gaviota.

—¡Entra! —dijo Psámatos—, ¡y date prisa! Y no muerdas y arañes dentro; eso podría hacer que Uin se pusiera a toser, y sería muy incómodo para ti.

Esto era casi tan malo como pedirle a uno que se lanzara al agujero, en los sótanos del Hombre de la Luna, y Rover se echó atrás, de modo que Mew y Psámatos tuvieron que empujarlo. Y lo empujaron, hay que decirlo, sin miramientos; y las

mandíbulas de la ballena se cerraron con un chasquido.

Dentro estaba por cierto muy oscuro y olía a pescado. Rover se había sentado y temblaba; y entretanto (sin atreverse ni siquiera a rascarse las orejas) oyó, o creyó oír, los latigazos y los golpes de la cola de la ballena en las aguas; y sintió, o creyó sentir, que la ballena se sumergía más y más, siempre buscando el fondo del Profundo Mar Azul.

Pero cuando la ballena se detuvo y abrió otra vez la boca cuanto pudo (y complacida, pues las ballenas prefieren nadar con las mandíbulas muy abiertas y capturando una buena cantidad de alimento, aunque Uin era un animal considerado), Rover miró fuera; era muy profundo, inconmensurablemente profundo, pero en absoluto azul. Sólo había una luz de un color verde pálido; y Rover salió y se encontró en un sendero blanco de arena que serpenteaba a través de un oscuro y fantástico bosque.

—¡Adelante, siempre recto! No tienes que andar mucho —dijo Uin.

Rover siguió adelante en línea recta, tan recta como permitía el sendero, y pronto tropezó con la puerta de un gran palacio, hecho, así parecía, de piedra blanca y rosada que desprendía una luz pálida; y en las numerosas ventanas brillaban unas luces nítidas de tonos verdes y azules. Alrededor de los muros crecían enormes árboles de mar, más altos que las cúpulas del vasto palacio que se elevaba resplandeciente en las aguas oscuras. Los grandes troncos de los árboles se inclinaban y movían como hierbas, y la sombra de las incontables ramas estaban abarrotadas de peces dorados, peces plateados, y peces rojos, y peces azules y peces fosforescentes como pájaros. Pero los peces no cantaban. Las sirenas cantaban dentro del palacio. ¡Cómo cantaban! Y todas las hadas marinas cantaban a coro, y la música salía por las ventanas, cientos de criaturas marinas hacían sonar cuernos y flautas y caracolas.

Desde la oscuridad, debajo de los árboles, unos duendes marinos lo miraban sonrientes, y Rover siguió adelante tan deprisa como podía; tenía la sensación de que sus pasos eran lentos y se hundían profundamente en el agua. ¿Y por qué no se ahogaba? No lo sé, pero supongo que a Psámatos Psamátides se le había ocurrido algo (él sabía mucho más sobre el mar de lo que pensaba la mayoría de la gente, aunque si podía nunca metía en el agua ni un dedo del pie), mientras Rover y Mew habían ido a dar un paseo, y se había sentado y se había ido calmando poco a poco y había pensado un nuevo plan.

En cualquier caso, Rover no se ahogó; pero estaba deseando estar en algún otro sitio, incluso en el húmedo vientre de la ballena, ya antes de dirigirse hacia la puerta: aquellas formas y aquellas caras extrañas lo miraban desde los arbustos morados y la espesura esponjosa, junto al sendero que le pareció muy inseguro. Por fin llegó a la enorme puerta: una arcada dorada guarnecida de coral y una puerta de madreperla tachonada de dientes de tiburón. La aldaba era un anillo enorme con percebes

incrustados, y todos los pequeños apéndices de los percebes colgaban hacia fuera; pero naturalmente Rover no la alcanzaba, ni podía moverla de ninguna manera. Así pues, ladró, y para sorpresa suya fue un ladrido muy sonoro. Al tercer ladrido la música de dentro calló, y se abrió la puerta.

¿Quién crees que abrió la puerta? El propio Artajerjes, vestido con lo que parecía una prenda de terciopelo color ciruela y pantalones de seda verde; y aún tenía una gran pipa en la boca, sólo que ahora, al soplar, lanzaba preciosas burbujas con los colores del arco iris en vez de humo de tabaco; pero no llevaba sombrero.

—¡Hola! —dijo—. ¡De modo que has vuelto! Pensé que no tardarías en cansarte del viejo P-sámatos (y bufó para emitir una exagerada P). Él no puede hacerlo todo. Bueno, ¿a qué has venido? Estamos en una fiesta y has interrumpido la música.

—Por favor, señor Ertejerjes, quiero decir, Artajerjes —empezó a decir Rover, más bien atropelladamente y procurando ser muy educado.

—¡Oh, no te preocupes por la correcta pronunciación! ¡No me importa! —dijo el brujo más bien enojado—. Venga la explicación, y que sea corta; no tengo tiempo para largos galimatías. —Estaba bastante abrumado por su propia importancia (con extranjeros), desde su matrimonio con la hija del rico rey de los mares, y su destino en el Pacífico y el Atlántico como Mago (la gente lo llamaba en forma abreviada PAM, cuando no estaba delante)—. Si quieres verme para hablar de algo urgente, es mejor que vengas y esperes en la sala; puedo encontrar un momento después del baile.

Cerró la puerta detrás de Rover y salieron juntos. El perrito se encontró en un inmenso espacio oscuro bajo una cúpula débilmente iluminada. Había arcadas puntiagudas cubiertas, todas ellas, con algas marinas, y la mayoría estaban a oscuras; pero había una rebosante de luz, y de ella salía una música sonora, una música que parecía continuar y continuar indefinidamente, sin repetirse nunca ni parar nunca para un descanso.

Rover se cansó pronto de esperar, así que fue hasta la puerta iluminada y miró a través de las algas. Entonces vio un amplio salón de baile con siete cúpulas y diez mil columnas de coral, iluminado con la magia más pura y lleno de agua caliente y rutilante. Allí todas las ninfas marinas de cabellos dorados y todas las sirenas de cabellos oscuros danzaban mientras cantaban; no danzando sobre sus colas, sino nadando maravillosamente, arriba y abajo, adelante y atrás, en las aguas claras.

Nadie advirtió la nariz del perrito que husmeaba a través de las algas marinas de la puerta, de modo que, al cabo de un rato, Rover entró cautelosamente. El suelo era de arena plateada y capullos rosados de mariposa, todos abiertos y moviéndose en el agua levemente arremolinada, y Rover se abrió camino cuidadosamente entre ellos, siempre pegado a la pared, hasta que una voz dijo de repente encima de él:

—¡Qué perrito tan lindo! Es un perrito de tierra, no de mar, estoy segura. ¡No

entiendo cómo ha podido llegar hasta aquí una cosa tan pequeñita!

Rover levantó los ojos y vio a poca distancia encima de él una bellísima dama de mar con un gran peine negro en los cabellos dorados; le colgaba la cola, pues estaba sentada en una repisa, remendando los calcetines verdes de Artajerjes. Naturalmente se trataba de la nueva señora Artajerjes (conocida comúnmente como la Princesa Pam; era bastante popular, mucho más de lo que se podía decir de su marido). En este momento, Artajerjes estaba sentado a su lado, y tuviera o no tuviera tiempo para largas monsergas, estaba escuchando la de su esposa. O la había estado escuchando antes de que apareciera Rover. La señora Artajerjes puso fin a su monserga y a su costura, tan pronto como vio a Rover, y tras deslizarse hacia abajo lo capturó y lo llevó al asiento. Éste era en realidad un asiento de ventana y estaba situado en el primer piso (una ventana interior); en las casas marinas no hay escaleras y, por la misma razón, tampoco paraguas; y tampoco hay mucha diferencia entre ventanas y puertas.

Pronto, la dama de mar volvió a instalar en el asiento, confortablemente, su hermoso (y bastante voluminoso) cuerpo y puso a Rover en su regazo; inmediatamente se oyó un horrible gruñido debajo de la ventana.

—¡Estáte quieto, Rover! ¡Estáte quieto, perrito bueno! —dijo la señora Artajerjes. Pero no hablaba con Rover, hablaba con un perro de mar blanco, que en contra de lo que ella decía apareció ahora, gruñendo y rezongando y removiendo el agua con unos pies pequeños, y azotándola con la cola larga y plana y lanzando burbujas por la afilada nariz.

—¡Qué cosa tan pequeña y horrible! —dijo el perro recién llegado—. ¡Mira ese miserable rabo. ¡Mírale las patas! ¡Mírale el ridículo pelo!

—Mírate a ti —dijo Rover desde el regazo de la dama del mar—, y no querrás volver a hacerlo. ¿Quién te puso Rover? ¡Un cruce entre un pato y un renacuajo que pretende ser un perro! —De lo cual se puede ver que desde el primer momento se gustaron.

Ciertamente, pronto se hicieron grandes amigos, tal vez no exactamente como Rover y el perro de la luna, pues la estancia de Rover bajo el mar fue más corta y las profundidades no son un lugar tan divertido como la luna para los perros pequeños; de hecho están llenas de sitios oscuros y horribles adonde nunca ha llegado la luz y nunca llegará, pues no serán desvelados hasta que se extinga toda la luz. Allí viven criaturas horribles, demasiado viejas para la imaginación, demasiado poderosas para los hechizos, demasiado grandes para medirlas. Artajerjes ya lo sabía. El puesto de PAM no es el más agradable del mundo.

—¡Ahora empezad a nadar y divertios! —dijo la esposa, cuando terminó la disputa perruna y los dos animales se pusieron a olfatearse recíprocamente—. ¡No os preocupéis de los peces de fuego, no mordáis a las anémonas, no os dejéis atrapar por

las almejas; y volved para la cena!

—Por favor, yo no sé nadar —dijo Rover.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué engorro! —dijo la dama del mar—. ¡Venga, Pam! —Hasta el momento ella era la única que lo llamaba así a la cara—. ¡Aquí hay algo que realmente puedes hacer, por fin!

—¡Sí, querida! —dijo el brujo, deseoso de complacerla y contento de poder mostrar que efectivamente era un mago, y no un funcionario absolutamente inútil (en el lenguaje marino los llaman lapas). Del bolsillo de su chaleco sacó una pequeña varita (en realidad era una pluma, pero ya no servía para escribir: los pobladores del mar utilizan una extraña tinta viscosa que no sirve para las plumas) y se la entregó a Rover.

A pesar de lo que algunos decían, Artajerjes era por derecho propio un mago muy bueno (de lo contrario, Rover no habría vivido nunca estas aventuras), tal vez de una especie de arte menor pero que aun así requería mucha práctica. En cualquier caso, tras el primer movimiento, el rabo de Rover empezó a moverse como la cola de un pez y las patas como si tuvieran membranas, y el pelo se le hizo más y más impermeable. Cuando terminó el cambio, enseguida se adaptó; y comprobó que nadar era bastante más fácil de aprender que volar, y casi tan agradable, y no tan fatigoso, a menos que uno quisiera ir hacia abajo.

Lo primero que hizo, después de un recorrido de prueba alrededor del salón de baile, fue morder al otro perro en el rabo. En broma, por supuesto; pero broma o no, al momento se organizó casi una pelea, pues el perro de mar era un poco quisquilloso. Rover se salvó escapando a toda prisa; y además tuvo que ser ágil y rápido. ¡Válgame Dios! Hubo entonces una persecución entrando y saliendo por las ventanas, a lo largo de oscuros pasillos, alrededor de las columnas, hasta las cúpulas y alrededor de ellas, con lo que al final el perro de mar quedó exhausto, y también su mal carácter, y los dos se sentaron juntos encima de la cúpula más alta, junto al asta de la bandera. En él ondeaba el estandarte del rey de los mares, una tela hecha de algas marinas, verde y escarlata, adornada con perlas.

—¿Cómo te llamas? —dijo el perro de mar después de una pausa en silencio—. ¿Rover? —contestó él mismo—. Ese es mi nombre, y por lo tanto no puede ser el tuyo. A mí me lo pusieron primero.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Pues claro que lo sé! Puedo ver que tú eres sólo un cachorro, y apenas si llevas cinco minutos aquí abajo. Yo llevo una eternidad, cientos de años. Creo que soy el primero de todos los perros que se llaman Rover.

»Mi primer amo fue un rover, un auténtico vagabundo, un pirata que navegaba con su barco por las aguas del norte; era un barco muy largo, con velas rojas, y en la proa llevaba tallado un dragón, lo llamaban *Gusano Rojo*, y me gustaba mucho. Me

gustaba, a pesar de que yo sólo era un cachorro, y el pirata no me tenía muy en cuenta, pues no era suficientemente grande para ir de caza con él, y él no llevaba perros en el barco. Un día me fui con él sin que me lo pidiera. Se despidió de su mujer, soplaba el viento, y los hombres estaban empujando el *Gusano Rojo* sobre los rodillos para meterlo en el agua. Alrededor del cuello del dragón había espuma blanca, y de repente tuve la sensación de que si no me iba con él, ya nunca más volvería a verlo. Salté a bordo como pude y me oculté detrás de un barril de agua; y no me encontraron hasta que ya estábamos lejos de la costa y apenas si se veían las señales de tierra.

«Entonces, cuando me sacaron tirando del rabo, fue cuando me pusieron de nombre Rover. "¡Aquí tenemos un buen pirata!", dijo alguien. "Que caiga sobre él una extraña maldición y no vuelva nunca a casa", dijo otro, de mirada rara. Y ciertamente nunca más volví a casa; y ya no crecí más, a pesar de que me hice mucho más viejo y, naturalmente, mucho más sabio.

»En aquel viaje tuvo lugar una batalla naval, y yo corrí hasta la cubierta de proa mientras la flechas caían y las espadas golpeaban los escudos. Pero los hombres del *Cisne Negro* nos abordaron y arrojaron a los hombres de mi amo por la borda. El fue el último en abandonar el barco. Permaneció de pie junto a la cabeza del dragón, y luego se lanzó al agua con toda su armadura, y yo detrás de él.

»Llegó al fondo antes que yo, y las sirenas lo capturaron; pero yo les dije que lo llevaran rápidamente a tierra, pues si no volvía a casa muchos lo lamentarían. Ellas me sonrieron, y lo izaron y lo dejaron; y ahora algunos dicen que lo llevaron a la costa y algunos me hacen señas moviendo la cabeza. Uno no se puede fiar de las sirenas, como no sea para guardar sus propios secretos; en eso son mejores que las ostras.

»A menudo creo que en realidad lo enterraron en la arena blanca. Lejos de aquí aún se ve una parte del *Gusano Rojo* que los hombres del *Cisne Negro* hundieron entonces, o al menos estaba la última vez que pasé por allí. Alrededor y encima de él estaba creciendo un bosque de algas, sólo se salvaba la cabeza del dragón; en ella ni siquiera había percebes, y debajo se alzaba un montículo de arena blanca.

»Yo dejé aquellos lugares hace mucho tiempo. Poco a poco me fui convirtiendo en un perro de mar; en aquellos días, las mujeres de mar de cierta edad acostumbraban a hacer brujerías, y una de ellas me tenía mucho cariño. Ella fue la que me entregó como regalo al rey de los mares, el abuelo del que ahora reina, y desde entonces he estado en el palacio y sus alrededores. Eso es todo acerca de mí. Ocurrió hace cientos de años, y desde entonces he visto gran cantidad de mareas altas y mareas bajas, pero nunca he vuelto a casa. ¡Ahora cuéntame cosas de ti! Supongo que no vendrás del Mar del Norte, que en aquellos tiempos llamábamos Mar de Inglaterra, quiero creer que no, pero ¿conoces alguno de los viejos lugares de las

Orkneys y sus inmediaciones?

Nuestro Rover tuvo que confesar que hasta entonces sólo había oído hablar del «mar», y no mucho.

—Pero he estado en la luna —dijo, y contó a su nuevo amigo tantas cosas acerca de ella como pudo explicarle y hacerle comprender.

El perro de mar disfrutó inmensamente con el cuento de Rover, y al final se creyó al menos la mitad.

—Una divertida historieta —dijo el perro de mar—, la mejor que he oído en mucho tiempo. Yo he visto la luna. Alguna vez subo a la superficie, ya sabes, pero nunca imaginé que fuera así. Bueno, ese perro del cielo es un caradura. ¡Tres Rovers! ¡Dos es ya malo, pero tres es imposible! Y no creo ahora mismo que sea más viejo que yo; si tuviera cien años, me llevaría una gran sorpresa.

Probablemente el perro de mar tenía razón. El perro de la luna, como ya observaste, exageraba mucho.

—Y en cualquier caso —siguió diciendo el perro de mar—, él se puso el nombre a sí mismo. A mí me lo pusieron.

—Y a mí también —dijo nuestro perrito.

—Y sin ninguna razón, y antes de que empezaras a merecerlo de algún modo. Me gusta la idea del Hombre de la Luna. Yo también te llamaré Roverandom; y si estuviera en tu lugar me quedaría con él. ¡Parece como si nunca supieras a dónde quieres ir! ¡Bajemos a cenar!

Fue una cena de pescado, pero Roverandom se adaptó enseguida; parecía adecuada para sus patas membranosas. Terminada la cena, recordó de repente por qué había recorrido todo el camino hasta el fondo del mar; y salió en busca de Artajerjes. Le encontró haciendo burbujas y convirtiéndolas en pelotas de verdad para los niños del mar.

—Por favor, señor Artajerjes, ¿me permitiría que lo molestase un momento? —empezó a decir Roverandom.

—¡Oh! ¡Fuera de aquí! —dijo el brujo—. ¿No ves que no quiero que me molesten? Ahora no, estoy ocupado. —Eso era lo que Artajerjes decía siempre a la gente que no le parecía importante. El sabía muy bien lo que quería Rover; pero no tenía prisa.

Así, Roverandom se alejó y se fue a la cama, o más bien se tendió en un racimo de algas que crecía encima de una alta roca del jardín. Debajo descansaba la vieja ballena; y si alguien te dice que las ballenas no bajan hasta las profundidades o que no se detienen allí y duermen durante horas, no tienes que preocuparte. La vieja Uin era excepcional en todos los sentidos.

—¿Bien? —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Veo que todavía tienes tamaño de juguete. ¿Qué pasa con Artajerjes? ¿No puede hacer nada por ti, o no

quiere?

—Yo creo que puede —dijo Roverandom—. ¡Mira mi nuevo tamaño! Pero si intento hablar del tema del tamaño, empieza a decirme que está muy ocupado, y que no tiene tiempo para largas explicaciones.

—¡Uf! —dijo la ballena, y golpeó lateralmente un árbol con la cola; la sacudida estuvo a punto de arrojar a Roverandom fuera de la roca—. No creo que PAM tenga éxito en estos lugares; pero no debo preocuparme. Antes o después estarás perfectamente. Mientras tanto, mañana podrás ver montones de cosas nuevas. ¡Vete a dormir! ¡Adiós! —Y se alejó nadando hacia la oscuridad. Sin embargo, el relato que llevó a la ensenada enfureció al viejo Psámatos.

Todas las luces del palacio estaban apagadas. A través de aquellas aguas profundas y oscuras no llegaban ni la luna ni las estrellas. El verde se fue haciendo más y más sombrío, hasta que todo fue negro, y ya no hubo ninguna claridad, excepto cuando algún enorme pez luminoso pasaba lentamente entre las algas. Sin embargo, Roverandom durmió a pata suelta aquella noche, y la noche siguiente, y varias noches más. Y al día siguiente, y al otro, se puso a buscar al brujo y no lo encontró en ninguna parte.

Una mañana, cuando ya empezaba a sentirse completamente como un perro de mar y a preguntarse si se iba a quedar allí para siempre, el perro de mar le dijo:

—¡Ve a dar la murga a ese brujo! ¡O, mejor, no lo hagas! Déjalo en paz por hoy. ¡Vamos a dar un largo paseo a nado!

Partieron los dos perros, y el largo paseo a nado se convirtió en una excursión que duró dos días. En ese tiempo cubrieron una distancia terrorífica; tienes que recordar que eran seres encantados, y en los mares había pocas criaturas que se pudieran comparar con ellos. Cuando se cansaban de los acantilados y las montañas del fondo, y de las carreras que organizaban en las alturas medias, subían más y más, como dos kilómetros y pico, a través de las aguas; y cuando llegaban arriba, no se veía la tierra.

Alrededor de ellos el mar era terso y gris, y estaba en calma. Entonces, de repente se agitó y se puso oscuro en partes, bajo el impulso de una brisa leve, la brisa matutina. Rápidamente el sol apareció con estruendo sobre el borde del mar, tan rojo como si hubiera bebido vino caliente; y se elevó rápido por los aires y emprendió su viaje diario, haciendo que las crestas de las olas se volvieran doradas y verdes las sombras entre ellas. Un barco de vela se deslizaba sobre la línea del mar y el cielo, e iba en línea recta hacia el sol, de modo que los mástiles aparecían negros sobre el fondo de fuego.

—¿A dónde va ese barco? —preguntó Roverandom.

—¡Oh! A Japón, o a Honolulú, o a Manila, o a la Isla de Pascua, o a Thursday Island, o a Vladivostok, o algún otro sitio, supongo —dijo el perro de mar, cuyos conocimientos de geografía eran un poco escasos, a pesar de los cientos de años que

decía haber estado vagando de un lado a otro—. Esto es el Pacífico, creo; pero no sé qué parte, aunque el cuerpo me dice que es una parte caliente. Es sobre todo una gran masa de agua. ¡Vamos a buscar algo de comer!

Cuando volvieron, algunos días después, Roverandom fue a buscar al brujo; pensaba que lo había dejado descansar el tiempo suficiente.

—Por favor, señor Artajerjes, ¿me permitiría que lo molestase...? —empezó a decir como de costumbre.

—¡No! ¡No me molestes! —dijo Artajerjes, incluso más categóricamente que de costumbre. Sin embargo, esta vez estaba en verdad ocupado. Las reclamaciones habían llegado por correo. Naturalmente, como puedes imaginar, en el mar había muchas cosas que iban mal; eran cosas que ni siquiera el mejor PAM del océano podía evitar, y se suponía que con algunas de ellas no tenía absolutamente nada que ver. Una y otra vez caen restos de naufragios sobre el tejado de la casa de alguien; en el lecho marino se producen explosiones (¡oh, sí, allí hay volcanes y toda esa clase de trastornos que tenemos nosotros, y exactamente tan malos como los nuestros!) y los bancos de peces de colores, o los lechos de anémonas, o una sola y única madreperla, o los famosos jardines de roca y coral despiertan la codicia de alguien; o peces salvajes tienen una pelea en un camino real y lesionan a varias criaturas; o unos tiburones penetran distraídamente por la ventana del comedor y echan a perder los alimentos de mediodía; o los monstruos, oscuros, nefandos, de los negros abismos hacen cosas horribles y malignas.

Los moradores del mar siempre han soportado todo esto, pero no sin quejas. Les gusta quejarse. Por supuesto, acostumbran a escribir cartas a *Flora Marina, Semanario Ilustrado, El Correo del Mar y Nociones Oceánicas*; pero ahora tenían un PAM y le seguían escribiendo igualmente, y culpándolo de todo lo que ocurría, incluso de que las langostas domésticas les pellizcaban la cola. Decían que la magia de PAM era inadecuada (como efectivamente lo era en ocasiones) y que había que reducirle el salario (lo que era cierto pero poco amable); y que era demasiado corpulento para las botas que llevaba (cosa que también se acerca a la verdad, aunque tendrían que decir zapatillas, pues era demasiado vago para llevar botas a menudo); y decían montones de cosas con el propósito de abrumar a Artajerjes cada mañana, y de manera especial los lunes. Los lunes siempre era peor (con varios cientos de sobres); y como esta vez era lunes, Artajerjes arrojó una piedra a Roverandom y éste se escabulló como un camarón de la red.

Cuando salió al jardín y comprobó que aún no había cambiado de forma se puso muy contento; y se atrevió a decir que si no se hubiera apartado oportunamente, el brujo lo habría convertido en una babosa de mar, o lo habría enviado al fondo del más allá (dondequiera que esté), o incluso a la Olla (que está en el fondo del mar más profundo). Estaba muy molesto y fue a decírselo al Rover de mar.

—En todo caso será mejor que le des tiempo hasta que pase el lunes —le aconsejó el perro de mar—. Y si yo estuviera en tu lugar eliminaría de un tirón todos los lunes. ¡Ven y volvamos a nadar un poco!

Después de esto, Roverandom concedió al brujo un descanso tan largo que casi se olvidaron de ellos mismos; no exactamente: los perros no olvidan rápidamente las piedras arrojadas contra ellos. Pero de acuerdo con todas las apariencias, Roverandom había pasado a ser un animal mimado de palacio. Siempre estaba fuera con el perro de mar, y a menudo otras criaturas de mar iban con ellos. No eran tan alegres como los niños reales de dos piernas en opinión de Roverandom (pero naturalmente Roverandom no pertenecía realmente al mar y por lo tanto no era un juez adecuado), pero hacían que se sintiera contento; y habrían podido retenerlo allí para siempre y hasta habrían conseguido que olvidara a Dos, si no hubiera sido por las cosas que ocurrieron después. Cuando las expliquemos podrás ver si Psámatos tuvo o no tuvo que ver con estos hechos.

De todos modos, había muchos de estos niños entre los que escoger. El viejo rey de los mares tenía cientos de hijas y miles de nietos, y todos vivían en el mismo palacio; y todos estaban encariñados con los dos Rovers, al igual que la señora Artajerjes. Era una lástima que Roverandom nunca pensara en contarle la historia que había vivido; ella sabía cómo había que tratar a PAM, cualquiera que fuera su humor. Pero, naturalmente, en ese caso Roverandom habría vuelto antes a casa y se habría quedado sin ver muchas cosas. Con la señora Artajerjes y algunos de los niños de mar visitó las Grandes Cuevas Blancas, donde se almacenan y esconden todas las joyas que se pierden en el mar, y muchas que siempre han estado en el mar, naturalmente junto con perlas y más perlas.

Otra vez fueron a visitar las pequeñas hadas de mar en las pequeñas casitas de cristal del fondo del mar. Las hadas de mar rara vez nadan, pero se mueven cantando sobre el lecho del mar en sitios planos, o conducen carruajes de caracola tirados por peces diminutos; otras veces montan a horcajadas en pequeños cangrejos verdes con bridas de finos hilos (cosa que, por supuesto, no impide que los cangrejos se muevan lateralmente como han hecho siempre); y tienen problemas con los duendes de mar que son más grandes, y horribles y pendencieros, y no hacen otra cosa que perseguir y cazar peces y correr al galope montados en caballitos de mar. Los duendes pueden permanecer un buen rato fuera del agua, y cuando hay borrasca juegan a moverse sobre las olas. Eso también lo pueden hacer algunas hadas de mar, pero prefieren las cálidas y tranquilas noches de verano en costas solitarias (y, en consecuencia, se las ve muy rara vez).

Otro día reapareció la vieja Uin, pero esta vez llevó de paseo a los dos perros; para ellos fue como montar en una montaña móvil. Estuvieron ausentes durante días y días; y sólo volvieron del extremo oriental del mundo porque no tuvieron más

remedio.

Allí, la ballena se elevó y lanzó un surtidor de agua tan alto que gran parte de ella fue a caer directamente fuera del mundo, por encima del extremo.

Otra vez los llevó al otro lado (o tan cerca de él como pudo), y fue un viaje todavía más largo y más emocionante, el más maravilloso de todos los viajes de Roverandom, como dijo más tarde, cuando se hizo más viejo y más sabio. Sería como mínimo tanto como explicar otra historia si te contara todas sus aventuras en las Aguas Inexploradas y lo que vieron en tierras desconocidas para la geografía; después atravesaron los Mares Sombríos y llegaron a la gran Bahía del País Hermoso (como lo llamamos), más allá de las Islas Mágicas; y contemplaron el último Occidente de las Montañas del Hogar de los Elfos y la luz de Faéry sobre las olas. Roverandom creyó ver un retazo de la ciudad de los Elfos en la colina verde debajo de las Montañas, un destello blanco en la lejanía; pero Uin se volvió a sumergir tan deprisa que Roverandom no estaba seguro. Si tenía razón, era una de las contadísimas criaturas de dos o cuatro extremidades que podía recorrer nuestras tierras y decir que había visto la otra tierra, a pesar de estar muy lejos.

—¡Si se llegara a saber yo me enteraría —dijo Uin—. Se supone que nadie de las Tierras Exteriores ha estado aquí; y los que llegan ahora son muy pocos. ¡Punto en boca!

¿Qué dije de los perros? Que no olvidan fácilmente las piedras malhumoradas. Pues bien, a pesar de todo lo que vio y los emocionantes viajes que hizo, Roverandom no pensó mucho en estas cosas durante el tiempo que estuvo allí. Pero las recordó muy claramente tan pronto como regresó a casa.

Su primer pensamiento fue: «¿Dónde está aquel viejo brujo? ¿De qué sirve ser cortés con él? Por poco que pueda, le destrozaré de nuevo los pantalones».

Así pensaba Roverandom cuando, después de haber intentado en vano tener unas palabras a solas con Artajerjes, vio pasar al brujo por uno de los caminos reales que partían del palacio. Por supuesto, Artajerjes era demasiado orgulloso como para tener cola o aletas o aprender a nadar correctamente. Todo lo que hacía era beber, como todos los peces (lo que significaba que incluso en el mar tenía sed); pasó mucho tiempo vertiendo sidra en grandes barriles que tenía en sus habitaciones, cuando habría podido emplearlo en asuntos oficiales. Si quería desplazarse deprisa conducía un vehículo. Cuando Roverandom le vio, conducía un vehículo expreso, un caparazón gigantesco en forma de caracol, tirado por siete tiburones. Todos se apartaban rápidamente del camino, pues los tiburones mordían.

—¡Vamos tras él! —dijo Roverandom al perro de mar; y así lo hicieron; y los dos perros malos se ponían a arrojar piedras al carruaje cada vez que pasaba por debajo de un acantilado. Como te he dicho, podían moverse y actuar con sorprendente rapidez; y se adelantaban, se escondían en las algas y empujaban sobre el borde todo

lo que encontraban desprendido o a punto de desprenderse. Todo esto molestaba enormemente al brujo, pero los dos perros tenían mucho cuidado de que no los descubriera.

Antes de arrancar, Artajerjes estaba ya de muy mal humor, y antes de recorrer una gran distancia tuvo un ataque de cólera, una cólera no exenta de angustia, pues iba a investigar los daños causados por un inusitado remolino que había aparecido de repente, y en una zona del mar que a él no le gustaba en absoluto. Artajerjes pensaba (y estaba en lo cierto) que en aquella dirección había criaturas perversas a las que era mejor dejar solas. Creo que tú ya sabes lo que ocurría allí, Artajerjes también. La vieja serpiente de mar empezaba a despertar, o amenazaba con hacerlo.

La serpiente había dormido profundamente durante años, pero ahora empezaba a revolverse. Cuando estaba estirada, podía medir cientos de kilómetros (algunos decían que llegaba de Extremo a Extremo, pero esto es una exageración); y cuando está enroscada, aparte de la Olla (donde acostumbraba a vivir, y mucha gente desea que vuelva allí), sólo había una caverna en todos los océanos que la pudiera alojar, y desgraciadamente esa caverna está a menos de doscientos kilómetros del palacio del rey de los mares.

Cuando, en sueños, deshizo una o dos anillas, las aguas se encresparon y se agitaron sacudiendo las casas de la gente y perturbando a los que dormían en kilómetros y kilómetros a la redonda. Pero fue una estupidez enviar al PAM a ver lo que ocurría, pues evidentemente la serpiente de mar es mucho más grande y fuerte y vieja e idiota para que alguien la domine (otros adjetivos que se le aplicaban eran: primordial, prehistórica, autotalásica, fabulosa, mítica y tonta); y Artajerjes lo sabía muy bien.

Ni siquiera el Hombre de la Luna trabajando duramente durante cincuenta años podría confeccionar un hechizo tan largo o poderoso como para reducir a la serpiente. El Hombre de la Luna sólo lo había intentado una vez (cuando se le pidió expresamente), y el resultado fue el hundimiento de un continente en el mar.

El pobre Artajerjes se dirigió directamente hacia la boca de la cueva de la serpiente de mar. Pero aún no se había apeado de su carruaje cuando vio la punta de la cola de la serpiente de mar asomando por la entrada; era más grande que una hilera de gigantescos barriles de agua, y verde y viscosa. Para él esto era suficiente. Enseguida quiso volver a casa, antes de que el Gusano se volviera de nuevo, y todas las serpientes lo hacen en momentos especiales e inesperados.

Al pequeño Roverandom todo le impresionaba profundamente. El no sabía nada acerca de la serpiente de mar o de su monstruosidad; lo único que tenía en la mente era fastidiar al malhumorado brujo. Así, cuando se presentó la ocasión —Artajerjes estaba de pie, mirando fijamente, como un estúpido, al extremo visible de la serpiente, y sus animales de tiro no se enteraban de casi nada— se deslizó

furtivamente y mordió a uno de los tiburones en la cola, por diversión. ¡Por diversión! ¡Menuda diversión! El tiburón salió disparado hacia adelante, y el carruaje con él; y Artajerjes, que se había vuelto para subir, cayó de espaldas. Luego el tiburón mordió a lo único que tenía a su alcance en ese momento, que era el tiburón situado delante de él; y éste tiburón mordió al siguiente; y así sucesivamente, hasta el último de los siete, el cual, muy idiota — ¡válgame Dios!—, va y muerde a la serpiente de mar en la cola.

¡La serpiente se revolvió de nuevo inesperadamente! Y los dos perros empezaron a dar vueltas en el agua, chocando con peces distraídos y arremolinados árboles marinos, muertos de miedo en una nube de hierbas arrancadas, arena, babosas, bígaros y restos diversos. Y las cosas se fueron poniendo cada vez peor, y la serpiente seguía revolviéndose. Y allí estaba el viejo Artajerjes, agarrándose a las riendas de los tiburones, zarandeado también de acá para allá, y diciéndoles, me refiero a los tiburones, las cosas más horribles. Afortunadamente para esta historia, él nunca supo lo que había hecho Roverandom.

Ignoro cómo llegaron a casa los perros. En cualquier caso, fue hace mucho, mucho tiempo. En primer lugar fueron arrojados a la playa en una de las terribles mareas provocadas por las convulsiones de la serpiente de mar; y luego fueron recogidos por unos pescadores en la otra orilla del mar y fueron enviados casi jubilosamente a un acuario (un destino odioso); y después, tras escapar de todo ello por los pelos, tuvieron que hacer el camino de regreso lo mejor que pudieron, en medio de una perpetua conmoción subterránea.

Y cuando por fin llegaron a casa, allí también reinaba una terrible conmoción. Todos los habitantes del mar estaban reunidos alrededor del palacio y todos gritaban a la vez:

—¡Traigan a PAM! (¡Sí, ahora lo llamaban así en público, y ninguna otra cosa más larga o más digna!) ¡TRAIGAN A A PAM! ¡TRAIGAN A PAM!

Y PAM estaba escondido en los sótanos. Finalmente, la señora Artajerjes lo encontró y lo hizo salir de allí; y cuando él se asomó a una ventana de la buhardilla, todo el pueblo marino gritó:

—¡Basta de disparates! ¡BASTA DE DISPARATES! ¡BASTADE DISPARATES!

Y era tal el alboroto que a lo largo de todas las costas del mundo la gente pensaba que el mar rugía con más fuerza que de costumbre. ¡Así era! Y la serpiente de mar seguía revolviéndose todo el tiempo, intentando obsesivamente llevarse la punta de la cola a la boca. Pero, ¡gracias al cielo! no estaba ni total ni propiamente despierta, pues de lo contrario habría podido salir y agitar coléricamente la cola, y entonces otro continente se habría hundido. (En verdad esto habría sido realmente lamentable o no habría dependido, en ese caso, de qué continente se hubiera hundido y en qué continente viviera uno.)

Pero el pueblo marino no vivía en un continente, sino en el mar, y precisamente en la zona media; y ésta iba creciendo. Y todos insistían en que era asunto del rey de los mares hacer que el PAM creara un hechizo, un remedio o solución para apaciguar a la serpiente de mar: el agua estaba tan agitada que no podían llevarse las manos a la cara para alimentarse o sonarse la nariz; y todos chocaban unos con otros, y todos los peces estaban mareados de revueltas que se habían puesto las aguas, y éstas estaban tan turbias y tan llenas de arenas que todos tenían tos; y se suprimieron todos los bailes.

Artajerjes se quejó, pero tenía que hacer algo. Así pues, fue a su taller y permaneció encerrado durante una quincena, y durante este tiempo tuvieron lugar tres terremotos, dos huracanes submarinos y varias revueltas del pueblo marino. Luego salió y soltó un hechizo prodigioso donde los haya (acompañado de un encantamiento consolador) a cierta distancia de la cueva; y todos se fueron a sus casas y se pusieron a esperar en los sótanos, todos menos la señora Artajerjes y su desdichado marido. El brujo estaba obligado a estar allí (a cierta distancia, no muy segura) y observar el resultado; y la señora Artajerjes estaba obligada a estar allí y observar a su marido.

El hechizo hizo que la serpiente tuviera un sueño terrible: soñó que todo su cuerpo estaba cubierto de percebes (muy irritante y parcialmente cierto) y también que era asada lentamente en un volcán (muy doloroso, y por desgracia completamente imaginario). ¡Y esto la despertó!

Probablemente la magia de Artajerjes era mejor de lo que se suponía. En cualquier caso, la serpiente de mar no salió, por suerte para esta historia. Puso la cabeza donde tenía la cola y bostezó, abrió la boca, tan ancha como la cueva, y bufó con tanta fuerza que todos los habitantes de los reinos marinos lo oyeron en sus sótanos.

Y la serpiente de mar dijo:

—¡Basta de DISPARATES! —Y añadió—: Si este brujo charlatán no sale de aquí al instante, y si alguna vez entra de nuevo en el mar, SALDRÉ DE AQUÍ; y primero me lo comeré a él, y luego lo golpearé y dejaré hecho añicos. Esto es todo. ¡Buenas noches!

Y la señora Artajerjes llevó a la casa a PAM, que se había desmayado.

Cuando se recuperó, que fue pronto, aunque después de tener a todos en vilo, retiró el hechizo de la serpiente y recogió sus cosas, y la gente decía y gritaba:

—¡Despide al PAM! ¡Gracias! Esto es todo. ¡Adiós!

Y el rey de los mares dijo:

—No queremos perderte, pero pensamos que tienes que irte. —Y Artajerjes se sintió muy pequeño y muy insignificante a la vez (cosa que le convenía). Hasta el perro de mar se rió de él.

Pero curiosamente, Roverandom estaba muy contrariado. Al fin y al cabo, él tenía

sus propias razones para saber que la magia de Artajerjes no carecía de eficacia. Y además él había sido el que había mordido al tiburón en la cola, ¿no es cierto? Y él había sido el que había iniciado todo el embrollo al morder al brujo en los pantalones. Y él pertenecía a la tierra, y comprendía que tenía que ser duro para un pobre brujo de tierra verse atacado por todos los moradores del mar.

En cualquier caso, se acercó al viejo y le dijo:

—¡Por favor, señor Artajerjes!

—¿Bien? —dijo el brujo, con toda amabilidad (estaba muy contento de que no lo llamara PAM, y llevaba semanas sin oír un «señor»). ¿Bien? ¿Qué hay, perrito?

—Le pido perdón, de verdad. Lo siento muchísimo, créame. Nunca quise dañar la reputación de usted. —Roverandom pensaba ahora en la serpiente de mar y en la cola del tiburón, pero (¡afortunadamente!) Artajerjes creyó que se estaba refiriendo a sus pantalones.

—¡Ven, ven! —dijo—. No vamos a hablar del pasado. Y mucho menos cuando aquello quedó inmediatamente reparado o remendado. Creo que lo mejor que podemos hacer es volver a casa juntos.

—Pero, por favor, señor Artajerjes —dijo Roverandom—, ¿podría tomarse usted la molestia de devolverme mi tamaño?

—¡Claro que sí! —dijo el brujo, contento de encontrar a alguien que todavía creía que podía hacer algo—. ¡Claro que sí! Pero lo mejor y más seguro para ti es que sigas como hasta ahora mientras estés aquí abajo. ¡Primero tenemos que salir de aquí! Y ahora mismo estoy real y verdaderamente ocupado.

Y lo estaba real y verdaderamente. Entró en sus talleres y recogió toda su parafernalia, insignias, símbolos, apuntes, libros de recetas, secretos, aparatos, bolsas y botellas con hechizos de diversa naturaleza. Quemó todo lo que pudo quemar en su fragua impermeable y el resto lo arrojó al jardín trasero. Enseguida ocurrieron allí cosas extraordinarias: todas las flores enloquecieron, las hortalizas crecieron monstruosamente y los peces que las comieron se convirtieron en gusanos de mar, gatos de mar, vacas de mar, leones de mar, tigres de mar, demonios de mar, marsopas, dugones, cefalópodos, manatíes, y calamidades, o simplemente se envenenaron; y los fantasmas, las visiones, los trastornos, las ilusiones y las alucinaciones se propagaron de tal modo que en el palacio nadie tenía paz y se vieron obligados a mudarse. De hecho, todos empezaron a respetar la memoria del brujo cuando ya le habían perdido. Pero esto fue mucho después. De momento, clamaban para que se fuera.

Cuando todo estuvo a punto, Artajerjes dijo adiós al rey de los mares, más bien con frialdad; y ni siquiera los niños de mar parecían muy afectados, pues él había estado muy a menudo demasiado ocupado, y rara vez se había dedicado a hacer burbujas para ellos (como aquella ocasión de la que te hablé). Algunas de sus incontables cuñadas intentaron mostrarse educadas, de manera especial si la señora

Artajerjes estaba delante; pero en realidad todos estaban impacientes por verlo salir por la puerta, a fin de poder enviar un mensaje respetuoso a la serpiente de mar:

«El lamentable brujo ha partido y no volverá nunca más. Por favor, duerme.»

Naturalmente, también la señora Artajerjes se fue. El rey de los mares tenía tantas hijas que podía perder alguna sin mucha congoja, sobre todo las diez mayores. Le dio una bolsa de joyas y un húmedo beso junto a la puerta y volvió a su trono. Pero todos los demás estaban muy tristes, y en especial la infinidad de sobrinas y sobrinos marinos de la señora Artajerjes; y también estaban muy tristes de perder a Roverandom.

El más triste de todos y el más abatido era el perro de mar:

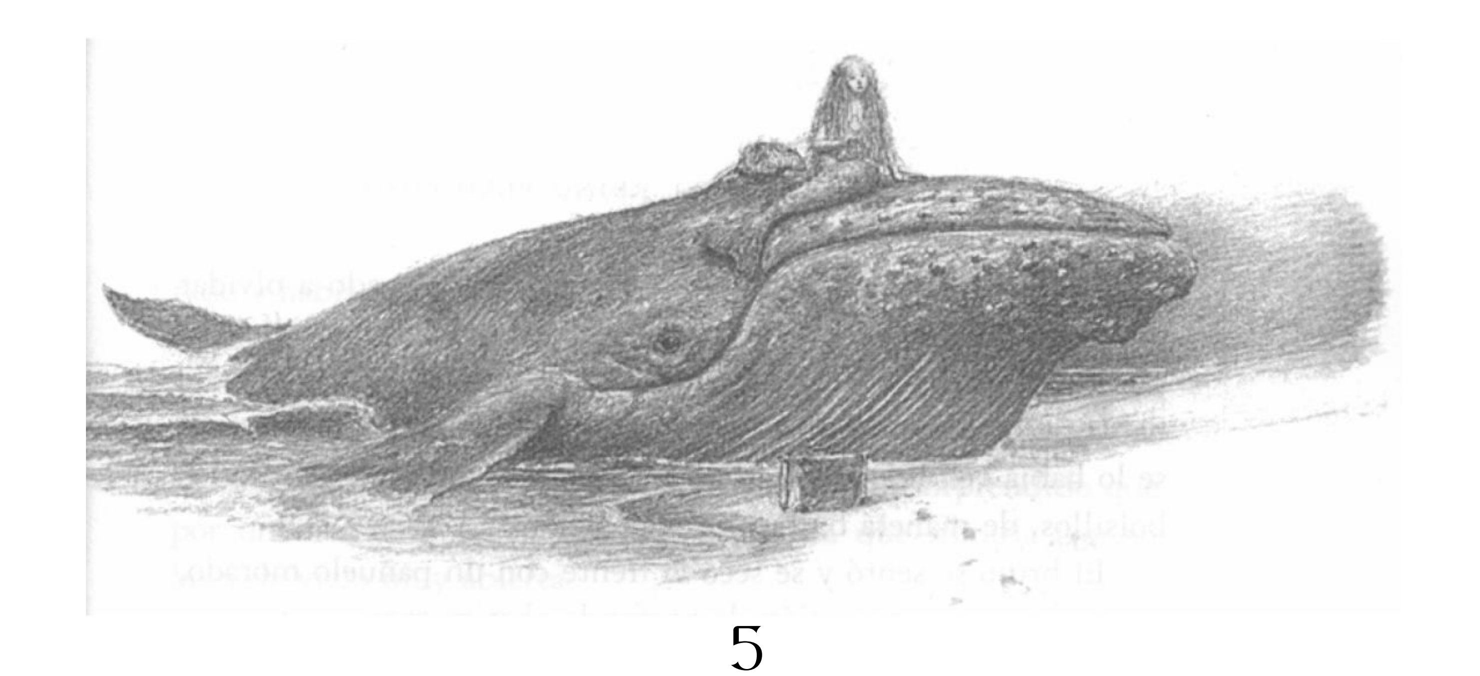
—Escríbeme unas líneas desde dondequiera que estés —dijo—, y rápidamente iré a verte.

—¡No lo olvidaré! —dijo Roverandom. Y se fueron.

La ballena más vieja estaba esperando. Roverandom estaba sentado en el regazo de la señora Artajerjes, y cuando estuvieron instalados en el lomo de la ballena, se pusieron en marcha.

Y toda la gente dijo «¡adiós!» en voz alta, y «de menuda nos hemos librado» en voz baja, pero no tan baja; y ése fue el fin de Artajerjes como mago del Pacífico y el Atlántico. Ignoro quién ha hecho después los hechizos para aquellas gentes. El viejo Psámatos y el Hombre de la Luna, quiero creer, lo han arreglado entre ellos, son perfectamente capaces.





5

La Ballena fue a parar a una costa tranquila, lejos, muy lejos, de la ensenada de Psámatos; sobre esto Artajerjes tenía las ideas más peregrinas. Mientras la señora Artajerjes y la ballena permanecían allí, el brujo (con Roverandom en el bolsillo) caminó unos cuatro kilómetros hasta el pueblo costero más próximo para adquirir un traje viejo y un sombrero verde y un poco de tabaco, a cambio del precioso traje de terciopelo (que produjo una gran sensación en las calles). Adquirió también una silla de baño para la señora Artajerjes (no debemos olvidar que ella tenía cola).

—Por favor, señor Artajerjes —dijo Roverandom una vez más, cuando estaban sentados nuevamente en la playa por la tarde. El brujo fumaba su pipa apoyado de espaldas contra la ballena, con una expresión más feliz que tiempo atrás, y nada ocupado—. ¿Qué hay de mi forma primitiva, si no le importa? ¡Y también de mi tamaño, por favor!

—¡Oh, muy bien! —dijo Artajerjes—. Pensé que podía echar una cabezada antes de empezar a ocuparme; pero no me importa. ¡Vamos allá! ¿Dónde está mi...? —Y se detuvo en seco. Acababa de recordar de repente que había quemado y tirado todos los hechizos que tenía al fondo del Profundo Mar Azul.

Estaba realmente muy contrariado. Se puso de pie, hurgó en los bolsillos de los pantalones, y en los bolsillos del chaleco, y en los bolsillos de la chaqueta dentro y fuera, y en ningún sitio encontró un mínimo rastro de magia. (Por supuesto que no, pobre viejo; estaba tan alterado que hasta había llegado a olvidar que una o dos horas antes había comprado el traje que llevaba puesto en la tienda de un prestamista. Lo cierto es que el traje había pertenecido a un mayordomo de cierta edad, o al menos él se lo había vendido al prestamista, y ante todo había vaciado los bolsillos, de manera bastante concienzuda.)

El brujo se sentó y se secó la frente con un pañuelo morado, nuevamente con

expresión de profundo abatimiento.

—¡Lo siento realmente mucho, muchísimo! —dijo—. Nunca quise dejarte así para siempre; pero ahora no veo cómo podría ayudarte. ¡Que te sirva de lección y no vuelvas a morder los pantalones de brujos amables y simpáticos!

—¡Eso es una estupidez! —dijo la señora Artajerjes—. ¡Brujos amables y simpáticos, sin duda! No hay brujo amable y simpático si no le devuelves al momento la forma y el tamaño al perrito; y es más, regresaré al fondo del Profundo Mar Azul y no volveré nunca más a tu lado.

El pobre Artajerjes pareció casi tan preocupado como en las ocasiones en que la serpiente de mar provocaba algún problema.

—¡Querida! —dijo—. Lo siento muchísimo, pero le puse al perro mi hechizo más poderoso (permanente e irreversible) después de que Psámatos empezara a entrometerse (¡maldito sea!) y sólo para demostrarle que no podía hacerlo todo, y que no quiero que un mago de pacotilla venga a inmiscuirse en mis pequeños juegos. Al fin me olvidé por completo de poner a salvo el antídoto cuando estaba haciendo limpieza allí abajo. Normalmente lo guardaba en una pequeña bolsa negra que colgaba de la puerta de mi taller.

»¡Válgame Dios! Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que lo hacía sólo para divertirme un poco —dijo Artajerjes, volviéndose a Roverandom, al tiempo que la nariz se le enrojecía y alargaba a causa del dolor.

Mientras tanto seguía diciendo «válgame Dios, válgame Dios» y moviendo la cabeza y la barba; y en ningún momento se dio cuenta de que Roverandom no le prestaba atención y que la ballena se hacía la distraída. La señora Artajerjes se había levantado y había ido a recoger su equipaje, y ahora se reía sosteniendo en la mano una vieja bolsa negra.

—¡Deja ya de menear la barba y ponte a trabajar! —dijo la señora Artajerjes.

Pero cuando el brujo vio la bolsa quedó tan sorprendido que por un momento no pudo hacer otra cosa que mirarla con su boca de viejo muy abierta.

—¡Ven aquí! —dijo su esposa—. Es tu bolsa, ¿no? La recogí, con varias cositas mías, del horrible montón de trastos que dejaste en el jardín. —Abrió la bolsa para mirar dentro y la varita que era la pluma mágica del brujo salió fuera de un salto junto con una nube de un humo singular que se retorció en formas extrañas y caras curiosas.

Entonces Artajerjes se puso nervioso.

—¡Venga, dámelo! ¡Lo estás malgastando! —gritó; y agarró a Roverandom por la nuca y en un periquete lo metió en la bolsa, entre pataleos y ladridos. Luego volteó la bolsa tres veces mientras sostenía la pluma en la otra mano.

—¡Gracias! ¡Esto funcionará estupendamente! —dijo, y abrió la bolsa.

Se oyó un golpe fuerte y seco, ¡y ya está! ¡y mirad! La bolsa había desaparecido;

allí sólo estaba Rover tal como era antes de conocer al brujo aquella mañana en el césped. Bueno, tal vez no exactamente igual; ahora era un poco más grande, pues tenía unos meses más de vida.

De nada sirve intentar describir la emoción de Rover, o lo ridículo y pequeño que le parecía todo, incluida la ballena; ni lo fuerte y feroz que se sentía. Por un momento miró con nostalgia los pantalones del brujo; pero como no quería que la historia empezara de nuevo, después de correr de alegría un kilómetro en redondo y aturdido con sus ladridos, volvió junto a él y le dijo:

—¡Gracias! —y aún añadió—: Me alegro de haberlo conocido — expresión que sin duda era muy cortés.

—¡Está bien! —dijo Artajerjes—. Y ésta va a ser la última vez que utilice mi magia. Me retiro. Y en cuanto a ti, será mejor que vuelvas a casa. Como no me queda magia para enviarte a casa, tendrás que volver a pie. Pero eso no es malo para un perro joven y fuerte.

Así, Rover dijo adiós, y la ballena guiñó un ojo y la señora Artajerjes le dio un trozo de pastel; y eso fue lo último que vio de ellos durante mucho tiempo. Mucho, muchísimo después, cuando visitaba un lugar de la costa donde nunca había estado, se enteró de lo que les había ocurrido, pues se encontraban allí. Naturalmente, no la ballena, pero sí el brujo, ya retirado, y su esposa.

Se habían instalado en un pueblo de la costa, y Artajerjes, con el nombre de señor A. Pam, había abierto una tienda de cigarrillos y chocolate cerca de la orilla del mar, pero tenía mucho, muchísimo cuidado de no tocar nunca el agua (ni siquiera el agua fresca, y esto no le parecía un castigo). Era una pobre actividad para un brujo, pero al menos procuraba limpiar la suciedad que los clientes dejaban en la playa; y ganaba un buen dinero con «Pam's Rock», que era un caramelo muy rosado y pegajoso. Es posible que contuviera un último residuo de magia, pues a los niños les gustaba tanto que se lo comían incluso después de que se les cayera en la arena.

Pero la señora Artajerjes, mejor debería decir la señora A. Pam, ganaba mucho más dinero. Alquilaba tiendas de baño y carromatos, y daba clases de natación, volvía a casa en una silla de baño tirada por caballitos blancos y de noche se ponía las joyas del rey de los mares, y se hizo muy famosa, de modo que nadie aludía nunca a su cola.

Sin embargo, mientras tanto Rover recorre caminos y carreteras, dejándose guiar por la nariz, obligada a conducirlo al fin a casa, como corresponde a las narices de todos los perros.

«No todos los sueños del Hombre de la Luna llegan a ser verdad, como dijo él mismo —pensó Rover mientras seguía andando—. Este ha sido evidentemente uno que no es verdad. Ni siquiera conozco el nombre del lugar donde viven los niños, y es una lástima.»

La tierra seca era a menudo, pensaba Rover, un lugar tan peligroso para un perro como la luna o el océano, aunque mucho más aburrido. Junto a él pasaban los motores, uno tras otro, llenos (pensaba Rover) de la misma gente; todos yendo a gran velocidad (y todos entre polvo y olores) a algún sitio.

«No creo que la mitad de ellos sepa a dónde va, o por qué va», rezongó Rover cuando empezó a toser y a ahogarse; y tenía cansadas las patas de tanto caminar por las duras, oscuras y negras carreteras. Por este motivo se adentró en los campos y tuvo muchas aventuras agradables con pájaros y conejos de manera imprevista y más de una divertida pelea con otros perros y varias huidas apresuradas cuando tropezaban con perros más grandes que él.

Y así, después de semanas o meses desde que empezó el cuento (él no sabría decirlo), regresó por fin a la cancela de su jardín. ¡Y el niño estaba jugando en la hierba con la pelota amarilla! ¡Y el sueño se hizo realidad, en contra de lo que había pensado!

—¡Roverandom! —gritó el niño Dos con alegría.

Y Rover se tendió y suplicó, y se encontró sin voz para ladrar, y el niño lo besó en la cabeza, y entró rápidamente en la casa, gritando:

—¡Ha vuelto mi perrito suplicante! ¡Ahora es grande y de verdad!

El niño se lo explicó todo a su abuela. ¿Cómo iba a saber Rover que había pertenecido a la abuela del niño durante todo el tiempo? Cuando lo embrujaron sólo había estado con la abuela un mes o dos. Pero me pregunto qué habían sabido de todo eso Psámatos y Artajerjes.

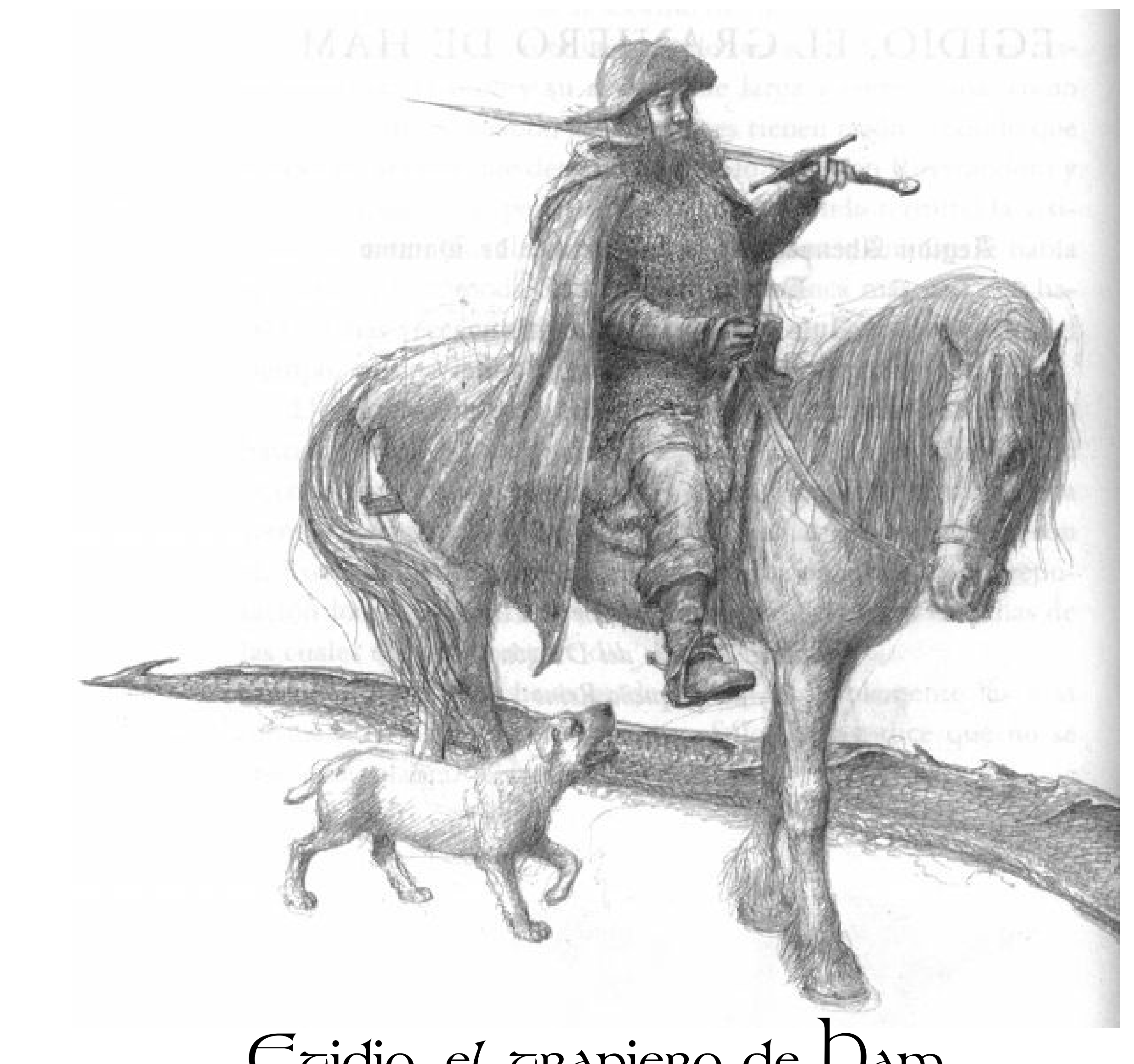
La abuela (sin duda muy sorprendida de ver a su perro con tan buen aspecto y de que no lo hubiese aplastado ningún coche, ni destrozado algún camión) no entendía absolutamente nada de lo que estaba contando el niño, a pesar de que le dijo exactamente todo lo que sabía, una y otra vez. Con muchas dificultades la abuela (naturalmente era un poco dura de oído) entendió que al perro había que llamarlo Roverandom, y no Rover, porque el Hombre de la Luna así lo decía («¡Qué ideas tan extrañas tiene el niño!»); y que después de todo el perro no le pertenecía a ella sino al niño Dos, pues la mamá lo había llevado a casa con los camarones («Muy bien, querido, si así te gusta; pero pensaba que yo se lo había comprado al sobrino del jardinero»).

Evidentemente, no te he contado todos los detalles de la discusión entre el niño y su abuela; fue larga y complicada, como ocurre a menudo cuando las dos partes tienen razón. Todo lo que necesitas saber es que después de esto lo llamaron Roverandom y que, efectivamente, perteneció al niño, y cuando terminó la visita de los niños a la abuela, volvió a casa, donde una vez se había sentado en la cómoda. Por supuesto, ya nunca más volvió a hacerlo. Unas veces vivían en el campo y otras, la mayor parte del tiempo, en una casa blanca sobre el acantilado, junto al mar.

Llegó a conocer muy bien al viejo Psámatos, pero nunca lo bastante como para suprimir la P, aunque sí lo bastante, cuando se convirtió en un perro grande y digno, para desenterrarlo de la arena y despertarlo y tener muchas, muchas conversaciones con él. Roverandom llegó a ser sabio, y gozaba de una inmensa reputación local, y tuvo toda suerte de nuevas aventuras (muchas de las cuales el niño compartió).

Pero las que te he contado fueron probablemente las más inusuales y las más emocionantes. Sólo Tinker dice que no se cree una palabra. ¡Gato celoso!



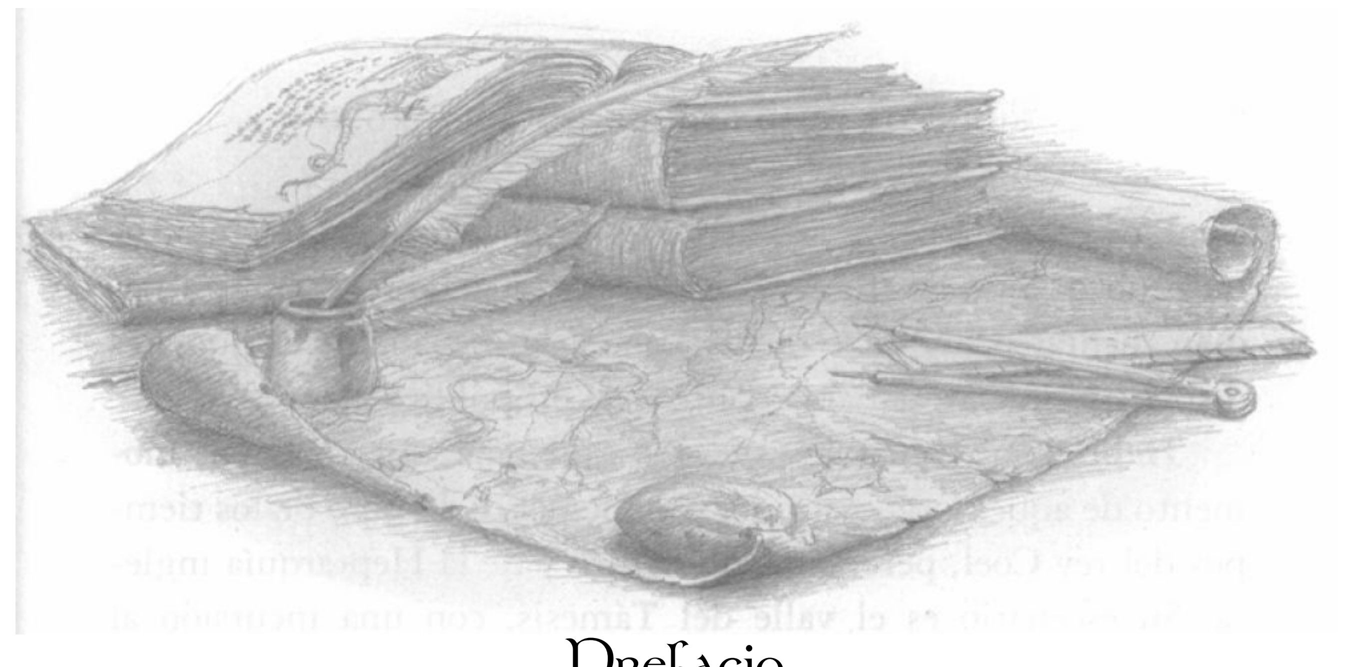


Egidio, el granjero de Ham

AEGIDII AHENOBARBI JULII AGRICOLE DE HAMMO
DOMINI DE DOMITO
AULE DRACONARIE COMITIS
REGNI MINIMI REGIS ET BASILEI
MIRA FACINORA ET MIRABILIS ERORTUS

o en la lengua vernácula

El Ascenso y las Maravillosas Aventuras
del Granjero Egidio, Señor de Tame
Conde del Palacio del Dragón
y Rey del Pequeño Reino



Prefacio

Pocos testimonios de la historia del Pequeño Reino han sobrevi-vido; pero por azar se ha conservado un relato de sus orígenes: una leyenda quizá, más que un relato verídico. Es evidente que se trata de una recopilación tardía, plagada de sucesos extraordinarios, que tiene su origen no en austeros anales sino en romances populares, a los que el autor hace frecuente referencia.

Los acontecimientos que recoge pertenecen a un pasado que le resulta distante, pero sí parece, no obstante, haber vivido en las tierras del Pequeño Reino. Sus conocimientos geográficos, y no es su punto fuerte, resultan acertados cuando se refieren a este país, mientras que demuestra una ignorancia total de las regiones que quedan fuera de él.

La traducción de este curioso relato desde un peculiar latín insular al idioma actual del Reino Unido se podría justificar por su valor como testimonio de un período oscuro de la historia británica, por no mencionar la luz que arroja sobre el origen de algunos topónimos de difícil interpretación. Puede que alguien encuentre atractivos, incluso, al protagonista mismo y sus aventuras.

No se pueden determinar con facilidad, debido a la escasez de evidencias, los límites del Pequeño Reino ni en el espacio ni en el tiempo. Muchos dominios y monarquías han nacido y desaparecido desde que Bruto llegó a Gran Bretaña. La partición que se efectuó bajo Locrin, Camber y Albanac fue sólo la primera de numerosas y sucesivas divisiones. Como narran los historiadores del reino de Arturo, el amor local a la independencia y la ambición de los reyes por extender sus dominios colmaron los años de bruscos cambios entre la paz y la guerra, entre el regocijo y los infortunios: un tiempo de fronteras inestables, cuando los hombres podían medrar o hundirse de la noche a la mañana, y los juglares disponían de material abundante y de

un público atento.

Habría que situar los sucesos aquí relatados en algún momento de aquel largo período, posiblemente después de los tiempos del rey Coel, pero antes de Arturo y de la Heptarquía inglesa. Su escenario es el valle del Támesis, con una incursión al noroeste hasta el límite con Gales.

La capital del Pequeño Reino se encontraba, como la actual, en el extremo sudeste, aunque desconozcamos con certeza su perímetro. Parece que nunca se extendió Támesis arriba por el oeste, ni más allá de Otmoor hacia el norte; sus límites orientales son imprecisos. Existen indicios de una leyenda incompleta sobre Georgius, hijo de Egidio, y su paje Suovetaurilius (Suet) de que en cierto tiempo se estableció un puesto avanzado contra el Reino Medio de Farthingho. Pero tal ubicación no concierne a este relato, que aquí se presenta sin escolios ni alteraciones, aunque hayamos reducido el presuntuoso título original a términos más modestos: *Egidio, el granjero de Ham*.



Egidio, el granjero de Ham

Egidius de Hammo era un hombre que vivía en la región central de la isla de Bretaña. Su nombre completo era AEgidius Ahenobarbus Julius Agrícola de Hammo; porque la gente ostentaba pomposos nombres en aquellos tiempos ahora tan lejanos, cuando esta isla estaba aún, por fortuna, dividida en numerosos reinos. Había entonces más sosiego y menos habitantes, así que la mayoría eran personajes distinguidos. Aquellos tiempos, sin embargo, han pasado, y de ahora en adelante citaré al protagonista por la forma abreviada y popular de su nombre: era el granjero Egidio de Ham, y tenía la barba pelirroja. Ham no era más que un pueblo, pero en aquellos días los pueblos eran orgullosos e independientes.

Egidio el granjero tenía un perro. El nombre del perro era Garm. Los perros tenían que conformarse con nombres cortos en lengua vernácula; el latín culto quedaba reservado para sus dueños. Garm no sabía hablar ni siquiera el latín macarrónico; pero como la mayoría de los perros de su tiempo, podía usar la lengua popular tanto para amenazar como para fanfarronear o adular. Las amenazas quedaban reservadas para los mendigos y los intrusos, la fanfarronería para otros perros y la adulación para su dueño. Garm sentía al mismo tiempo orgullo y temor ante Egidio, que sabía amenazar y fanfarronear mejor que él.

Aquélla no era época de prisas ni ajetreos. El ajetreo tiene poco que ver con los negocios. La gente hacía su labor sin apresurarse y encontraba tiempo tanto para hacer un montón de trabajo como para charlar largo y tendido. Se conversaba mucho, porque con frecuencia se producían sucesos memorables. Pero en el momento en que comienza nuestra historia hacía bastante tiempo en realidad que nada digno de mención había sucedido en Ham, cosa que a Egidio el granjero le venía que ni

pintada: era un tipo bastante cachazudo, y preocupado sólo de sus propios asuntos. Tenía bastante, decía, con mantener al lobo lejos de la puerta, es decir, mantenerse tan rollizo y cómodo como su padre lo había estado. El perro se desvivía por ayudarle. Ninguno de los dos prestaba mucha atención al Ancho Mundo de más allá de sus tierras, del pueblo y del mercado más cercano.

Pero el Ancho Mundo estaba allí. El bosque no quedaba muy lejos, y en la distancia, al oeste y al norte, estaban las Colinas Salvajes y las inquietantes comarcas de la montaña. Y, entre otras cosas, aún había gigantes sueltos: gente ruda y sin civilizar, que en ocasiones causaba problemas. Había uno en particular más grande y estúpido que el resto de sus congéneres. No hallo mención de su nombre en las crónicas, pero tampoco importa. Era enorme; su bastón era como un árbol, y su andar, pesado. Apartaba los olmos a su paso como si fuesen hierbas secas; era la ruina de los caminos y la plaga de los huertos, pues sus inmensos pies hacían en ellos unos hoyos tan profundos como pozos; si tropezaba con una casa, terminaba con ella. Y causaba estos daños por dondequiera que iba, ya que su cabeza quedaba muy por encima de los tejados y dejaba que sus pies se cuidasen de sí mismos. Era corto de vista y un poco sordo. Por fortuna, vivía bastante lejos, en el desierto, y rara vez visitaba las tierras que los hombres habitaban; al menos no lo hacía adrede. Tenía una gran casa medio arruinada en lo alto de un monte, y contaba con pocos amigos debido a su sordera y estupidez, y a la escasez de gigantes. Solía pasearse solo por las Colinas Salvajes y las desiertas estribaciones de las montañas.

Un hermoso día de verano salió este gigante a dar un paseo y comenzó a vagar sin rumbo, causando grandes destrozos en los bosques. De pronto, se percató de que el sol se estaba poniendo y sintió próxima la hora de la cena; pero descubrió que se encontraba en una parte del país que no conocía en absoluto, y que se había perdido. Se equivocó al tratar de adivinar la dirección correcta, y estuvo caminando hasta que se hizo noche cerrada. Entonces se sentó y esperó a que saliera la luna. A su luz siguió andando y andando, poniendo todo su empeño en cada zancada, porque estaba ansioso por volver a casa. Había dejado a la lumbre su mejor olla de cobre y temía que se pudiese quemar el hondón. Pero daba la espalda a las montañas y se encontraba ya en tierras habitadas por hombres. En realidad se estaba acercando a la granja de AEgidius Ahenobarbus Julius Agricola y al pueblecito llamado Ham en lengua vulgar.

Era una hermosa noche. Las vacas se encontraban en los campos, y el perro del granjero Egidio había salido y vagaba a su antojo. Sentía una cierta inclinación por la luna y los conejos. No se imaginaba, por supuesto, que un gigante andaba también de paseo. Esto le habría ofrecido una buena excusa para salir sin permiso, pero también una razón aún mejor para quedarse quieto en la cocina. Hacia las dos el gigante llegó a los campos de Egidio, rompió las cercas, pisoteó las cosechas y aplastó la hierba

lista ya para la siega. En cinco minutos causó más destrozos que la cacería real de zorros en cinco días.

Garm oyó un estruendo que se aproximaba a lo largo de la orilla del río y corrió hacia el oeste del altozano sobre el que se asentaba la granja, sólo para saber qué ocurría. De pronto vio al gigante, que cruzaba el río a grandes zancadas y aplastaba a Galatea, la vaca favorita del granjero, dejando al pobre animal tan chato como su amo podría haber dejado a un escarabajo.

Aquello era más que suficiente para Garm. Dio un aullido de miedo y echó a correr hacia la casa como un rayo. Olvidándose por completo de que había salido sin permiso, llegó y comenzó a ladrar y a quejarse lastimeramente bajo la ventana del dormitorio de su dueño. Durante un buen rato no hubo respuesta. Egidio el granjero no se despertaba con facilidad.

—¡Socorro, socorro, socorro! —gritaba Garm.

De pronto se abrió la ventana y salió volando una botella bien dirigida.

—¡Eh! —dijo el perro, saltando a un lado con la habilidad que da la práctica—. ¡Socorro, socorro, socorro!

El granjero se asomó.

—¡Maldito seas! ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo el perro.

—Nada es lo que yo voy a darte a ti. Te voy a arrancar la piel a tiras por la mañana —contestó el granjero cerrando de un golpe la ventana.

—¡Socorro, socorro, socorro! —gritó el perro.

Egidio asomó de nuevo.

—¡Te mataré si vuelves a hacer ruido! —dijo—. ¿Qué te pasa, so idiota?

—Nada —contestó el perro—. Pero algo te va a pasar a ti.

—¿Qué significa eso? —dijo Egidio, sorprendido en medio de su ira. Garm nunca se le había insolentado.

—Tienes un gigante en tus tierras, un gigante enorme; y viene hacia aquí —dijo el perro—. ¡Socorro, socorro! Está aplastando las ovejas, ha pisado a la pobre Galatea y la ha dejado chata como una estera. ¡Socorro, socorro! Está echando abajo las cercas y destrozando las cosechas. Tienes que ser audaz y rápido, amo, o pronto no te quedará nada. ¡Socorro! —volvió a aullar Garm.

—¡Calla la boca! —gritó el granjero; y cerró la ventana—. ¡Dios misericordioso! —murmuró para sus adentros; y aunque la noche estaba calurosa, sintió un escalofrío y se estremeció.

—Vuelve a la cama y no seas estúpido —dijo su mujer—. Y ahoga a ese perro por la mañana. No me digas que vas a creer a un perro; ponen cualquier excusa cuando se les pilla sueltos o robando.

—Puede que sí, puede que no, Águeda —dijo Egidio—. Pero algo ocurre en mis

tierras o Garm es un cobarde. Ese perro está aterrado. Y, ¿por qué razón tendría que venir a quejarse de noche cuando por la mañana podría haberse colado con la leche por la puerta trasera?

—No te quedes ahí discutiendo —dijo Águeda—. Si crees al perro, sigue su consejo: sé audaz y rápido.

—¡Del dicho al hecho hay mucho trecho! —contestó Egidio; porque en verdad él creía buena parte de la historia de Garm. De

madrugada los gigantes no parecen tan inverosímiles.

Aun así la hacienda es la hacienda; y Egidio el granjero trataba de tal forma a los intrusos que pocos se atrevían a hacerle frente. De modo que se puso los calzones, bajó a la cocina y descolgó el trabuco de la pared. Alguien podría preguntarse, y con razón, qué es un trabuco. Ciertamente, esta misma pregunta les fue hecha a los Cuatro Sabios de Oxenford, que después de pensárselo contestaron:

—Un trabuco es un arma de fuego, corta, de gran calibre, que dispara numerosos proyectiles o postas, y que puede resultar mortal dentro de un alcance limitado, aunque no se haga un blanco perfecto. Hoy desplazado en países civilizados por otras armas de fuego.

El trabuco de Egidio el granjero tenía una boca ancha que se abría como un cuerno, y no disparaba proyectiles o postas sino cualquier cosa con que su dueño pudiera cargarlo. Y a nadie había matado, porque muy raramente lo cargaba, y nunca lo había disparado. Para los propósitos de Egidio, bastaba por lo general que lo mostrase. Y el país no estaba civilizado aún, pues el trabuco no había sido desplazado; se trataba, en realidad, del único tipo de arma de fuego que había, y aun así era poco frecuente. La gente prefería los arcos y las flechas, y usaba la pólvora casi exclusivamente para los fuegos artificiales.

Bueno, pues Egidio el granjero descolgó el trabuco y le metió una buena carga de pólvora, por si fuese necesario recurrir a medidas extremas; introdujo por la ancha boca clavos viejos y trozos de alambre, pedazos de un puchero roto, huesos, piedras y otros desechos. Se calzó luego sus botas altas, se puso el abrigo y salió de casa por el jardín trasero.

La luna estaba baja, a sus espaldas, y no pudo ver nada más amenazador que las oscuras sombras de los matorrales y de los árboles; sí pudo oír, sin embargo, un retumbo terrorífico de zancadas que se acercaban por el otro lado del altozano.

Egidio no se sintió ni audaz ni rápido, dijese Águeda lo que quisiese; pero estaba más preocupado por sus bienes que por su piel. Así que con la sensación de que el cinto le quedaba un poco flojo se dirigió hacia lo alto de la colina. De repente, justo sobre el borde de la cima, se recortó el rostro del gigante, pálido a la luz de la luna, que se reflejaba en sus enormes ojos redondos. Sus pies se encontraban aún bastante más abajo, horadando los campos. La luna deslumhraba al gigante, que no vio al

granjero. Pero Egidio sí lo vio a él, y recibió un susto de muerte. Sin darse cuenta apretó el gatillo, y el trabuco se disparó con una detonación ensordecedora. Apuntaba por casualidad más o menos a la horrible carota del gigante. Volando salieron los desechos, las piedras y los huesos, los pedazos de la olla y los alambres, y hasta media docena de clavos. Y como la distancia era en realidad corta, más por azar que por intención del granjero muchos de estos objetos alcanzaron al gigante: un pedazo de la olla se le incrustó en un ojo y un enorme clavo se le hincó en la nariz.

—¡Maldición! —dijo el gigante con su grosera forma de hablar—. ¡Me han picado!

El ruido no le había causado ninguna impresión (era bastante sordo), pero el clavo no le agradó. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se había encontrado con un insecto lo suficientemente violento como para atravesar su gruesa piel; pero había oído contar que lejos, en los pantanos del este, había libélulas cuyas picaduras eran como las de unas tenazas al rojo. Supuso que se había topado con algo por el estilo.

—¡Parajes asquerosos e insanos, está claro! —dijo—. No es camino para esta noche.

Así que recogió de la ladera un par de ovejas para prepararse la comida cuando llegase a casa y cruzó de nuevo el río, poniendo a toda prisa rumbo al nordeste. Por fin encontró el camino de casa, pues ahora sí había tomado la dirección oportuna; pero el hondón de la olla de cobre estaba completamente quemado.

Por lo que se refiere a Egidio el granjero, cuando el trabuco se disparó el retroceso lo derribó de espaldas; y allí se quedó mirando las estrellas y preguntándose si los pies del gigante lo alcanzarían cuando pasase a su lado. Pero no ocurrió nada, y el ruido de las pisadas se perdió en la distancia. De modo que se levantó, se frotó el hombro y recogió el trabuco. Fue entonces cuando oyó las aclamaciones de la gente.

La mayor parte de los habitantes de Ham habían estado atisbando desde sus ventanas; algunos se habían vestido y habían salido a la calle (después de que el gigante se hubo marchado). Unos cuantos subían ahora a la colina gritando.

Los aldeanos habían oído el horrible estruendo de los pies del gigante y la mayoría se había metido enseguida bajo las sábanas; algunos incluso bajo la cama. Garm se sentía al mismo tiempo orgulloso y asustado de su amo. Le resultaba espléndido y terrible cuando se enfadaba; y, claro, suponía que cualquier gigante pensaría lo mismo. De forma que cuando vio a Egidio salir armado con el trabuco (indicio por lo general de una enorme ira), se precipitó hacia el pueblo ladrando y gritando:

—¡Salid, salid, salid! ¡Levantaos, levantaos! ¡Acudid a ver a mi poderoso amo, su valentía y decisión! ¡Va a disparar a un gigante intruso! ¡Salid!

La cima del altozano resultaba visible desde la mayoría de las casas. Cuando la

gente y el perro vieron que la faz del gigante asomaba por encima, quedaron sobrecogidos y contuvieron el aliento, y todos menos Garm pensaron que el asunto era demasiado grave para que Egidio pudiera salir airoso. Fue en ese momento cuando se disparó el trabuco, y el gigante dio media vuelta a toda prisa y desapareció, y sorprendidos y alegres todos aplaudieron y vitorearon, y Garm casi se quedó ronco de tanto ladrar.

—¡Hurra! —gritaban—. ¡Así aprenderá! Maese AEgidius le ha dado su merecido. Se marcha a casa ahora herido de muerte, como es justo.

Y todos juntos volvieron a vitorearlo. Pero incluso mientras gritaban tomaron buena nota, por la cuenta que les tenía, de que después de todo aquel trabuco podía disparar. En las tabernas del pueblo había habido algunas discusiones sobre este punto, pero ahora la cuestión quedaba zanjada. Egidio el granjero tuvo pocos problemas con los intrusos después de aquello.

Cuando todo pareció estar en calma, algunos de los vecinos más resueltos subieron a estrecharle la mano. Unos pocos (el párroco, el herrero, el molinero y otras dos o tres personas de bien) le dieron palmaditas en la espalda. Aquello no le gustó mucho (la tenía muy dolorida), pero se creyó obligado a invitarlos a su casa. En la cocina se sentaron en corro y brindaron a su salud, alabándolo a voces. No hizo ningún esfuerzo por ocultar sus bostezos, pero no se dieron por enterados mientras duró la bebida. Terminada la primera o segunda ronda (y el granjero la segunda o tercera), comenzó a sentirse un valiente; cuando todos llevaban consumida la segunda o tercera (él iba ya por la quinta o sexta), se sintió ya tan valiente como su perro le creía. Se despidieron como buenos amigos; y les palmeó las espaldas con entusiasmo. Tenía las manos grandes, rojas y gruesas; así que se tomó cumplida venganza.

Al día siguiente se dio cuenta de que el suceso se había acrecentado al correr de boca en boca, y que él se había convertido en un personaje importante en la localidad. Mediada la semana siguiente, las nuevas habían alcanzado ya todos los pueblos en un radio de veinte millas. Se había convertido en el héroe de la región. Lo encontró muy halagador. En la siguiente feria bebió gratis lo suficiente para mantener a flote una barca, es decir, que casi colmó su medida, y volvió a casa entonando viejas canciones de guerra.

Finalmente, incluso el rey oyó hablar de él. La capital de aquel país (llamado en aquellos días venturosos el Reino Medio) se encontraba a unas veinte leguas de Ham, y en la corte se prestaba poca atención por regla general a las hazañas de los aldeanos en las provincias. Pero la expulsión expeditiva de tan peligroso gigante parecía merecer alguna consideración y una pequeña recompensa. De modo que a su debido tiempo (es decir, unos tres meses después, y en la fiesta de San Miguel), el rey envió una carta espléndida. Iba en tinta roja sobre pergamino blanco, y manifestaba el regio beneplácito a «nuestro leal y bienamado subdito AEgidius Ahenobarbus Julius

Agricola de Hammo».

La carta llevaba por firma un borrón rojo, pero el escribano de la corte había añadido:

Ego Augustus Bonifacius Ambrosius Aurelianus Antoninus Pius et Magnifícus; dux rex, tyrannus et Basileus Mediterranearum Partium, subscribo.

Así que no había duda de que el documento era auténtico. A Egidio le proporcionó una enorme alegría, y muchos vecinos acudieron a admirarlo, en especial al darse cuenta de que podían obtener un asiento y un trago junto al fuego del granjero cuando le pedían verlo.

Mejor que el documento era el regalo que lo acompañaba. El rey enviaba un cinto y una larga espada. En realidad, el monarca no la había usado nunca. Pertenecía a su familia y había estado colgada en la armería más tiempo del que se pueda recordar. El armero no habría sabido decir cómo llegó allí o qué uso podía dársele. Las espadas sencillas y recias como aquélla ya no estaban de moda en la corte, así que el rey pensó que era el tipo de regalo apropiado para un rústico. Pero el granjero Egidio quedó encantado y su reputación se hizo enorme.

Egidio disfrutó mucho con el giro que habían tomado los acontecimientos. También su perro. Nunca recibió el vapuleo prometido. El granjero era un hombre justo para sus luces, y en su interior concedía una buena parte del mérito a Garm, aunque jamás llegara a confesarlo. Siguió lanzándole denuestos y objetos contundentes cuando le venía en gana, pero hacía la vista gorda a muchas de sus pequeñas correrías. A Garm le había dado por hacer largos paseos. El granjero comenzó a pisar fuerte y la suerte le sonrió. En el otoño y primeros días del invierno el trabajo marchó bien. Todo parecía ir viento en popa..., hasta que llegó el dragón.

En aquellos días los dragones comenzaban a escasear en la isla. Hacía muchos años que no se había visto ninguno en las zonas habitadas del reino de Augustus Bonifacius. Estaban, claro, las ignotas comarcas fronterizas y las montañas despobladas hacia el norte y el oeste, pero quedaban muy distantes. Allí había morado en otro tiempo cierto número de dragones de una u otra especie, que habían llevado a cabo profundas y extensas incursiones. Pero entonces el Reino Medio era famoso por el arrojo de los caballeros de su corte, y fueron tantos los dragones errantes a los que dieron muerte, o que huyeron con graves heridas, que los demás cesaron de merodear por aquellas rutas.

Todavía se conservaba la costumbre de servir al rey cola de dragón en el banquete de Navidad, y cada año se elegía un caballero que se encargaba de la caza. Debía salir el día de San Nicolás y regresar con una cola de dragón antes de la víspera de la celebración. Pero hacía ya muchos años que el cocinero real venía preparando un plato exquisito: una imitación de cola de dragón, hecha de hojaldre y pasta de almendras, con escamas bien simuladas de azúcar glaseado. El caballero elegido la

presentaba luego en el salón del banquete, en Nochebuena, mientras tocaban los violines y sonaban las trompetas. La cola se servía como postre el día de Navidad, y todo el mundo comentaba (para complacer al cocinero) que sabía mucho mejor que la auténtica.

Así estaban las cosas, cuando hizo su aparición un dragón de verdad. Casi toda la culpa era del gigante. Después de la aventura tomó por costumbre recorrer las montañas visitando a sus desperdigados parientes con mayor frecuencia de lo habitual, y mucha más de la que ellos apetecían. Porque siempre andaba buscando que le prestasen una olla grande de cobre. Pero lo consiguiese o no, acostumbraba sentarse y perorar en su cansino y pesado estilo sobre el excelente país que quedaba a cierta distancia al oriente y todas las maravillas del Ancho Mundo. Se le había metido en la cabeza que era un magnífico y osado explorador.

—Preciosas tierras —solía decir—, totalmente llanas, de suave andadura, y llenas de alimentos al alcance de la mano: ya sabéis, vacas y ovejas por todas partes, fáciles de ver, si uno mira con cuidado.

—Y ¿cómo es la gente? —le preguntaban.

—Nunca vi a nadie —decía—. No vi ni oí a caballero alguno, muchachos. Lo peor son las picaduras de los insectos junto al río.

—¿Y por qué no vuelves y te quedas allí? —le dijeron.

—¡Ah, bueno!, dicen que no hay nada como el hogar. Pero quizá vuelva algún día, si me da por ahí. En cualquier caso ya estuve una vez, que es más de lo que la mayoría puede decir. Y en cuanto a la olla...

—Y esas tierras tan ricas —se apresuraban a interrumpirlo—, esas apetitosas regiones, llenas de un ganado que nadie vigila, ¿en dónde están?, ¿a qué distancia?

—¡Oh! —contestaba—, allá por el este o sudeste. Pero es un largo camino.

Y añadía una relación tan exagerada de la distancia que había recorrido, de los bosques, colinas y llanuras que había cruzado que ninguno de los otros gigantes de menor zancada se decidió nunca a emprender el viaje. A pesar de lo cual las habladurías se siguieron propalando.

Al cálido verano sucedió un invierno duro. En la Montaña el frío era gélido y escaseaba la comida. Los comentarios aumentaron. Se volvía una y otra vez sobre las ovejas de las tierras llanas y las vacas de los pastos bajos. Los dragones estiraban las orejas. Estaban hambrientos, y aquellos rumores resultaban atrayentes.

—¿Así que los caballeros son un mito? —decían los dragones más jóvenes y de menor experiencia—. Siempre nos lo pareció.

—Al menos deben de haber empezado a escasear —pensaron los más ancianos y sabios de la especie—; están lejos y son pocos, y ya no representan ningún peligro.

Uno de los dragones se sintió profundamente interesado. Su nombre era Crisófilax Dives, pues era de linaje antiguo e imperial, y muy rico. Era astuto,

inquisitivo, ambicioso y bien armado, aunque no temerario en exceso. Pero en cualquier caso no sentía ningún temor de moscas e insectos, cualquiera que fuese su clase o tamaño, y tenía un hambre de muerte.

De modo que un día de invierno, más o menos una semana antes de Navidad, Crisófilax desplegó sus alas y partió. Aterrizó con sigilo a media noche, justo en el corazón de los dominios de Augustus Bonifacius rex et basileus. En poco tiempo causó grandes daños: destrozó, quemó y devoró ovejas, reses y caballos.

Todo esto ocurría en una región alejada de Ham. Lo que no fue obstáculo para que Garm se llevara el mayor susto de su vida. Había emprendido una larga expedición y, aprovechándose de la buena disposición de su amo, se había aventurado a pasar una noche o dos lejos de casa. Estaba enfrascado siguiendo un rastro en la espesura del bosque cuando a la vuelta de un recodo percibió de súbito un nuevo y alarmante olor. Se topó, tropezó en realidad, con la cola de Crisófilax Dives, que acababa de aterrizar. Nunca un perro giró sobre su rabo y salió disparado hacia la casa con mayor celeridad que Garm. El dragón oyó su aullido y se volvió rugiendo; pero Garm estaba ya lejos de su alcance. Corrió durante el resto de la noche y llegó a casa hacia la hora del desayuno.

—¡Socorro, socorro, socorro! —gritó desde la puerta trasera.

Egidio oyó los ladridos y no le gustaron. Le hicieron recordar que cuando todo va bien es cuando surgen los imprevistos.

—Mujer —dijo—. Haz entrar a ese maldito perro y dale de palos.

Garm entró en la cocina hecho un ovillo y con la lengua fuera.

—¡Socorro! —gritó.

—¿Qué has estado haciendo esta vez? —preguntó Egidio, que le arrojó una salchicha.

—Nada —jadeó Garm, demasiado aturdido para reparar en la salchicha.

—Bueno, deja ya de ladrar, o te despellejo —dijo el granjero.

—No he hecho nada malo, no quería hacer ningún daño —dijo el perro—, pero me tropecé por casualidad con un dragón y me di un susto terrible.

Al granjero se le atragantó la cerveza.

—¿Dragón? —exclamó—. ¡Maldito seas, inútil metomentodo! ¿Para qué necesitabas ir en busca de un dragón en esta época del año y cuando yo estoy tan ocupado? ¿Dónde fue?

—¡Oh! Al norte de las colinas, muy lejos de aquí, más allá de los Menhires y toda aquella parte —dijo el perro.

—¡Ah, tan lejos! —dijo Egidio con profundo alivio—. He oído comentar que hay gente muy rara por aquellos lugares. Allí tenía que haber sido. Que se las arreglen como puedan. Deja de fastidiarme con tales historias. ¡Lárgate!

Garm se marchó y comentó por todo el pueblo lo ocurrido. No se olvidó de

mencionar que su amo no había mostrado el menor sobresalto.

—Se quedó impertérrito y siguió con el desayuno.

A la puerta de sus casas los vecinos lo comentaron con regocijo.

—Como en las viejas épocas —decían—. Y justo cuando llega la Navidad. Tan a tiempo. ¡Qué contento se va a poner el rey! Estas fiestas tendrá en su mesa una cola auténtica.

Pero al día siguiente llegaron más noticias. Parecía que el dragón era excepcionalmente grande y feroz. Estaba causando grandes estragos.

—¿Y los caballeros del rey? —comenzó a preguntarse la gente.

Otros se habían hecho ya la misma pregunta. Mensajeros de las villas más afectadas por la presencia de Crisófilax llegaban cada día ante el rey, y preguntaban repetidamente y en el tono más elevado que su atrevimiento les permitía:

—¿Qué es de vuestros caballeros, señor?

Pero los caballeros no hacían nada. Oficialmente no sabían nada del dragón. Así que el rey tuvo que hacerles llegar de forma oficial la noticia y pedirles que pasasen a la acción tan pronto como lo juzgasen pertinente. Se vio desagradablemente sorprendido cuando comprendió que nunca les venía bien y que cada día posponían su intervención.

Sin embargo, las excusas de los caballeros eran bien convincentes. En primer lugar, el cocinero real ya tenía preparada la cola de dragón para aquellas Navidades, pues era el tipo de persona que cree que las cosas han de hacerse con tiempo. No sería elegante ofenderlo presentándose en el último minuto con una cola auténtica. Era un servidor muy valioso.

—¡Dejad en paz la cola! ¡Cortadle la cabeza y terminad de una vez con él! —gritaban los mensajeros de los pueblos más afectados.

Pero aquí estaba ya la Navidad, y por desgracia había un gran torneo programado para el día de San Juan: se había invitado a caballeros de numerosos reinos, que acudían para competir por un valioso trofeo. De ninguna forma podía pensarse en desperdiciar las oportunidades de los caballeros del Reino Medio al enviar a los mejores hombres a cazar un dragón antes de que el torneo hubiese terminado.

Luego estaba la fiesta de Año Nuevo.

Pero cada noche el dragón se desplazaba, y cada desplazamiento lo acercaba más y más a Ham. La noche de Año Nuevo la gente pudo ver llamaradas a lo lejos. El dragón se había instalado como a unas diez millas en un bosque que ahora ardía a placer. Era un dragón fogoso cuando le venía en gana.

Después de aquello, la gente comenzó a volver su mirada al granjero Egidio y a cuchichear a sus espaldas, cosa que le hacía sentirse muy molesto; con todo, simulaba no enterarse. Al día siguiente el dragón se aproximó varias millas más. El mismo Egidio comenzó a criticar en voz alta el escándalo de los caballeros del rey.

—Me gustaría saber qué hacen para ganarse el pan —dijo.

—A nosotros también —dijeron todos en Ham.

Pero el molinero añadió:

—Tengo entendido que a algunos aún los hacen caballeros por méritos propios. Después de todo, aquí nuestro buen AEgidius es también en cierta forma un caballero. ¿Acaso no le envió el rey una carta con su sello y una espada?

—Se necesita algo más que una espada para ser caballero —dijo Egidio—. Tienes que ser armado y todo eso, según tengo entendido. De cualquier modo, yo tengo mis propios asuntos que atender.

—¡Oh!, pero seguro que el rey te armaría, si se lo pedimos — dijo el molinero—. Vamos a hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

—¡Ni hablar! —dijo Egidio—. La caballería no es para los de mi clase. Soy granjero y estoy muy ufano de serlo: un hombre sencillo y honrado, y los hombres honrados no hacen buen papel en la corte, dicen. Eso te va mejor a ti, maese molinero.

El párroco se sonrió, aunque no por la contestación del granjero, porque él y el molinero siempre estaban devolviéndose las pullas como enconados enemigos que eran, según se decía en Ham. Lo había asaltado de repente una idea que lo entusiasmó. Pero de momento no dijo nada. El que no parecía tan entusiasmado era el molinero, que frunció el ceño.

—Simple, desde luego —dijo—, y honrado quizá. Pero ¿es preciso estar en la corte y ser caballero para matar un dragón? Valor es todo lo que se necesita, como ayer mismo se lo oí decir a maese AEgidius. ¿No os parece que él es tan valiente como cualquier caballero?

Todos los presentes gritaron «¡por supuesto que no!» a la primera pregunta; y a la segunda, «¡claro que sí! ¡Tres hurras por el héroe de Ham!».

El granjero Egidio regresó a casa bastante inquieto. Se estaba dando cuenta de que cuando se alcanza cierta reputación, se hace preciso mantenerla, y que esto puede resultar incómodo. Dio una patada al perro y escondió la espada en un armario de la cocina. Hasta entonces había estado colgada sobre la chimenea.

Al día siguiente el dragón se dirigió hacia el vecino pueblo de Quercetum (Oakley en lengua vulgar). No sólo devoró ovejas, vacas y uno o dos niños de tierna edad, sino que se comió también al párroco. De forma harto imprudente el cura había intentado disuadirlo de seguir por los senderos del mal. Aquel suceso produjo una tremenda conmoción. Todos los habitantes de Ham, con su propio párroco a la cabeza, subieron a la colina y se presentaron ante el granjero Egidio.

—Dependemos de ti —dijeron; y se quedaron a su alrededor mirándolo hasta que la cara del granjero se puso más roja que su barba.

—¿Cuándo vas a entrar en acción?

—Bueno, hoy no puedo hacer nada. Y no se hable más —dijo—. Tengo un trabajo enorme, porque está enfermo mi vaquerizo y... Ya veré.

Se marcharon. Pero al atardecer corrió el rumor de que el dragón se encontraba incluso más cerca, así que todos volvieron.

—Dependemos de ti, maese AEgidius —dijeron.

—Ya, ya —les contestó—. En estos momentos me es prácticamente imposible. La yegua se ha mancado y las ovejas están ya en época de parir. Me ocuparé de ello en cuanto pueda.

Así que se fueron de nuevo, no sin ciertos murmullos y cuchicheos. El molinero hacía bromas a su costa. El párroco se quedó y no hubo manera de deshacerse de él. Se invitó a cenar y dejó caer algunas indirectas. Incluso quiso saber qué había sido de la espada e insistió en verla.

Yacía ésta sobre la balda de un armario en el que cabía con apreturas, y tan pronto como Egidio el granjero la sacó ella misma se desenvainó como un rayo, y el granjero dejó caer la vaina como si estuviera al rojo. El párroco se puso en pie de un salto, volcando la cerveza. Levantó con sumo cuidado la espada y trató de volverla a la funda, pero no llegaba a entrar ni un solo palmo: volvía a salirse limpiamente en cuanto apartaba la mano de la empuñadura.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa más extraña! —dijo el párroco, y se puso a observar con detenimiento funda y hoja.

Él era un hombre culto, mientras que el granjero sólo podía reconocer con dificultad las letras unciales y no era capaz de leer con seguridad ni su propio nombre. Debido a ello, nunca había prestado atención a las extrañas letras que se podían apreciar borrosamente sobre la vaina y la espada. Por lo que respecta al armero del rey, estaba tan acostumbrado a las runas, nombres y otros símbolos de poder y prestancia inscritos en las espadas y sus fundas que no se había preocupado mucho por ellas; en cualquier caso, pensó que era una antigualla.

Pero el párroco las contempló durante largo rato y arrugó el entrecejo. Verdad es que había esperado encontrar alguna inscripción en la espada o en la vaina, y en realidad ésta era la idea que se le había ocurrido el día anterior; mas ahora estaba sorprendido por lo que veía, porque eran letras y signos (ciertamente), aunque no podía entender ni jota.

—Hay una inscripción en la vaina y algunos signos... mmm... epigráficos pueden verse también sobre la hoja —dijo.

—¿De verdad? —dijo Egidio—. ¿Y qué pueden significar?

—Los caracteres son arcaicos y la lengua bárbara —dijo el párroco para ganar tiempo—, será necesario un estudio más detenido.

Le rogó que le prestara aquella noche la espada, a lo que el granjero accedió encantado.

Cuando el párroco hubo regresado a casa, tomó de su biblioteca un montón de libros de consulta y se quedó trabajando durante buena parte de la noche. La mañana trajo la noticia de que el dragón se encontraba aún más cerca. Todos los vecinos de Ham echaron el cerrojo a sus puertas y cerraron las ventanas; y los que tenían bodegas bajaron a ellas y allí se quedaron sentados, temblando a la luz de las velas.

Pero el párroco se deslizó fuera y fue de puerta en puerta diciendo a todo el que quería oírlo a través de una rendija o del ojo dela cerradura lo que había descubierto en su estudio.

—Nuestro buen AEgidius —decía— es ahora, por la gracia del rey, el poseedor de Caudimordax, la famosa espada que los romances populares casi siempre llaman Tajarrabos.

Los que oían este nombre abrían por lo general la puerta. Conocían la fama de Tajarrabos, pues aquella espada había pertenecido a Bellomarius, el más poderoso exterminador de dragones de todo el reino. Algunas crónicas lo consideraban tatarabuelo materno del rey. Eran innumerables las baladas y leyendas de sus hechos, que, aunque olvidados en la corte, aún se recordaban en las aldeas.

—Esta espada —dijo el párroco— no puede permanecer enfundada mientras haya un dragón en un radio de cinco millas; y no hay duda de que, blandida por la mano de un valiente, ningún dragón podría resistírsele.

La gente comenzó a recobrar los ánimos; algunos incluso abrieron las ventanas y asomaron la cabeza. Al final el párroco convenció a unos pocos para que se le uniesen; pero sólo el molinero iba de verdad contento. Ver a Egidio metido en un buen aprieto compensaba, en su opinión, el riesgo.

Subieron la colina, no sin dirigir ansiosas miradas hacia el norte, más allá del río. No había señal del dragón. Probablemente estuviera durmiendo: se había estado hartando durante toda la Navidad.

El párroco (y el molinero) aporrearon la puerta del granjero. No hubo respuesta, así que aporrearon más fuerte. Por fin apareció Egidio, el rostro todo enrojecido. También él había pasado sentado gran parte de la noche, bebiendo una buena cantidad de cerveza; y continuó con ella tan pronto se levantó.

Todos se arracimaron a su alrededor, llamándole Buen AEgidius, Osado Ahenobarbus, Gran Julius, Fiel Agrícola, Orgullo de Ham, Héroe de la Región. Y hablaron de Caudimordax, de Tajarrabos, de la Espada Que No Se Podía Enfundar, Muerte o Victoria, la Gloria de la Caballería Rural, la Espina Dorsal del País, Dechado de Ciudadanos, hasta que la cabeza del granjero se hizo irremisiblemente un lío.

—¡Basta ya! ¡De uno en uno! —dijo cuando tuvo oportunidad—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa todo esto? Estoy muyocupado, ¿entendéis?

De modo que dejaron que el párroco explicara la situación. Entonces tuvo el

molinero el placer de ver al granjero en el mayor apuro que podía desearle. Pero las cosas no salieron exactamente como esperaba. Por un lado, Egidio había trasegado un montón de cerveza; por otro, mostró un curioso sentido de orgullo y envalentonamiento cuando supo que, en realidad, su espada era Tajarrabos. En su niñez le habían gustado mucho las leyendas sobre Bellomarius, y antes de llegar a la madurez había deseado algunas veces poseer la espada maravillosa de un héroe. Se le ocurrió, pues, de improviso que podía blandir a Tajarrabos y salir a dar caza al dragón. Pero se había pasado toda la vida regateando, de modo que hizo un esfuerzo más para dar largas al asunto.

—¡Cómo! —dijo—. ¿Yo cazando dragones? ¿Con estas calzas viejas y este chaleco? Los enfrentamientos con dragones precisan de algún tipo de armadura, según tengo entendido. En esta casa no hay ninguna. Y no hay más que hablar —dijo.

Todos estuvieron de acuerdo en que el caso era un tanto peliagudo; enviaron, pues, a buscar al herrero. El herrero movió la cabeza. Era un hombre lento, sombrío, al que apodaban Sam *el Solead*, aunque su verdadero nombre era Fabricius Cunctator. Nunca silbaba mientras hacía su trabajo, a no ser que se hubiese producido un desastre después de que él lo hubiera predicho (una helada en mayo, por ejemplo). Como se pasaba el día entero anunciando catástrofes de todo tipo, pocas ocurrían sin que las hubiese anticipado; de forma que se apuntaba los aciertos. Era su mayor placer. Resultaba natural, por lo tanto, que se mostrase remiso a hacer nada que pudiera evitarlas. Volvió a mover la cabeza.

—No puedo hacer una armadura de la nada —dijo—. Y, además, no es mi especialidad. Es mejor que llaméis al carpintero y que le haga un escudo de madera. No es que le vaya a servir de mucho ante el fuego del dragón.

Se les puso la cara larga; pero el molinero no era persona que abandonase fácilmente su plan de enviar a Egidio contra el dragón, si estaba dispuesto a ir; o bien, si al final se negaba, hacer estallar la pompa de su reputación en la localidad.

—¿Qué tal una cota de malla? —preguntó—. Siempre es una ayuda; y no necesita ser muy elegante; se trata de hacer un trabajo, no de exhibirse en la corte. ¿Qué fue de tu viejo jubón de cuero, amigo AEgidius? En la fragua hay un montón de anillas y eslabones. Supongo que ni maese Fabricius sabe lo que hay por allí tirado.

—No sabes lo que dices —dijo el herrero, animándose poco a poco—. Si en lo que piensas es en una auténtica cota de malla, entonces no hay nada que hacer; se necesita toda la habilidad de los gnomos, cada anilla enlazada a otras cuatro, y todo eso. Incluso aunque yo fuera capaz de hacerlo, tendría que estar semanas trabajando. Y para entonces todos nosotros estaríamos ya en la fosa —dijo— o cuando menos en la panza del dragón.

Y mientras el herrero comenzaba a sonreír, los demás se retorcían las manos abatidos. Pero estaban ya tan asustados que no querían dejar de lado el plan del

molinero, y se volvieron a él en busca de consejo.

—Bueno —dijo—. He oído que en otros tiempos los que no podían comprarse las brillantes corazas fabricadas en las Tierras del Sur solían coser sobre un jubón de cuero anillas de hierro, y se conformaban con eso. Veamos lo que se puede hacer en este sentido.

Así que Egidio tuvo que desempolvar su viejo jubón, y al herrero se lo mandó a su fragua a toda prisa. Buscaron allí por todos los rincones y dieron vuelta al montón de chatarra, cosa que no se hacía en años. Al final encontraron, todo perdido de herrumbre, un buen número de pequeñas anillas desprendidas de alguna vieja cota, tal como las había descrito el herrero. Sam, más sombrío y disgustado a medida que la tarea parecía garantizar alguna esperanza, fue obligado a ponerse a trabajar en seguida, reuniendo, ordenando y limpiando las anillas; y cuando se vio con claridad que no eran suficientes para una persona tan ancha de pecho y espaldas como maese AEgidius, cosa que él hizo notar con satisfacción, le obligaron a deshacer viejas cadenas y convertir los eslabones en anillas tan finas como dio de sí su habilidad con el martillo.

Tomaron luego las más pequeñas y las pusieron sobre el pecho del jubón, y situaron en la espalda las más gruesas y pesadas; finalmente, como aún seguían llegando anillas (tanto habían apremiado al pobre Sam), tomaron un par de calzones del granjero y también los cubrieron con ellas. Encaramado a una repisa, en un oscuro rincón de la herrería, el molinero encontró el viejo armazón de hierro de un yelmo y en el acto puso a trabajar al remendón del pueblo para que lo cubriese de cuero del mejor modo posible.

El trabajo les llevó lo que restaba de aquel día y todo el siguiente, que fue la víspera de Reyes o Epifanía, aunque no se hizo ningún caso de la fiesta. El granjero Egidio celebró la ocasión con más cerveza de la acostumbrada; pero el dragón, por fortuna, permaneció dormido. Por el momento había olvidado hambre y espadas.

El día de Epifanía, temprano, subieron la colina llevando el estrafalario resultado de aquel trabajo artesanal. Egidio estaba esperándolos. Ya no le quedaban excusas que oponer; así que se colocó el jubón de malla y los calzones. El molinero soltó una risita. Egidio se calzó sus botas altas y unas viejas espuelas; y también el yelmo recubierto de cuero. Pero en el último momento colocó sobre el yelmo un viejo sombrero de fieltro, y echó sobre el jubón su amplia capa gris.

—¿Qué propósito tiene eso, maese? —le preguntaron.

—Bueno —dijo Egidio—, si pensáis que se puede salir a cazar dragones tintineando y repicando como las campanas de Canterbury, yo no estoy de acuerdo. No me parece lógico anunciar al dragón antes de tiempo que vas a su encuentro. Y un yelmo es un yelmo, una invitación al combate. Quizá si el reptil ve sólo mi viejo sombrero por encima del seto pueda acercarme más a él antes de que comiencen los

problemas.

Las anillas estaban cosidas de forma que la parte suelta de una montaba sobre la otra, y por supuesto tintineaban. La capa ayudó a amortiguar el ruido, pero el aspecto de Egidio era de lo más extravagante. Claro que no se lo dijeron. Le ciñeron con dificultad el cinturón y colgaron de él la vaina; aunque tuvo que llevar la espada en la mano, porque no se mantenía envainada si no se la agarraba con fuerza.

El granjero, que era un hombre justo hasta donde alcanzaban susluces, llamó a Garm.

—Chucho —dijo—, tú vienes conmigo.

El perro aulló.

—¡Socorro, socorro! —gritó.

—¡Calla ya! —ordenó Egidio—, o te lo haré pasar peor que a cualquier dragón. Conoces el olor de ese reptil y quizá por una vez resultes útil.

Luego el granjero reclamó su yegua torda. Esta le echó una mirada de asombro y bufó al ver las espuelas. Pero le permitió montar. Emprendieron la marcha sin mucho entusiasmo, cruzaron la villa al trote, y todos los vecinos aplaudieron y los vitorearon, la mayoría desde las ventanas. El granjero y su yegua pusieron la mejor cara que pudieron; pero Garm no tenía sentido del ridículo e iba con el rabo entre las piernas.

A la salida del pueblo cruzaron el puente que atraviesa el río. Cuando por fin quedaron fuera de la vista de sus conciudadanos, acortaron el paso. Sin embargo, dejaron muy pronto atrás las tierras de Egidio el granjero y de los demás vecinos de Ham, y llegaron a parajes que el dragón ya había visitado. Había árboles tronchados, setos quemados, hierba chamuscada, y el silencio era inquietante y ominoso.

El sol brillaba con esplendor y a Egidio le hubiera gustado tener el valor suficiente para desprenderse de una prenda o dos, y se preguntó si no había tomado algún trago de más. «Bonito fin para la Navidad y demás —pensó—. Y tendré suerte si no supone mi propio final.» Se secó la cara con un pañolón verde, no rojo, porque los trapos rojos enfurecen a los dragones, según había oído decir.

Pero no encontró al dragón. Recorrió muchos senderos, anchos y estrechos, y las tierras abandonadas de otros labradores, pero ni aun así encontró al dragón. Garm, por supuesto, no fue de ninguna utilidad. Se colocó justo detrás de la yegua y se negó a usar el hocico.

Llegaron por fin a un camino ondulado que había sufrido pocos daños y parecía tranquilo y apacible. Después de seguirlo casi una media milla, Egidio comenzó a preguntarse si no había cumplido ya con su deber y con todo lo que su reputación exigía. Acababa de decidir que ya había buscado durante un tiempo y espacio suficientes, y estaba pensando en volverse, ir a cenar y decir a sus amigos que el dragón había huido tan pronto como lo viera aparecer, cuando dobló un brusco

recodo.

Allí estaba el dragón, tumbado, atravesado sobre un seto destrozado, y con la horrible cabeza en medio del sendero.

—¡Socorro! —gritó Garm, y dio un bote. La yegua se sentó súbitamente sobre las ancas y Egidio el granjero salió lanzado de espaldas a la cuneta. Cuando levantó la cabeza, allí estaba el dragón, completamente despierto, mirándolo.

—Buenos días —dijo el dragón—. Parecéis sorprendido.

—Buenos días —dijo Egidio—. Lo estoy.

—Perdonad —dijo el dragón. Había alargado una suspicaz oreja cuando captó el tintineo de las anillas al caer Egidio—. Perdonad mi pregunta, pero ¿me buscáis a mí, por casualidad?

—Ni mucho menos. ¡Quién iba a pensar en encontraros aquí! — replicó el granjero—. Sólo había salido a dar una vuelta.

Se arrastró a toda prisa fuera de la cuneta y se acercó a la yegua torda, que ya se encontraba sobre sus cuatro patas y mordisqueaba algunos yerbajos a la orilla del camino, aparentando una total indiferencia.

—Entonces ha sido una suerte que nos hayamos encontrado — dijo el dragón—. Es un placer. Ropas de fiesta, supongo. ¿La última moda, quizá? —Egidio había perdido su sombrero de fieltro y la capa gris aparecía abierta; pero él la mostró con orgullo.

—Sí —dijo—. El último grito; pero voy a buscar al perro. Andará tras los conejos, casi seguro.

—Lo dudo —dijo Crisófilax relamiéndose los labios (señal en él de regodeo)—. Creo que llegará a casa bastante antes que vos. Pero, por favor, proseguid vuestro viaje, maese... veamos..., me parece que no conozco vuestro nombre.

—Ni yo el vuestro —dijo Egidio—. Lo dejaremos así.

—Como queráis —dijo Crisófilax relamiéndose de nuevo y simulando cerrar los ojos.

Tenía un corazón malvado (como todos los dragones) y no muy valeroso (cosa también frecuente). Prefería una comida por la que no tuviese que luchar; pero después de su largo sueño se le había abierto el apetito. El párroco de Oakley había resultado correoso, y hacía años que no había probado un hombre rollizo. Decidió degustar ahora este plato fácil y sólo aguardaba a que el pobre tonto se descuidase.

Pero el pobre tonto no lo era tanto como parecía, y no apartó los ojos del dragón ni siquiera mientras intentaba montar. La yegua, sin embargo, tenía otras ideas, y coceó y respingó cuando Egidio trató de subir. El dragón se impacientaba, y se dispuso a saltar.

—Perdonad —siseó—. ¿No se os ha caído algo?

Un truco muy viejo, pero que dio resultado. Porque Egidio, ciertamente, había

dejado caer algo. Cuando salió lanzado a la cuneta, soltó a Caudimordax (más conocida como Tajarrabos), que yacía aún allí junto al camino. Se agachó para tomarla, y el dragón saltó. Pero no con la rapidez de Tajarrabos. Tan pronto se encontró en manos del granjero, se abalanzó con un relampagueo directa a los ojos del dragón.

—¡Eh! —dijo éste, parándose en seco—, ¿qué tenéis ahí?

—Sólo Tajarrabos, la espada que me regaló el rey —repuso Egidio.

—Ha sido culpa mía —dijo el dragón—. Os ruego me perdonéis. —Se echó y se revolcó en el suelo, mientras el granjero Egidio iba recuperando su seguridad—. Creo que no habéis sido muy sincero conmigo.

—¿Cómo que no? —dijo Egidio—. Y además, ¿por qué tendría que serlo?

—Me habéis ocultado vuestro ilustre nombre y tratasteis de hacerme creer que nuestro encuentro era casual. Está claro, sin embargo, que sois un caballero de alto linaje. En otros tiempos, señor, los caballeros acostumbraban lanzar un reto en casos como éste, después del pertinente intercambio de títulos y credenciales.

—Quizá lo hacían, y quizá aún lo hagan —contestó Egidio, que empezaba a sentirse contento consigo mismo. A un hombre que ve un dragón de buen tamaño y noble casta humillado a sus pies se le puede excusar si se siente un tanto envanecido —. Pero estás cometiendo más de un error, viejo reptil. Yo no soy un caballero: soy AEgidius de Ham, granjero; y no puedo aguantar a los intrusos. Ya en ocasiones anteriores, y por menos daños de los que tú has causado, he disparado mi trabuco contra gigantes. Y no tengo por costumbre lanzar retos.

El dragón se alteró.

«¡Maldito sea aquel mentiroso gigante! —pensó—. Me ha engañado de la forma más simple. ¿Y qué demonios hace uno ahora con un aldeano atrevido y armado con una espada tan brillante y amenazadora?» No podía recordar precedentes de tal situación.

—Me llamo Crisófilax —dijo—. Crisófilax *el Rico*. ¿Qué puedo hacer por vuestra señoría? —añadió en tono conciliador, con un ojo en la espada, e intentando evitar una confrontación.

—Podéis quitaros de en medio, viejo bicho cornudo —contestó Egidio, intentando también evitar la pelea—. Sólo quiero verme libre de vos. Salid inmediatamente de aquí, volved a vuestra sucia guarida. —Dio un paso hacia Crisófilax, girando los brazos como si tratase de espantar pajarracos.

Aquello fue suficiente para Tajarrabos. Trazó círculos relampagueantes en el aire, y luego descendió, alcanzando al dragón en la articulación del ala derecha con un golpe sonoro que lo sacudió de arriba abajo. Por supuesto, Egidio sabía muy poco acerca de los métodos más apropiados para matar dragones o hubiera dirigido la espada hacia un punto más sensible; pero Tajarrabos lo hizo lo mejor que pudo en

manos inexpertas. Para Crisófilax fue más que suficiente: no podría usar el ala durante varios días. Se levantó e intentó volar, dándose cuenta de que no era capaz. El granjero saltó a lomos de la yegua. El dragón echó a correr. La yegua hizo lo propio. El dragón entró a galope en un campo, soplando y resoplando. También la yegua. El granjero voceaba y gritaba como si estuviera presenciando una carrera de caballos. Y mientras, continuaba blandiendo su Tajarrabos. Cuanto más corría el dragón, más aturdido se encontraba, y siempre la yegua torda, a toda rienda, pegada a él.

Allá se fueron, batiendo con sus cascos caminos y sendas, a través de las brechas de las vallas, cruzando numerosos campos y vadeando numerosos arroyos. El dragón soltaba humo y resoplaba, perdido todo sentido de orientación. Al cabo, se encontraron de pronto en el puente de Ham, lo cruzaron con el estruendo de un trueno y entraron rugiendo en la calle mayor del pueblo. Allí Garm tuvo la desvergüenza de deslizarse desde una calleja lateral y unirse a la caza.

Todo el mundo se encontraba en las ventanas o en los tejados. Algunos reían y otros lanzaban vítores; y algunos golpeaban latas y sartenes y cacerolas. Otros tocaban cuernos y gaitas y pitos. El párroco había ordenado que tocaran las campanas de la iglesia. No se había organizado en Ham otro pandemónium como aquél hacía cientos de años.

Justo a la puerta de la iglesia, el dragón se dio por vencido. Se tumbó resollando en medio del camino. Garm llegó y le husmeó la cola, pero Crisófilax era ya incapaz de sentir vergüenza.

—Buenas gentes y valiente guerrero —resopló cuando Egidio el granjero llegó a su altura y mientras los aldeanos se agrupaban a su alrededor (a una distancia prudencial) con horcas, estacas y atizadores en las manos—. Buenas gentes, ¡no me matéis! Soy muy rico. Pagaré por todo el daño que haya hecho. Pagaré los funerales de todos los que haya matado, en particular el del párroco de Oakley. Tendrá un cenotafio regio, aunque era bastante delgado. A todos vosotros os regalaré una buena suma, si consentís en dejarme ir a casa a traerla.

—¿Cuánto? —dijo el granjero.

—Bueno —dijo el dragón, intentando calcular con rapidez. Vio que se trataba de mucha gente—. ¿Treinta y ocho peniques cada uno?

—¡Tonterías! —dijo Egidio.

—¡Una porquería! —dijo la gente.

—¡Carroña! —dijo el perro.

—¿Dos guineas de oro cada uno, y los niños la mitad? —dijo el dragón.

—Y para los perros ¿qué? —dijo Garm.

—¡Continuad! —dijo el granjero—. Somos todo oídos.

—¿Diez libras y una bolsa de plata por vecino, y un collar de oro para los perros? —dijo Crisófilax con ansiedad.

—¡Mátalo! —gritó la gente, que comenzaba a impacientarse.

—¿Una bolsa de oro para cada uno y diamantes para las damas? —se apresuró a añadir Crisófilax.

—Ahora empezáis a entrar en razón, aunque no del todo —dijo

Egidio el granjero.

—Te has vuelto a olvidar de los perros —dijo Garm.

—¿Bolsas de qué tamaño? —dijeron los hombres.

—¿Cuántos diamantes? —preguntaron sus mujeres.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Será mi ruina! —gimió el dragón.

—¡Os lo merecéis! —dijo Egidio—. Podéis elegir entre quedar arruinado o muerto donde estáis. —Blandió a Tajarrabos y el dragón se acobardó.

—¡Decídete! —gritó la gente, cada vez más atrevida y acercándose más.

Crisófilax disimuló; pero en su fuero interno soltó la risa: un espasmo silencioso que nadie percibió. El regateo había comenzado a divertirlo. Resultaba evidente que aquella gente quería obtener algo. Conocían muy poco los caminos del ancho y pérfido mundo; en realidad, no quedaba nadie con vida en todo el reino que tuviese una experiencia auténtica en el trato con los dragones y sus añagazas. Crisófilax estaba recuperando el aliento, y con él su sagacidad. Se pasó la lengua por el hocico.

—¡Estipulad la cantidad vosotros mismos! —dijo.

Todos comenzaron a hablar a la vez. Crisófilax escuchaba con interés. Sólo una voz le inquietaba: la del herrero.

—¡Nada bueno saldrá de todo esto, recordad mis palabras! — decía—. Los reptiles jamás regresan, digáis lo que digáis. Pero en cualquier caso, de esto no puede salir nada bueno.

—No entres en el trato, si no te gusta —le dijeron. Y así continuaron porfiando, sin hacer mayor caso del dragón.

Crisófilax levantó la cabeza; pero si había pensado saltar sobre ellos o escabullirse durante la discusión, se sintió defraudado. El granjero Egidio estaba junto a él, mordisqueando una paja y cavilando; pero con Tajarrabos en la mano y sin quitarle ojo al dragón.

—¡Sigue echado donde estás! —dijo—, o recibirás tu merecido, haya o no haya oro.

El dragón se aplastó contra el suelo. Por fin nombraron portavoz al párroco, quien se adelantó junto a Egidio.

—Bestia vil —dijo—, debes traer hasta este lugar todas tus ilícitas riquezas, y después de compensar a todos aquellos a los que has hecho daño, nosotros nos repartiremos el resto equitativamente. Luego, si prometes solemnemente no volver a inquietar a nuestras tierras ni incitar a otro monstruo a molestarnos, te dejaremos regresar a casa con la cabeza y la cola íntegras. Y ahora harás juramentos tan

solemnes de que vas a volver con el rescate que incluso la conciencia de un reptil se ha de sentir obligada a cumplirlos.

Crisófilax aceptó, después de unas muestras convincentes de sentir dudas. Hasta, lamentando su ruina, derramó lágrimas ardientes, que formaron humeantes charcos en el suelo; pero no lograron conmover a nadie. Hizo numerosos juramentos, solemnes y sobrecogedores, de que regresaría con todas sus riquezas para la fiesta de San Hilario y San Félix. Lo que le concedía un plazo de ocho días, tiempo demasiado corto para el viaje, como incluso los legos en geografía podían haber comprendido. Sin embargo, le permitieron marchar y lo escoltaron hasta el puente.

—Hasta nuestro próximo encuentro —dijo al cruzar el río—. Estoy seguro de que todos lo estaremos esperando con ansiedad.

—Nosotros, desde luego, sí —le contestaron.

Eran, a todas luces, unos estúpidos. Porque, aunque los compromisos que había contraído deberían haber lastrado su conciencia de remordimientos y de un gran temor a la desventura, él, ¡ay!, carecía en absoluto de conciencia. Y si falta tan lamentable en un ser de imperial linaje quedaba fuera de la comprensión de las mentes sencillas, al menos el párroco con toda su erudición debía haberla presumido. Quizá lo hizo. Era hombre de letras y podía, qué duda cabe, ver en el futuro con mayor profundidad que los demás.

El herrero movió la cabeza mientras regresaba a su herrería.

—Nombres de mal agüero —dijo—. Hilario y Félix. No me gusta cómo suenan.

El rey, por supuesto, supo con prontitud las nuevas. Se esparcieron por el reino como el fuego y no disminuyeron precisamente mientras se propalaban. El rey se sintió profundamente conmovido por varias razones, de las que las financieras no eran las menores; y decidió personarse enseguida en el pueblo de Ham, donde tan extraordinarias cosas parecían suceder.

Llegó cuatro días después de la partida del dragón, cruzando el puente sobre su caballo blanco y acompañado de una multitud de cortesanos, heraldos y un enorme tren de equipaje. Los vecinos se habían puesto sus mejores ropas y se alineaban en la calle para darle la bienvenida. El cortejo hizo alto en el descampado existente frente a la entrada de la iglesia. Egidio el granjero se arrodilló ante el rey cuando fue presentado; pero el rey le ordenó que se levantase, e incluso le dio unas palmaditas afectuosas en la espalda. Los caballeros simularon no darse cuenta de tal familiaridad.

El monarca ordenó que toda la gente acudiera al amplio pastizal que Egidio el granjero poseía junto al río; y cuando se hubieron reunido, incluso Garm, que también se sintió aludido, Augustus Bonifacius rex et basileus tuvo a bien dirigirse a ellos.

Les explicó con sumo celo cómo todas las riquezas del malvado Crisófilax le

pertenecían a él en calidad de señor de aquellas tierras. No hizo mucho hincapié en su pretensión al título de soberano de la región montañosa, pretensión objetable; en todo caso, «no nos cabe duda —dijo— que todos los tesoros de ese reptil fueron arrebatados a nuestros antepasados. Pero somos, como todos sabéis, justos y generosos, y nuestro buen vasallo AEgidius recibirá una recompensa apropiada. Tampoco quedarán sin una muestra de nuestra estimación nuestros leales súbditos de estas tierras, desde el párroco hasta el niño más pequeño. Estamos muy complacidos con Ham. Aquí al menos el pueblo tenaz e incorruptible conserva todavía el antiguo valor de nuestra raza». Mientras el rey hablaba, sus caballeros comentaban la última moda en sombreros.

Los lugareños hicieron reverencias y cortesías, y le dieron las gracias con gran respeto. Pero en aquel momento todos deseaban haber cerrado el trato con el dragón en las diez libras y haber mantenido el asunto en silencio. Conocían al rey lo suficiente como para estar seguros de que, en el mejor de los casos, su estima no alcanzaría aquella cifra. Garm comprobó que no se había mencionado para nada a los perros. Egidio el granjero era el único que se sintió feliz de verdad. Estaba seguro de recibir alguna recompensa, y muy contento, ¡no faltaba más!, de haber salido con bien de un asunto tan feo y con su reputación más alta que nunca entre sus paisanos.

El rey no se marchó. Plantó sus reales en el campo de Egidio y se dispuso a esperar hasta el 14 de enero, intentando pasarlo lo mejor posible en aquel villorrio miserable alejado de la capital. Durante los tres días siguientes la comitiva real terminó con la casi totalidad del pan, mantequilla, huevos, pollos, tocino y cordero, y se bebió hasta la última gota de cerveza añeja que había en el lugar. Luego comenzaron a quejarse por la escasez de provisiones. El rey pagó con largueza por todo (en bonos que más tarde haría efectivos su Tesorería, que esperaba ver ricamente acrecentada en breve); así que la gente de Ham, que no conocía la verdadera situación de las arcas del Estado, estaba más que satisfecha.

Llegó el 14 de enero, festividad de San Hilario y San Félix, y todo el mundo estuvo despierto y preparado desde primeras horas. Los caballeros se revistieron de sus armaduras. El granjero se colocó la cota de malla artesana, y todos se sonrieron sin recato, hasta que vieron el ceño fruncido del rey. El granjero se ciñó también a Tajarrabos, que entró en la vaina con toda facilidad y allí permaneció. El párroco se quedó mirando la espada, y movió imperceptiblemente la cabeza. El herrero rompió a reír.

Llegó el mediodía. La gente estaba demasiado ansiosa como para prestarle mucha atención a la comida. La tarde pasó lentamente. Y Tajarrabos seguía sin dar muestras de saltar de la funda. Ninguno de los vigías de la colina ni los muchachos que habían trepado a las copas de los árboles más altos fueron capaces de distinguir, ni por tierra ni por aire, señal alguna que anunciase el regreso del dragón.

El herrero se paseaba silbando; pero sólo cuando se echó la noche y salieron las estrellas, el resto de los vecinos comenzó a sospechar que el dragón no tenía ninguna intención de volver. A pesar de todo, recordaban sus solemnes y extraordinarias promesas, y mantuvieron la esperanza. Sin embargo, cuando sonó la medianoche y concluyó el día señalado, su desengaño fue enorme. El herrero estaba encantado.

—Ya os lo advertí —dijo.

Pero no estaban aún convencidos.

—Después de todo, se encontraba muy malherido —dijeron algunos.

—No le dimos tiempo suficiente —dijeron otros.

—Hay una distancia enorme hasta las montañas, y traerá un montón de cosas. Quizá haya tenido que ir a buscar ayuda.

Pasó el día siguiente, y el siguiente. El desencanto era general. El rey estaba rojo de ira. Se habían agotado vituallas y bebidas, y los caballeros murmuraban abiertamente. Estaban ansiosos de volver a los placeres de la corte. Pero el rey necesitaba dinero.

Se despidió de sus leales súbditos, aunque con sequedad y despego; y canceló la mitad de los bonos de Tesorería. Con Egidio se mostró bastante frío, y lo despidió con una inclinación de cabeza.

—Tendrás noticias nuestras más adelante —dijo; y partió a caballo con sus nobles y heraldos.

Los más crédulos y simples pensaron que pronto llegaría desde la corte un mensaje reclamando a maese AEgidius ante el rey para, por lo menos, armarlo caballero. Al cabo de una semana se recibió el mensaje, pero su contenido era muy otro. Había tres copias firmadas: una para Egidio, otra para el párroco, y otra para que se clavase en la puerta de la iglesia. Sólo la dirigida al párroco fue de alguna utilidad, porque la escritura usada en la corte era muy peculiar y tan incomprensible para los aldeanos de Ham como los libros en latín. Pero el párroco la vertió al lenguaje común y la leyó desde el púlpito. Era corta y directa (para ser una carta real); el soberano tenía prisa.

Nos, Augustus B. A. A. A. B. y M. rex etcétera hacemos saber que hemos determinado, para seguridad de nuestros dominios, y para salvaguarda de nuestro honor, que el reptil o dragón que se hace llamar a sí mismo Crisófilax ell Rico debe ser encontrado y castigado convenientemente por su mala conducta, fechorías , felonías y sucio perjurio. Todos los caballeros a nuestro real servicio quedan, en consecuencia, obligados a armarse y estar prestos para esta empresa tan pronto como maes AEgidius A. J. Agrícola llegue a nuestra corte. Otrosí, como el dicho AEgidius se ha mostrado hombre fiel y muy capaz de enfrentarse a gigantes, dragones y otros enemigos de la paz del rey, le ordenamos, por tanto, que se ponga inmediatamente en camino y se una con toda presteza a nuestros caballeros.

La gente comentó que esto suponía un gran honor y el paso

previo a ser armado caballero. El molinero sentía envidia.

—Nuestro amigo AEgidius está escalando posiciones —dijo—. Espero que nos conozca cuando vuelva.

—Es posible que no vuelva nunca —dijo el herrero.

—Ya está bien, cara de penco —dijo Egidio el granjero completamente fuera de sí —. ¡A la porra con los honores! Si regreso, incluso la compañía del molinero será bienvenida. Pero aun así produce cierto alivio pensar que voy a dejar de veros por algún tiempo. —Y con esto se apartó de ellos.

No se le pueden poner excusas al rey, como se hace con los vecinos; así que corderos o no corderos, arar o no arar, leche o agua, tuvo que montar en su yegua torda y emprender la marcha. El párroco acudió a despedirlo.

—Espero que lleves una soga fuerte —dijo.

—¿Para qué? —dijo Egidio—. ¿Para ahorcarme con ella?

—¡Vamos! ¡Ánimo, maese AEgidius! —dijo el párroco—. Creo que puedes confiar en la buena suerte que tienes. Pero lleva también una soga, porque puedes necesitarla, si no me engañan mis previsiones. Y ahora, ¡adiós y regresa con bien!

—¡Ya! Y volver y encontrar toda la casa y las tierras hechas un desastre. ¡Malditos dragones! —dijo Egidio. Luego, poniendo un gran rollo de cuerda en un fardel junto a la silla, montó y partió.

No se llevó el perro, que se había mantenido toda la mañana fuera de su vista. Pero en cuanto se hubo marchado, Garm se arrastró hasta la casa y se quedó allí, aullando y aullando toda la noche, a pesar de la tunda de palos que recibió.

—¡Ay, ay! —gritaba—. Nunca volveré a ver a mi querido amo. Y era tan terrible y magnífico... Me gustaría haberle acompañado, ¡vaya que sí!

—¡Cierra la boca! —dijo la mujer del granjero— o no vivirás para comprobar si vuelve.

El herrero oyó los aullidos.

—Mal augurio —comentó complacido.

Pasaron muchos días y no hubo nada nuevo.

—Cuando no hay noticias, malo —dijo, y se puso a cantar.

Egidio el granjero llegó a la corte cansado y cubierto de polvo. Pero los caballeros, con sus pulidas armaduras y luciendo brillantes yelmos, se encontraban ya junto a sus caballos. La llamada del rey al granjero y su inclusión en la expedición habían molestado a los nobles, que se empeñaron en cumplir literalmente las órdenes recibidas y ponerse en marcha en cuanto Egidio llegara. El pobre hombre apenas tuvo tiempo para engullir unas sopas de vino antes de encontrarse de nuevo en camino. La yegua se sintió ofendida. Por fortuna no pudo expresar lo que pensaba del rey, que era algo altamente ofensivo.

Estaba ya bien entrado el día. «Demasiado tarde para comenzar ahora la caza del dragón», pensó Egidio. Pero no fueron muy lejos. Los caballeros, una vez en camino, no mostraban ninguna prisa. Cabalgaban a su capricho, mezclados en desordenada hilera, caballeros, escuderos, siervos y jamelgos cargados con el bagaje, y Egidio el granjero arrastrándose detrás sobre su cansada yegua.

Cuando llegó el atardecer, hicieron alto y montaron las tiendas. Nadie había tenido en cuenta al granjero, por lo que tuvo que tomar prestado lo que pudo. La yegua estaba indignada y se retractó de su alianza con la Casa de Augustus Bonifacius.

Al día siguiente cabalgaron durante toda la jornada. Al tercero percibieron en la distancia las inciertas e inhóspitas montañas. Al poco se encontraron en regiones en las que la soberanía de Augustus Bonifacius era poco más que nominal. Cabalgaron entonces con mayores precauciones, y se mantuvieron agrupados.

El cuarto día alcanzaron las Colinas Salvajes y los límites de las inquietantes tierras donde moraban, se decía, criaturas legendarias. De repente, uno de los que marchaban a la cabeza descubrió huellas ominosas sobre la arena, al lado de un riachuelo. Llamaron al granjero.

—¿De qué son, maese AEgidius? —le preguntaron.

—Huellas de dragón —contestó.

—¡Ponte a la cabeza! —dijeron ellos.

Así que cabalgaron hacia el oeste con Egidio el granjero al frente, y todas las anillas iban sonando sobre su jubón de cuero. Claro que poco importaba, porque todos los caballeros marchaban hablando y riendo, y un juglar que con ellos iba entonaba una canción. De cuando en cuando se unían todos al estribillo, y lo cantaban juntos, muy alto y recio. Resultaba enardecedor, porque la canción era buena: había sido compuesta muchos años antes, en aquellos tiempos en que las batallas eran más frecuentes que los torneos. Pero era una imprudencia: todas las criaturas de la región se enteraron de su llegada y en todas las cavernas del oeste los dragones aguzaron las orejas. Ya no había ninguna posibilidad de sorprender al viejo Crisófilax dormitando.

Cuando fortuitamente (o porque le vino en gana), se encontraron por fin bajo la sombra misma de la oscura montaña, la yegua de Egidio el granjero se puso a cojear. Habían comenzado a cabalgar por senderos empinados y pedregosos, ascendiendo con trabajo y creciente inquietud. Poco a poco se fue quedando rezagada en la fila, tropezando y renqueando con un aspecto tan patético y triste que al fin Egidio se sintió obligado a descabalgar y seguir a pie. Pronto se encontraron los últimos, entre las acémilas; pero nadie se enteró. Los caballeros iban discutiendo aspectos de protocolo y etiqueta que absorbían su atención. De otra forma hubieran notado que las huellas de dragón eran ahora numerosas y patentes.

Habían llegado, en efecto, a los lugares que Crisófilax recorría con frecuencia o

en los que descansaba después de su ejercicio diario al aire libre. Las colinas más bajas y los ribazos de ambos lados del camino aparecían pisoteados y requemados. Había muy poca hierba y los retorcidos muñones de brezos y aliagas destacaban ennegrecidos sobre amplias zonas de ceniza y tierra calcinada. Aquellos parajes habían sido durante muchos años el campo de esparcimiento del dragón. Sobre ellos se alzaba una oscura pared montañosa.

Egidio iba preocupado por su yegua; pero contento de la excusa que le proporcionaba para no continuar tan destacado. No le había complacido en absoluto encabezar semejante cabalgata en aquellos lugares amenazadores y hostiles. Poco después se sintió mucho más contento aún, y tuvo razones para dar gracias a su fortuna (y a su yegua). Porque justo hacia mediodía (era la fiesta de la Candelaria y el séptimo día de viaje) Tajarrabos saltó de la vaina y el dragón de sucubil.

Sin aviso ni formalidad alguna, avanzó reptando para presentar batalla. Se abalanzó rugiente sobre ellos. Lejos de sus dominios no se había mostrado demasiado valiente, a pesar de su antiguo e imperial linaje. Pero ahora lo embargaba la ira, porque estaba luchando a las puertas mismas de su casa y en defensa de todos sus tesoros. Salió tras el reborde de una montaña como un torrente de rayos, con el estruendo de una galerna y una ráfaga de fuego relampagueante.

La discusión sobre el protocolo quedó cortada en seco. Todos los caballos se apartaron a uno u otro lado, y algunos de los jinetes acabaron desmontados. Las acémilas, la impedimenta y los siervos dieron media vuelta y salieron corriendo. Ellos no albergaban duda alguna sobre el orden de prioridades.

De pronto, una nube de humo los envolvió a todos y desde su interior el dragón cargó contra la cabeza de la fila. Varios caballeros resultaron muertos, sin tener ocasión de poder lanzar un desafío formal. Y varios otros derribados con caballo y todo. En cuanto a los demás, sus corceles decidieron por ellos, dando media vuelta y saliendo disparados, llevándose a sus dueños de buen grado o por fuerza. Bien es cierto que la mayoría lo estaba deseando.

Pero la vieja yegua torda no se movió. Puede que temiera romperse las patas en el pedregoso y empinado sendero. Quizá se encontraba demasiado cansada para salir corriendo. Además, estaba profundamente convencida de que un dragón, cuando utiliza las alas, es más peligroso detrás de ti que delante, y se necesitaba más velocidad que un caballo de carreras para que la huida tuviese éxito. Por otro lado, ella había visto a este Crisófilax en ocasiones anteriores y recordaba cómo lo había perseguido por los campos y el río, allá en su tierra, hasta que cayó dominado en la calle mayor del pueblo. De forma que afianzó bien las cuatro patas y relinchó. Egidio el granjero estaba todo lo pálido que su tez le permitía, pero se mantuvo a su lado; no veía qué otra cosa podía hacer.

Y así sucedió que el dragón, al cargar línea abajo, se encontró de sopetón a su

viejo enemigo con Tajarrabos en la mano. Aquello era lo último que esperaba. Se desvió a un lado, como un enorme murciélago, y se desplomó sobre el ribazo próximo al camino. Allí se presentó la yegua torda, olvidada casi de su cojera. Egidio, más envalentonado, se había encaramado a su lomo con toda premura.

—Perdonad —dijo—, pero ¿estabais buscándome, por casualidad?

—Ni mucho menos —dijo Crisófilax—. ¡Quién iba a pensar en encontraros aquí! Sólo había salido a volar un rato.

—Entonces ha sido nuestra buena suerte la que nos ha guiado — dijo Egidio—. Y es un placer para mí, porque yo sí os estaba buscando. Es más, tenemos un asuntillo pendiente; varios, para ser más precisos.

El dragón pegó un bufido. Egidio levantó la mano para res-guardarse del ardiente vapor, y con un destello Tajarrabos se proyectó hacia adelante, peligrosamente próxima al hocico del dragón Crisófilax.

—¡Eh! —gritó, dejando de resoplar. Comenzó a temblar, retrocedió y se le heló todo su fuego interior—. ¿No habréis venido, supongo, a matarme, buen maese? —siseó.

—No, no —dijo el granjero—. Yo no he dicho nada de matar. — La yegua torda dio un respingo.

—¿Qué hacéis, entonces, si me permitís la pregunta, con todos estos caballeros? —dijo Crisófilax—. Ellos siempre matan dragones, si no los matamos nosotros primero a ellos.

—Yo no estoy haciendo nada ni tengo nada que ver con toda esa gente —dijo Egidio—. Y de todas formas, están ya todos muertos o se han dado a la fuga. ¿Qué pasa con lo que prometisteis en Epifanía?

—¿Qué de qué? —dijo Crisófilax con ansiedad.

—Lleváis casi un mes de retraso —dijo Egidio—, y el plazo está vencido. He venido a cobrar. Deberíais pedirme perdón por todas las molestias que he tenido que aguantar.

—Desde luego, desde luego —dijo él—. Desearía que no os hubieseis molestado en venir.

—Esta vez te costará hasta la última moneda, y sin trucos de mercachifle —dijo Egidio—, o morirás, y yo colgaré tu piel de la torre de la iglesia para que sirva de escarmiento.

—¡Qué crueldad! —respondió el dragón.

—Un trato es un trato —dijo Egidio.

—¿No puedo quedarme con un anillo o dos y una pizca de oro por pagar en efectivo?

—Ni un botón de hojalata —dijo Egidio.

Y así estuvieron durante un rato, regateando y discutiendo como la gente en el

mercado. Sin embargo, el final fue el que os habréis imaginado; porque, digan lo que digan, pocos habían conseguido engañar nunca a Egidio el granjero en un regateo.

El dragón se vio obligado a regresar a pie a su cubil, pues Egidio se puso a su costado, manteniendo muy cercana a Tajarrabos. El sendero, que zigzagueaba montaña arriba, era tan estrecho que apenas cabían los dos. La yegua subía justo detrás y parecía muy pensativa.

Eran cinco millas, todo un paseo de dura marcha. Y Egidio caminaba con esfuerzo, soplando y resoplando, pero sin quitarle ojo al dragón. Por fin llegaron a la boca de la cueva, en el lado oeste de la montaña. Era enorme, negra y amenazadora, y sus puertas de cobre giraban sobre grandes pilares de hierro. Era patente que en tiempos hacía mucho olvidados había sido una morada rica y ostentosa, pues los dragones no levantan tales construcciones ni cavan semejantes galerías, sino que habitan, cuando les es posible, en los mausoleos y criptas de señores poderosos y gigantes de antaño. Las puertas de esta profunda mansión se abrieron de par en par, y a su sombra hicieron alto. Hasta entonces Crisófilax no había tenido oportunidad de escapar, pero al verse a las puertas de casa dio un salto y se dispuso a precipitarse dentro.

Egidio el granjero lo golpeó de plano con la espada.

—¡Ojo! —le dijo—. Antes de que entres quiero decirte una cosa. Si no sales pronto y con algo que merezca la pena, entraré a buscarte y para empezar te cortaré la cola.

La yegua dio un resoplido. No podía imaginarse a Egidio bajando solo a la madriguera de un dragón ni por todo el oro del mundo. Pero Crisófilax estaba dispuesto a creerlo a la vista del brillo y filo de Tajarrabos. Y es posible que tuviese razón, y que la yegua, con toda su sabiduría, no hubiese comprendido aún la transformación de su amo. Egidio estaba ayudando a su propia suerte, y tras dos encuentros comenzaba a imaginarse que no había dragón capaz de hacerle frente.

Y bien, allí estaba Crisófilax otra vez al cabo de poquísimo tiempo, con veinte libras de a doce onzas en oro y plata y un cofre de anillos, collares y otras alhajas.

—Aquí está —dijo.

—¿Dónde? —inquirió Egidio—. Esto no es ni la mitad del pago, si es a lo que te refieres. Y juraría que tampoco la mitad de lo que posees.

—¡No, no, por supuesto! —dijo el dragón, bastante inquieto al comprobar que el ingenio del granjero parecía haberse agudizado desde que se vieron en el pueblo—. ¡Claro que no! Pero no puedo sacarlo todo de una vez.

—Ni de dos, aseguraría yo —dijo Egidio—. Entra de nuevo, y vuelve rápido, o te haré probar el acero de Tajarrabos.

—¡No! —protestó el dragón. Y se lanzó cueva adentro, volviendo a salir a toda velocidad.

—Aquí tenéis —dijo Crisófilax, colocando en el suelo una enorme cantidad de oro y dos cofres de diamantes.

—Ahora inténtalo otra vez —dijo el granjero—. Pero inténtalo con más ganas.

—¡Qué crueldad, qué crueldad! —dijo el dragón mientras volvía al interior una vez más.

Para entonces, la yegua torda comenzaba a mosquearse por su cuenta.

«¿Quién va a llevar a casa toda esa carga tan pesada, me pregunto yo?», pensaba. Y echó una mirada tan larga y triste a las talegas y cofres que el granjero adivinó su inquietud.

—No te preocupes, muchacha —dijo—. Obligaremos al viejo reptil a hacer el porte.

—¡Piedad! —dijo el dragón, que había alcanzado a oír aquellas palabras cuando salía de la cueva por tercera vez, más cargado que nunca y con gran cantidad de ricas joyas semejantes a fuegos rojos y verdes—. ¡Piedad! Llevar todo esto será mi muerte, y no podría cargar un solo fardo más así me matéis.

—Entonces hay todavía más, ¿no es cierto? —dijo el granjero.

—Sí. Lo suficiente como para seguir viviendo con dignidad.

Por una vez, cosa extraordinaria, se acercaba a la verdad, y le resultó provechoso.

—Si me dejáis lo que queda —dijo con gran astucia—, seré siempre vuestro amigo. Y llevaré todo este tesoro a casa de vuestra señoría, y no a la del rey. Y lo que es más, os ayudaré a conservarlo.

Sacó entonces el granjero un palillo de dientes con la mano izquierda, y se tomó un minuto de profunda reflexión.

—¡De acuerdo! —dijo al fin, mostrando una discreción laudable.

Un caballero se habría mantenido en sus trece para conseguir todo el botín, y lo hubiera logrado, aunque cargando además con una maldición. Era casi seguro que, si Egidio empujaba al reptil a la desesperación, éste se revolvería al final y presentaría batalla, con o sin Tajarrabos. En cuyo caso Egidio, de no resultar él mismo muerto, se vería obligado a matar a su hipotética acémila y dejar la mayor parte de sus ganancias en la montaña.

Bien, ya había tomado la decisión. El granjero se llenó los bolsillos de joyas, no fuese a salir algo mal, y colocó una pequeña carga sobre la yegua. Todo lo demás lo ató a la espalda de Crisófilax en cofres y talegas, hasta que éste pareció el carro de mudanzas de palacio. No había posibilidad de que se escapara volando, porque la carga era demasiado grande y Egidio le había amarrado las alas.

«Esta cuerda ha resultado ser extremadamente útil, en medio de todo», pensó, y se acordó con gratitud del párroco.

De modo que el dragón salió trotando entre soplido y resoplido, con la yegua pisándole los talones y el granjero enarbolando la brillante y amenazadora Tajarrabos.

No se atrevió a intentar ningún truco.

A pesar de la carga, la yegua y el dragón fueron más veloces al regreso que la cabalgata a la venida. Porque Egidio el granjero tenía prisa (y no era la razón de menos peso que escasease la comida en sus alforjas). Tampoco confiaba mucho en Crisófilax, después de haber quebrantado juramentos y compromisos solemnes, y se preguntaba cuánto más podría avanzar de noche sin peligro de muerte o de pérdidas irreparables. Pero antes de que oscureciese la suerte lo favoreció una vez más, porque dieron alcance a media docena de siervos y acémilas que habían salido huyendo y ahora se encontraban perdidos en las Colinas Salvajes. Sorprendidos al verle, escaparon llenos de temor; pero Egidio los llamó a voces.

—¡Eh, muchachos! —dijo—. ¡Volved! Tengo un trabajo para vosotros, y buenas soldadas mientras dure este viaje.

Entraron, pues, a su servicio, contentos de tener un guía y de que su sueldo llegase ahora con mayor regularidad de lo que había sido costumbre. A partir de entonces la cabalgata la formaron siete hombres, seis acémilas, una yegua y un dragón; y Egidio comenzó a sentirse como un lord y a hincharse como un pavo. Se detuvieron lo menos posible. Por la noche Egidio amarró el dragón a cuatro estacas, una para cada pata, y organizó turnos de tres hombres para que lo vigilasen. La yegua torda durmió con un ojo abierto, no fuera que los hombres intentasen por su cuenta algún truco.

Al cabo de tres días llegaron a los límites de su propio territorio, y su llegada causó un estupor y conmoción como pocas veces se había visto de costa a costa. En la primera aldea en que pararon les sirvieron comida y bebida gratis, y la mitad de los mozos quisieron unirse al cortejo. Egidio escogió una docena de jóvenes de buen porte. Les prometió sueldos saneados y les compró las mejores monturas que pudo encontrar. Comenzaba a pensar en el futuro.

Tras descansar allí un día, partió de nuevo seguido de su renovada escolta. Cabalgaban entonando canciones en su honor, que, aunque improvisadas, a él le sonaban a música celestial. Algunas gentes lo aclamaban y otras se alborozaban. Era un espectáculo alegre y sorprendente a la vez.

Al poco, Egidio el granjero viró hacia el sur y puso rumbo a su casa sin llegarse a la corte ni enviar ningún mensaje. Pero la noticia del regreso de maese AEgidius se extendió como un incendio bajo el viento del oeste, y causó gran sorpresa y confusión. Porque su llegada coincidió con los últimos ecos de un decreto real, que ordenaba a todas las villas y pueblos guardar luto por la pérdida de aquellos valientes caballeros en el paso de las montañas.

Por doquiera que Egidio iba se olvidaba el luto, se lanzaban las campanas al vuelo y la gente se agolpaba a la vera del camino, gritando y agitando gorros y pañuelos. Y abucheaban de tal forma al pobre dragón que empezó a arrepentirse del trato que

había hecho. Aquello resultaba de lo más humillante para alguien de antiguo e imperial linaje. Cuando llegaron a Ham, todos los perros le ladraron con desprecio; todos menos Garm, que sólo tenía ojos, orejas y nariz para su amo. La verdad es que casi perdió la cabeza, e iba dando volteretas a todo lo largo de la calle.

Ham, por supuesto, deparó al granjero una bienvenida ex-traordinaria; pero probablemente nada le agradó más que encontrar al molinero sin una pulla que llevarse a la boca, y al herrero completamente desorientado.

—Aquí no se ha terminado todo. Recordad mis palabras —dijo.

Pero no encontró nada peor que pronosticar y movió la cabeza con pesadumbre. Egidio, con sus seis hombres, la docena de garridos mozos, el dragón y demás, subió colina arriba y allí permaneció durante algún tiempo. Sólo el párroco recibió una invitación para visitarlo en casa.

Pronto llegaron las noticias a la capital y la gente, olvidando el luto oficial e incluso sus propios quehaceres, se echó a la calle. Todo eran voces y algarabía.

El rey se encontraba en su mansión, mordiéndose las uñas y mesándose la barba. Entre el desconsuelo y la rabia (y la preocupación financiera) se había puesto de un humor tan negro que nadie se atrevía a hablarle. Por fin el jolgorio de la calle llegó a sus oídos. Aquello no sonaba a lamentaciones ni a llanto.

—¿A qué se debe todo ese ruido? —preguntó el rey—. Ordenad a la gente que se vaya a sus casas y que guarden decentemente el luto. Esto parece un mercado de aves.

—El dragón ha vuelto, señor —le contestaron.

—¿Qué? —dijo el rey—. Reunid a todos los caballeros, o lo que quede de ellos.

—No hay necesidad, milord —contestaron—. Con maese AEgidius a sus espaldas, el dragón es la docilidad misma. Por lo menos, así se nos ha informado. Las noticias acaban de llegar y son contradictorias.

—¡Dios bendito! —dijo el rey, visiblemente aliviado—. Y pensar que habíamos ordenado celebrar pasado mañana un oficio fúnebre por ese individuo. ¡Que lo supriman! ¿Hay alguna noticia de nuestro tesoro?

—Los informes hablan de una auténtica montaña, señor — contestaron.

—¿Cuándo llegará? —preguntó el rey con ansiedad—. Un buen hombre ese AEgidius. ¡Pasadle a nuestra presencia en cuanto llegue!

Se produjo una cierta demora a la hora de responder. Por último, alguien se armó de valor y dijo:

—Perdonad, señor, pero hemos oído que el granjero se ha desviado hacia su casa. Sin duda se apresurará a presentarse aquí tan pronto como se halle convenientemente ataviado.

—Sin duda —dijo el rey—. Pero ¡mal haya su atuendo! No tenía excusa para irse a casa sin rendir cuentas. Estamos muy disgustados.

La primera oportunidad llegó y pasó, al igual que muchas otras. De hecho, Egidio llevaba ya una semana larga en casa y la corte no había recibido aún noticias o mensajes suyos.

Al décimo día la ira del rey estalló.

—¡Mandad traer a ese individuo! —dijo; y fueron a buscarlo. Costaba un día de duro cabalgar llegar a Ham, y otro tanto volver.

—¡No quiere venir, señor! —anunció un tembloroso mensajero al cabo de dos días.

—¡Rayos del cielo! —tronó el rey—. ¡Mandadle que se presente el próximo martes, o lo meteré en prisión de por vida!

—Perdonad, señor, pero aun así se niega a venir —explicó un acongojadísimo mensajero tras regresar solo el martes.

—¡Diez mil truenos! —exclamó el rey—. ¡Encerrad inmediatamente a ese individuo! Mandad ahora mismo a unos cuantos hombres para que traigan encadenado a ese patán —gritó a los que se encontraban a su alrededor.

—¿Cuántos...? —tartamudearon—. Está el dragón y... Tajarrabos y...

—¡Y majaderías y bobadas! —dijo el rey.

Luego mandó traer su caballo blanco, reunió a sus caballeros (o lo que quedaba de ellos) y una compañía de hombres de armas, y partió al galope con fiera rabia. Toda la gente salió de sus casas sorprendida.

Pero Egidio el granjero se había convertido en algo más que un héroe: era el ídolo local; y la gente no vitoreó al paso de los caballeros y hombres de armas, aunque aún se descubrieron ante el rey. A medida que se acercaban a Ham el ambiente se hacía más sombrío; en algunos pueblos los vecinos se encerraron en sus casas y no se dejaron ver.

Aquello transformó la ira ardiente del rey en fría cólera. Su aspecto era torvo cuando llegó al galope hasta el río tras el que se encontraban Ham y la casa del granjero. Había pensado prender fuego al lugar. Pero allí estaba Egidio el granjero, en el puente, sobre su yegua torda y con Tajarrabos al puño. No había nadie más a la vista, a excepción de Garm, echado sobre el camino.

—¡Buenos días, señor! —dijo Egidio, alegre como unas pascuas y sin esperar a que le dirigiesen la palabra.

El rey le lanzó una fría mirada.

—Tus maneras no son las más apropiadas ante Nos —dijo—, pero eso no te excusa de presentarte cuando se te llama.

—No pensaba hacerlo, señor. Eso es todo —dijo Egidio—. Tengo asuntos propios en los que ocuparme, y ya he desperdiciado mucho tiempo en vuestro servicio.

—¡Diez mil truenos! —contestó el rey, otra vez rojo de ira—. ¡Al diablo contigo y tu insolencia! Después de esto no obtendrás recompensa alguna y serás muy

afortunado si escapas a la horca. Porque te haré ahorcar a menos que supliques nuestro perdón aquí y ahora y nos devuelvas la espada.

—¿Cómo? —dijo Egidio—. Reconozco que ya he recibido mi premio. «Lo que se da no se quita», decimos aquí. Y estoy seguro de que Tajarrabos está mejor en mis manos que en las de vuestra gente. Y, por cierto, ¿a qué se debe tanto caballero y soldado? Si venís de visita, con menos hubieseis sido bien recibidos. Si queréis llevarme, os harán falta muchos más.

El rey se sofocó; los caballeros se pusieron muy colorados y bajaron los ojos al suelo. Algunos de los hombres de armas que se encontraban a espaldas del monarca se permitieron una sonrisa.

—¡Dame mi espada! —gritó el rey, recuperando la voz, pero olvidando el plural mayestático.

—¡Dadnos vuestra corona! —dijo Egidio: una afirmación inusitada, como nunca hasta entonces se había oído en todos los días del Reino Medio.

—¡Rayos del cielo! ¡Atrapadlo y atadlo! —gritó el rey justamente encolerizado por lo que había oído—. ¿A qué esperáis? ¡Prendedlo o matadlo!

Los soldados avanzaron.

—¡Socorro, socorro, socorro! —aulló Garm.

Justo en aquel momento de debajo del puente asomó el dragón. Había permanecido sumergido, oculto en el extremo más lejano. A la sazón dejaba escapar un terrible chorro de vapor, pues había tragado muchos galones de agua. Inmediatamente se formó una densa niebla en la que sólo se veían los ojos rojos del dragón.

—¡Volved a casa, estúpidos —bramó—, o acabaré con vosotros! En el paso montañoso yacen fríos ya muchos caballeros, y pronto habrá más en el río. ¡Todos los corceles y hombres del rey! —rugió.

Entonces saltó hacia adelante y clavó su garra en la blanca montura del monarca, que salió galopando como los diez mil truenos que su amo mencionaba tan a menudo. Los otros caballos lo siguieron con la misma celeridad: algunos ya se las habían visto antes con el dragón y no guardaban buen recuerdo. Los hombres de armas se dispersaron como Dios les dio a entender en todas las direcciones menos la de Ham.

El caballo blanco, que sólo tenía algunos rasguños, no logró ir muy lejos. El rey lo obligó pronto a dar la vuelta. Todavía podía gobernar su caballo; y nadie iba a decir que temía a alguien en este mundo, hombre o dragón. Para cuando volvió, ya se había disipado la niebla, al igual que los caballeros y soldados. Ahora las cosas presentaban otro aspecto, con el rey completamente solo dirigiendo la palabra a un resuelto granjero, que para colmo contaba con Tajarrabos y el dragón.

Pero la entrevista no sirvió de nada. El granjero Egidio era obstinado. No estaba dispuesto a ceder, aunque tampoco a luchar, pormás que el rey lo retó a combate

singular allí y en aquel momento.

—No, milord —dijo riéndose—. Volved a casa y calmaos. No quiero haceros daño, pero será mejor que os marchéis o no podré responder por el dragón. ¡Buenos días!

Y así dio fin la Batalla del Puente de Ham. El rey no vio nunca ni un penique del tesoro ni recibió disculpa ninguna de Egidio el granjero, que comenzaba a tener un concepto más elevado de sí mismo. Lo que es más, desde aquel día terminó la influencia del Reino Medio en aquella zona. En un radio de muchas millas la gente aceptó a Egidio como señor. El rey, con todos sus títulos, no pudo conseguir ni un solo hombre que luchase contra el rebelde AEgidius, que había pasado a ser el ídolo del país y protagonista de baladas; y resultó imposible silenciar todas las canciones que celebraban sus gestas. La preferida era aquella que recordaba, en cien pareados épico-cómicos, el encuentro sobre el puente.

Crisófilax permaneció largos años en Ham para beneficio de Egidio, porque todo el mundo respeta al que posee un dragón domesticado. Se le había acomodado, con permiso del párroco, en el granero de los diezmos, donde lo custodiaban los doce robustos jóvenes. De esta forma nació el primero de los títulos de Egidio: Dominus de Domito Serpente, que en lengua vulgar quiere decir Señor del Reptil Domado. Como tal se le reconoció en muchos lugares; pero aún pagaba un tributo simbólico al rey: seis rabos de buey y un jarro de cerveza, que debía entregar el día de San Matías, aniversario del encuentro en el puente. Al poco, sin embargo, cambió el título de Señor por el de Conde, y el Condado del Reptil Domado fue en verdad muy extenso.

Después de algunos años se convirtió en el Príncipe Julius AEgidius y dejó de pagar el tributo. Porque Egidio, que era in-mensamente rico, se había construido un palacio de gran magnificencia y había reunido un poderoso contingente de hombres de armas. Tenía una apariencia elegante y galana, ya que su atuendo era el mejor que podía encontrarse en el mercado. Cada uno de los doce garridos mozos ascendió a capitán. Garm tenía un collar de oro, y mientras vivió pudo vagar a sus anchas, feliz y orgulloso, e insufrible para sus congéneres. Esperaba que los demás perros le otorgasen el respeto que engendraba el temor y magnificencia de su amo. La yegua torda vivió en paz el resto de sus días, sin dejar nunca entrever sus pensamientos.

Por fin Egidio llegó a rey, por supuesto, rey del Pequeño Reino. Fue coronado en Ham con el nombre de AEgidius Draconarius; pero se le conocía más bien como el Buen Egidio del Dragón. Como la lengua vernácula se puso de moda en la corte, no utilizó el latín en ninguno de sus discursos. Su mujer resultó una reina de amplio relieve y majestad, y llevó con mano firme la economía doméstica. No había modo de buscarle la vuelta a la Reina Águeda; y se comprende, si se tiene en cuenta el volumen de la dama.

Y así Egidio se hizo por fin viejo y venerable, con una barba blanca que le llegaba

hasta los pies y una corte respetable (en la que el mérito con frecuencia recibía su recompensa) y una orden de caballería completamente nueva: los Guardianes del Dragón, con este animal por emblema. Los doce jóvenes garridos fueron los miembros fundadores.

Hay que admitir que en gran medida Egidio debió su engrandecimiento a la suerte, aunque también demostró sentido común a la hora de sacarle partido. Tanto la fortuna como el buen sentido lo acompañaron hasta el fin de sus días para cumplido beneficio de sus amigos y vecinos. Compensó con munificencia al párroco, e incluso el herrero y el molinero tuvieron su parte. Porque Egidio podía permitirse el lujo de ser generoso. Pero tan pronto como llegó a rey, dictó una ley severísima contra las profecías de mal agüero e hizo de la molienda un monopolio real. El herrero cambió su trabajo por el de enterrador, pero el molinero se convirtió en un obsequioso servidor de la Corona. El párroco llegó a obispo y estableció su sede en la iglesia de Ham, tras una adecuada ampliación.

Aquellos que viven todavía en las tierras del Pequeño Reino encontrarán en esta historia el verdadero origen de los nombres que algunas ciudades y pueblos tienen en nuestro tiempo. Pues los entendidos en estas materias nos informan que Ham, la ciudad principal del nuevo reino, a causa de una natural confusión entre el Señor de Ham y el Señor de Tame, fue al fin conocida por este último nombre, que retiene hasta el día de hoy; Thame sin una h es un error injustificable. Los Draconarii (guardianes del dragón) edificaron en honor de éste, origen de su fortuna y fama, una gran mansión a unas cuatro millas al oeste de Tame, sobre el lugar en que Egidio y Crisófilax se habían encontrado por primera vez. En todo el reino se conoció aquel lugar como Aula Draconaria, o en lengua vernácula Palacio del Dragón, en recuerdo del rey y su estandarte.

La faz de la tierra ha cambiado desde entonces y han surgido y se han eclipsado muchos reinos; han caído los árboles y los ríos han modificado su curso; sólo quedan las montañas y aun éstas erosionadas por los vientos y las lluvias... Pero en los días de que habla esta historia el Palacio del Dragón fue Sede Real y el estandarte con su figura ondeaba sobre los árboles. Y la vida transcurrió allí alegre y feliz mientras Tajarrabos permaneció sobre la tierra.

Epílogo

Una y otra vez Crisófilax pedía la libertad; y su alimentación resultaba demasiado costosa, ya que continuaba creciendo, pues los dragones lo hacen a lo largo de toda su vida, lo mismo que los árboles. Así que después de unos cuantos años, cuando Egidio ya se sintió seguro en el trono, dejó al pobre reptil volver a su casa. Se separaron con manifestaciones de mutua estima y un pacto de no agresión por ambas partes. En lo más negro de su corazón el dragón sentía por Egidio toda la simpatía que uno de su especie puede sentir hacia los demás. Después de todo estaba Tajarrabos. Podían haberle quitado la vida con facilidad, e incluso todo su botín. Porque resultaba que aún tenía un buen montón de riquezas en su cueva, como Egidio había sospechado.

Emprendió su vuelo de regreso hacia las montañas, lento y trabajoso, pues las alas se le habían entumecido con tan larga inactividad, y su tamaño y su caparazón habían crecido enormemente. Una vez en casa echó a la calle a un joven dragón que había tenido la temeridad de establecerse en ella mientras Crisófilax estaba fuera. Se cuenta que el fragor de la pelea se oyó por toda Venedotia.

Cuando terminó de devorar con gran satisfacción a su derrotado oponente, se sintió mejor y se mitigaron las cicatrices de su humillación, y durmió durante un largo período. Despertó por fin súbitamente e inició la búsqueda del mayor y más estúpido de los gigantes, que había comenzado todo el asunto una noche de verano, hacía ya mucho tiempo. Le dijo lo que pensaba de él, y el pobre individuo se quedó todo apabullado.

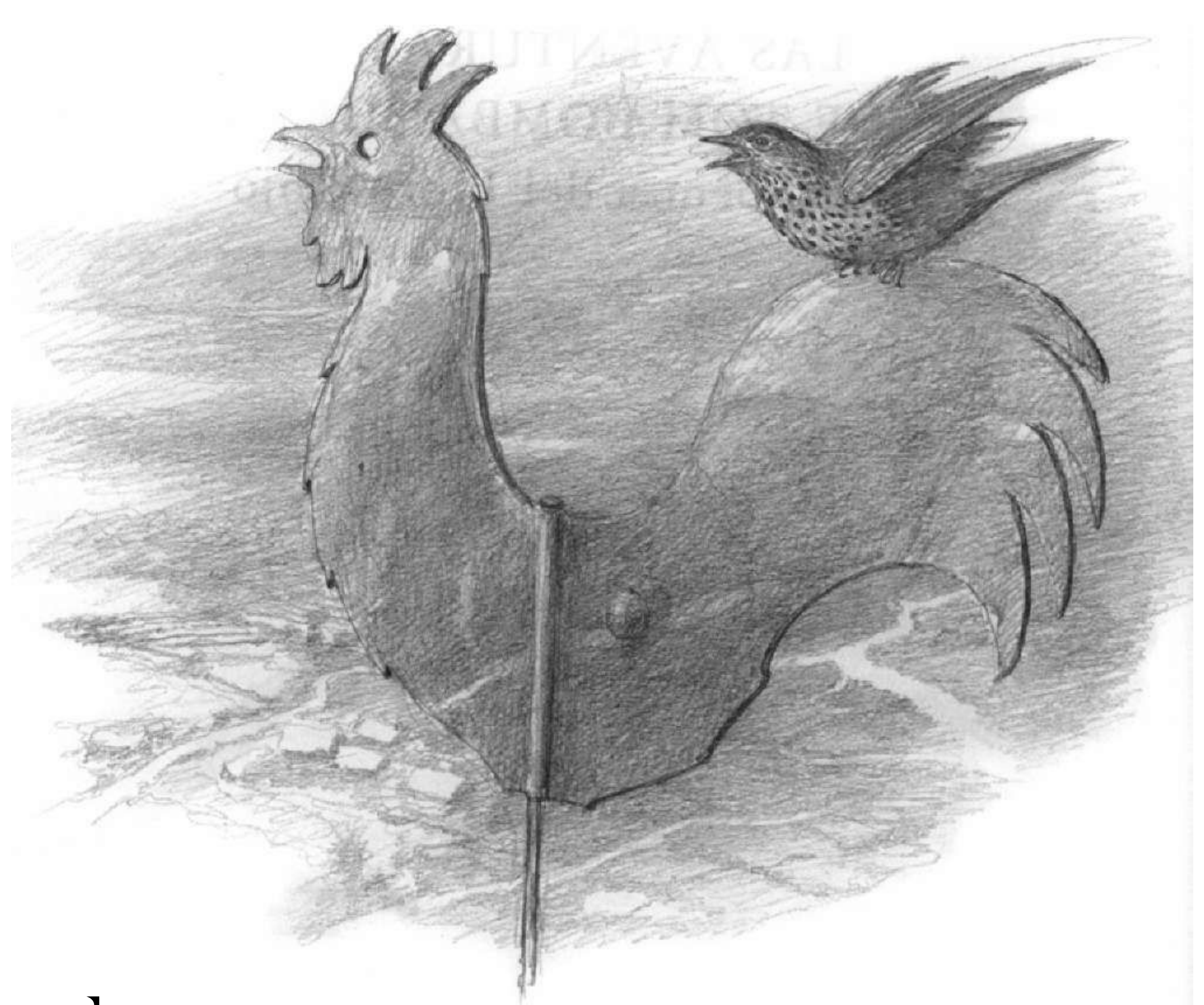
—Un trabuco, ¿eh? —dijo rascándose la cabeza—. Yo creí que eran tábanos.

Finis

o en idioma vernáculo

FIN





Las aventuras de Tom Bombadil y otros poemas del Libro Rojo

Prólogo

Hay en el Libro Rojo gran cantidad de poemas. Algunos de ellos se incluyeron en la narración de la *Caída del Señor de los Anillos*, o en los relatos y crónicas a ella añadidos; muchos más se hallan en hojas sueltas, mientras que algunos están anotados descuidadamente en los márgenes y espacios en blanco. La mayoría de estos últimos carece de sentido, y ahora resultan ininteligibles incluso cuando es posible leerlos; o son sólo fragmentos recordados a medias. Los números 4, 11 y 13 fueron extraídos de dichos marginalia; aunque quizá el carácter de este grupo podría ilustrarse mejor con el garabato que se encuentra en la página que contiene el poema «Cuando el invierno comienza a morder»:

Tanto revolotea al viento la veleta que no
puede tener aun erguida la cola; tanto
padece el frío la pobre gallineta que no
puede cascar una vil caracola. «Mi
situación es dura», gime la gallineta, y «todo
es vanidad» contesta la veleta; y comienzan
las dos su triste batahola.

La presente selección ha sido hecha sobre el conjunto de las piezas más antiguas, referidas en su mayoría a leyendas y bromas de la Comarca hacia el fin de la Tercera Edad; aparentemente compuestas por Hobbits, en particular por Bilbo y sus amigos, o por sus descendientes inmediatos. Sin embargo, rara vez hay indicación de quién es el autor. Se advierte que los poemas no incluidos en la narración fueron escritos por diversas manos, y probablemente provienen de la tradición oral.

En el Libro Rojo se dice que el n.° 5 es obra de Bilbo, y el n.° 7 de Sam Gamyi. El n.° 8 está señalado SG, y la atribución puede aceptarse como válida. El n.° 12 también dice SG, aunque Sam puede a lo sumo haber retocado una pieza más antigua de los bestiarios tradicionales que parecen haber agradado a los Hobbits. En *El Señor de los Anillos,* Sam asegura que el n.° 10 era tradicional en la Comarca.

El n.° 3 es un ejemplo de otro tipo de poema que, al parecer, causaba gracia a los Hobbits: un relato rimado que regresa al comienzo, y que por lo tanto puede ser recitado hasta la exasperación (del oyente). Se encuentran varios ejemplos en el Libro Rojo, pero los demás resultan simples o inmaduros. Con mucho, el n.° 3 es el más largo y elaborado. Evidentemente, es obra de Bilbo. Ello está indicado por su obvia relación con el largo poema recitado por el mismo Bilbo, como obra propia, en la casa de Elrond. Siendo en su origen una «rima sin sentido», en la versión de Rivendel se encuentra transformado, y aplicado, de un modo algo incongruente, a las leyendas alto-élficas y númenoreanas de Eárendil. Probablemente sea porque Bilbo había inventado sus esquemas métricos, y estaba orgulloso de ellos. Estos esquemas no

aparecen en otras obras del Libro Rojo. La versión más antigua, que es la reproducida aquí, debe pertenecer a los primeros tiempos después de que Bilbo regresara de su viaje. Aunque se advierte la influencia de las tradiciones élficas, éstas no están tratadas con seriedad, y los nombres utilizados (*Derrilyn, Thellamía, Belmaría, Aerie*) son simples inventos al estilo élfico, pero de ningún modo son élficos.

En otras piezas se nota la influencia de los sucesos acaecidos al final de la Tercera Edad, así como también la ampliación de los horizontes de la Comarca producto del contacto con Rivendel y Gondor. Tanto el n.° 6 (aunque aquí esté ubicado junto al poema del Hombre de la Luna, compuesto por Bilbo) como el último (n.° 16) deben tener su origen último en Gondor. Evidentemente, se basan en tradiciones de los Hombres, en tanto que habitantes de las costas y familiarizados con los ríos que desembocan en el Mar. De hecho, el n.° 6 menciona *Bel/alas* (la ventosa bahía de Bel), y la Atalaya Marina, *Tirith Aear*, de Dol Am-roth. El n.° 16 menciona los Siete Ríos[2] que desembocan en el Mar en el Reino del Sur, y contiene un nombre en la lengua de Gondor, en su forma alto-élfica: *Fíriel*, mujer mortal[3]. En Playa Larga y en Dol Amroth hubo muchas tradiciones acerca de las antiguas moradas de los Elfos y acerca del puerto en la boca del Morthond desde el cual navegaban los «barcos hacia el Oeste», en una época tan lejana como la de la caída de Eregion en la Segunda Edad. Estas dos obras, por lo tanto, son reelaboraciones de material del Sur, aunque el material pueda haber llegado hasta Bilbo a través de Rivendel. El n.° 14 también depende de la tradición de Rivendel, y parece contener ecos del relato númenoreano de Túrin y Mím el Enano.

Los números 1 y 2 evidentemente provienen de Los Gamos. Demuestran un conocimiento de ese país, y también del Valle, el valle boscoso del Tornasauce[4], que difícilmente tuviera un Hobbit que viviera al oeste de Marjala. También demuestra que los habitantes de Los Gamos conocían a Bombadil[5], aunque sin duda entendían tan poco sus poderes como la gente de la Comarca los de Gandalf: ambos eran considerados personajes benévolos, quizá misteriosos e impredecibles, pero aun así cómicos. El poema n.° 1 es más antiguo, y está compuesto de diferentes versiones de leyendas relacionadas con Bombadil que circulaban entre los Hobbits. El humor de Tom se transforma aquí en burla hacia sus amigos, que lo tratan de una manera divertida (aunque teñida con algo de miedo); pero probablemente fue compuesta en una época muy posterior, después de la visita de Frodo y sus compañeros a la casa de Bombadil.

Los versos aquí presentados, de origen hobbit, gustan de las palabras extrañas, y de los trucos métricos y de rima; en su ingenuidad, los Hobbits evidentemente consideraban estas cosas como virtudes o gracias, aunque indudablemente se trata de meras imitaciones de prácticas élficas. También son (al menos en su superficie) livianos y frivolos, aunque a veces dejan la incómoda sospecha de que allí hay algo

más de lo que se ofrece a simple vista. El n.° 15, cuyo origen es innegablemente hobbit, es una excepción. Es la pieza más tardía, y pertenece a la Cuarta Edad; pero se lo incluye aquí porque alguien anotó en su encabezamiento «El Ensueño de Frodo». Esto es digno de mención, y, pese a que es poco probable que el poema haya sido escrito por Frodo mismo, el título muestra que se lo asoció con los sueños de oscuridad y desesperación que lo visitaron en marzo y octubre durante sus últimos tres años. Pero había de hecho otras tradiciones referidas a Hobbits que fueron atacados por esta «locura de aventuras»; y, si alguna vez regresaban, se volvían misteriosos e intratables. El pensamiento del Mar nunca dejaba de estar presente en el trasfondo de la imaginación hobbit; pero el sentimiento que prevalecía en la Comarca a fines de la Tercera Edad era de miedo y desconfianza hacia todo conocimiento élfico, y en verdad ese sentimiento no fue del todo erradicado por los sucesos y cambios con que terminó esa Edad.



1
Las aventuras de Tom Bombadil

Tom Bombadil el viejo era un alegre tipo;
chaqueta azul brillante, zapatos amarillos,
de verde cinturón, las calzas de buen cuero,
y una pluma de cisne sujeta en el sombrero.
Vivía en la Colina; por allí el Tornasauce
de su fuente yerbosa se escurría hacia el valle.

El viejo Tom cruzaba los prados en verano
haciendo a las abejas cosquillas con la mano,
recogiendo ranúnculos, corriendo tras las sombras,
sentado en la ribera durante horas y horas.

En el agua su barba se había sumergido:

Baya de Oro, la hija de la Mujer del Río,
tiró de sus cabellos y allá que fue, arrastrado,
a hundirse entre burbujas, nenúfares abajo.

«¡Eh, Tom Bombadil! Dime, ¿adonde te diriges?»,
le dijo Baya de Oro. «Tus burbujas afligen
a peces escamosos y a pardas ratas de agua,
¡y al somormujo asustas, y tu sombrero empapas!»

«Simpática doncella, el sombrero has de darme»,
le respondió Tom Bombadil. «No quiero ya mojarme.
¡Sumérgete! ¡A dormir a las oscuras charcas
bajo raíz de sauce, pequeña dama de agua!»

A la profunda casa de su madre volvía
la joven Baya de Oro. Mas Tom no la seguía.
En la raíz del sauce sentóse a la solana
secándose las botas y la pluma embarrada.

Allí el Viejo Hombre-Sauce se despertó y cantaba,
adormeciendo a Tom con su vaivén de ramas;
lo aferró en una grieta, se cerró la abertura,
atrapando a Tom Bombadil, sombrero, botas, pluma.

«¿Qué es lo que te has creído? Tom Bombadil el viejo,
¿me espías en mi tronco, mirando cómo bebo
en mi hogar de madera, con esa pluma tuya,
haciéndome cosquillas, calándome cual lluvia?»

«¡Atiende, Viejo Sauce, permíteme salir!
Estoy aquí muy tieso, no son ningún cojín
tus torcidas raíces. ¡Agua de río bebe!
¡Como la Hija del Río de nuevo calla y duerme!»

Liberó el Hombre-Sauce a Tom que así le hablaba;
cerró su hogar de leña, crujiendo se quejaba,
murmuraba en su árbol. Ya fuera de su cárcel
Tom iba caminando, subiendo el Tornasauce.
Bajo aleros del bosque a escuchar se sentaba;

en las ramas los pájaros gorjeaban y silbaban.
Iban las mariposas con sus leves temblores;
caía ya la tarde. Llegaron nubarrones.

Se apresuró el buen Tom, pues la lluvia vibraba,
salpicando de anillos el río que pasaba;
sacudía las hojas el helado aguacero,
y Tom halló refugio en un hondo agujero.

Salió el viejo Tejón con su frente nevada,
sus negros ojos torpes. En la colina hurgaba
con su mujer e hijos. A Tom por la chaqueta
tomaron, y a sus túneles llevaron bajo tierra.

En su casa secreta decían con placer:
«¡Tom Bombadil, aja! ¿Dónde fuiste a caer
irrumpiendo en la puerta? Tejones te atraparon,
y ya nunca sabrás por qué senda has bajado».

«Veamos, Tejón viejo, ¿oyes lo que te digo?
¡Muéstrame la salida! Llevo prisa, mi amigo.
¡Enséñame la puerta entre zarzas y rosas;
después limpia tus uñas y tu nariz terrosa!
¡Y duérmete de nuevo en tu cojín de paja,
como Baya de Oro, cual el Sauce descansa!»

Dijeron los Tejones: «¡Te pedimos perdón!»,
y a su jardín de espinas condujeron a Tom.
Volvieron a esconderse, inquietos y temblando.
Cerrando cada puerta, siguieron escarbando.

Ya no llovía fuera, y Bombadil reía,
en la tarde estival a su casa volvía;
dio la vuelta a la llave, y ya el postigo alzaba.
En torno a la candela las polillas danzaban;
vio Tom por la ventana despertar las estrellas,
y hundirse hacia al oeste la tenue luna nueva.

Llegó la oscuridad. Tom encendió una vela

y giró el picaporte tras subir la escalera.
«¡Tom Bombadil! ¡Bu-hú! ¿Qué te trajo la noche?
Al viejo Tumulario olvidaste en su monte,
cercado allá en la cumbre por círculos de piedra.
Otra vez anda suelto, verás cómo te entierra.
Aquí estoy, tras la puerta. ¡Ahora al fin te tengo!
Pobre Tom, frío y pálido quedarás al momento.»

«¡Vete, cierra la puerta y nunca jamás vuelvas
con tus ojos brillantes, tu vana risa hueca!
¡Vuelve al monte yerboso, que tus huesos descansen
en su cojín de piedra, como el Viejo Hombre-Sauce,
como Baya de Oro y el Tejón en su cueva!
¡Vuelve al oro enterrado, a la olvidada pena!»

El Tumulario huyó cruzando la ventana,
cual sombra por el patio, saltó sobre la tapia,
dando aullidos volvió al anillo de piedras,
sus anillos de hueso temblaban bajo tierra.

Tom Bombadil el viejo fue a su lecho a acostarse
mejor que Baya de Oro, más plácido que el Sauce,
más feliz que el Tejón y que los Tumularios;
como un trompo durmióse, como un fuelle roncando.

Despertó de mañana, silbó como estornino,
cantando: «¡Derry dol! ¡Alegre dol, cariño!».
Tomó chaqueta y botas, la pluma y el sombrero,
y abrió bien la ventana al calor veraniego.

Era el sabio Tom Bombadil un tipo precavido,
chaqueta azul brillante, zapatos amarillos.
Nunca lo sorprendieron, por cimas o por valles,
por las sendas del bosque o junto al Tornasauce,
tampoco entre nenúfares, navegando en el río.
Pero un día atrapó a la Hija del Río,
de verde entre los juncos, cabellera ondulada,
a las aves cantando viejos cantos del agua.

¡La atrapó fuerte y bien! Silbó el junco,
la rata huyó, gimió la garza; su corazón temblaba.
Tom Bombadil le dijo: «¡Aquí estás, mi doncella!
¡A mi casa vendrás! Servida está la mesa
con crema y mantequilla, panal y panecillos;
rosas en el alféizar y en torno a los postigos.
¡Vendrás a la Colina! No pienses en tu madre. ¡
En su profunda charca no encontrarás amante!».

Tuvo una boda alegre Tom Bombadil el viejo,
corona de ranúnculos, ¡fuera pluma y sombrero!;
por guirnalda, lucía nomeolvides y lirios
la novia, en verde y plata. Cantó como estornino,
feliz tocó el violín, zumbó como una abeja,
tomó a su dama de agua por la cintura esbelta.

La casa iluminada, ropa blanca en la cama;
a la luna de miel los Tejones llegaban,
bailando en la Colina, y el Hombre-Sauce hacía
golpetear la ventana mientras ellos dormían;
y la Mujer del Río suspiraba entre juncos,
oyendo al Tumulario llorar, allá en su túmulo.

Tom Bombadil el viejo no atendía a las voces,
las llamadas, el baile, los ruidos de la noche;
durmió, y después del alba cantó cual estornino:
«¡Eh, vamos derry dol, alegre dol, cariño!».
Sentado en el umbral se puso a cortar varas,
mientras Baya de Oro peinaba trenzas gualdas.



2
El paseo en bote de Tom Bombadil

El año envejecía y llamaba ya el Viento
del Oeste en el Bosque; Tom cazó una hoja al vuelo.
«En alas de la brisa me llega un día alegre.
¡Hoy será! ¿A qué esperar hasta el año que viene?
El bote he de arreglar, he de ir donde me arroje
el río, hacia el oeste, vagar según me antoje.»

Se posó Pajarita. «Pío-lá, Tom, te he visto.
Imagino, imagino, adonde vas tan listo.
¿Le diré, le diré por dónde puede hallarte?»

«¡Cotilla! ¡Cierra el pico! O voy a desplumarte,
¡por doquier parloteas chismes que no te atañen!
Asada te verás si vas al Hombre-Sauce,
¡en espetón de sauce se acabará el fisgar!»

Reyezuela dio un salto, piando echó a volar.
«¡Antes, antes atrápame! Los nombres no hacen falta.
Me posaré en su oreja: que atienda mis palabras.
"Cuando el sol ya se ponga, allá en Mithe", diré,
"¡Aprisa, aprisa! ¡Baja! ¡Momento de beber!".»

Tom reía entre dientes: «Tal vez hoy vaya a Mithe.
Ya sé que hay otros rumbos, pero allí irá mi esquife».

Parchó el bote, hizo remos; desde la oculta cala
lo arrastró bajo alisos, entre sauces y cañas,
y partió río abajo, cantando: «¡Sauce-bobo,
que corra el río-sauce por el bajo y el fondo!».

«¡Hola! Dime, Tom Bombadil, ¿dónde vas zarandeado
en cascara de nuez remando río abajo?»

«Siguiendo el Tornasauce quizá hasta el Brandivino;
tal vez prendan un fuego en mi honor mis amigos,
en el Fin de la Cerca. Es la pequeña gente
amable al fin del día y los visito a veces.»

«¡Saluda allí a los míos y con sus nuevas vuelve!
¡Cuéntame de remansos y escondrijos de peces!»

«Hoy no», respondió Bombadil. «Hoy sólo estoy remando
para olfatear el agua, y no llevo recados.»

«Je je! ¡Tom malaspulgas! ¡Cuida no hundas la barca!
¡Hay ramas en el fondo! ¡Qué risa si naufragas!»

«¡Calla, Azul Pescador! ¡Tus deseos olvida!
¡Vuela ya a acicalarte con un peine de espinas!
Tan señor en tu rama y sucio paje en casa:
entre basura vives, con tu pecho escarlata.
Sé yo que, pico al aire, otros pájaros muestran
de dónde sopla el viento: ¡y se acabó la pesca!»

Pescador cerró el pico, y guiñó; Tom, cantando,
pasó bajo la rama. El ave huyó volando;
cayó una pluma azul, que Tom atrapó presto
y vio que al sol brillaba: «Qué regalo tan bello».
La prendió en su sombrero, tiró la pluma vieja.
Dijo: «¡Azul para Tom, color que alegra y queda!».

El agua burbujeó, se formaron anillos.
¡Pías! Le dio con el remo a una sombra en el río.
«¡Tom Bombadil! ¡Chiss! ¡Chiss! Mucho ha que no te veo

¿Te hiciste navegante? ¿Qué si tu barca vuelco?»

«¿Qué? Bien, Mozo Bigotes, en ti cabalgaría.
¡Con mi mano en tu lomo la piel te temblaría!»

«¡Bah, Tom Bombadil, bah! Se lo diré a mi madre:
"¡Llama a nuestros parientes, hermano, hermana, padre!
Está remando Tom, pato patadepalo:
¡subido a una bañera va Tornasauce abajo!"»

«¡Daré a los Tumularios que curtan tu pelleja!
¡Te ahogarán con anillos! Si tu madre te viera
no te conocería si no es por un bigote.
Si no eres más veloz, ¡a Tom nunca provoques!»

«¡Buff!», dijo el mozo nutria, salpicando con agua
el sombrero de Tom; y agitando la barca
pasó debajo de ella, y en la orilla tumbado
miró hasta que a lo lejos se perdió Tom cantando.

El Cisne de Isla Elvet pasó altivo de largo,
miró a Tom con desprecio, le resopló bien alto.
Rió Tom: «Viejo cisne, ¿de tu pluma te acuerdas?
¡Dame una nueva entonces! Ajó el tiempo la vieja.
Una palabra amable y te tendría aprecio:
¡garganta larga y muda, y aun así soberbio!
¡Si un día el Rey regresa, quizá vaya y te atrape,
marque tu pico gualdo, y los humos te baje!».
Ahuecó el Cisne el ala, siseó y nadó deprisa;
en su estela mecido Tom remando seguía.

Tom llegó a Saucepresa, donde el río espumeando
cae raudo a Las Tornadas, saltando y salpicando;
a Tom sobre las piedras, girando y dando tumbos,
como a un corcho llevó al muelle de Grindmuro.

«¡Eh! ¡Mirad! ¡Tom del Bosque con su barba chivesca!»,
reían en Espino y en el Fin de la Cerca.
«¡Ojo, Tom! ¡Flecha y arco contigo acabarán!

Del Túmulo o del Bosque, aquí nadie podrá
cruzar el Brandivino, en balsa o en chinchorro.»
«¡Bah, bah, mis barrigudos! ¡No os alegréis tan pronto!

»Yo os he visto cavar hoyos para esconderos
si un tejón o una cabra os miran: ¡os dan miedo
los rayos de la luna, vuestras sombras también!
¡Si os azuzo los orcos, echaréis a correr!»

«Llámalos, Tom del Bosque. Y habla hasta que te aburras.
¡Tres flechas en tu gorro! ¡Tú poco nos asustas!
¿Adonde irás ahora? Pues si buscas cerveza,
¡para tu sed las cubas de Espino son pequeñas!»

«Al Río de la Comarca, pasando el Brandivino,
mas para mi chinchorro muy rápido va el río.
A la gente pequeña que me acoja en su barca
desearé bellas tardes y risueñas mañanas.»

De rojo el Brandivino en llamas se encendía
mientras se hundía el sol, luego gris se perdía.
En la Escala de Mithe nadie fue a recibirlo.
El Pontón en silencio. Dijo Tom: «¡Bienvenido!».

Tom emprendió el camino al llegar el ocaso.
En Junquera vio luces, y una voz le echó el alto:
«¡Eh!». Pararon los poneys, resbalaron las ruedas;
de largo pasó Tom, sin mirar a la vera.

«¡Alto ahí, vagabundo que Marjala atraviesas!
¿Qué te trajo hasta aquí? ¡Gorro lleno de flechas!
¿Te han dado una advertencia, te cogieron rondando?
¡Ven aquí! ¡Dime ahora qué es lo que andas buscando!
Cerveza. Que me aspen, aunque sin blanca estás.
¡Diré que echen las trancas, ninguna encontrarás!»

«¡Vaya, Pies Embarrados! ¡Llegas tarde a la cita
allá atrás en el Mithe y hosca es la bienvenida!
Viejo y gordo no puedes andar sin resoplar,

cual saco vas en carro, ¡más amable has de estar!
¡Rico barril con patas! Te echaría ya mismo,
siendo tú el perdedor, si eligiera el mendigo.
¡Vamos, Maggot! ¡Arriba! Una jarra me debes.
¡Viejo amigo, hasta a oscuras debieras conocerme!»

Sin parar en Junquera, se fueron entre risas,
pese a que la posada a dulce malta olía.
Por la Senda de Maggot traqueteando se fueron.
Tom bailaba y saltaba en el carro, contento.
Sobre El Habar, estrellas; luz en casa de Maggot;
los sorprendió la noche, pero hay fuego esperando.

Los hijos y las hijas saludaban corteses;
para la sed, la esposa les traía picheles.
Hubo alegres canciones, cuentos, bailes y cena.
El buen Maggot brincaba con su cintura gruesa,
Tom bebía en cabriolas, y bailaban las hijas
Repique de campanas; y la esposa reía.

En paja, helecho y pluma los demás se acostaron.
Juntaron las cabezas Tom y Pies Embarrados,
cambiando junto al fuego nuevas de las Quebradas,
y de allí hasta las Torres; de marcha y cabalgata,
de cebada y collalbas, de la siembra y la siega;
chismes de Bree, la forja, el molino y la feria;
susurros de los árboles, el viento en los alerces,
en el Vado altos Guardas, y las Sombras allende.

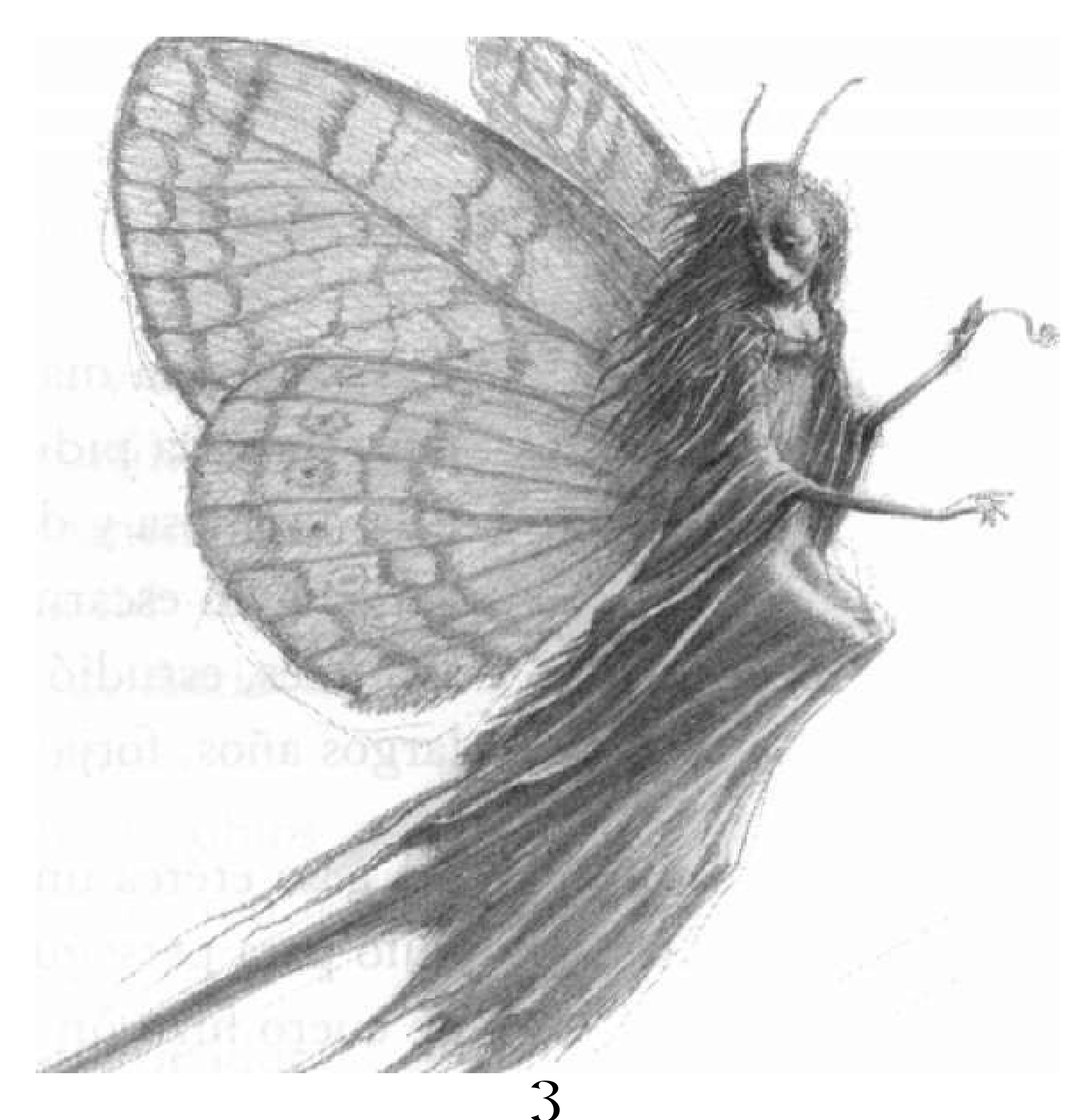
Al fin se durmió Maggot sentado junto al fuego.
Tom partió antes del alba: como entrevistos sueños,
alegres, tristes y otros de advertencia secreta.
La puerta nadie oyó, la lluvia mañanera
se llevó sus pisadas, no dejó en Mithe rastro;
nadie en Fin de la Cerca oyó cantos ni pasos.

En Grindmuro se estuvo su chinchorro tres días,
y una buena mañana fue Tornasauce arriba.
Nutrias, cuentan los hobbits, de noche lo soltaron

y pasando la presa río arriba empujaron.

El Cisne, navegando, desde Isla Elvet vino
y tirando del barco, con la cuerda en el pico,
lo arrastró con orgullo; las nutrias a su lado
en torno a las raíces del Sauce lo guiaron;
Pescador iba a proa, cantaba Reyezuela
alegre en la bancada: el bote iba de vuelta.
El mozo nutria dijo, al llegar a la cala:
«¿Qué es un pez sin aletas, o un pato sin sus patas?».
¡Ay! ¡Loco-río-sauce! ¡Se olvidaron los remos!
Y esperan en Grindmuro que Tom vuelva por ellos.





3
Errabundo

Había un viajero alegre,
un mensajero y marino:
construyó de oro una góndola
para errar a su capricho,
con naranjas amarillas
y gachas por provisión;
la perfumó con lavanda,
mejorana y cardamón.

Al viento de los cargueros
le pidió que lo llevara
por los diecisiete ríos
interpuestos en su marcha.

Desembarcó solitario
donde corre pedregoso
sobre guijarros el Derrilyn
siempre alegre y presuroso.
A la Tierra de la Sombra
llegó, cruzando los prados,
bajo y sobre las colinas
y por caminos cansados.

Se sentó, y entonó un canto,
demorado en su misión;
y al ver a una mariposa
por esposa la pidió.
Ella, hermosa y despreciándolo,
le devolvió escarnio y burla;
así, pues, estudió hechizos
largos años, forja y runas.

De gasa etérea una trampa
tejió para perseguirla,
de cuero hizo un ala,
y otra con plumón de golondrina.
Y perpleja la atrapó
con hilos de telaraña;
le construyó pabellones
de lirios, y en ellos camas
de flores y de vilanos
para que allí se tendiera;
la vistió con luz de plata
y con fina y blanca seda.

Con gemas formó collares,
pero ella las derrochó
y dio en disputas amargas;
triste, entonces, se alejó
y la dejó marchitándose
mientras trémulo partía,
seguido de un huracán,
con alas de golondrina.

Y pasó los archipiélagos
donde hay montes de oro mágico,
caléndulas, e incontables
fuentes de brillos plateados.
Se entregó a pillaje y guerra,
corsario en costas perdidas,
por Belmaría campeó,
Thelamía y Fantasía.

Se forjó morrión y escudo
de coral y de marfil,
una espada de esmeralda,
y terrible fue su lid
contra los elfos de Aerie
y Faerie, caballeros
de ojos brillantes y rubios
que a desafiarle vinieron.

De cristal fue su armadura,
de calcedonia la vaina;
y en plenilunio, con ébano
y plata talló su lanza.
Venablos de malaquita
y estalactita blandió,
y fue y venció en Paraíso
a muchas moscas-dragón.

Combatió a los Avispones,
Abejas y Zumbacuernos,
y ganó el Panal Dorado;
y ya a su casa volviendo
en barco de gasa y hojas,
de capullos la techumbre,
se sentó y cantó; y bruñó
sus armas con nuevo lustre.

Se demoró por un tiempo
en los islotes perdidos:

y no hallando más que hierba
tomó el único camino,
y volvió, y llegando a casa
con el panal, ¡le vinieron
misión y mensaje a mientes!
En gestas y en sortilegios
ya los había olvidado,
en viaje y torneo, errante.
Ha, pues, de partir de nuevo
y reconstruir su nave,
un mensajero por siempre,
un pasajero cansino,
arrastrado por el viento,
como una pluma: un marino.





4
La princesa Mee

Era Mee, la Princesa,
adorable y pequeña;
así lo cantaban los elfos.
Su cabello adornaba
con perlas engarzadas;
de oro y fina seda, un pañuelo
lucía en la cabeza;
y una trenza de estrellas
plateadas su cuello envolvía.
Ligeras telarañas
formaban una capa que en luz de luna refulgía,
y ceñía su talle
con gotas de diamante como bañadas en rocío.



De día caminaba
envuelta en su gris capa
con capucha de azul sombrío;
mas de noche lucía
brillante y cristalina
bajo la bóveda de estrellas:
su calzado era tenue
como malla de peces
cuando pasaba entre centellas
a bailar a su lago,
y a su reflejo helado
de aguas quietas iba a jugar.
Cual luminosa niebla
volando y dando vueltas,
destellaba, como el cristal,
donde sus pies de plata
fugazmente rozaban,
ágiles, la pista de baile.

Miró arriba, hacia lo alto,
al cielo despejado
y a la oscura costa delante;
y girando de pronto
y bajando los ojos,
vio que iba a su par, allá abajo

una Princesa Shee
tan bella como Mee
¡y las dos, pie con pie, danzando!

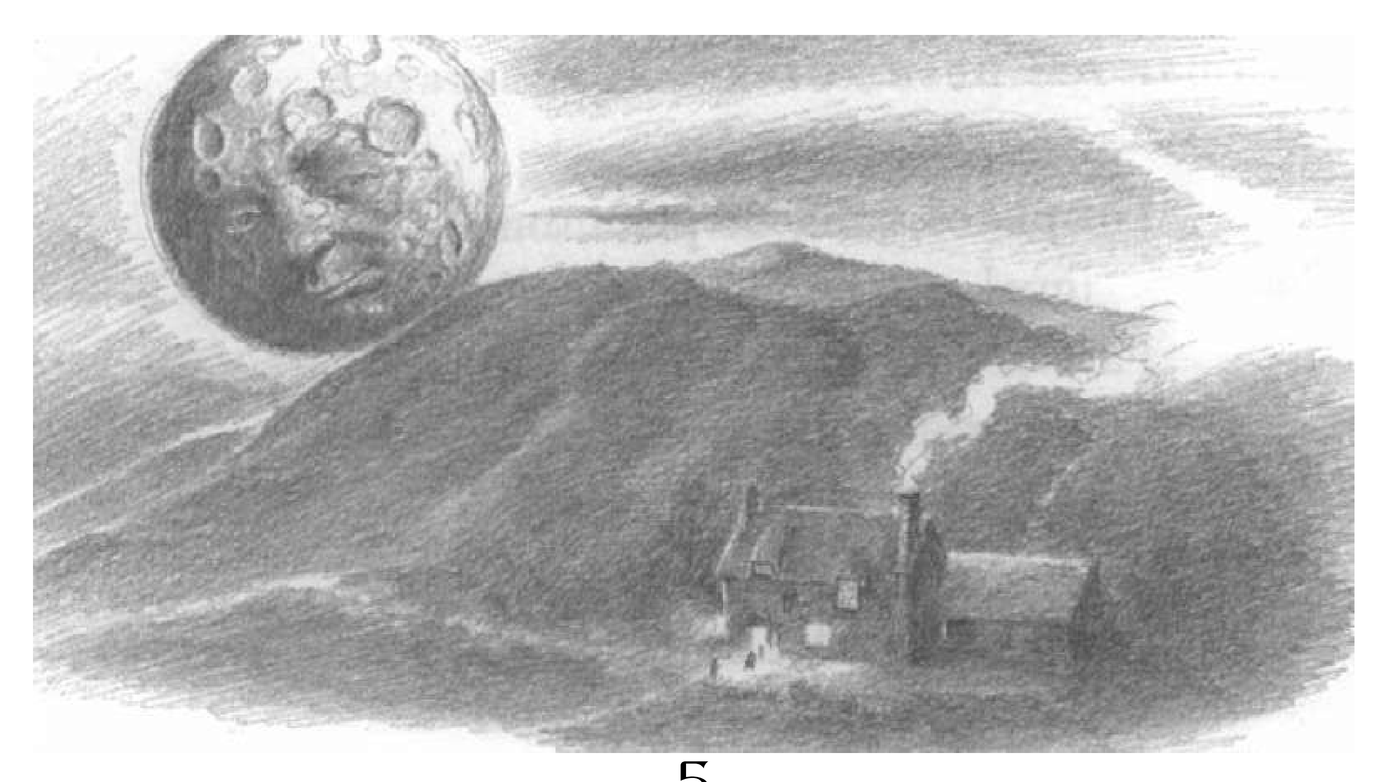
Era Shee tan liviana
como Mee, iluminada;
pero, ¡qué extraño!, estaba Shee
puesta al revés, inversa,
coronada de estrellas
en un hondo pozo sin fin.
Su brillante mirada
inmóvil contemplaba
los ojos de Mee con sorpresa,
¡era algo extraordinario,
andar cabeza abajo
moviéndose en un mar de estrellas!



Sus pies, únicamente,
se encontraban a veces;
pues dónde estarán los senderos
que llevan al lugar
donde de pie no están,
sino del revés, en el cielo,
nadie puede decirlo,
ni aprenderlo de hechizos
que los elfos puedan lanzar.

Así pues todavía
como entonces, hoy día,
una elfa baila en soledad;
perlas en el cabello,
y con su talle esbelto,

con sus zapatos tenues,
como malla de peces, Mee:
¡como malla de peces,
con sus zapatos tenues,
y con su talle esbelto,
perlas en el cabello, Shee!



5
El hombre de la luna se acostó tarde

Existe un bar, un viejo bar
detrás de un altozano,
donde hay cerveza tan oscura
que un día el Hombre de la Luna
bajó a tomar un trago.

Allí hay un gato borrachín
que en el violín es ducho.
Y su arco sube, y baja, y va
gimiendo aquí, siseando allá,
chirriando cual serrucho.

El posadero tiene un perro
amigo de las bromas.
Si cuenta un chiste algún cliente
alza la oreja y ríe fuerte
y a veces se sofoca.

Y tiene una vaca con cuernos
altiva cual princesa,
que con la música enloquece,

agita el rabo y se estremece,
mientras baila en la hierba.

Los platos, ¡oh!, de plata son,
igual que las cucharas.
Para el domingo, un juego fino
Ja víspera, con todo mimo,
se limpia y abrillanta.

Bebía el Hombre de la Luna,
y ya maullaba el gato.
El perro el rabo se cazaba,
la vaca, loca, y la cuchara
danzaba con el plato.

El Hombre un trago más tomó,
rodando de la silla.
Durmió, y soñaba con cerveza.
Palidecieron las estrellas,
el alba aparecía.

Le dijo al gato el postillón:
«Relinchan muy ansiosos
los blancos potros de la Luna,
pues su amo ronca sin premura
y el Sol saldrá bien pronto».



El gato, entonces, comenzó
su música estridente,
chirriando y serruchando aprisa.

El dueño al Hombre sacudía:
«¡Ya son las tres y veinte!».

Llevaron al Hombre a la Luna,
subiendo la lomada.
Detrás, los potros galopando;
la vaca iba saltando; un plato
huyó con la cuchara.

Pero el violín tocó más rápido,
rugía el perro, andaban
vaca y potros patas arriba,
y del lecho todos salían
a bailar a la sala.

¡Saltó la cuerda del violín!
Reía el perro; un brinco
sobre la Luna dio la vaca;
con el plato huyó la cuchara
de plata del domingo.



Así la Luna al fin partió
y el Sol se alzó en el cielo.
Mas ¡qué sorpresa se llevó,
pues todos al salir el Sol
a la cama se fueron!





6

El hombre de la luna descendió con premura

El Hombre de la Luna ornaba su cintura
con una guirnalda de perlas;
de ópalos coronado y de plata calzado,
con barbas de plateadas hebras,
recorrió cierto día suelos que relucían,
vestido con un manto gris,

y con llave de vidrio, en secreto sigilo,
abrió una puerta de marfil.

Descendió con presteza su brillante escalera
de cabello y de filigrana,
y se sintió feliz de verse libre al fin
en una aventura alocada.
Ya se sentía hastiado de sus diamantes blancos
y lo aburría su alminar,
con sus altas murallas de piedra solitaria
en la cordillera lunar.

Afrontaría riesgos para adornar su atuendo
con rubíes y con berilos
y jóvenes diademas de relucientes gemas,
de esmeraldas y de zafiros.
Se sentía muy solo, mirando el mundo de oro
que, alegre, a lo lejos rodaba,
y escuchando el murmullo que subía confuso
dejaba que el tiempo pasara.

Cuando en el plenilunio de argén era su mundo
su corazón ansiaba el Fuego:
no luces blanquecinas de tristes selenitas;
porque bermejo era su sueño,
era carmín, rosado, era rojo abrasado
llamaradas de ardientes lenguas,
era un cielo escarlata, al alba renovada
de un joven día de tormenta.

De azul tendría mares, vivas tonalidades
de pantanos y verdes bosques;
la alegría añoraba de la tierra poblada,
la roja sangre de los hombres.
Codiciaba el cantar, la risa sin final,
buen vino y caliente comida,
no más tortas de perlas o de nieve ligera,
ni luz de luna por bebida.

Sus pies repiqueteaban, pues con carne soñaba,
con pimienta, y cubas de ponche;
tropezó de repente en la escala pendiente
y antes de Yule, en una noche,
meteoro veloz, dando tumbos cayó,
como estrella fugaz en vuelo,
a un baño en la Bahía de Bel, ventosa y fría,
desde un escalón del sendero.

Empezaba a pensar, temiendo su final,
qué cráteres podía hacer,
cuando unos pescadores lo encontraron a flote
y, estupefactos, en su red
como pez lo atraparon, reluciente y mojado
en un brillo fosforescente
de tonos blanquiazules con opalinas luces
de delicado y puro verde.

Contra su voluntad, cual pesca matinal
lo enviaron, de regreso, a tierra:
«Mejor que busques cama, podrás hallar posada»,
dijeron; «el pueblo está cerca».
Solamente el repique de una campana triste,
alta en la Atalaya Marina,
cantó las novedades de aquel luneado viaje
en horas tan intempestivas.

No tuvo desayuno, tampoco fuego alguno,
y el alba era húmeda y helada.
Cenizas por hogueras, fango en lugar de hierba,
y por sol, una humeante lámpara
en una oscura calle. No pudo hallar a nadie,
ninguna voz se alzaba en canto;
oía los ronquidos de los hombres dormidos
que aún soñarían un rato.

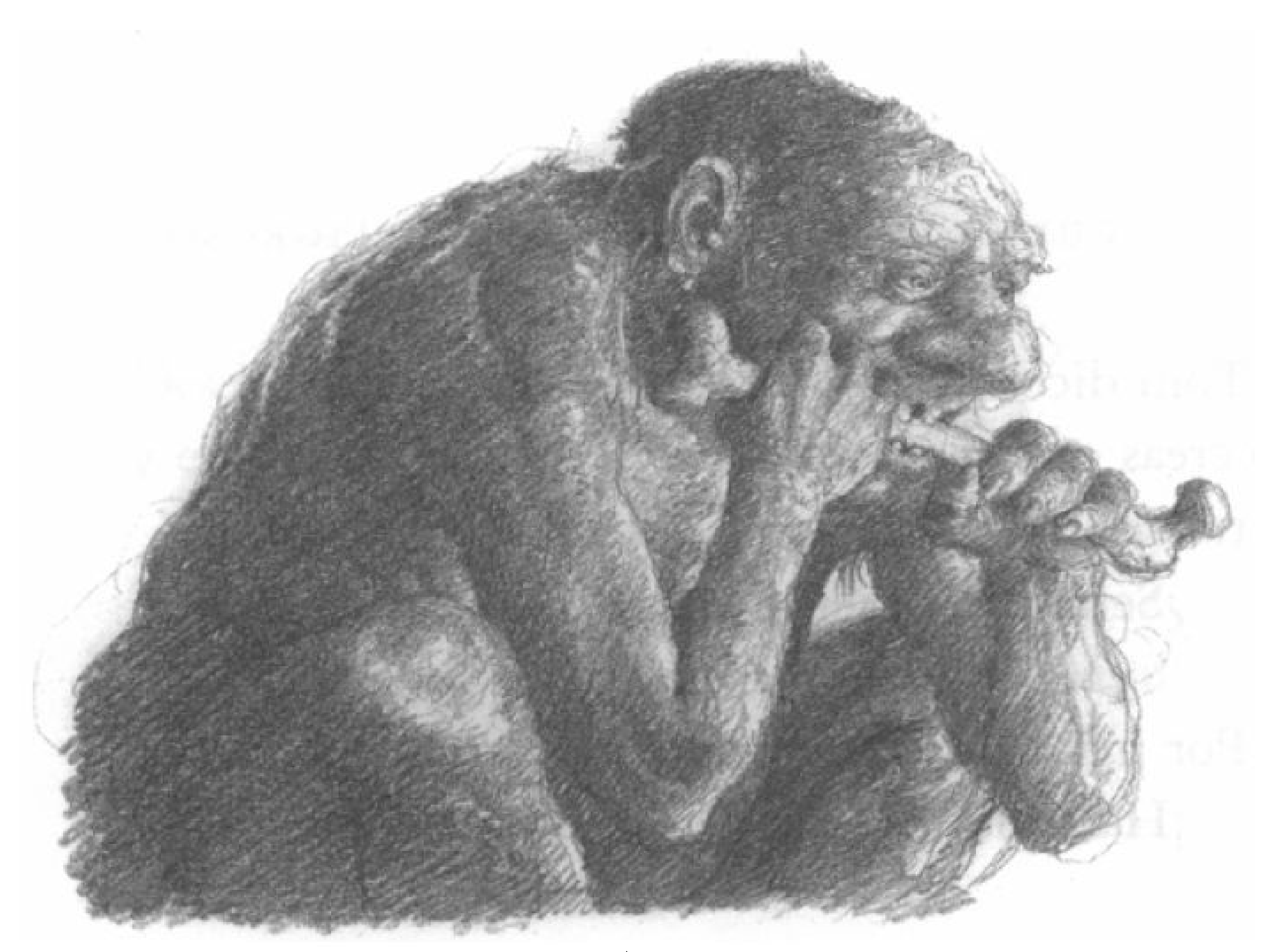
Golpeó, mientras andaba, puertas acerrojadas,
dando en vano voces y gritos,
hasta hallar un mesón con luz en su interior,

y golpeteó sobre los vidrios.
«Dime, ¿qué es lo que quieres?», preguntó torvamente
un cocinero adormilado.
«¡Cantos antiguos quiero, y también oro, fuego
y vino rojo sin descanso!»

«De eso aquí no hallarás, pero puedes entrar»,
dijo el cocinero ladino.
«Estoy falto de plata, seda quiere mi espalda;
tal vez así te dé cobijo.»
Un plateado regalo para abrir el candado,
una perla por pasar dentro;
por un sitio caliente junto al hogar ardiente
pagó con otros veinte obsequios.

A pesar de hambre y sed nada pudo comer
sin dar antes corona y capa;
pero no obtuvo más que una sopa glacial
dos días atrás preparada:
cuchara de madera; por plato, una cazuela
de barro, quebrada y negruzca.
Para el budín de Yule con pasas, el gandul,
llegó con sobrada premura:
huésped desprevenido, de lunático sino
desde los Montes de la Luna.





7

El troll de piedra

El Troll solitario en su piedra sentado
un hueso mascaba amarillo y pelado.
Llevaba ya tiempo mondando y puliendo
pues no había alimento que dar al colmillo.
¡Y dale al colmillo! ¡Sacándole brillo!
Vivía en un cerro en su cueva apartado
y no hallaba carne que dar al colmillo.

Y allí que llegaba Tom con sus botazas
y al Troll preguntaba: «¿Qué es eso que mascas?
Parece la tibia de mi tío Timba
que aún debería seguir en su tumba.
¡Tumbada en su tumba! ¡Tumba catacumba!
Son ya muchos años que Tim nos dejara;
pensé que estaría tranquilo en su tumba».

El Troll dijo: «Bueno; yo robé ese hueso,
mas ¿qué hacen los huesos en un agujero?
Ya estaba tu tío bien muerto y bien frío
antes que conmigo su tibia topara.
¡Tibita de su pata! ¡Tan fría matraca!
Puede compartirla con este Troll viejo
pues a él ya no le hace ni pizca de falta».

Y Tom dice: «Escucha, te daré una tunda,
no creas que vas a salir con la tuya,
robando a mi gente huesos de un pariente.
¿Serás tan decente de darme ese hueso?
¡Me das ese hueso! ¡Hueso patitieso!
Por más que esté muerto es aún cosa suya.
¡Haz pues el favor de pasarme ese hueso!».

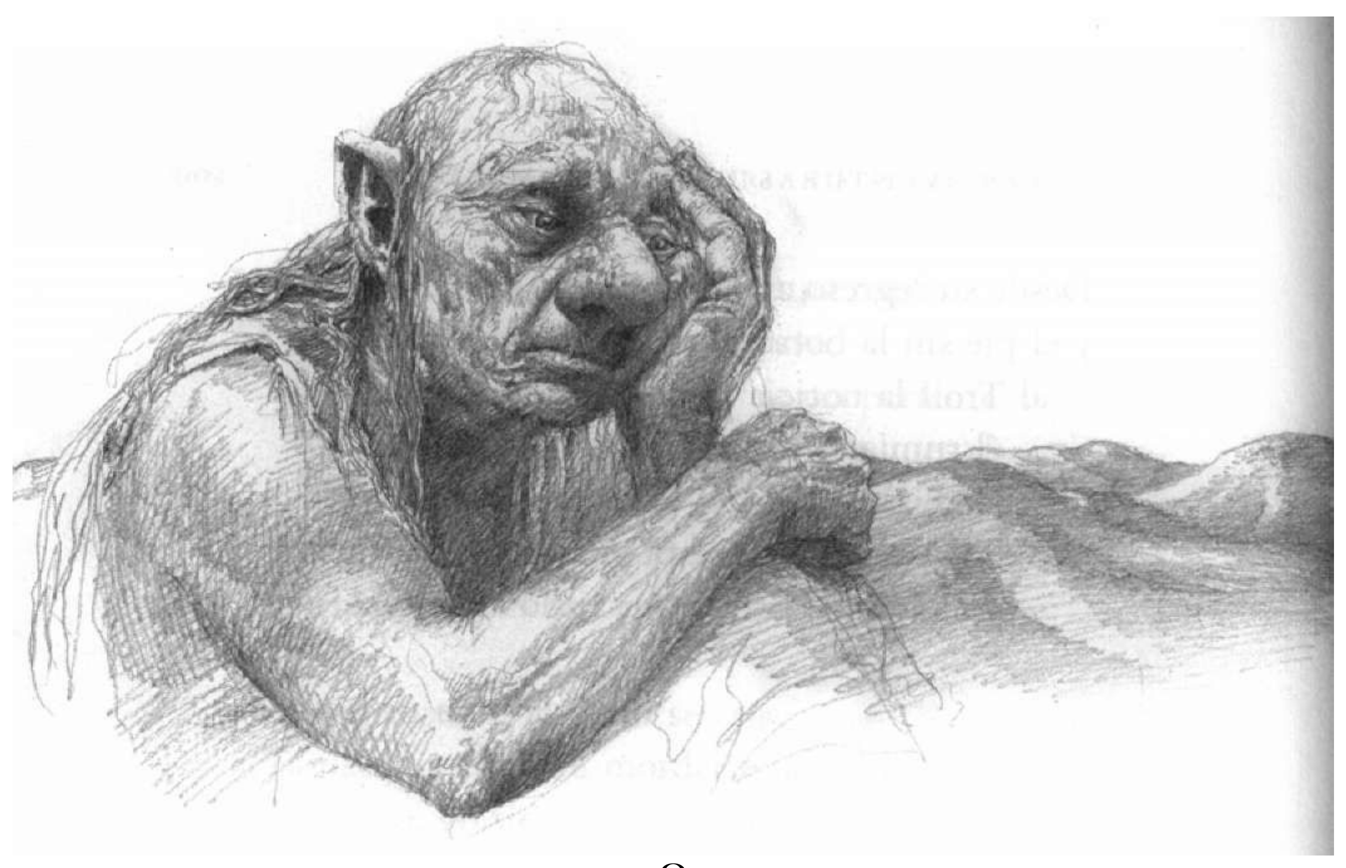
«Tu tío, tu tía», el Troll se reía.
«¡También a ti voy a morderte las tibias!
Tu carne grasienta de perlas me sienta
y tanto me tientas que el diente te hinco.
¡El diente te hinco! ¡De un brinco te trinco!
Estoy ya cansado de pieles y tibias,
está decidido: ¡los dientes te hinco!»

Mas cuando juzgaba su cena ganada
se halló con las manos cogiendo la nada.
El Troll no discurre y Tom se le escurre
mientras se le ocurre patearlo y que aprenda.
«¡Le doy, y que aprenda! ¡Preparen la venda!
En las posaderas certera patada
hará que por siempre la lección aprenda.»

Pero son bien recios, cual piedra, los huesos
y carnes de un Troll que usa rocas de asiento.
¡Sería igual fiasco patear un peñasco!
Las nalgas (¡qué chasco!) del Troll nada sienten.
¡Las nalgas no sienten! ¡Los cuentos no mienten!
El Troll ríe oyendo de Tom los lamentos
pues (bien se da cuenta) sus dedos sí sienten...

Desde su regreso anda Tom algo cojo,
y el pie sin la bota le causa aún enojo;
al Troll la noticia ni aflige ni alivia,
él rumia la tibia que birló al finado.
¡Finado pelado! ¡Timba deshuesado!
Su viejo trasero ni se puso rojo,
y él rumia la tibia que birló al finado.





8
Perry Guiños

Sentado en una peña, el Troll
alza triste cantar:
«¿Por qué, por qué he de vivir yo
tan solo en Más Allá?
Ha tiempo que partió mi pueblo
y ya no piensa en mi;
entre la Cima de los Vientos
y el Mar, quedé yo aquí.

»No soy ladrón ni borrachín
ni carnes como yo;
mas todos cierran al oír
mis pasos con terror.
¡Ay, si tuviera lindos pies
y manos que enseñar!
Mi corazón derrama miel,
¡mis guisos no están mal!

»¡No quiero que esto siga así,
un amigo hallaré!

Pisando suave, hasta el confín
de la Comarca iré».
La noche entera caminó
con sus botas de cuero;
Cavada al alba divisó,
y ya estaban despiertos.

Echó un vistazo, y vio ¿a quién
sino a la vieja Banz
con su sombrilla y cesta?, y él
sonrióle muy cordial. «
¡Buen día y noche tenga usted!
¿Cómo va su salud?»
Ella todo dejó caer
y huyó gritando: «¡Uhh!».

Pot el Alcalde estaba allí
y oyó la horrible voz;
se puso rosa y carmesí
y bajo tierra huyó.
Herido el Troll en su bondad
«¡No huyáis!», les suplicó;
mas se escondió la vieja Banz
debajo del colchón.

El Troll hasta el mercado fue
y recorrió los puestos;
salta la oveja que lo ve
y el ganso escapa al vuelo.
Se atragantó el Granjero Hogg,
Bill le arrojó el cuchillo,
Garra el perro la vuelta dio
rogando escapar vivo.

Sentóse el Troll triste a llorar
delante de las Celdas.

A Perry Guiños vio llegar,
que le dio una colleja.
«¿Cómo es que lloras, grandullón?
¡Ven afuera en seguida!»
Rió al pegarle un empujón
y al ver que sonreía.

«¡Oh, Perry Guiños», gritó el Troll,
«vamos a ser amigos!
¿Aceptarás mi invitación?
¿Tomarás té conmigo?».
Saltando, Perry se agarró
de su ancha espalda: «¡Venga!».
Y en las rodillas del buen Troll
tuvo esa noche cena.

Manteca, crema y confitura,
bizcochos y tostadas;
comió el Guiños hasta la hartura,
¡los botones saltaban!
Ya la marmita en el fogón
cantaba al calentarse,
un mar de té se le sirvió
y tomó hasta anegarse.

Tirantes ya chaqueta y piel
descansaba en silencio
y dijo el Troll: «Te enseñaré
el arte confitero,
a hacer crocante y dulce pan
y dorados tortones
y luego en cama dormirás
y almohada de plumones».

«Joven Guiños, ¿dónde has estado?»
«Me fui a tomar el té,
y comí tanto pan tostado
que casi reventaré.»

«¿Mas dónde en la Comarca, amigo,
o fue tal vez en Bree?»
Repuso envanecido el Guiños:
«No os lo voy a decir».

«Yo sé», dijo Curioso Jack.
«Lo vi cuando partió
a los montes de Más Allá
en el hombro del Troll.»
Y todos en un tris partieron
en carro, poney o asno
a las colinas; pronto vieron
la chimenea humeando.

Y comenzaron a llamar:
«¡Troll, un pastel hornea,
para nosotros, dos o más!
¡Hornea, Troll, hornea!».
«¡Marchad a casa!», dijo el Troll.
«Jamás os invité.
Sólo en jueves cocino yo
y para dos o tres.

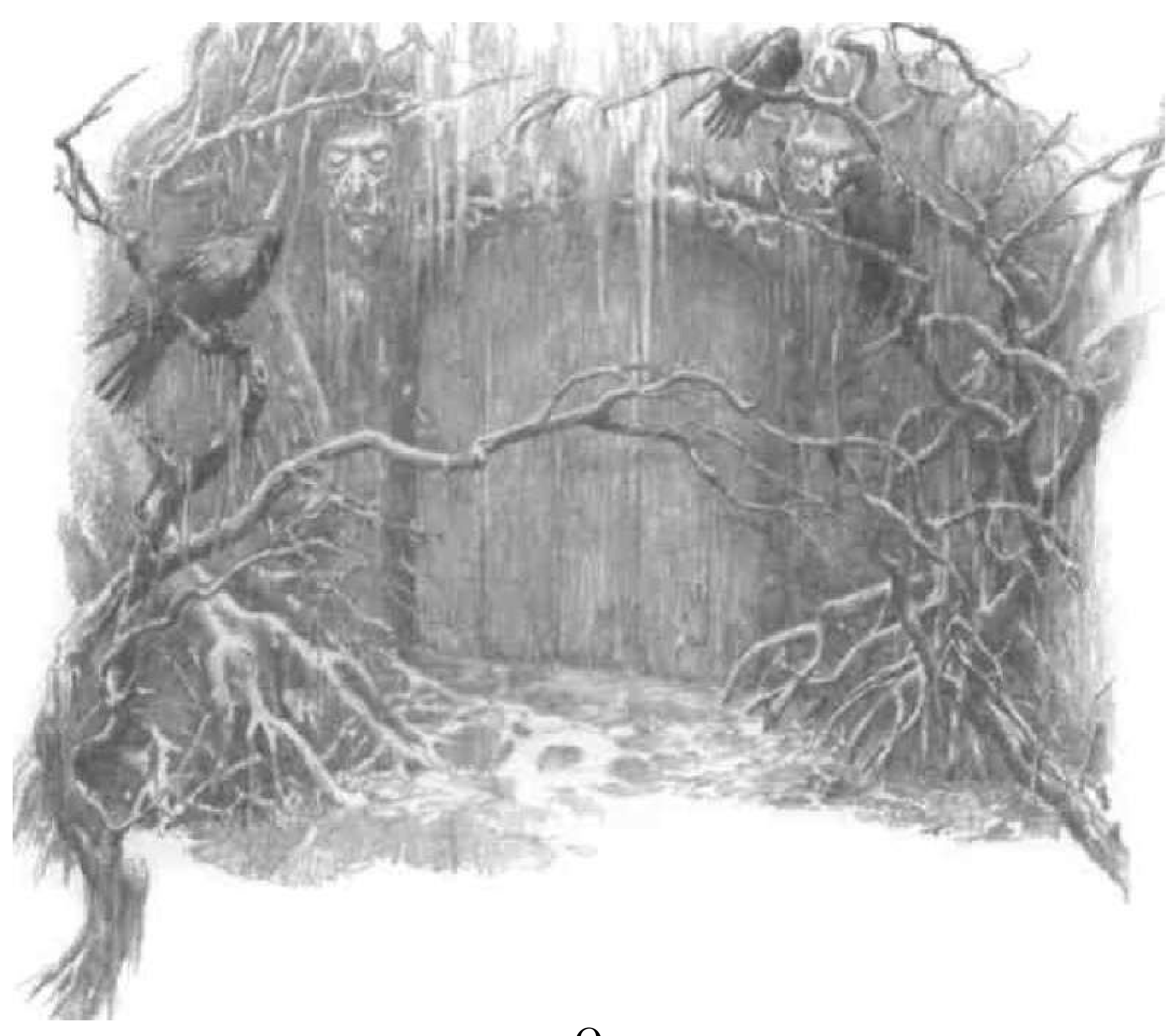
»¡Marchad! Mi casa es muy pequeña,
debe haber un error,
y no hay pasteles, torta o crema,
¡Perry se los comió!
Tú Jack, y Hogg, y Pot y Banz,
mas ya no os quiero ver.
Sólo Guiños puede pasar:
¡fuera de aquí el tropel!»

Ahora bien, con tanto pan
Guiños mucho engordaba
y ni la ropa le iba ya
ni el sombrero le entraba;
pues los jueves, en la cocina
tomaba Perry el té,
y el Troll más chico

parecía según crecía aquél.

Llegó a ser Perry un confitero
sin par, dice el cantar.
Sus tortas muy famosas fueron
desde Bree hasta la Mar.
Mas nunca hubo pan tan crujiente
ni una crema batida
cual la que el troll todos los jueves
con el té le servía.





9
Maulladores

Los Maulladores viven en sus sombras
como tinta, húmedas y negras,
y lenta y suave su campana toca
cuando te devora la ciénaga.

La ciénaga te traga, si te atreves
a golpear, llamando a su puerta,
mientras miran las gárgolas, sonrientes,
y derraman aguas infectas.

Junto al podrido pantanal lodoso
lloran los sauces encorvados

y los cuervos se yerguen tenebrosos,
y en sus sueños siguen graznando.

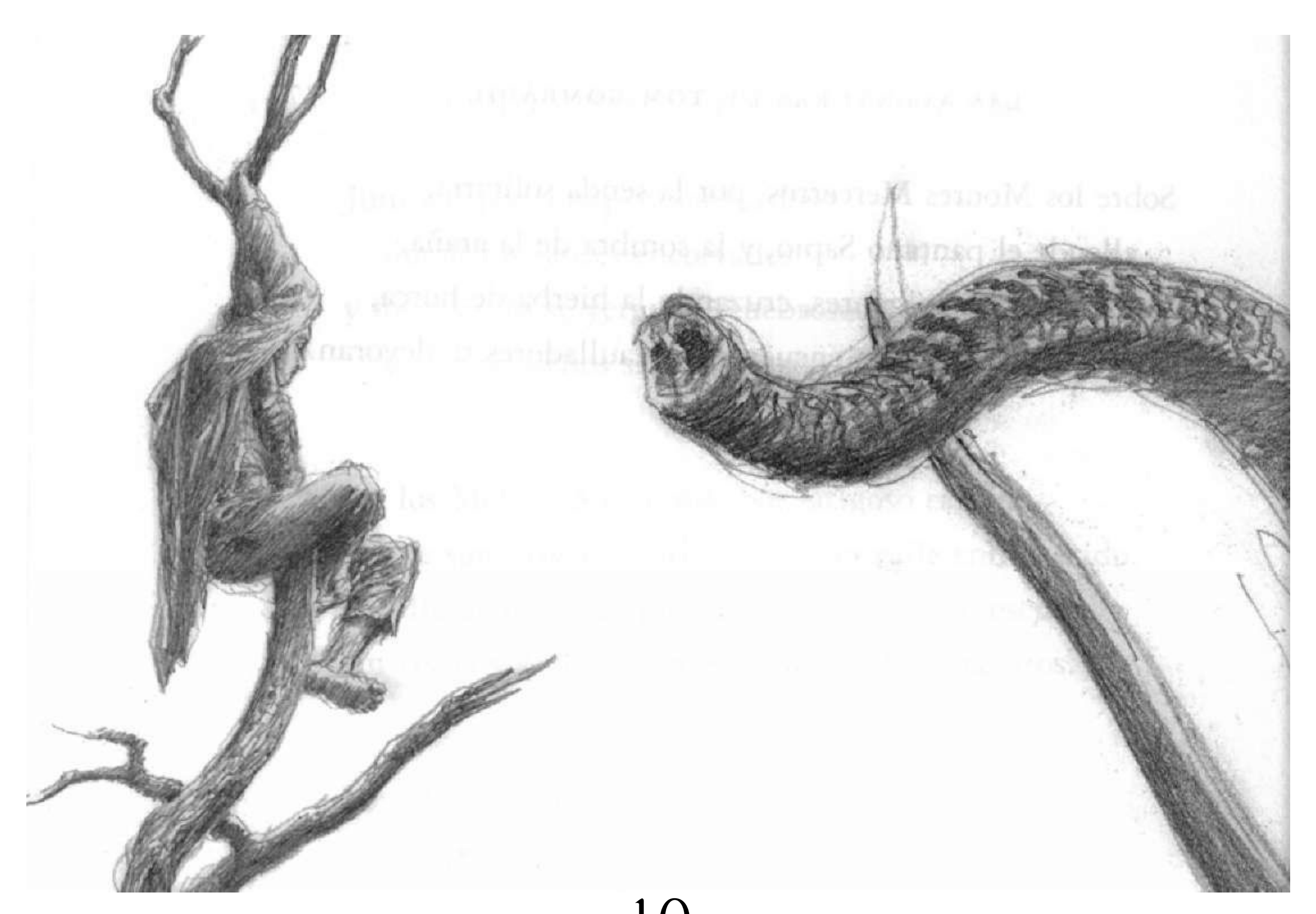
Sobre los Montes Mercerros, por fatigoso camino,
donde son grises los árboles, en un valle enmohecido,
a la orilla de un estanque sin viento y marea, oscuro,
sin ver el sol ni la luna, hay Maulladores ocultos.

Los Maulladores moran en sus sótanos
húmedos, fríos y profundos,
y encerrados en ellos, cuentan oro
con sólo un candil moribundo.

Mojada la pared, gotea el techo;
por sobre el suelo, sus pisadas
van suavemente, con un chapoteo,
furtivamente hacia la entrada.

Espían con malicia; van buscando
un hueco sus sensibles dedos,
y cuando han terminado, con un saco
se llevan y guardan tus huesos.

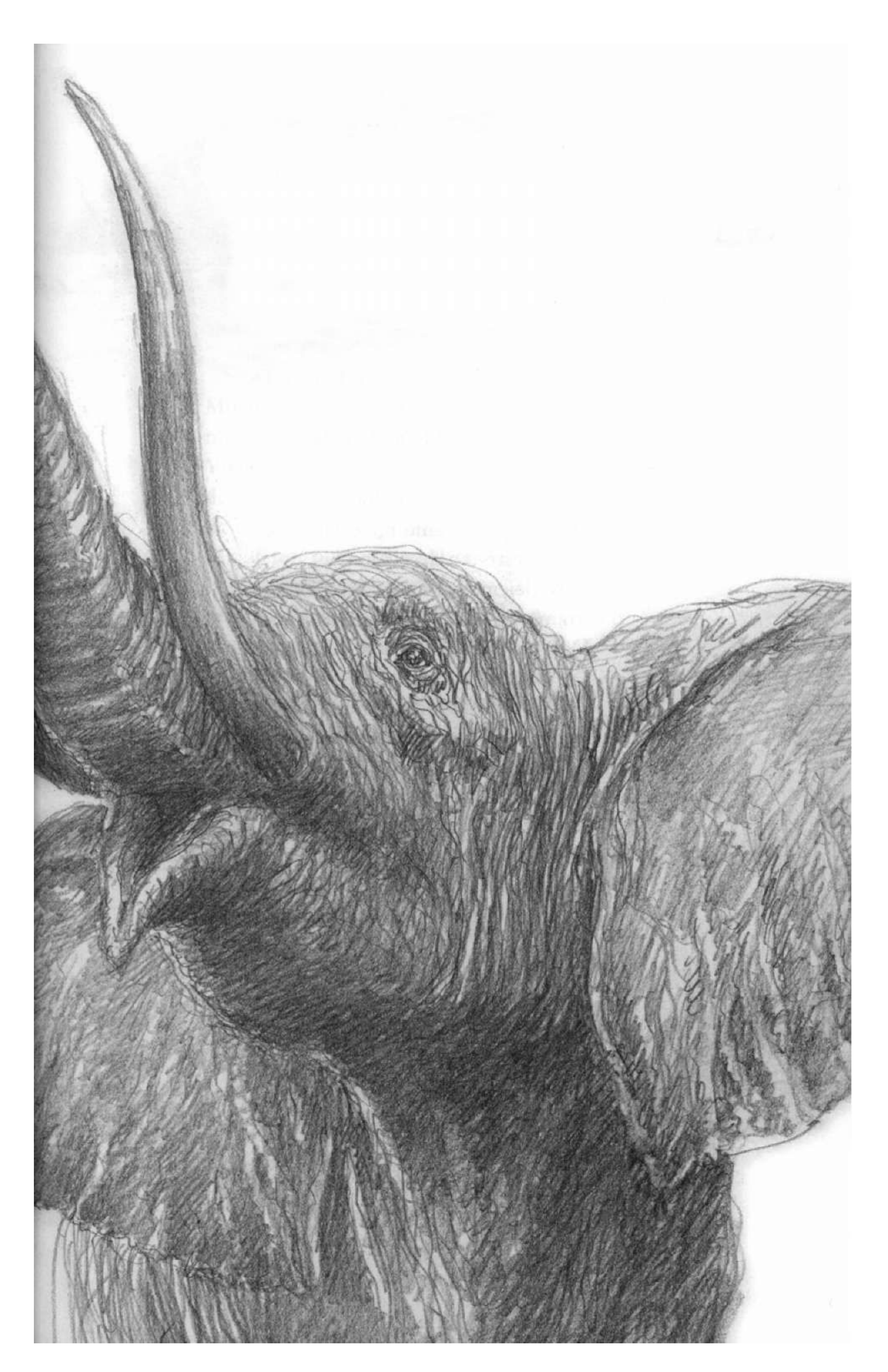
Sobre los Montes Mercerros, por la senda solitaria,
allende el pantano Sapio, y la sombra de la araña,
por los árboles colgantes, cruzando la hierba de horca,
con Maulladores te encuentras, Maulladores te devoran.

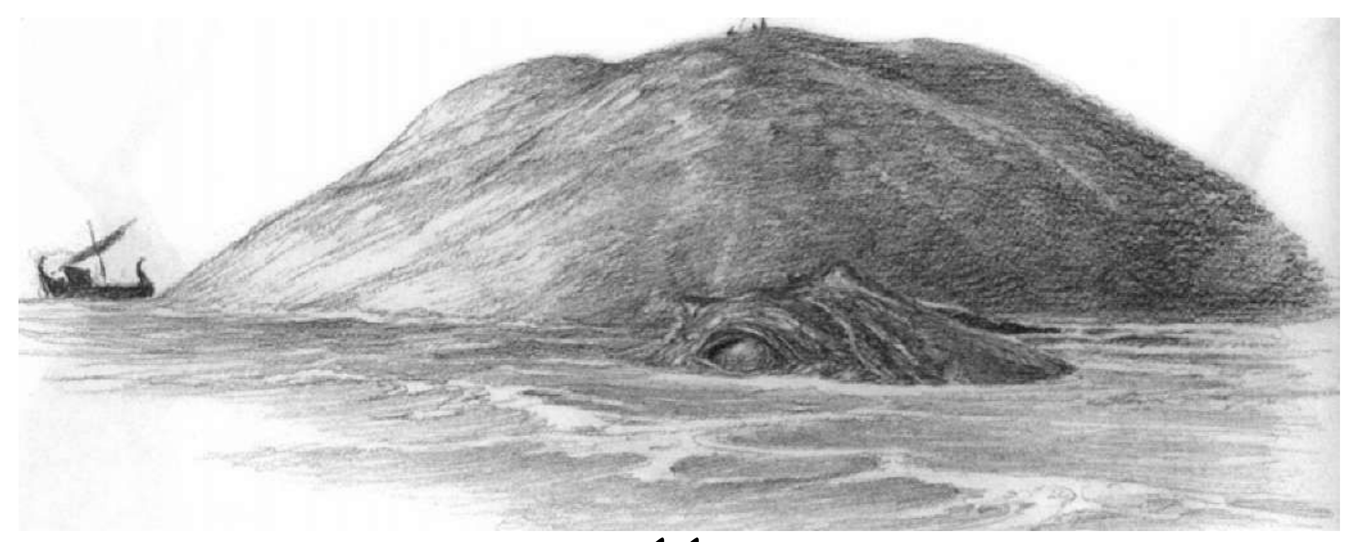


10
Olifante

Tan gris como un ratón,
enorme cual mansión,
la nariz de culebra,
mi pie la tierra quiebra.
Si avanzo por el pasto,
los árboles aplasto.
Con cuernos por caninos
por sureños caminos
llevo mis orejotas.
Desde épocas remotas
yo camino sin rumbo
pero nunca me tumbo,
ni aun agonizante.
Yo soy el Olifante,
y entre todos resalto,
tan grande, viejo y alto.
Si logras encontrarme,

no podrás olvidarme.
Y aunque si no me has visto
no admitirás que existo,
soy el viejo Olifante:
la verdad ambulante.





11
Fastitocalón

¡Mirad, ahí está Fastitocalón!
Un islote, bueno como malecón,
aunque esté tan desolado.
¡Vamos, dejemos el mar! ¡Y bailemos,
o corramos, o al tibio sol descansemos!
¡Ved, gaviotas allí se han posado!
Mas... ¡cuidado!
Ellas no se hunden en el mar.
Pueden posarse, pavonearse por el lugar:
pues tienen la misión de alertar,
por si alguien fuese tan osado
de atracar en esa tierra marchita,
aunque fuese tan sólo un momento,
a descansar de la humedad y el movimiento,
o a poner al fuego una marmita.

¡Ah! Inconscientes que sobre EL amarráis
y pequeñas hogueras aviváis,
¡y el té pretendéis preparar!
Puede que Su caparazón sea grueso,
y parece dormir; mas EL es avieso
y ahora flota en el mar maliciosamente;
y cuando EL oye los pies de un marino,
o percibe el tenue calor repentino,
sonriente,

desciende al fondo,
y dándose la vuelta con rapidez
los vuelca, y se ahogan por su estupidez,
perdiendo la vida en lo más hondo,
a causa de su inocencia.

¡Tened prudencia!
Muchos monstruos hay en el mar profundo,
mas ninguno es como EL, tan tremebundo,
Viejo Fastitocalón, por cuerno protegido,
de cuya especie los demás se han ido,
de los Peces-tortuga el más viejo.
Si quieres, pues, salvar el pellejo,
escucha mi advertencia:
presta atención a las leyendas del mar,
¡siempre costas conocidas procura pisar!
O, con solaz, tus días termina en la Tierra Media
¡sin tragedia
y en paz!



12
Gato

El gato, ante su plato, hace rato
que sueña: al parecer,
devora en leche y en escabeche
ratones a placer;
mas es posible que, tigre libre,
vaya vagando, cuando,
erguido y furtivo, oye un rugido:
van riñendo y bramando
sus enjutos y ajados congéneres,
guardando en su guarida
del Este, para fiesta de bestias,
gente gorda y mullida.

El enorme león grandullón, cimitarra afilada
en la garra, y sangrientos e hirientes
dientes en la quijada;
el leopardo pardo, aquel que apresa
por sorpresa, veloz,
cayendo en vuelo del cielo al suelo,
fugaz, voraz, feroz,
allí junto al gemir de la jungla
—ahora juegan lejos,

fieros animalejos,
y él, manso y sin reflejos:
el gato, ante su plato, hace rato
que vive holgada vida.
Pero jamás olvida.





13
La novia-sombra

Vivió una vez un hombre aquí

que al correr de las horas,
inmóvil como piedra gris,
jamás echaba sombra.
Búuhos hallaron nido en él
bajo lunas de invierno;
bajo estrellas de junio, a aquél
por muerto lo tuvieron.

Llegó una dama envuelta en gris
en el ocaso incierto:
fulgió por un instante allí,
trenzado en flor, su pelo.
Libre de encanto al fin brotó
despierto de la roca:
en carne y hueso la abrazó
fundiéndose en su sombra.

Ella no ha vuelto a caminar
bajo estrellas o soles:
habita la profundidad
donde no hay día o noche.
Mas sólo un día al año, aquel
en que lo oculto brota,
danzan hasta el amanecer:
la misma sombra arrojan.





14
El tesoro

Cuando era la luna nueva, y el sol joven,
de su plata y oro cantaban los dioses:
en la hierba verde derramaban plata,
y las blancas aguas con oro llenaban.
El Infierno aún no se había abierto,
dragones y enanos no estaban despiertos;
los Elfos de antaño sus fuertes hechizos
bajo verdes montes y en valles vacíos
cantaron; e hicieron hermosos objetos,
brillantes coronas para Reyes Elfos.
Mas su hado cayó, se apagó su canto,
por acero herido, por hierro apresado.
Codicia sin música, sin risa en el rostro,
en grutas oscuras guardó su tesoro,
la plata esculpida y el oro grabado:
en el hogar élfico las sombras reinaron.

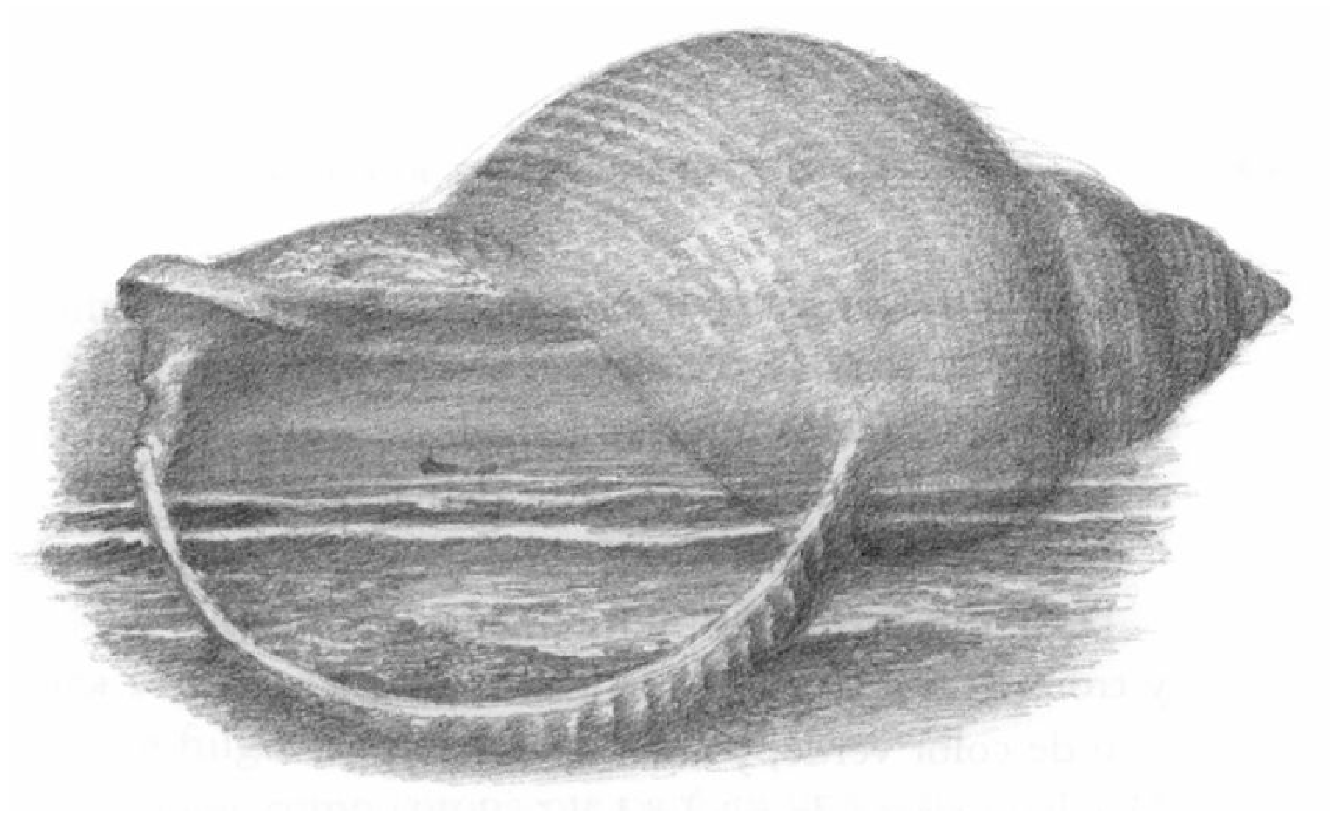
En su oscura cueva un enano viejo
labraba oro y plata con hábiles dedos;
usaba su yunque, tenaza y martillo
hasta desangrarse los viejos nudillos.
Hacía monedas, y anillos forjaba:
el poder de reyes en sueños compraba.
Se nubló su vista, se arruinó su oído
y su viejo cráneo se volvió amarillo;
dejaban caer sus manos nudosas
con pálido brillo las piedras preciosas.
No oyó las pisadas ni sintió el temblor
al saciar su sed el joven dragón;
humeó la corriente en su oscura puerta,
siseaban las llamas en la húmeda tierra.
La muerte encontró entre rojos fuegos,
y el fango caliente deshizo sus huesos.

Bajo grises rocas un viejo dragón
cerraba los ojos solo y sin temor.
Sin gozo vivía, la edad le pesaba;
sus miembros curvados, la piel arrugada
por el largo tiempo del tesoro esclavo;
su corazón era un horno apagado.
Con gemas cubría su vientre viscoso,
oliendo y lamiendo la plata y el oro:
sabía el lugar de cada moneda
bajo el manto oscuro de sus alas negras.
Sobre el duro lecho soñó con ladrones,
y que devoraba su carne a jirones:
bebía su sangre, quebraba sus huesos;
bajó las orejas, y calmó su aliento.
La cota de malla no oyó tintinear:
perturbó una voz su profundo hogar.
Por aquel tesoro un joven guerrero
venía a retarlo con brillante acero.
Su piel y sus dientes eran cuerno y dagas;
pero venció el hierro y murió su llama.

Sobre un alto trono un viejo monarca
veía crecer sus barbas nevadas;
ya no saboreaba carne ni bebida,
ni oía canciones; tan sólo podía
pensar en su cofre de tapa labrada,
que pálidas gemas y el oro guardaba,
secretos tesoros en oscuro suelo;
sus puertas estaban selladas con hierro.
Se habían mellado sus nobles espadas;
su reino era injusto, su gloria menguada,
sus salas desiertas y sus parques gélidos;
pero él era rey de aquel oro élfico.
No escuchó los cuernos cruzar las montañas,
tampoco olió sangre en la hierba hollada:
ardió su palacio, quemaron su reino
y a una helada fosa echaron sus huesos.

Bajo oscura roca un viejo tesoro
olvidado yace tras puerta y cerrojo.
El torvo portal nadie cruzar puede.
En la tumba fría crece hierba verde;
pacen allí ovejas y vuelan alondras,
y una suave brisa sopla de la costa.
Al viejo tesoro la noche lo encierra,
mientras duerme el Elfo y espera la tierra.





15
La campana de mar

Yo paseaba junto al mar, y me vino a encontrar,
como luz de estrellas en la arena bañada,
una concha nacarina cual campana marina;
yacía temblando en mi mano mojada.
Entre mis trémulos dedos percibí cómo un eco
despertaba, débil, flotando junto al muelle
una boya que bailaba, una frágil llamada
sobre un mar sin fin, ahora lejano y tenue.

Vi un bote, en aquel momento, que flotaba en silencio,
vacío en la noche y gris en la marea.
«¡Es más que tarde! ¡Partamos! ¿A qué estás esperando?»,
grité al embarcarme: «¡Huyamos de estas tierras!».

Huimos de aquellas tierras, envueltos por la niebla,
rociados de espuma, por el sueño vencidos,
hacia una playa olvidada en una tierra extraña.
Al caer la tarde, tras las aguas oímos
una campana marina que las olas mecían,

tañendo, tañendo, y el rugir de rompientes
en los terribles colmillos de un escollo escondido;
y a una extensa costa fui a parar finalmente.

Blanca brillaba la arena, y en espejos de estrellas
las aguas hervían como en redes de plata; r
ocosos acantilados relucían bañados
en la luz lunar, como huesos de nácar.
Caía polvo de perlas, centelleando, en la arena
por entre mis dedos; y fragmentos de joyas,
y trompetas opalinas, y flautas de amatista
o de color verde, y coralinas rosas.
Mas bajo riscos de piedra había oscuras cuevas,
sombrías y grises, con cortinajes de algas;
pude sentir cómo el viento movía mis cabellos,
y escapé de allí, mientras la luz menguaba.

Un verde arroyo corría bajando una colina;
bebí de sus aguas y fui reconfortado.
Por sus cascadas subí hacia un bello país
de eterno crepúsculo y del mar alejado,
trepando por las praderas de penumbras inquietas:
había allí flores como estrellas caídas,
y en el estanque, el nenúfar, flotando, era la luna
en un agua azul, helada y cristalina.
Los alisos dormitaban y los sauces lloraban
junto a un lento río de serpenteantes hierbas;
espadas de lirios blancos protegían los vados,
y lanzas verdosas, y cañas como flechas.

Durante toda la tarde allá abajo en el valle
se oyó una canción; multitud de criaturas
corrían por donde fuere; liebres de blanco nieve;
ratas que salían; mariposas nocturnas
con ojos como faroles; sorprendidos tejones
mirando en silencio desde sombrías puertas.
Pude oír desde allí un baile, y música en el aire,
pies yendo deprisa sobre la verde hierba.
Mas doquiera que mirara siempre lo mismo hallaba:

no había pie alguno, y todo estaba quieto;
jamás una bienvenida, tan sólo las esquivas
flautas y las voces, y cuernos en el cerro.

Con las hojas del arroyo y juncos en manojos
me hice un manto verde como las esmeraldas,
una vara en que apoyarme, y un dorado estandarte;
con fulgor de estrellas destelló mi mirada.
Con flores como corona me paré en una loma
y con voz aguda como el canto del gallo
grité orgulloso: «¿Por qué, decidme, os escondéis?
¿Por qué todavía nadie me ha contestado?
Aquí me presento yo, de estas tierras señor,
con puñal de lirio y una maza de caña.
¡Responded algo, por fin! ¡Apareced, salid!
¡Por favor, habladme! ¡Mostradme alguna cara!».

Se acercó una nube oscura cual mortaja nocturna.
A tientas anduve igual que un topo negro:
cayendo sobre mis manos, con los ojos cegados
y la espalda arqueada, reptando por el suelo.
Me arrastré hasta un bosquecillo que se erguía tranquilo
entre muertas hojas, con sus ramas desnudas.
Allí, por fin, agotado, me senté meditando:
roncaban los buhos en sus casas profundas.
Un año, y un día más, me quedé en el lugar:
oí escarabajos en los podridos troncos,
en el musgo las arañas, tejiendo, se agitaban,
junto a mis rodillas se extendían los hongos.

Al final llegó la aurora a mi noche de sombras;
vi que mi cabello colgaba, largo y gris.
«¡Aunque me incline la edad, debo encontrar el mar!
¡Estoy extraviado, y el camino perdí,
pero dejad que me marche!» Tropecé en ese instante;
me alcanzó la sombra cual murciélago en caza;
vino un viento abrasador que en mi oído vibró,
e intenté cubrirme con espinosas zarzas.
Fatigadas las rodillas, con las manos heridas,

el peso del tiempo podía en mí notar,
cuando la lluvia en mi cara se tornó agua salada,
y sentí el olor de las algas y el mar.

Las aves del mar llegaron con gemidos y llantos;
y vinieron voces desde cuevas heladas,
el ladrido de las focas, el gruñir de las rocas,
y pozos profundos engullendo las aguas.
Llegó el invierno deprisa; me hundí en una neblina,
y llevé mis años a la orilla del mar;
había nieve en el viento, escarcha en mis cabellos;
en la última costa cayó la oscuridad.

Me esperaba todavía mi barca a la deriva,
subiendo en las aguas, agitando la proa.
Exhausto me tendí en ella y huimos de esas tierras,
cruzando los mares y saltando las olas,
esquivando viejas quillas cubiertas de gavinas
y grandes navios cargados de luz pura
que regresaban a puerto, oscuros como cuervos,
quedos como nieve en la noche profunda.

Entre las casas cerradas el viento murmuraba;
las calles desiertas. Me senté en un portal,
y allí donde la llovizna zanja abajo corría
mi pequeña carga arrojé sin piedad:
granos de arena apretados en mis ávidas manos,
y en silencio, muerta, una concha marina.

Nunca más oiré doblar la campana de mar,
nunca más mis pies pisarán esa orilla.
Nunca más esos lugares, pues por tristes pasajes,
por ciegas callejas y por largas calzadas
con mis harapos camino. Sólo me hablo a mí mismo;
pues siguen callados los que a mi lado pasan.





16
El último navío

A las tres la noche ya estaba muriendo
y Fíriel fuera miraba;
un gallo dorado erguido a lo lejos
un canto claro elevaba.
El alba era pálida; los árboles pardos;
las aves, al despertarse piaban;
las hojas venía arrastrando
una brisa fresca y suave.

Vio crecer la luz desde la ventana
e iluminarse la hierba:
el rocío gris, intenso, brillaba
en las hojas y en la tierra.
Sus pies descendieron como blanca nieve;
veloces se deslizaron
sobre el verde prado: bailaban alegres
de rocío salpicados.

Bajó entonces Fíriel al río corriendo
con su túnica enjoyada;
se apoyó en un tronco, curvo, sauce viejo,
y observó un temblor del agua.
Cayó un rayo azul y se zambulló:
un martín pescador, raudo;
el banco de lirios se desparramó,
los juncos se balancearon.

De pronto, una música hasta ella llegó;
en sus hombros centelleaba
su cabello, libre, derramado al sol,
al calor de la mañana.
Oyó soplar flautas, oyó arpas tañidas;
jóvenes voces de viento
trayendo canciones claras, cristalinas;
y campanas a lo lejos.

Vio acercarse un barco de blanco esplendor,
de proa erguida, elevada,
con oro en los remos y en el espolón;
unos cisnes lo guiaban.
Venían remando las hermosas gentes
de la Tierra de los Elfos;
de plata y de gris; tres resplandecientes
con coronados cabellos.

Alzaban su canto siguiendo las olas,
llevando en sus manos arpas:
«Los campos son verdes, largas son las hojas,
y todas las aves cantan:
con auroras de oro una y otra vez
se iluminará esta tierra,
y una y otra flor veremos nacer,
sin que el trigal envejezca».

«¿Hacia dónde vais, hermosos remeros,
embarcados, por el río?
¿Acaso al crepúsculo? ¿A un lugar secreto,

en el gran bosque escondido?
¿Poderosos cisnes en su vuelo os llevan
al Norte, a habitar las olas,
a las islas frías de costas de piedra,
donde lloran las gaviotas?»

Responden del barco: «¡No! Marchamos lejos
por el último camino;
dejamos atrás estos grises puertos,
desafiando al mar sombrío.
Vamos donde siempre crece el Árbol Blanco,
hacia la última ribera,
Hogar de los Elfos donde está brillando
sobre la espuma la Estrella».

«¡Abandona ya los mortales campos;
la Tierra Media dejemos!
Vuela una llamada desde el campanario
en el Hogar de los Elfos.
Aquí se marchitan las hierbas, el sol,
la luna, y las hojas caen;
nosotros oímos, lejana, esa voz
que nos empuja a este viaje.»

Dejaron los remos, viendo a la doncella:
«¡Fíriel, Fíriel!», exclamaron.
«¿Oyes la llamada? ¡Niña de la Tierra!
Queda sitio en nuestro barco,
sólo para uno: llevarte podemos.
Tus días rápidos pasan.
Niña de la Tierra, bella como un Elfo,
oye la última llamada».

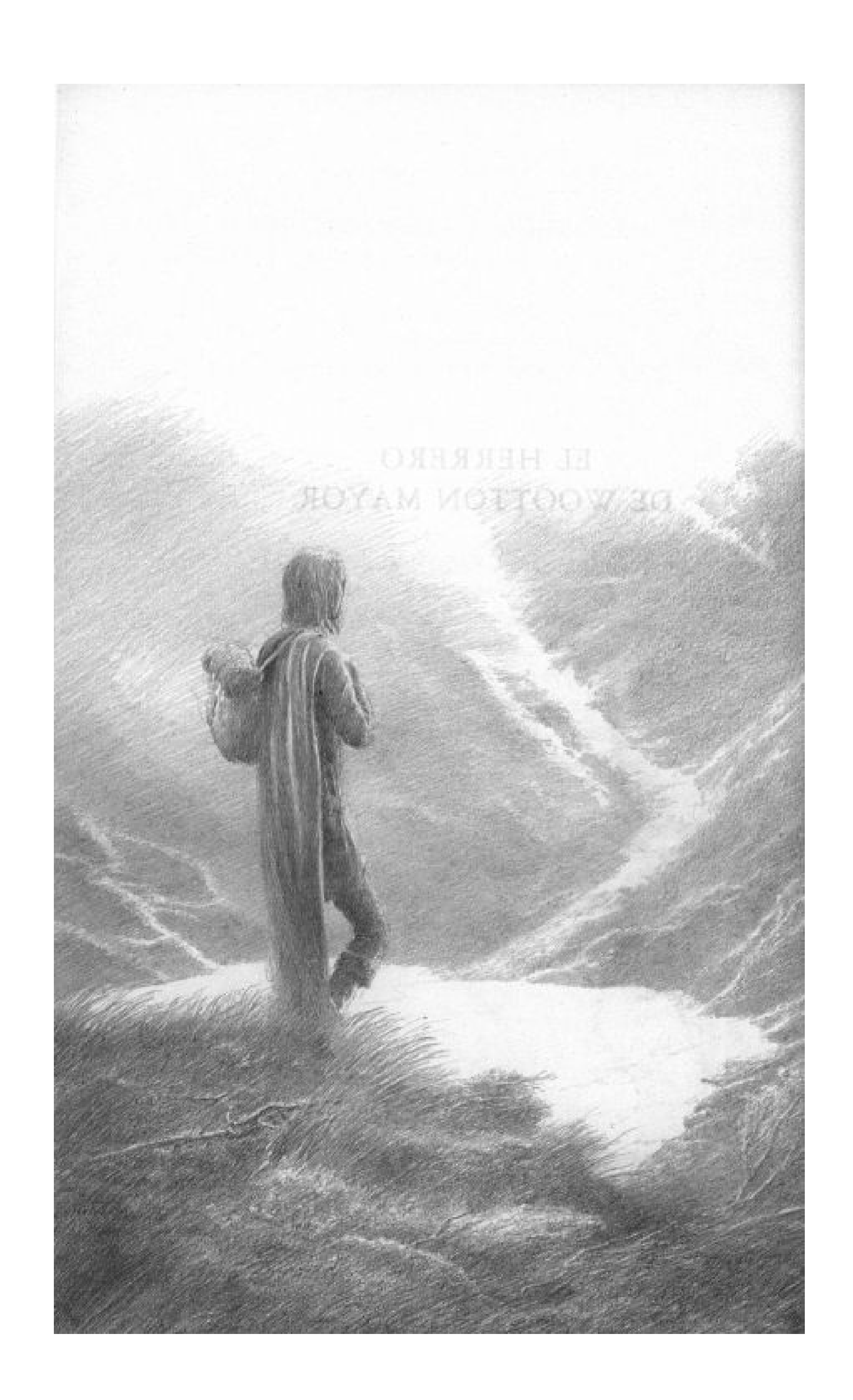
Fíriel los veía desde la ribera,
osando dar sólo un paso;
profundo se hundieron sus pies en la arena,
y se detuvo, mirando.
Se alejó la nave, susurró al pasar
rozando las aguas, lenta;

«¡No puedo partir!», la oyeron llorar,
«¡Yo soy hija de la Tierra!».

Y sobre su túnica, al estar de vuelta,
ninguna joya brillaba
bajo el techo oscuro y bajo la puerta,
en la sombra de la casa.
Ciñó su jubón de marrón rojizo,
trenzando el largo cabello,
y volvió al trabajo, a paso cansino.
El sol se fue diluyendo.

Todavía fluyen en los Siete Ríos
los años, uno tras otro;
y pasan la nube y el sol con su brillo,
y se agitan, temblorosos, el sauce y el junco.
Pero nunca más
hacia el oeste pasaron como antes,
los barcos, en agua mortal;
y se acallaron sus cantos.







El herrero de Wootton Mayor

Había una vez un pueblo, no hace mucho tiempo para los de buena memoria, ni muy distante para los de largas zancas. Llevaba el nombre de Wootton Mayor, porque era más grande que Wootton Menor, a pocos kilómetros de distancia en la espesura del bosque; aun así no era muy importante, aunque gozaba por entonces de prosperidad y contaba con un buen número de vecinos buenos, malos y regulares, como es habitual.

Era, a su manera, un pueblo notable, bien conocido en todos los contornos por la destreza de su gente en distintos oficios, pero sobre todo por su arte culinario. Disponía de una gran Cocina, propiedad del Ayuntamiento, y el Cocinero Mayor era todo un personaje. La Residencia del Cocinero y la Cocina lindaban con el Gran Pabellón, el edificio más amplio y antiguo del lugar, y el más hermoso. Estaba hecho de buena piedra y buena madera de roble, y bien cuidado, aunque ya no mostraba las pinturas y dorados que había lucido en épocas pasadas. En él tenían lugar las reuniones y debates de los lugareños, los festejos populares y reuniones familiares. Así que el Cocinero siempre se hallaba atareado, pues a su cargo corría el menú propio de todas estas ocasiones. En cuanto a las muchas fiestas que a lo largo del año se celebraban, la comida se juzgaba adecuada si era abundante y sabrosa.

Una festividad en particular era esperada por todos con especial interés, porque

era la única del invierno. Duraba una semana, y al atardecer del último día se ofrecía una gran fiesta, llamada de los Niños Buenos, a la que no se convidaba a muchos. Faltaban, sin duda, algunos que merecían estar invitados, y por error se llamaba a otros que no eran dignos; así son las cosas, por mucha atención que intenten poner los que velan por tales asuntos. De cualquier forma, era el azar de la fecha de nacimiento lo que sobre todo determinaba que un niño tomase parte en la Fiesta de los Veinticuatro, ya que sólo se celebraba una cada veinticuatro años y únicamente se invitaba a veinticuatro muchachos. Todos esperaban que el Maestro Cocinero se luciera de forma especial en ocasión semejante, y además de otros muchos bocados apetitosos era costumbre que preparase una Gran Tarta. De su buen acierto (o de todo lo contrario) dependía casi exclusivamente que su nombre se recordase, pues rara vez, si alguna había habido, un Cocinero Mayor ocupaba su cargo el tiempo suficiente para preparar una segunda Tarta.

Llegó, sin embargo, una ocasión en que el entonces Cocinero Mayor (para sorpresa de todos, pues esto nunca había ocurrido antes) anunció de pronto que necesitaba unas vacaciones; y se marchó sin que nadie supiera dónde; y cuando algunos meses después regresó, parecía un tanto cambiado. Había sido un hombre afable, al que le agradaba ver divertirse a los demás, si bien él mismo era serio y de pocas palabras. Ahora se mostraba más jovial, y a menudo hacía y decía las cosas más graciosas; y en las fiestas solía entonar canciones jocosas que nadie esperaba en boca de un Cocinero Mayor. También trajo consigo un aprendiz, y eso dejó sorprendido al pueblo.

No era extraño que el Cocinero tuviera un aprendiz. Era lo normal. A su debido tiempo el Cocinero escogía uno y le enseñaba cuanto sabía; y a medida que ambos avanzaban en edad, el aprendiz se iba haciendo cargo del trabajo más importante, de suerte que, cuando el Cocinero se retiraba o fallecía, él ya estaba allí, dispuesto a asumir el cargo y convertirse a su vez en Cocinero Mayor. Pero el actual Cocinero nunca había escogido un aprendiz. Solía decir: «Aún hay tiempo»; o bien: «Tengo los ojos abiertos, y elegiré uno cuando encuentre quien me convenga». Ahora, en cambio, había traído consigo a un simple chiquillo, y forastero. Era más vivaz que los muchachos de Wootton, de voz suave y muy educado, pero ridiculamente joven para el puesto, apenas un adolescente a juzgar por su aspecto. Con todo, la elección del aprendiz era asunto del Cocinero y nadie tenía derecho a entrometerse; así que el muchacho se quedó, y vivió con él hasta que tuvo bastante edad para procurarse alojamiento propio. Pronto se acostumbraron a verlo por el pueblo, e hizo unos pocos amigos. Para ellos y el Cocinero, su nombre era Alf; para los demás solamente «el Aprendiz».

La siguiente sorpresa sólo tardó tres años en llegar. Una mañana de primavera el Cocinero Mayor se quitó el gorro blanco de faena, plegó los delantales limpios, colgó

la chaqueta blanca, tomó un recio bastón de fresno y un hatillo, y se fue. Se despidió del Aprendiz, y nadie más estuvo presente.

—Hasta pronto, Alf—dijo—. Súpleme en el cargo lo mejor que sepas, que siempre lo harás muy bien. Confío en que no tendrás ningún problema. Si volvemos a encontrarnos, espero que me lo cuentes todo. Diles que he vuelto a irme de vacaciones, aunque esta vez ya no he de regresar.

En el pueblo hubo una gran conmoción cuando el Aprendiz repitió estas palabras a quienes acudían a la Cocina.

—¡Qué faena! —decían—. ¡Y sin avisar ni despedirse! ¿Cómo vamos a arreglarnos sin Cocinero Mayor? No ha dejado sustituto.

Nadie en estas discusiones pensó jamás en ascender de categoría al joven Aprendiz. Ahora era algo más alto, pero seguía teniendo el aire de un muchacho, y sólo llevaba tres años en el puesto.

Por fin, y a falta de otro mejor, eligieron a un vecino que sabía cocinar bastante bien los platos más comunes. De joven había ayudado al Cocinero en días de mucha labor, a pesar de lo cual éste nunca le había mostrado simpatía y no le quiso por aprendiz. Ahora era ya un hombre de cierta posición, casado y con hijos, y mirado con el dinero. «Al menos no desaparecerá sin previo aviso —dijeron—, y más vale un cocinero regular que estar sin nadie. Faltan aún siete años para la próxima Gran Tarta y para entonces ya sabrá componérselas.»

Nokes, que tal era su nombre, quedó muy satisfecho con el giro que habían experimentado los acontecimientos. Siempre había deseado llegar a Cocinero Mayor, y jamás había dudado que podría salir airoso. Durante algún tiempo, a solas en sus dominios, solía encasquetarse el gorro blanco y mirarse en una sartén bruñida, mientras decía: «¿Qué tal, Maestro? No te sienta mal el gorro, parece hecho a medida. Confío en que todo te vaya bien».

Y le fue bastante bien, porque al principio Nokes se esforzó cuanto pudo, y contaba con la ayuda de Alf. Verdad es que aprendió mucho de él, observándolo con disimulo, aunque Nokes nunca admitió tal cosa. Pero, con el paso del tiempo, se acercaba también la Fiesta de los Veinticuatro y Nokes tuvo que pensar en la preparación de la Gran Tarta. Aun sin manifestarlo, el asunto lo tenía intranquilo, porque a pesar de que con la práctica de siete años podía elaborar tartas y dulces aceptables para ocasiones normales, sabía que se esperaba con expectación su Obra Magna y que tendría que dejar satisfechos a críticos severos, no sólo a los niños. También había que preparar otro pastel más pequeño, de idénticos ingredientes y elaboración, para los que acudían a ayudar en la Fiesta. Se suponía, además, que la Gran Tarta tendría que contener algo novedoso y sorprendente, no limitándose a ser una mera repetición de la anterior.

Entendía que, básicamente, habría de ser muy dulce y sabrosa, y decidió que iría

por entero cubierta de azúcar glaseado, que al Aprendiz le salía muy bien. «Eso le dará el aire encantador de un cuento de hadas», pensó. Hadas y dulces eran dos de las muy escasas nociones que conservaba sobre gustos infantiles. Creía que al crecer uno se olvida de las hadas; no obstante, él seguía muy aficionado a los dulces. «Ah, las hadas! —dijo—. Eso me da una idea.» Y así fue como se le ocurrió que podría colocar en medio de la Tarta, en lo alto de un pináculo, una figurilla vestida toda de blanco, con una varita mágica que rematase en una estrella de brillante metal; y a sus pies, en letras rosas glaseadas, «La Reina de las Hadas».

Mas cuando empezó a disponer los ingredientes para la Tarta comprobó que sólo tenía vagas nociones de lo que debía ir dentro; así que recurrió a algunos viejos libros de recetas que habían pertenecido a cocineros anteriores. Lo dejaron perplejo, aun en los casos en que llegaba a entender la letra, porque citaban muchas cosas de las que no había oído hablar, y otras que había olvidado y que ahora no tenía tiempo de obtener; pero pensó que podía probar con una o dos especias de las que hablaban los libros. Se rascó la cabeza y recordó una vieja caja negra con distintos compartimientos, donde el último cocinero había guardado tiempo atrás las especias y otros artículos para las tartas de importancia. No la había visto desde que se había hecho cargo del puesto. Después de buscar un poco, la encontró en un estante alto de la despensa.

La bajó y sopló el polvo que cubría la tapa, pero al abrirla vio que quedaban muy pocas especias y que estaban secas y rancias. Sin embargo, en un compartimiento arrinconado advirtió una estrella diminuta, apenas mayor que una moneda de seis peniques, oscurecida como si fuese de plata y hubiese perdido el brillo.

—¡Qué gracioso! —comentó mientras la levantaba a la luz.

—¡No, no lo es! —dijo tras él una voz, tan de improviso que le hizo dar un respingo. Era la voz del Aprendiz, que jamás había hablado antes al Cocinero en ese tono. Lo cierto es que muy raramente le dirigía la palabra, a menos que Nokes lo hiciese primero. Todo muy bien y muy propio de un jovenzuelo; puede que sea hábil con el azúcar glaseado, pero todavía le queda mucho por aprender: tal era la opinión de Nokes.

—¿Qué quieres decir, jovencito? —dijo con cierto desagrado—. Si no es gracioso, ¿qué es entonces?

—Es mágica —respondió el Aprendiz—. Viene del País de Fantasía.

El Cocinero se echó a reír.

—De acuerdo, de acuerdo —le dijo—. Es casi lo mismo; pero si prefieres, llámalo así. Algún día crecerás. Ahora puedes seguir quitando las pepitas a las pasas. Si ves alguna de ese extravagante país, dímelo.

—¿Qué va a hacer con la estrella, Maestro? —preguntó el Aprendiz.

—Colocarla en la Tarta, naturalmente —respondió el Cocinero—. Nada más

propio, sobre todo si procede de Fantasía — ironizó—. Seguro que has ido, y no hace mucho por cierto, a esas fiestas infantiles en que se esconden en los dulces baratijas como ésta, y calderilla, y cosas por el estilo. Al menos así se hace en este pueblo. A los niños les gusta.

—Pero eso no es una baratija, Maestro, es una estrella mágica — argüyó el Aprendiz.

—Ya te lo he oído antes —replicó el Cocinero—. Muy bien. Se lo diré a los niños. Les hará reír.

—No lo creo, Maestro —dijo el Aprendiz—. Pero es lo que hay que hacer, sin ninguna duda.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —dijo Nokes.

A su debido tiempo la Tarta quedó fabricada, pasó por el horno y se la cubrió de azúcar; casi todo lo hizo el Aprendiz.

—Como estás tan empeñado con lo de Fantasía, te dejo hacer la Reina —le dijo Nokes.

—Muy bien, Maestro —contestó—. Si está muy ocupado, yo la haré. Pero ha sido idea suya, no mía.

—Me toca a mí tener ideas, no a ti —dijo Nokes.

La Tarta se alzó durante la Fiesta en el centro de una larga mesa, rodeada por un círculo de veinticuatro velas rojas. Remataba en una pequeña montaña blanca por cuyas laderas brotaban arbolillos que relucían como cubiertos de escarcha; y en la cumbre se veía una figura blanca y menuda apoyada sobre un solo pie como nivea bailarina; llevaba en la mano una diminuta varita mágica de azúcar, resplandeciente de luz.

Los niños la miraron con ojos extasiados, y uno o dos aplaudieron y exclamaron:

—¡Es preciosa, como en un cuento de hadas!

Al Cocinero le agradó el comentario, pero el Aprendiz parecía algo contrariado. Allí estaban los dos: el Maestro para cortar la Tarta cuando llegase el momento, y el Aprendiz para afilar el cuchillo y entregárselo.

El Cocinero lo tomó por fin y se acercó a la mesa.

—He de deciros, queridos niños —comenzó— que bajo esta capa de azúcar hay una tarta con muchas cosas sabrosas; y muy dentro hay también otras muchas cosillas bonitas, chucherías, pequeñas monedas y así, y me han dicho que trae suerte encontrarlas en el trozo que os toque. Hay veinticuatro en toda la Tarta, de modo que toca una a cada uno, si la Reina de las Hadas juega limpio. Aunque no siempre lo hace, porque es algo tramposilla. El señor Aprendiz lo sabe muy bien.

El Aprendiz se apartó y observó con atención las caras de los niños.

—¡No! ¡Se me olvidaba! —dijo el Cocinero—. Esta tarde hay veinticinco. Hay también una estrellita de plata con una magia especial, o eso dice el señor Aprendiz.

Así que tened cuidado. Si os rompéis con ella uno de esos preciosos dientes, la estrella mágica no os lo podrá arreglar. De todas formas, espero que dar con ella os traiga una ventura especial.

Fue una buena Tarta, y nadie pudo ponerle reparos, a excepción del tamaño, que no fue el que se requería. Una vez cortada cada niño recibió un gran trozo, pero no sobró nada, así que no hubo segunda vuelta. Pronto se acabaron las porciones, y de vez en cuando aparecía una chuchería y una moneda. Hubo quien encontró una, otros dos y algunos ninguna; así es la suerte, tanto si hay una figura con varita mágica en la Tarta como si no. Mas cuando todos terminaron con el dulce no apareció rastro alguno de la estrella maravillosa.

—¡Vaya por Dios —dijo el Cocinero—. Eso quiere decir que después de todo, no era de plata: debe de haberse derretido. O quizá el señor Aprendiz llevaba razón y era realmente mágica, y se ha esfumado sin más y ha regresado al País de Fantasía. No me parece una broma muy adecuada. —Sonrió al Aprendiz con afectación y éste le devolvió una mirada seria y en ningún momento sonrió.

No obstante, la estrella de plata era en verdad una estrella encan-tada; el Aprendiz no solía equivocarse en este tipo de cosas. Lo que había sucedido es que uno de los muchachos de la Fiesta se la había tragado sin percatarse, si bien había encontrado en su porción una moneda de plata y se la había dado a Nell, la niña que tenía al lado y que parecía tan contrariada por no haber hallado nada en su trozo... A veces el muchacho se preguntaba qué habría sido de la estrella, sin saber que la llevaba dentro, escondida en algún lugar donde pasaba inadvertida, que era lo que se pretendía que sucediese. Allí permaneció durante mucho tiempo, hasta que también le llegó su hora.

La Fiesta había tenido lugar a mediados del invierno, pero ahora era el mes de junio y la noche apenas si traía consigo alguna oscuridad. Como no tenía sueño, el muchacho se levantó antes del amanecer: era su décimo cumpleaños. Miró por la ventana y el mundo le pareció tranquilo y expectante. El airecillo, fresco y fragante, agitaba el último sueño de los árboles. Luego vino el día, y oyó en la distancia los primeros gorjeos matutinos de los pájaros, in crescendo a medida que se le acercaban, hasta que lo inundaron por entero, esparciéndose por los campos vecinos y pasando hacia el oeste como una ola de música mientras el sol se asomaba por la orilla del mundo.

—Me recuerda el País de Fantasía —oyó decir a su propia voz— . Pero allí también canta la gente.

Comenzó entonces a cantar, alto y claro, con palabras extrañas que parecía saber de memoria; y en ese momento la estrella le cayó de la boca y él la recogió en la palma de la mano. Era ahora de plata reluciente y brillaba a la luz del sol; temblaba, empero, y se alzó levemente como si estuviese a punto de levantar el vuelo. Sin

pensarlo, el muchacho se golpeó la frente con la mano y allí quedó en el centro la estrella, y allí la llevó durante muchos años.

Pocos del pueblo la notaron, aunque no resultaba imperceptible para unos ojos atentos, y por lo común no brillaba lo más mínimo. Algo de su luz pasó a los ojos del muchacho; y la voz, que ya desde el momento mismo en que la estrella vino a él había empezado a embellecerse, se hacía cada vez más hermosa a medida que él crecía. A la gente le gustaba oírle, aunque sólo fuesen los «buenos días».

Llegó a ser bien conocido en la región por su destreza en el trabajo, no sólo en su propio pueblo sino en otros muchos de los alrededores. Su padre era herrero, y él continuó el oficio y lo mejoró. Mientras su padre vivió, a él lo llamaron el hijo del herrero; después, sólo el herrero, porque para entonces era ya el mejor desde el lejano lugar de Easton hasta el Bosque del Oeste, y en su fragua podía hacer toda clase de objetos de hierro. Casi todos, naturalmente, comunes y prácticos, destinados a las necesidades de cada día: aperos para el campo, herramientas de carpintero, utensilios y cacharros de cocina y sartenes, trancas, cerrojos y bisagras, ganchos para las ollas, morillos de chimenea, herraduras y cosas así. Eran resistentes y duraderos, pero ofrecían también un aire agradable, con formas bien modeladas para su clase, de buen manejo y buen aspecto.

Pero cuando tenía tiempo hacía algunas cosas por pura afición; y eran hermosas, porque sabía dar al hierro formas admirables, que parecían tan ligeras y delicadas como un ramo de hojas y flores, aunque conservaban la fuerte consistencia del metal e incluso parecían más duras. Pocos podían pasar frente a una de sus verjas, o rejas, sin detenerse a admirarlas; nadie podía cruzarlas una vez cerradas.

Solía cantar mientras trabajaba en estas cosas, y cuando el herrero iniciaba su canto los que estaban cerca detenían la labor y acudían a la fragua a escucharlo.

La mayoría no sabía nada más de él. Cierto que este reconoci-miento era suficiente; más del que casi todos los vecinos del pueblo llegaban a alcanzar, aun aquellos que eran buenos artesanos y muy trabajadores. Sin embargo había algo más. Porque el herrero llegó a visitar el Reino de Fantasía y conocía algunas de sus regiones tan bien como les es dado conocerlas a los mortales; aunque como muchos se parecían a Nokes, a pocas personas les hablaba de esto, si excluimos a su mujer y sus hijos.

Su esposa era Nell, a quien diera la moneda de plata, y de quien había tenido a Nan y a Ned. A ellos no podía haberles ocultado de ninguna forma el secreto, porque en ocasiones veían que la estrella le brillaba en la frente, al regreso de un viaje o de alguno de los largos paseos solitarios que solía hacer por las tardes.

De vez en cuando se marchaba, bien a pie o a caballo, y todos suponían que era por negocios; y a veces era cierto, a veces no. De cualquier forma, no lo hacía por conseguir encargos para la fragua o por comprar lingotes, carbón u otros suministros,

si bien cuidaba con detalle de tales menesteres y sabía doblar el valor de un honrado penique, como entonces se decía. Pero tenía en Fantasía sus propios asuntos, y allí era bien recibido; porque la estrella le resplandecía en la frente y él se hallaba todo lo seguro que un mortal pueda estarlo en este peligroso país. Los Pequeños Males rehuían la estrella, y estaba a salvo de los Grandes.

De lo cual se sentía agradecido, porque pronto adquirió experiencia y entendió que uno no puede acercarse sin riesgo a las maravillas de Fantasía, y que a muchos de los Males no se los puede desafiar sin armas adecuadas, demasiado poderosas para que un mortal cualquiera las maneje. Continuó siendo un observador atento, no un guerrero, y aunque con el tiempo podría haber forjado armas que en su propio mundo habrían tenido el poder suficiente para convertirse en tema de grandes leyendas o costar lo que el rescate de un rey, sabía que en Fantasía habrían sido de muy escaso valor. Así que no se recuerda que entre todas las cosas que hizo forjase nunca una espada, una lanza o una punta de flecha.

En Fantasía se relacionó al principio, discretamente, casi siempre con la gente más sencilla y las criaturas más amables, en los bosques y prados de sus hermosos valles, o junto a las aguas transparentes donde de noche brillaban astros extraños y al amanecer se reflejaban las cumbres destellantes de las lejanas montañas. Algunas de sus visitas más breves transcurrían con la sola contemplación de un árbol o una flor; pero después, durante viajes algo más largos, había visto cosas hermosas y al tiempo terribles, que luego no lograba recordar con claridad ni describir a sus amigos, aunque sabía que se mantenían vivas en su corazón. Pero de otras cosas no se olvidaba, y perduraban en su mente como maravillas y misterios que rememoraba con frecuencia.

Cuando las primeras veces empezó a alejarse sin guía pensó que llegaría a descubrir los confines más apartados de la región; pero como ante él se levantaron montañas enormes, hubo de rodearlas por largos senderos hasta llegar por fin a una costa desolada. Allí se detuvo, a la orilla del Mar de las Tormentas sin Vientos, donde olas azules como colinas nevadas se acercan en silencio desde la

Oscuridad hasta la extensa playa, preñadas de blancas naves que regresan del combate en las Fronteras Tenebrosas nunca conocidas por el hombre. Entonces vio que un gran navio era lanzado con fuerza tierra adentro, y las olas retrocedieron sin sonido envueltas en espuma. Eran altos los marineros élficos, y terribles; brillaban las espadas, destellaban las lanzas, y había en sus ojos un penetrante fulgor. De pronto, alzaron sus voces en un himno de triunfo, y el corazón se le estremeció de temor y cayó con el rostro en tierra, y ellos pasaron sobre él y desaparecieron en las resonantes colinas.

Nunca más fue a aquella orilla, en la creencia de estar en un país rodeado todo por el mar, y volvió la atención a las montañas con la idea de alcanzar el interior del

Reino. En uno de tales vagabundeos lo sorprendió una niebla gris y anduvo largo tiempo desorientado, hasta que la niebla siguió su camino y él descubrió que se hallaba en una dilatada llanura. Muy a lo lejos se divisaba un gran cerro de sombra; y de aquella sombra, que era una raíz, vio que se alzaba hasta el cielo, más alto que todas las torres, el Árbol del Monarca. Y era su luz como la del sol a mediodía; y a un mismo tiempo ofrecía hojas, flores y frutos sin número, y ninguno de ellos se asemejaba a los demás que crecían en las ramas.

Nunca volvió a ver aquel Árbol, aunque lo buscó a menudo. Du-rante uno de estos viajes, mientras subía a las Montañas Exteriores, descubrió entre ellas una cañada angosta, en cuyo fondo había un lago tranquilo e inmóvil a pesar de la brisa que agitaba el bosque circundante. La luz era en aquel lugar como un atardecer carmesí, pero nacía del lago. Contempló las aguas desde un pequeño acantilado de la orilla y le pareció que podía ver hasta una profundidad inconmensurable. Vio allí llamas de formas extrañas que se inclinaban, ramificaban y ondulaban como algas gigantes en una fosa marina, y criaturas de fuego que pululaban entre ellas. Lleno de asombro bajó hasta la orilla y tocó el agua con el pie, pero no era agua; era algo más duro que la piedra y más liso que el cristal. Se adentró unos pasos y se hundió pesadamente, y un resonante estruendo cubrió el lago y retumbó por las márgenes.

La brisa se transformó al punto en viento desatado, que bramó como una enorme bestia y lo sacó a la superficie y lo arrojó a la orilla, y lo empujó pendiente arriba, volteándolo y dejándolo caer como una hoja seca. Tendió los brazos al tronco de un joven abedul y se abrazó a él, y el viento luchó contra ambos con violencia tratando de desasirlo; pero las ráfagas doblaban hasta el suelo el abedul, que lo protegía con sus ramas. Cuando el viento por fin pasó, se puso en pie y vio que el árbol estaba desnudo. Había quedado despojado de todas sus hojas, y lloraba, y las lágrimas caían de sus ramas como gotas de lluvia. Puso la mano en la blanca corteza y dijo:

—¡Bendito seas, abedul! ¿Qué puedo hacer para resarcirte, o para darte las gracias?

Sintió que la respuesta del árbol le llegaba a través de la mano:

—Nada —dijo—. ¡Vete! El viento te persigue. Tú no perteneces a este lugar. ¡Vete, y no regreses nunca más!

Mientras subía los últimos escarpes del valle notó que las lágrimas del abedul se deslizaban por su propio rostro, y en los labios le supieron a amargura. Siguió su largo camino con el corazón entristecido, y durante mucho tiempo no volvió a Fantasía. Mas no pudo apartarla de su memoria; y cuando regresó, el deseo de adentrarse en el país era aún más vehemente.

Dio por último con una ruta que atravesaba la Cordillera Exterior y la siguió hasta alcanzar las Montañas Interiores. Eran altas, escarpadas y sobrecogedoras. Sin embargo, al fin encontró un desfiladero por el que podía subir, y al cabo de varios

días de considerable riesgo atravesó una estrecha grieta y vio a sus pies, aunque todavía no sabía su nombre, el Valle de la Eterna Mañana. El verde supera allí el color que los prados tienen en la costa de Fantasía, como éstos sobrepasan el verde de nuestra primavera; el aire es tan claro que los ojos llegan a distinguir las rojas lenguas de los pájaros que cantan en los árboles del último confín del valle, aunque éste es muy vasto y las aves son del tamaño del ruiseñor.

Por el interior las montañas perdían altura en pendientes suaves, cubiertas por el rumor de cascadas burbujeantes; apresuró el paso, animado y feliz. Al poner el pie en la hierba del valle oyó los cantos de los elfos; y en un prado junto a un río resplandeciente de lirios topó con un grupo numeroso de doncellas que estaban bailando. La ligereza, la gracia y las formas siempre cambiantes de sus movimientos lo dejaron asombrado, y se aproximó al corro. De pronto, ellas se quedaron inmóviles, y una joven de cabello ondulante y falda de amplios pliegues salió a su encuentro.

La risa se mezcló con sus palabras al preguntarle:

—¿No te estás volviendo temerario, Frente Estrellada? ¿No tienes miedo de lo que puede decir la Reina si llega a enterarse de esto? A menos que tengas su permiso.

Quedó desconcertado al reconocer su propio pensamiento y saber que la joven lo leía: había creído que la estrella en la frente era un pasaporte para ir a donde quisiese; y ahora sabía que no era así. Pero ella le sonrió, y volvió a decirle:

—¡Ven! Ya que estás aquí, bailarás conmigo —y lo llevó de la mano hasta el corro.

Bailaron juntos, y por un momento supo lo que era gozar de la ligereza y el ímpetu y la dicha de acompañarla. Sólo por un momento. Se detuvieron enseguida, o así le pareció, y ella se inclinó a recoger una flor blanca y se la puso a él en el pelo.

—¡Ahora, adiós! —dijo—. Puede que, si la Reina lo permite, volvamos a vernos.

Después de este encuentro no le quedó ningún recuerdo del viaje de regreso, hasta que se descubrió cabalgando por los caminos de su propio país; en algunos pueblos la gente lo miraba con asombro y se quedaba contemplándolo hasta que se perdía de vista. Cuando llegó al hogar, su hija corrió a su encuentro y lo recibió con alegría: había vuelto antes de lo esperado, aunque nunca es demasiado pronto para el que espera.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Dónde has estado? Tu estrella brilla mucho.

Al cruzar el umbral la estrella se tornó de nuevo mortecina; pero Nell lo tomó de la mano y lo llevó hasta la chimenea, y allí se volvió y lo miró.

—Querido —le dijo—, ¿dónde has estado y qué es lo que has visto? Tienes una flor en el pelo —La retiró con cuidado de la cabeza y la sostuvo en la mano. Parecía algo divisado a una gran distancia, y sin embargo estaba allí y despedía un resplandor que proyectaba sombras en las paredes de la habitación, donde ya crecía la penumbra

de la tarde. La sombra del herrero se alzaba por encima de la mujer e inclinaba hacia ella una cabeza majestuosa.

—Pareces un gigante, papá —comentó su hijo, que aún no había dicho nada.

La flor no se marchitó, ni perdió la luz; y la conservaron como un secreto y un tesoro. El herrero hizo un pequeño cofre con cerradura, y allí la guardaron, y la familia se la fue transmitiendo de generación en generación; y los que heredaban la llave solían abrir a veces el cofre y se quedaban contemplando la Flor Viva hasta que la tapa volvía a cerrarse: porque no elegían ellos el momento en que esto ocurría.

El paso de los años no se detuvo en el pueblo. Habían transcurrido muchos. Cuando el herrero recibió la estrella de la Fiesta de los Niños, todavía no había cumplido los diez. Después llegó otra Fiesta de los Veinticuatro, y para entonces Alf era Cocinero Mayor y había elegido un nuevo aprendiz, Harper. Doce años más tarde el herrero había regresado con la Flor Viva, y ahora iba a celebrarse en el próximo invierno otra Fiesta infantil de los Veinticuatro. Un día de aquel año el herrero paseaba por los bosques de la zona costera de Fantasía. Era otoño. Hojas doradas colgaban de las ramas y en el suelo había hojas rojas. Unos pasos se le acercaron por detrás, pero no les prestó atención alguna ni se dio la vuelta, porque estaba absorto en sus pensamientos.

Había recibido en aquella ocasión la orden de emprender un viaje, que le pareció más dilatado que todos los que hasta entonces había hecho. Tuvo guías y escolta; no obstante, guardó escasos recuerdos de los senderos recorridos, porque a menudo la niebla y las sombras lo desorientaron; hasta que, por último, alcanzaron un paraje elevado bajo un cielo de astros innumerables. Allí lo condujeron ante la propia Reina. No llevaba corona ni tenía trono. Estaba en pie, rodeada de majestad y gloria, y circundada de un gran ejército que resplandecía y brillaba como las estrellas en lo alto; pero ella sobresalía por encima del hierro de las lanzas, y sobre su cabeza ardía una llama blanquecina. Con un ademán le indicó que se acercara, y él dio un paso adelante, estremeciéndose. Sonó clara y alta una trompeta, y he aquí que de pronto se encontraron solos.

Estaba frente a ella, y no se arrodilló en señal de cortesía, porque se sentía anonadado y sabía que todo gesto era vano en alguien tan insignificante como él. Levantó al fin la mirada y vio los ojos y el rostro de la Reina, inclinados con gravedad hacia él; y se sintió inquieto y confundido, pues en aquel momento la reconoció: era la hermosa doncella del Valle Verde, la bailarina a cuyos pies brotaban las flores. Sonrió ella al advertir sus recuerdos y se le acercó; y hablaron largo rato, casi siempre sin palabras, y aprendió de ella muchas cosas, de las que algunas lo alegraron y otras lo llenaron de tristeza. Retrocedió después en el tiempo con la imaginación, rememorando su vida hasta llegar al día de la Fiesta de los Niños y su encuentro con la estrella, y volvió súbitamente a ver la pequeña figura danzante con

la varita mágica, y apartó avergonzado los ojos de la hermosura de la Reina.

Pero ella se rió como ya lo había hecho en el Valle de la Eterna Mañana.

—No te aflijas por mí, frente Estrellada —dijo—, ni te avergüences demasiado de tu propia gente. Acaso valga más una figurilla que el total olvido de Fantasía. Para algunos ése es el único atisbo; para otros es el despertar. Desde aquel día tú siempre has sentido en el corazón el deseo de verme, y yo he accedido a él. Pero nada más puedo darte. Al despedirme voy ahora a hacer de ti mi mensajero. Si ves al Rey, dile: «Ha llegado la hora. Que escoja.»

—Pero, Señora de Fantasía —tartamudeó—, ¿dónde está el Rey?

Porque muchas veces había hecho esta pregunta a la gente de Fantasía y todos daban la misma respuesta:

—No nos lo ha dicho.

Y respondió la Reina:

—Si él no te lo ha dicho, Frente Estrellada, tampoco yo puedo hacerlo. Pero viaja con frecuencia y puede encontrársele en lugares insospechados. Arrodíllate ahora en pleitesía.

Se arrodilló, y ella se inclinó y le puso la mano en la cabeza y una gran calma descendió sobre él; y parecía estar simultáneamente en el Mundo y en Fantasía, y al mismo tiempo fuera de ambos, contemplándolos, de modo que se sintió a la vez desvalido, poderoso y en paz. Cuando después de un rato la quietud pasó, alzó la cabeza y se levantó. El cielo amanecía, palidecían las estrellas y la Reina había desaparecido. Muy a lo lejos se escuchó el eco de una trompeta que sonaba en las montañas. El paraje elevado donde se encontraba estaba silencioso y desierto, y sabía que ahora su camino lo llevaba de nuevo al desamparo.

A sus espaldas quedaba ya muy distante el lugar de aquel en-cuentro, y aquí estaba él ahora, caminando entre hojas caídas y considerando todo lo que había visto y aprendido. Los pasos se aproximaron. Una voz dijo entonces de improviso a su lado:

—¿Vas en esta dirección, Frente Estrellada?

Se sobresaltó, y salió de su abstracción y vio junto a él a un hombre. Era alto, y caminaba con paso ligero y apresurado; vestía todo de verde oscuro y llevaba una capucha que le ensombrecía parcialmente el rostro. El herrero quedó perplejo, porque sólo los habitantes de Fantasía le llamaban Frente Estrellada, aunque no recordaba haber visto allí antes a este hombre; y no obstante advertía con desasosiego que el otro lo conocía:

—¿Adonde te diriges? —preguntó.

—Vuelvo a tu pueblo —contestó el hombre—, y espero que tú también.

—Así es —dijo el herrero—. Podemos ir juntos. Pero ahora que me acuerdo... Antes de iniciar el regreso una Gran Dama me confió un mensaje; pronto, sin

embargo, estaremos saliendo de Fantasía y no creo que yo retorne nunca aquí. ¿Y tú?

—Yo sí. Puedes confiármelo.

—Pero se trataba de un mensaje para el Rey. ¿Sabes tú dónde encontrarlo?

—Sí. ¿Cuál era el mensaje?

—La Dama sólo me pidió que le dijera: «Ha llegado la hora. Que escoja.»

—Entiendo. No te inquietes más.

Luego continuaron uno al lado del otro en silencio; sólo se oían las hojas al quebrarse bajo sus pies; pero al cabo de unas pocas millas, todavía dentro de las fronteras de Fantasía, el hombre se detuvo. Se volvió hacia el herrero y se retiró la capucha. Su acompañante lo reconoció entonces. Era Alf, el Aprendiz, como el herrero todavía lo llamaba en su fuero interno, recordando siempre el día en que vio al joven Alf en el Pabellón con el reluciente cuchillo en la mano para cortar la Tarta y los ojos resplandecientes a la luz de las velas. Ahora tenía que ser un anciano, porque había sido Cocinero Mayor durante muchos años; pero allí, de pie bajo la fronda del Bosque Exterior parecía el Aprendiz de mucho tiempo atrás, aunque con mayor señorío: no tenía canas, ni arrugas en el rostro, y los ojos le brillaban como si reflejaran una luz.

—Me gustaría hablar contigo, herrero, antes de llegar a tu país —dijo.

El herrero se quedó sorprendido, porque también él había deseado a menudo conversar con Alf, y nunca había podido hacerlo. Alf siempre lo saludaba con palabras afables y lo había mirado con ojos amistosos, a pesar de que parecía evitar hablar a solas con él. Ahora contemplaba al herrero con mirada amable; pero alzó la mano y tocó con el dedo índice la estrella de la frente.

Desapareció su reflejo en los ojos de Alf, y el herrero supo entonces que la estrella era la fuente de aquella luz, que tenía que haber estado brillando con fuerza, pero que en este momento se había oscurecido. Quedó sorprendido y retrocedió enfadado.

—¿No crees, Maestro Herrero —dijo Alf— que ya es hora de renunciar a esto?

—¿Es de tu incumbencia, Maestro Cocinero? —respondió el herrero—. ¿Y por qué habría de renunciar? ¿No es mía? Ella me eligió a mí. ¿No puede uno quedarse con las cosas que recibe, al menos como recuerdo?

—Algunas sí. Las que son regalos y se dan como recuerdo. Pero otras no se dan así. No pueden pertenecer siempre a una sola persona, ni ser consideradas como patrimonio familiar. Están en préstamo. No has pensado que tal vez alguien más pueda necesitarla. Pero así es. El tiempo apremia.

El herrero se sintió entonces perturbado, porque era un hombre generoso y recordaba con gratitud todo lo que debía a la estrella.

—¿Qué debo hacer, pues? —preguntó—. ¿He de dársela a uno de los Grandes del Reino de Fantasía? ¿Debo dársela al Rey? —Y mientras decía esto nació en su

corazón la esperanza de poder volver a Fantasía con semejante misión.

—Podrías dármela —dijo Alf—, pero acaso eso te resulte demasiado duro. ¿Querrías acompañarme hasta mi despensa y volverla a poner donde tu abuelo la dejó?

—No lo sabía —dijo el herrero.

—Soy el único que lo sabe. Estábamos los dos solos.

—Supongo entonces que ahora conoces cómo consiguió la estrella y por qué la dejó en la caja.

—La trajo de Fantasía: eso ya lo sabías antes de preguntarlo — contestó Alf—. La dejó allí con la esperanza de que pudiera llegar a ti, que eras su único nieto. Me lo dijo porque pensó que yo podría arreglarlo. Era el padre de tu madre. No sé si ella te habló mucho de él, si es que llegó a tener mucho que contar. Se llamaba Trotamundos y fue un gran viajero: había visto muchas cosas, y pudo también hacer otras muchas antes de asentarse y llegar a Cocinero Mayor. Pero se fue cuando tú sólo tenías dos años, y no lograron encontrar a nadie mejor que Nokes, pobrecillo, para ocupar el puesto. Sin embargo, y como esperábamos, con el tiempo yo llegué a Cocinero. Este año volveré a hacer una gran Tarta: no se recuerda a nadie más que la haya hecho dos veces. Me gustaría poner allí la estrella.

—De acuerdo, la tendrás —dijo el herrero. Miró a Alf como si estuviera intentando leerle los pensamientos—. ¿Sabes quién la va a encontrar?

—¿Te importa eso, Maestro Herrero?

—Me gustaría saberlo, si tú lo sabes, Maestro Cocinero. Podría hacerme más llevadera la pérdida de algo que estimo tanto... Mi nieto es demasiado pequeño.

—Puede que sí, puede que no. Ya veremos —dijo Alf.

Nada más se dijeron, y siguieron caminando hasta salir de Fantasía y llegar por fin al pueblo. Una vez allí se encaminaron al Pabellón; y en la Tierra se estaba entonces poniendo el sol y una luz roja llenaba los ventanales. Brillaban en la enorme puerta las tallas doradas y desde las gárgolas del tejado miraban rostros extraños y multicolores. No hacía mucho que habían renovado las vidrieras y pinturas del Pabellón, lo que había dado lugar a muchos debates en el Ayuntamiento. A unos les desagradaba, y dieron en llamarlo novedoso; pero otros de mayores luces sabían que aquello significaba un retorno a las antiguas costumbres. No obstante, como a nadie le supuso ni un solo penique y parecía que el propio Maestro Cocinero corría con los gastos, se le permitió llevar a cabo sus deseos. Pero el herrero no lo había visto nunca bajo una luz semejante y se quedó parado contemplando con asombro el Pabellón, cosa que le hizo olvidar lo que allí le traía.

Sintió que lo tocaban en el brazo, y Alf le hizo rodear el edificio hasta una portezuela trasera. La abrió y guió al herrero por un corredor estrecho hasta la despensa. Allí encendió un velón, abrió una alacena y bajó de un estante la caja

negra. Le habían sacado brillo y adornado con cintas plateadas.

Levantó la tapa y mostró la caja al herrero. Había un pequeño compartimiento vacío; los demás estaban ahora llenos de especias frescas, de fuerte aroma. Los ojos del herrero comenzaron a llenarse de lágrimas. Se llevó la mano a la frente y la estrella se desprendió con facilidad, pero sintió una súbita punzada de dolor y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Aunque la estrella volvió a brillar con fuerza en su mano, no podía verla, y sólo distinguía un borroso fulgor que le parecía muy lejano.

—No puedo ver bien —dijo—. Tendrás que ponerla tú por mí. —Extendió la mano, y Alf tomó la estrella y la colocó en su lugar y la estrella se apagó.

El herrero se dio la vuelta sin añadir una palabra y se encaminó a tientas hasta la puerta. En el umbral advirtió que la vista se le volvía a aclarar. Anochecía, y el lucero de la tarde brillaba próximo a la luna en un cielo luminoso. Al detenerse un momento a contemplar su hermosura, sintió una mano en el hombro y se volvió.

—Me has dado la estrella sin recibir nada a cambio —dijo Alf—. Si aún deseas saber en qué niño va a recaer, puedo decírtelo.

—Claro que sí.

—En quien tú indiques.

El herrero quedó desconcertado y su respuesta no fue inmediata.

—Bueno —dijo vacilante—. No sé qué pensarás de mi elección. Imagino que tienes escasos motivos para sentir afecto por el nombre de Nokes; pero, en fin, su bisnieto Tim va a ir a la Fiesta. Su padre es algo muy distinto.

—Lo he notado —dijo Alf—. Tuvo una madre sensata.

—Sí, hermana de mi mujer. Pero, aparte del parentesco, yo quiero a Tim. Aunque no sea una elección obvia.

Alf sonrió.

—Tampoco tú lo eras —dijo—. Pero estoy de acuerdo. La verdad es que yo ya había señalado a Tim.

—Entonces, ¿por qué me pediste que escogiera?

—Fue deseo de la Reina. Si hubieses elegido a otro, yo me habría conformado.

El herrero miró despacio a Alf. Luego, súbitamente, se inclinó en una profunda reverencia.

—Por fin entiendo, Señor —dijo—. Ha sido demasiado honor.

—Ha merecido la pena —respondió Alf—. Ahora regresa en paz a tu hogar.

Cuando el herrero llegó a su casa en las afueras del pueblo, al poniente, su hijo estaba a la puerta de la fragua. Acababa de cerrarla, concluido el quehacer diario, y estaba mirando el camino blanco por el que su padre solía regresar de los viajes. Al oír pasos se volvió, sorprendido de verlo venir del pueblo, y corrió a su encuentro. Lo apretó entre sus brazos en calurosa bienvenida.

—Te estaba esperando desde ayer, papá —dijo. Luego, observando el rostro de su padre, dijo preocupado—: ¡Qué cansado pareces! ¿Vienes desde muy lejos?

—Sí, desde muy lejos, hijo. Todo el camino desde el Alba hasta el Atardecer.

Entraron juntos en la casa, que estaba a oscuras, a excepción de las llamas que palpitaban en la chimenea. Encendió su hijo las velas y durante un rato estuvieron sentados junto al fuego sin hablar, pues una gran fatiga y aflicción se había apoderado del herrero. Por fin miró a su alrededor, como si volviera en sí, y dijo:

—¿Por qué estamos solos?

Su hijo lo miró con atención.

—¿Por qué? Mamá está en Wootton Menor, en casa de Nan. Su niño cumple dos años. Contaban con que tú también estuvieras allí.

—¡Ah, sí! Debía haber ido. Debía haberlo hecho, Ned, pero me entretuvieron; y he estado ocupado en cosas que durante algún tiempo me han hecho olvidar todo lo demás. Me he acordado, no obstante, del pequeño Tom.

Se llevó la mano al pecho y sacó un monedero de suave piel.

—Le he traído algo. Es posible que el viejo Nokes diga que es una baratija... Pero proviene de Fantasía, Ned.

Sacó de la bolsa un pequeño objeto de plata, que semejaba el tallo liso de un lirio diminuto en cuyo extremo brotaban tres flores delicadas que se inclinaban como verdaderas campanillas. Y eran campanillas, porque al moverlas ligeramente cada flor repicó con una nota clara y tímida. Vacilaron las velas con el dulce sonido y resplandecieron luego por un momento con luminosa blancura.

El asombro dilató los ojos de Ned.

—¿Puedo verlo, papá? —preguntó. Lo tomó entre los dedos con cuidado y miró dentro de las flores—. ¡Qué maravilla de trabajo! — dijo—. Y las campanillas tienen olor, papá: un aroma que me recuerda..., me recuerda..., bueno..., algo que he olvidado.

—Sí, el olor se sigue notando algún tiempo después del tintineo de las flores. Pero no tengas miedo de tocarlo, Ned. Está hecho para que sirva de juguete a los niños: ni pueden estropearlo ni a ellos les hará ningún daño.

El herrero volvió a introducir el regalo en el monedero y lo guardó.

—Mañana lo llevaré yo mismo a Wootton Menor —dijo—. Es posible que Nan, su marido y tu madre me perdonen. En cuanto al pequeño Tom, aún no tiene edad para distinguir un día de otro..., ni

las semanas, los meses o los años.

—Así es... Vete tú, papá. A mí me agradaría acompañarte, pero por ahora no puedo acercarme a Wootton Menor. Aunque no te hubiese estado esperando tampoco podría haber ido hoy. Hay mucha labor pendiente, y más que está a punto de llegar.

—¡No, no, hijo! ¡Tómate un día de fiesta! Que sea abuelo no significa que se me

hayan debilitado los brazos. ¡Que venga trabajo! Ahora va a haber aquí cuatro manos para hacerle frente todos los días laborables. No volveré a salir de viaje, Ned; viajes largos, ya sabes a qué me refiero.

—¿Va a ser así, papá? Me preguntaba qué habría ocurrido con la estrella. ¡Es lástima! —Tomó la mano de su padre—. Lo lamento por ti. Pero también tiene su lado bueno para esta casa. ¿Sabes, Maestro Herrero? Todavía puedes enseñarme mucho, si dispones de tiempo. Y no me refiero únicamente al trabajo del hierro.

Cenaron juntos, y mucho después de haber terminado seguían sentados a la mesa, mientras el herrero contaba a su hijo el último viaje a Fantasía y otras cosas que le venían a la memoria... Sin embargo, no aludió para nada al próximo portador de la estrella.

Por fin su hijo lo miró y dijo:

—Padre, ¿recuerdas el día en que regresaste con la Flor y yo dije que, por la sombra, parecías un gigante? Aquella sombra era la Verdad, como lo era la misma Reina con quien estuviste bailando. Y a pesar de todo has renunciado a la estrella. Espero que la reciba alguien con iguales merecimientos. El muchacho debiera estar agradecido.

—El muchacho no lo sabrá —dijo el herrero—. Así son esos regalos. Bueno, ya está hecho. La he pasado a otro y vuelvo al martillo y las tenazas.

Es extraño, pero el viejo Nokes, que se había burlado del Aprendiz, nunca había logrado olvidarse de cómo la estrella desapareció de la Tarta, a pesar de que aquello había sucedido hacía mucho tiempo. Su gordura y holgazanería habían ido en aumento, y se había retirado del puesto a los sesenta (que en el pueblo no era una edad avanzada). Tenía ahora cerca de los noventa, y una corpulencia enorme, porque seguía comiendo en abundancia y el azúcar lo enloquecía. Si no estaba sentado a la mesa, pasaba la mayor parte del día en un sillón junto a la ventana de su casa o, si hacía buen tiempo, en la puerta. Le gustaba charlar, pues aún le quedaban por airear muchas ideas; pero últimamente su charla solía derivar hacia aquella Gran Tarta que él había hecho (cosa que creía a pies juntillas), porque siempre que se dormía la veía en sueños. El Aprendiz se detenía a veces a conversar con él un minuto o dos. El viejo cocinero le seguía llamando por ese nombre y esperaba que a él se le llamara Maestro. Así procuraba hacerlo el Aprendiz, lo que era un punto a su favor, aunque Nokes sentía mayor simpatía por otras personas.

Una tarde Nokes cabeceaba en su silla junto a la puerta después de comer. Despertó sobresaltado y vio al Aprendiz de pie junto a él, contemplándolo.

—¡Hola! —dijo—. Me alegro de verte, porque sigo dándole vueltas a aquella Tarta. De hecho estaba pensando en ella ahora mismo. Nunca he hecho otra mejor, que no es poco decir. Pero acaso tú la hayas olvidado.

—No, Maestro. Me acuerdo muy bien. Pero ¿qué es lo que le inquieta? Fue una

buena Tarta, y todos disfrutaron de ella y la encomiaron.

—Naturalmente, como que la hice yo. Pero no es eso lo que me preocupa. Es aquella pequeña baratija, la estrella. No consigo explicarme qué fue de ella. Es evidente que no se derritió. Yo sólo lo dije para evitar que los niños tuvieran miedo. Me pregunto si no se la tragaría alguno de ellos. Aunque no es probable. Te puedes tragar una de esas monedillas y no darte cuenta, pero no aquella estrella. Aunque era pequeña, tenía puntas afiladas.

—Sí, Maestro. Pero ¿sabe con seguridad de qué estaba hecha? No le dé más vueltas. Le aseguro que alguien se la tragó.

—Pero ¿quién? ¡Vamos, tengo buena memoria! Y de una forma u otra sigo recordando aquel día. Puedo repetir los nombres de todos los niños. Déjame pensar. ¡Tiene que haber sido Molly, la hija del molinero! Tenía un gran apetito y en un segundo engulló su trozo. Ahora está gorda como una foca.

—Sí, algunas personas se ponen como focas, Maestro. Pero

Molly no hizo desaparecer su parte en un santiamén. Encontró dos regalillos.

—¡Ah! ¿Sí? Bueno, entonces fue Harry, el del tonelero. Un muchacho gordo como un barril y con una boca grande como una rana.

—Yo habría dicho, Maestro, que era un chico agradable, con una sonrisa amplia y amistosa. De todos modos, tuvo tanto cuidado que desmenuzó por entero su parte antes de comérsela. Y no encontró sino pastel.

—Entonces tiene que haber sido aquella niña pálida, Lily, la hija del pañero. De muy pequeña solía tragarse alfileres y nunca le pasó nada.

—Lily no, Maestro. Sólo comió la corteza y el azúcar, y lo de dentro se lo dio al chico que tenía al lado.

—En ese caso, me rindo. ¿Quién fue? Tú pareces haber estado observando con mucha atención. Eso si no estás inventándotelo todo.

—Fue el hijo del herrero, Maestro. Y creo que le vino bien.

—¡Vamos! —se rió Nokes—. Pude haberme dado cuenta de que estabas jugando conmigo. ¡No seas ridículo! El hijo del herrero era entonces un muchacho tranquilo y reposado. Ahora mete más ruido: tengo entendido que es algo poeta. Pero es precavido. No hay peligro con él. Mastica dos veces antes de tragar, y siempre lo ha hecho, a ver si me entiendes.

—Sí, Maestro. Bueno, si no cree que fue él, nada puedo hacerle. Acaso tampoco importe mucho. ¿Se quedará más tranquilo si le digo que la estrella está otra vez en la caja? Mírela.

El Aprendiz llevaba una capa de color verde oscuro, en la que Nokes no había reparado hasta entonces. De entre sus pliegues sacó la caja negra y la abrió ante las mismas narices del anciano cocinero.

—Aquí está la estrella, Maestro. En este rincón.

El viejo Nokes empezó a toser y estornudar, pero por fin miró dentro de la caja.

—Así es —dijo—. Al menos se le parece.

—Es la misma, Maestro. Hace aún pocos días que yo la puse aquí. Y este invierno volverá a estar en la Gran Tarta.

—¡Aja! —dijo Nokes, mirando de soslayo al Aprendiz. Y luego se estuvo riendo hasta que todo él se convulsionó como si fuera de gelatina.

—¡Ya veo, ya veo! Veinticuatro muchachos y veinticuatro porciones con su respectiva sorpresa, y la estrella en una porción extra. Así que la escamoteaste antes de la cocción y te la guardaste para otra oportunidad. Un pillastre es lo que siempre fuiste; un vivo, pudiera decirse. Y ahorrador: no desperdiciabas ni una brizna de mantequilla. Ja, ja, ja! De modo que así fue. Debía haberlo supuesto. Bueno, pues ya se ha aclarado. Ahora puedo echar tranquilo una cabezada. —Se arrellanó en la silla —. ¡Cuidado con que tu aprendiz no te juegue a ti alguna treta! Dicen que uno siempre encuentra la horma de su zapato. —Y cerró los ojos.

—Adiós, Maestro —saludó el Aprendiz, cerrando la caja con un golpe tal que el cocinero volvió a abrir los ojos—. Nokes —dijo—, eres tan sabio que sólo dos veces me he aventurado a decirte algo. Te dije que la estrella venía de Fantasía, y acabo de decirte que la recibió el herrero. Y te has reído de mí. Añadiré una sola cosa más antes de marchar. ¡No vuelvas a reírte! Eres un viejo impostor, vanidoso, gordo, holgazán y bellaco. Yo hice casi todo tu trabajo. Sin darme jamás las gracias, aprendiste de mí cuanto te fue posible..., menos el respeto por Fantasía y un poco de educación, que ni siquiera te alcanza para darme los buenos días.

—Si de educación hablamos —dijo Nokes—, por ningún lado la veo en tus insultos a quienes te superan en años y en condición. ¡Vete al diablo con tu Fantasía y tus memeces! ¡Buenos días!, si eso es lo que estabas esperando. ¡Ahora lárgate! —Agitó burlonamente la mano—. Si tienes escondido en la cocina a uno de esos fantásticos amigos tuyos, envíamelo y le echaré un vistazo. Si agita su varita mágica y logra adelgazarme, le tendré en mayor estima —rió.

—¿Dispones de unos momentos para el Rey de Fantasía? — respondió su interlocutor, que para consternación de Nokes crecía cada vez más en altura a medida que hablaba. Se echó atrás la capa. Llevaba el atuendo de Cocinero Mayor en día de gala, pero las ropas blancas resplandecían y destellaban, y en su frente apareció una joya de gran tamaño, como una radiante estrella. Era el suyo un rostro joven, aunque severo.

—Anciano —dijo—, al menos en años no me superas. En cuanto a mejor que yo, a menudo te has burlado de mí a mis espaldas. ¿Quieres desafiarme ahora abiertamente? —Dio un paso adelante y Nokes se apartó asustado. Intentó pedir socorro a gritos, pero descubrió que apenas si le salía un hilo de voz.

—¡No, no, Señor! —musitó—. ¡No me haga daño! ¡Sólo soy un pobre anciano!

El rostro del Rey se aplacó.

—¡Ay, sí! Razón tienes. No temas, tranquilízate. Pero ¿no esperas que el Rey de Fantasía haga algo por ti antes de irse? Que tu deseo se cumpla. ¡Adiós! Duerme ahora.

Se envolvió dé nuevo en la capa y partió en dirección al Pabellón. Pero antes de que desapareciera de su vista, los ojos atónitos del viejo cocinero ya se habían cerrado, y entonces comenzó a roncar.

Cuando volvió a despertarse, el sol ya se estaba poniendo. Se frotó los ojos y se estremeció ligeramente, porque el aire otoñal era fresco.

—¡Agh! ¡Qué sueños! —dijo—. Debe de haber sido la carne de cerdo que he comido.

A partir de entonces tuvo tanto miedo a sufrir malos sueños como aquél, que apenas se atrevía a comer algo por temor a que le sentase mal, y sus comidas vinieron a ser muy frugales y sencillas. Pronto adelgazó, y la ropa y la piel le colgaban en arrugados pliegues. Los niños le llamaban Viejo Espantapájaros. Después, durante algún tiempo, descubrió que podía volver a dar unas vueltas por el pueblo y caminar sin más ayuda que un bastón. Y vivió muchos años más de los que hubiera vivido de la otra forma. Se comenta que llegó incluso a cumplir el siglo: la única cosa digna de recuerdo que hizo. Pero hasta su último año de vida pudo oírsele decir a todo el que quería prestar oídos a su relato:

—Inquietante, podríais decir; aunque un sueño estúpido, cuando piensas en ello. ¡Rey de Fantasía! ¡Pues vaya! No tenía ni varita mágica. Y si dejas de comer, adelgazas. Eso es lógico. Cae por su peso. No tiene nada de mágico.

Y llegó el día de la Fiesta de los Veinticuatro. Allí estaba el he-rrero para cantar sus canciones y su mujer para atender a los niños. El herrero los contempló mientras cantaban y bailaban, y pensó que eran más hermosos y vivaces de lo que ellos habían sido en su infancia... Súbitamente se le ocurrió preguntarse qué habría estado haciendo Alf en sus ratos libres. Cualquier niño parecía digno de recibir la estrella. Pero la mirada del herrero seguía casi siempre a Tim: un muchachito más bien regordete, torpe en el baile, aunque con una voz dulce cuando cantaba. Estaba sentado a la mesa en silencio, observando cómo afilaban el cuchillo y partían la Tarta. Inesperadamente, alzó la voz:

—Señor Cocinero, córteme sólo un trozo pequeño, por favor. He comido tanto que me siento bastante lleno.

—Bueno, Tim —dijo Alf—. Voy a cortarte un trozo especial. Vas a ver qué bien te lo comes.

El herrero estuvo atento mientras Tim comía el pastel con parsimonia, aunque con evidente deleite; pero pareció decepcionado al no encontrar ninguna sorpresa ni moneda. Pronto, sin embargo, comenzó a brillarle en los ojos una luz, y se echó a reír

y se llenó de contento, y cantaba en voz baja para sí mismo. Luego se levantó y empezó a bailar solo, con una gracia extraña que nunca antes se le había notado. Todos los niños reían y aplaudían.

«Entonces todo va bien —pensó el herrero—. Así que eres mi heredero. Me gustaría saber a qué lugares inciertos ha de llevarte la estrella. ¡Pobre viejo Nokes! Aunque supongo que nunca llegará a saber que en su propia familia ha ocurrido algo tan sorprendente.»

Nunca lo supo. Pero en aquella fiesta sucedió algo que le agradó sobremanera. Antes de finalizar, el Maestro Cocinero se despidió de los niños y de todos los presentes.

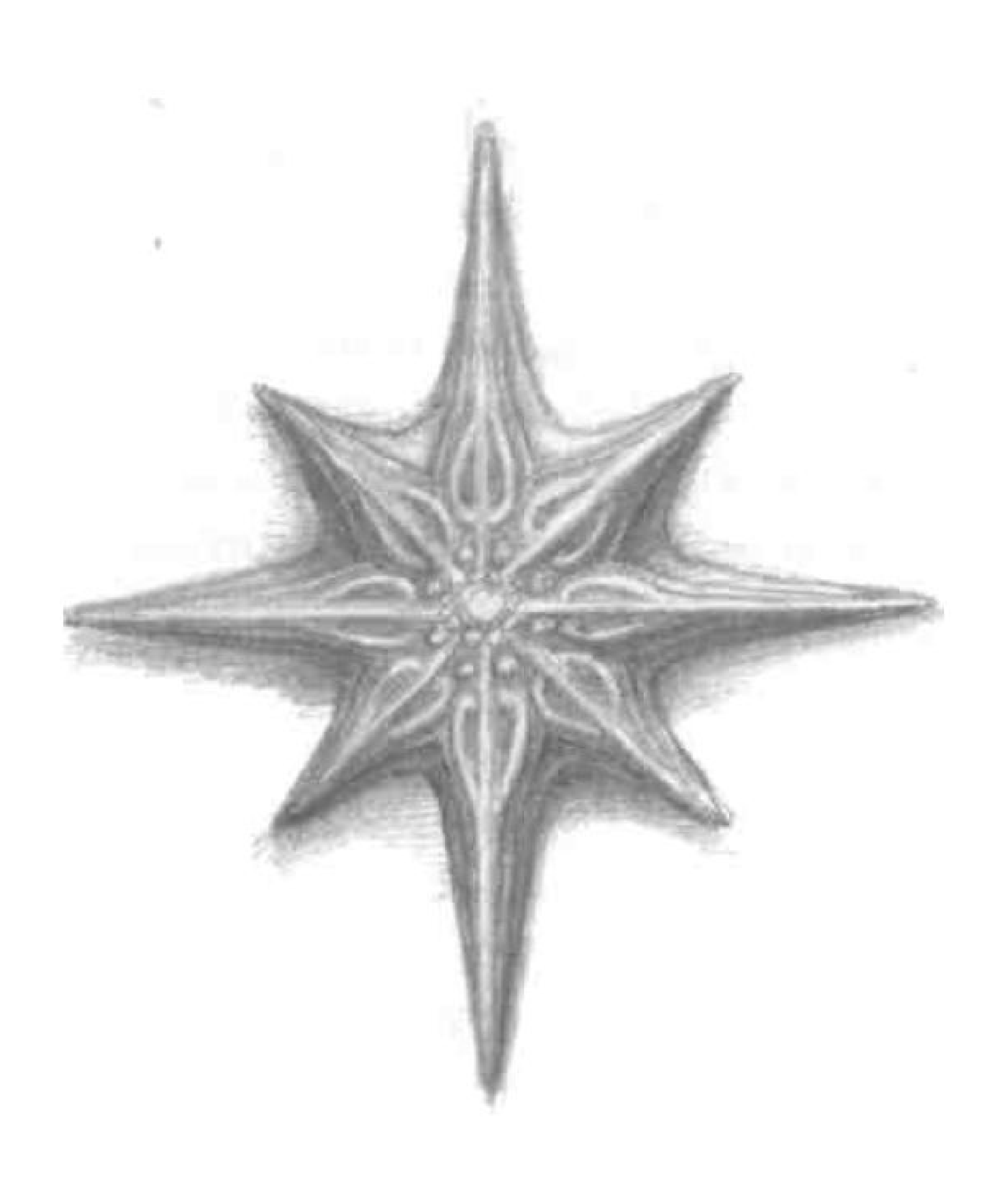
—Ha llegado la hora de decirnos adiós —comentó—. Dentro de un día o dos me marcharé de aquí. El Maestro Harper está bien preparado para hacerse cargo del puesto. Es muy buen cocinero y, como sabéis, es de vuestro propio pueblo. Yo regreso a mi casa. No creo que me echéis de menos.

Los niños despidieron al Cocinero con buen humor, y le dieron

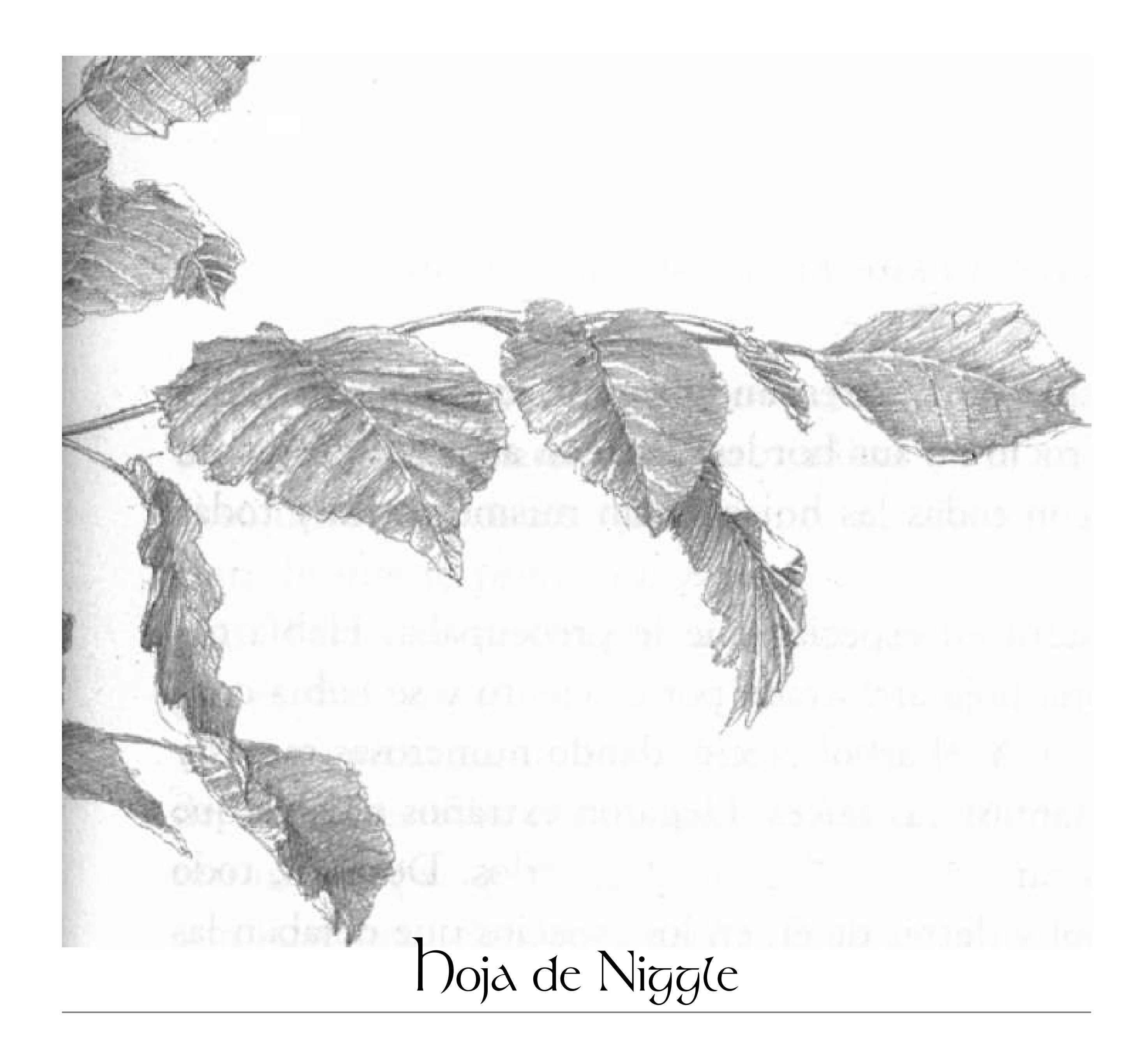
las gracias afectuosamente por su hermosa Tarta. Sólo el pequeño Tim le cogió la mano y le dijo muy quedo: —Lo siento.

De hecho, en el pueblo hubo varias familias que durante algún tiempo echaron de menos a Alf. Algunos de sus amigos, en particular el herrero y Harper, lamentaron su marcha, y cuidaron de los dorados y pinturas del Pabellón en recuerdo suyo. Casi todo el mundo, no obstante, se sintió satisfecho. Llevaba mucho tiempo con ellos y no sintieron que se produjese cambio alguno. Pero el viejo Nokes golpeó el suelo con su bastón y dijo con rotundidad:

—¡Por fin se ha ido! Y sé de alguien que se alegra. A mí nunca me agradó. Era un pillo. Demasiado listo, diría yo.







Hoja de Niggle

Había una vez un pobre hombre llamado Niggle, que tenía que hacer un largo viaje. El no quería; en realidad, todo aquel asunto le resultaba enojoso, pero no estaba en su mano evitarlo. Sabía que en cualquier momento tendría que ponerse en camino, y sin embargo no apresuraba los preparativos.

Niggle era pintor. No muy famoso, en parte porque tenía otras muchas cosas que atender, la mayoría de las cuales se le antojaban un engorro; pero cuando no podía evitarlas (lo que en su opinión ocurría con excesiva frecuencia) ponía en ellas todo su empeño. Las leyes del país eran bastante estrictas. Y existían además otros obstáculos. Algunas veces se sentía un tanto perezoso y no hacía nada. Por otro lado, era en cierta forma un buenazo. Ya conocen esa clase de bondad. Con más frecuencia lo hacía sentirse incómodo que obligado a realizar algo. E incluso cuando pasaba a la acción, ello no era óbice para que gruñese, perdiera la paciencia y maldijese (la mayor parte de las veces por lo bajo).

En cualquier caso, lo llevaba a hacer un montón de chapuzas para su vecino el señor Parish, que era cojo. A veces incluso echaba una mano a gentes más distantes si acudían a él en busca de ayuda. Al mismo tiempo, y de cuando en cuando, recordaba su viaje y comenzaba sin mucha convicción a empaquetar algunas cosillas. En estas ocasiones no pintaba mucho. Tenía unos cuantos cuadros comenzados, casi todos demasiado grandes y ambiciosos para su capacidad. Era de esa clase de pintores que hacen mejor las hojas que los árboles. Solía pasarse infinidad de tiempo con una sola hoja, intentando captar su forma, su brillo y los reflejos del rocío en sus bordes. Pero su afán era pintar un árbol completo, con todas las hojas de un mismo estilo y todas distintas.

Había un cuadro en especial que le preocupaba. Había comenzado como una hoja arrastrada por el viento y se había convertido en un árbol. Y el árbol creció, dando numerosas ramas y echando las más fantásticas raíces. Llegaron extraños pájaros que se posaron en las ramitas y hubo que atenderlos. Después, todo alrededor del árbol y detrás de él, en los espacios que dejaban las hojas y las ramas, comenzó a crecer un paisaje. Y aparecieron atisbos de un bosque que avanzaba sobre las tierras de labor y montañas coronadas de nieve. Niggle dejó de interesarse por sus otras pinturas. O si lo hizo fue para intentar adosarlas a los extremos de su gran obra. Pronto el lienzo se había ampliado tanto que tuvo que echar mano de una escalera; y corría, arriba y abajo, dejando una pincelada aquí, borrando allá unos trazos. Cuando llegaban visitas se portaba con la cortesía exigida, aunque no dejaba de jugar con el lápiz sobre la mesa. Escuchaba lo que le decían, sí, pero seguía pensando en su gran lienzo, para el que había levantado un enorme cobertizo en el huerto, sobre una parcela en la que en otro tiempo cultivara patatas.

No podía evitar ser amable. «Me gustaría tener más carácter», se decía algunas veces, queriendo expresar su deseo de que los problemas de otras personas no le afectasen. Pasó algún tiempo sin que le molestaran mucho. «Cueste lo que cueste —solía decir—, acabaré este cuadro, mi obra maestra, antes de que me vea obligado a emprender ese maldito viaje.» Pero comenzaba a darse cuenta de que no podría posponerlo indefinidamente. El cuadro tenía que dejar de crecer y había que terminarlo. Un día, Niggle se plantó delante de su obra, un poco alejado, y la contempló con especial atención y desapasionamiento. No tenía sobre ella una opinión muy definida, y habría deseado tener algún amigo que lo orientase. En realidad no le satisfacía en absoluto, y sin embargo la encontraba muy hermosa, el único cuadro verdaderamente hermoso del mundo. En aquellos momentos le hubiera gustado verse a sí mismo entrar en el cobertizo, darse unas palmaditas en la espalda y decir (con absoluta sinceridad): «¡Realmente magnífico! Para mí está muy claro lo que te propones. Adelante, y no te preocupes por nada más. Te conseguiremos una subvención oficial para que no tengas problemas».

Sin embargo, no había subvención. Y él era muy consciente de que necesitaba concentrarse, trabajar, un trabajo serio e ininterrumpido, si quería terminar el cuadro, incluso aunque no lo ampliase más. Se arremangó y comenzó a concentrarse. Durante varios días intentó no preocuparse por otros temas. Pero se vio interrumpido de forma casi continua. En casa las cosas se torcieron; tuvo que ir a la ciudad a formar parte de un jurado; un conocido cayó enfermo; el señor Parish sufrió un ataque de lumbago y no cesaron de llegar visitas. Era primavera y les apetecía un té gratis en el campo. Niggle vivía en una casita agradable, a varias millas de la ciudad. En su interior los maldecía, pero no podía negar que él mismo los había invitado tiempo atrás, en el invierno, cuando a él no le había parecido una interrupción ir de tiendas y tomar el té en la ciudad con sus amistades. Trató de endurecer su corazón, pero sin resultado. Había muchas cosas a las que no tenía cara para negarse, las considerase obligaciones o no; y había ciertas cosas que se veía obligado a hacer, pensara lo que pensase. Algunas de las visitas dieron a entender que el huerto parecía bastante descuidado y que podría recibir la visita de un inspector. Desde luego, pocos tenían noticia de su cuadro; pero aunque lo hubiesen sabido, tampoco habría mucha diferencia. Dudo que hubiesen pensado que era muy importante. Me atrevería a decir que no era muy bueno, aunque tuviera algunas partes logradas. El árbol, sobre todo, era curioso. En cierto modo, muy original. Igual que Niggle, aunque él era también un hombrecillo de lo más común, y bastante simple.

Llegó por fin el momento en que el tiempo de Niggle se volvió sumamente precioso. Sus amistades, allá lejos en la ciudad, comenzaron a recordar que el pobre hombre debía hacer un penoso viaje, y algunos calculaban ya cuánto tiempo, como máximo, podría posponerlo. Se preguntaban quién se quedaría con la casa y si el huerto presentaría un aspecto más cuidado.

Había llegado el otoño, muy húmedo y ventoso. El hombre se encontraba en el cobertizo. Estaba subido en la escalera, tratando de plasmar el reverbero del sol poniente sobre la nevada cumbre de una montaña que había visualizado justo a la izquierda y al extremo de una rama cargada de hojas. Sabía que se vería obligado a marcharse pronto; quizás al comienzo del nuevo año. Sólo tenía tiempo de terminar el cuadro, y aun así no de modo definitivo: había algunos puntos donde sólo tendría tiempo para esbozar lo que pretendía.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo con brusquedad, y bajó de la escalera.

Era su vecino Parish: el único cercano, pues los demás vivían a bastante distancia. No sentía, sin embargo, un aprecio especial por él, porque a menudo se veía en apuros y precisaba ayuda, y en parte también porque no le interesaba nada la pintura, al tiempo que no cesaba de criticarle el huerto. Cuando Parish lo contemplaba (lo que ocurría con frecuencia) veía sobre todo malas hierbas; y cuando miraba los cuadros

de Niggle (rara vez), sólo veía manchas verdes y grises, y líneas negras que se le antojaban completamente sin sentido. No le importaba hablar de las hierbas (era su deber de vecino), pero se abstenía de dar cualquier opinión sobre los cuadros. Pensaba que era una postura muy agradable, y no se daba cuenta de que, aun siéndolo, no resultaba suficiente. Un poco de ayuda con las hierbas (y quizás alguna alabanza para los cuadros) habría sido mejor.

—Bien, Parish, ¿qué hay? —dijo Niggle.

—Ya sé que no debería interrumpirlo —dijo Parish, sin echar una sola mirada al cuadro—. Estará usted ocupadísimo, estoy seguro. — Niggle había pensado decir algo por el estilo, pero perdió la oportunidad.

Todo lo que dijo fue:

—Sí.

—Pero no tengo ningún otro a quien acudir —añadió Parish.

—Así es —dijo Niggle con un suspiro: uno de esos suspiros que son un comentario personal, pero que en parte dejamos aflorar—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Mi mujer lleva ya algunos días enferma y estoy empezando a preocuparme —dijo Parish—. Y el viento se ha llevado la mitad de las tejas de mi casa y me entra la lluvia en el dormitorio. Creo que debería llamar al doctor y a los albañiles, pero ¡tardan tanto en acudir! Pensaba si no tendría usted algunas maderas y lienzos que no le hagan falta, aunque sólo sea para poner un parche y poder tirar un día o dos más. —Fue entonces cuando dirigió la mirada al cuadro.

—¡Vaya, vaya! —dijo Niggle—. Sí que tiene mala suerte. Espero que lo de su esposa sólo sea un constipado. Enseguida voy y le ayudo a trasladarla al piso bajo.

—Muchas gracias —dijo Parish con notable frialdad—, pero no es un constipado; es una calentura. No lo hubiera molestado por un simple catarro. Y mi mujer ya guarda cama en el piso bajo: con esta pierna no puedo andar subiendo y bajando bandejas. Pero ya veo que está ocupado. Lamento de veras la molestia. Tenía esperanzas de que pudiese perder el tiempo preciso para ir a avisar al médico, viendo la situación en que me hallo; y al albañil también, si de verdad no le sobran lienzos.

—No faltaba más —dijo Niggle, aunque otras palabras se le agolpaban en el ánimo, donde en aquel momento había más debilidad que amabilidad—. Podría ir; iré, si está tan preocupado.

—Lo estoy y mucho. ¡Ojalá no padeciera esta cojera! —dijo Parish.

Así que Niggle fue. Ya veis, aquello resultaba de lo más curioso. Parish era su vecino más cercano; los demás quedaban bastante lejos. Niggle tenía una bicicleta, y Parish no; ni siquiera podía montar: era cojo de una pierna, una cojera seria que le causaba muchos dolores; merecía la pena tenerlo en cuenta, igual que su expresión desabrida y su voz quejumbrosa. A su vez, Niggle tenía un cuadro y apenas tiempo para terminarlo. Parecía lógico que fuese Parish el que tuviese aquello en cuenta, no

Niggle.

Parish, sin embargo, no se tomaba en serio la pintura, y Niggle no podía cambiar aquel hecho.

—¡Maldita sea! —rezongó para sí mientras sacaba la bicicleta.

Había humedad y viento, y la luz del día estaba ya desvaneciéndose.

«Hoy se acabó el trabajo para mí», pensó Niggle. Y mientras pedaleaba, no cesó de echar pestes para sus adentros ni de ver pinceladas en la montaña y en la vegetación inmediata, que, en un principio, había imaginado primaveral. Sus dedos se crispaban sobre el manillar. Ahora que ya no estaba en el cobertizo intuyó perfectamente la forma de tratar aquella brillante línea de hojas que enmarcaba la lejana silueta de la montaña. Pero pesaba en su corazón una congoja, una especie de temor de que nunca tendría ya la oportunidad de intentarlo.

Niggle encontró al médico, y dejó una nota donde el albañil, que ya había cerrado para irse a descansar junto al fuego de su chimenea. Niggle se empapó hasta los huesos, y cogió también él un resfriado. El médico no se dio tanta prisa como Niggle. Llegó al día siguiente, lo que le resultó mucho más cómodo, pues para entonces ya había, en casas vecinas, dos pacientes a los que atender. Niggle estaba en cama con fiebre alta, y en su cabeza y en el techo tomaban forma maravillosos entramados de hojas y ramas. No le fue de ningún consuelo saber que la señora Parish sólo tenía catarro, y que ya lo estaba superando. Volvió la cara hacia la pared, y buscó refugio en las hojas.

Permaneció en cama algún tiempo. El viento seguía soplando y se llevó otro buen número de tejas de la casa de Parish, y también algunas de la de Niggle. En el tejado aparecieron goteras. El albañil seguía sin presentarse. Niggle no se preocupó; al menos, durante un día o dos. Luego se arrastró fuera de la cama para buscar algo de comer (Niggle no tenía mujer). Parish no volvió. La humedad se le había metido en la pierna, que le dolía, y su mujer estaba muy ocupada recogiendo el agua y preguntándose si —ese señor Niggle— no se habría olvidado de avisar al albañil. Si ella hubiera entrevisto la más mínima posibilidad de pedirle prestado algo que les fuese útil, habría enviado allí a Parish, le doliese o no la pierna; pero no se le ocurrió nada, de modo que se olvidaron del vecino.

Al cabo de unos siete días, Niggle volvió con pasos inseguros hasta el cobertizo. Intentó subirse a la escalera, pero la cabeza se le iba. Se sentó y contempló el cuadro; aquel día no había hojas en su imaginación ni vislumbres de montañas. Podía haber pintado un desierto arenoso que se perdía allá a lo lejos, pero le faltaron energías.

Al día siguiente se sintió mucho mejor. Subió a la escalera y empezó a pintar. Había comenzado ya a enfrascarse en el trabajo cuando oyó una llamada en la puerta.

—¡Maldita sea! —dijo Niggle; aunque le hubiera dado igual responder con educación—: ¡Adelante! —porque de todas maneras la puerta se abrió. En esta

ocasión entró un hombre de buena estatura, un perfecto desconocido.

—Esto es un estudio privado —dijo Niggle—. Estoy ocupado, ¡váyase!

—Soy inspector de inmuebles —dijo el hombre, manteniendo en alto sus credenciales de forma que Niggle las pudiera ver desde la escalera.

—¡Oh! —dijo.

—La casa de su vecino está muy descuidada —dijo el Inspector.

—Ya lo sé —dijo Niggle—. Les dejé una nota a los albañiles hace bastante tiempo, pero no han venido. Luego yo caí enfermo.

—Ya —dijo el Inspector—. Pero ahora no está enfermo.

—Pero yo no soy el albañil. Parish debió presentar una reclamación al Ayuntamiento y conseguir ayuda del Servicio de Urgencias.

—Están ocupados con daños más importantes que cualquiera de éstos —dijo el Inspector—. Ha habido inundaciones en el valle y numerosas familias se han quedado sin hogar. Usted debía haber ayudado a su vecino a hacer unos arreglos provisionales y evitar así perjuicios cuya reparación fuese más costosa. Lo dicta la ley. Tiene aquí cantidad de materiales: lienzo, madera, pintura impermeable.

—¿Dónde? —preguntó Niggle, indignado.

—Ahí —dijo el Inspector señalando el cuadro.

—¡Mi cuadro! —exclamó Niggle.

—Me temo que sí —dijo el Inspector—, pero primero son las casas. La ley es la ley.

—Pero no puedo... —Niggle no dijo más, porque en ese momento entró otro hombre. Se parecía mucho al Inspector, casi como un doble, alto, vestido de negro.

—Vamos —dijo—. Soy el chófer.

Niggle bajó la escalera tambaleándose. Parecía haberle vuelto la fiebre y la cabeza se le iba. Sintió frío en todo el cuerpo.

—¿Chófer? ¿Chófer de quién? —murmuró—. ¿Chófer de qué?

—Suyo y de su coche —dijo el hombre—. Hace tiempo que el vehículo estaba pedido. Por fin ha llegado. Lo está esperando. Ya sabe usted que hoy sale de viaje.

—Eso es —dijo el Inspector—. Tiene que marcharse. Mal comienzo para un viaje, dejar las cosas sin terminar. Pero, en fin, al menos ahora podremos dar alguna utilidad a este lienzo.

—¡Dios mío! —dijo el pobre Niggle, echándose a llorar—. Ni siquiera está terminado.

—¿No lo ha acabado? —dijo el chófer—. Bueno, de cualquier forma, y por lo que a usted respecta, ya está todo hecho. ¡Vámonos!

Niggle salió en completo silencio. El chófer no le dio tiempo a hacer las maletas, pues según él las debía haber preparado antes e iban a perder el tren. Todo lo que Niggle pudo recoger fue una bolsa en el vestíbulo. Se dio cuenta de que sólo contenía

una caja de pinturas y un cuadernillo con sus propios apuntes: ni comida ni ropas. Llegaron a tiempo para tomar el tren. Niggle se sentía cansado y adormecido; a duras penas fue consciente de lo que pasaba cuando lo empujaron dentro de un compartimiento. No le importaba mucho; había olvidado para qué o hacia dónde se suponía que iba. El tren penetró casi enseguida en un negro túnel.

Niggle despertó en una amplia estación, débilmente iluminada. Un maletero iba gritando a lo largo del andén; pero no voceaba el nombre de la estación, sino «¡Niggle!»

Niggle bajó a toda prisa y se dio cuenta de que había olvidado el maletín. Dio media vuelta, pero el tren ya se alejaba.

—¡Ah! —dijo el maletero—. Es usted. ¡Sígame ¡Cómo! ¿No tiene equipaje? Tendrá que ir al asilo.

Niggle se sintió muy enfermo y cayó desmayado en el andén. Lo subieron a una ambulancia y se lo llevaron a la enfermería del asilo. No le gustó nada el tratamiento. La medicación que le daban era amarga. Los enfermeros y celadores eran fríos, silenciosos y estrictos; y nunca veía a otras personas, salvo a un médico muy severo que lo visitaba de cuando en cuando. Más parecía encontrarse en una cárcel que en un hospital. Tenía que realizar un trabajo pesado, de acuerdo con un horario establecido: cavar, carpintería, y pintar de un solo color simples tableros. Nunca se le permitió salir, y todas las ventanas daban al interior. Lo mantenían a oscuras durante horas y horas, «para que pueda meditar», decían. Perdió la noción del tiempo. Y no parecía que empezase a mejorar, al menos si por mejorar entendemos encontrar algún placer en realizar las cosas. Ni siquiera ir a dormir se lo proporcionaba.

Al principio, durante el primer siglo o así (yo me limito simplemente a exponer sus impresiones), solía preocuparse sin ningún sentido por el pasado. Mientras permanecía echado en la oscuridad, se repetía una y otra vez lo mismo: «¡Ojalá hubiera visitado a Parish durante la mañana que siguió al ventarrón! Era mi intención. Hubiera sido fácil volver a colocar las primeras tejas sueltas. Seguro que entonces la señora Parish no habría cogido aquel catarro. Y yo tampoco me habría resfriado. Habría dispuesto de una semana más». Pero con el tiempo fue olvidando para qué había deseado aquellos siete días. A partir de entonces, si se preocupó de algo fue de sus tareas en el hospital. Las planeaba con antelación, pensando cuánto tiempo le llevaría evitar que se resquebrajase aquel tablero, a justar una puerta o arreglar la pata de la mesa. Parece fuera de duda que llegó a ser bastante servicial, si bien nadie se lo dijo nunca. Aunque, claro, no era ésta la razón por la que retuvieron tanto tiempo al pobrecillo. Debían haber estado esperando a que mejorase, y juzgaban la «mejoría» de acuerdo con un extraño y peculiar sistema médico.

De todas formas, el pobre Niggle no obtenía ningún placer de aquella vida. Ni siquiera los que él había aprendido a llamar placeres. No se divertía, desde luego;

pero tampoco podía negarse que comenzaba a experimentar un sentimiento de, digamos, satisfacción: a falta de pan... Se había acostumbrado a iniciar su trabajo tan pronto como sonaba una campana y a dejarlo al sonar la siguiente, todo recogido y listo para poderlo continuar cuando fuera preciso. Hacía muchas cosas al cabo del día. Terminaba sus trabajillos con todo primor. No tenía tiempo libre (excepto cuando se encontraba solo en su celda) y, sin embargo, comenzaba a ser dueño del tiempo; comenzaba a saber qué hacer con él. Allí no existía ninguna sensación de prisa. Disfrutaba ahora de mayor paz interior, y en los momentos de descanso podía descansar de verdad.

Entonces, de improviso, le cambiaron todo el horario; casi no le permitían ir a la cama. Lo apartaron totalmente de la carpintería y lo mantuvieron cavando una jornada tras otra. Lo aceptó bastante bien: pasó mucho tiempo antes de que intentase rebuscar en el fondo de su espíritu las maldiciones que casi había olvidado. Estuvo cavando hasta que le dio la impresión de tener rota la espalda, las manos se le quedaron en carne viva y comprendió que era incapaz de levantar una palada más de tierra. Nadie le dio las gracias. Pero el médico se acercó y echó una ojeada.

—¡Basta! —dijo—. Descanso absoluto. A oscuras.

Niggle yacía en la oscuridad, completamente relajado, y como no había sentido ni pensado nada en absoluto, no podía asegurar si llevaba allí horas o años. Fue entonces cuando oyó voces: unas voces que nunca había oído antes. Parecía tratarse de un consejo de médicos, o quizá de un jurado reunido, en una habitación inmediata y seguramente con la puerta abierta, aunque no veía ninguna luz.

—Ahora el caso Niggle —dijo una Voz severa, más severa que la del doctor.

—¿De qué se trata? —dijo una Segunda Voz, que se podría calificar de amable, aunque no era suave; era una voz que destilaba autoridad y sonaba a un tiempo esperanzadora y triste—. ¿Qué le pasa a Niggle? Tenía el corazón en su sitio.

—Sí, pero no funcionaba bien —dijo la Primera Voz—. Y no tenía la cabeza bien encajada; pocas veces se detenía a pensar. Fíjese en el tiempo que perdía, y sin siquiera divertirse. Nunca terminó de prepararse para el viaje. Vivía con cierto desahogo y, sin embargo, llegó aquí con lo puesto, y hubo que ponerlo en el ala de beneficencia. Me temo que es un caso difícil. Creo que debería quedarse algún tiempo más.

—Puede que no le sentara mal —dijo la Segunda Voz—. Pero no hay que olvidar que es un pobre hombre. Jamás se pretendió que de verdad llegase a ser alguien. Y nunca fue muy fuerte. Vamos a ver los registros... Sí. Hay algunos puntos a su favor, en efecto.

—Quizá —dijo la Primera Voz—. Pero pocos de ellos resistirían un análisis exhaustivo.

—Bueno —contestó la Voz Segunda—, tenemos esto: era pintor por vocación; de

segunda fila, desde luego. Con todo, una hoja pintada por Niggle posee un encanto propio. Se tomó muchísimo trabajo con las hojas, y sólo por cariño. Nunca creyó que aquello fuera a hacerlo importante. Tampoco aparece en los Registros que pretendiese, ni siquiera ante sí mismo, excusar con esto su olvido de las leyes.

—Entonces no habría olvidado tantas —dijo la Primera Voz.

—De cualquier modo, Niggle respondió a muchísimas llamadas.

—A un pequeño porcentaje, la mayoría muy fáciles; y las calificaba de «interrupciones». Esa palabra aparece por todas partes en los Registros, junto con un montón de quejas e imprecaciones estúpidas.

—Cierto. Pero a él, pobre hombre, le parecieron sin duda interrupciones. Por otro lado, jamás esperaba ninguna recompensa, como tantos de su clase lo llaman. Tenemos el caso de Parish, por ejemplo, que ingresó después. Era el vecino de Niggle. Nunca movió un dedo por él, y en rarísimas ocasiones llegó a mostrar alguna gratitud. Sin embargo, nada en los Registros indica que Niggle esperara la gratitud de Parish. No parece haber pensado en ello.

—Sí, eso es algo —dijo la Primera Voz—, aunque bastante poco. Lo que ocurre, como podrá comprobar, es que muchas veces Niggle simplemente lo olvidaba. Borraba de su mente, como una pesadilla ya pasada, todo lo que había hecho por Parish.

—Nos queda aún el último informe —dijo la Segunda Voz—. El viaje en bicicleta bajo la lluvia. Quisiera destacarlo. Parece evidente que fue un auténtico sacrificio: Niggle sospechaba que estaba echando por la borda su última oportunidad con el cuadro, y sospechaba, también, que no había razones de peso para la preocupación de Parish.

—Creo que le da más valor del que tiene —dijo la Primera Voz— . Pero usted tiene la última palabra. Tarea suya es, desde luego, presentar la mejor interpretación de los hechos. A veces la tienen. ¿Cuál es su propuesta?

—Creo que el caso está ahora listo para un tratamiento más amable —dijo la Segunda Voz.

Niggle pensó que nunca había oído nada tan generoso. Lo de «tratamiento amable» hacía pensar en un cúmulo de espléndidos regalos y en la invitación a un festín regio. En aquel momento, Niggle se sintió avergonzado. Oír que se lo consideraba digno de un tratamiento bondadoso lo abrumaba y lo hizo enrojecer en la oscuridad. Era como ser galardonado en público, cuando el interesado y todos los presentes saben que el premio es inmerecido. Niggle ocultó su sonrojo bajo la burda manta.

Hubo un silencio. Luego la Primera Voz, muy cercana, se dirigió a él:

—Ha estado escuchando —dijo.

—Sí —respondió.

—Bueno, ¿alguna observación?

—¿Puede darme noticias de Parish? —dijo Niggle—. Me gustaría volverlo a ver. Espero que no se encuentre muy mal. ¿Pueden curarle la pierna? Le hacía pasar malos ratos. Y, por favor, no se preocupen por nosotros dos. Era un buen vecino y me proporcionaba patatas excelentes a muy buen precio, ahorrándome mucho tiempo.

—¿Sí? —dijo la Primera Voz—. Me alegra oírlo.

Hubo otro silencio. Niggle se dio cuenta de que las voces se alejaban.

—Bien, de acuerdo —oyó que respondía en la distancia la Primera Voz—. Que comience la segunda fase. Mañana mismo, si usted quiere.

Al despertar, Niggle encontró que las persianas estaban levantadas y su pequeña celda inundada de sol. Se levantó y comprobó que le habían proporcionado ropas cómodas, no el uniforme del hospital. Después del desayuno el doctor le atendió las manos doloridas, dándole un ungüento que enseguida se las mejoró. Le dio además unos cuantos consejos y un frasco de tónico, por si le hacía falta. A media mañana le entregaron una galleta y un vaso de vino; y luego un billete.

—Ya puede ir a la estación —dijo el médico—. Lo acompañará el maletero. Adiós.

Niggle se escabulló por la puerta principal y parpadeó algo sorprendido. Había un sol radiante. Además, había esperado salir a una gran ciudad, a juzgar por el tamaño de la estación. Pero no fue así. Se encontró en la cima de una colina, verde, desnuda, barrida por un viento vigorizador. No había nadie más por allí. Lejos, al pie de la colina, vio brillar el tejado de la estación.

Caminó hacia ella colina abajo con paso rápido, pero sin prisa. El maletero lo descubrió enseguida.

—Por aquí —dijo, y condujo a Niggle a un andén donde se encontraba, listo ya, un tren de cercanías muy coquetón: un solo coche y una pequeña locomotora, muy relucientes los dos, limpios y recién pintados. Parecían a punto para un viaje inaugural. Incluso el carril que se veía ante la locomotora parecía nuevo: brillaban los raíles, los cojinetes estaban pintados de verde, y las traviesas, al cálido sol, dejaban escapar un delicioso olor a brea fresca. El coche estaba vacío.

—¿Adonde va este tren, mozo? —preguntó Niggle.

—Creo que no han colocado aún el cartel de destino —dijo el mozo—. Pero lo encontrará satisfactorio. —Y cerró la puerta.

El tren arrancó al punto. Niggle se recostó en el asiento. La pequeña locomotora avanzaba entre borbotones de humo por el fondo de un cañón de altas paredes verdes, al que un cielo azul servía de dosel. No parecía haber pasado mucho tiempo, cuando la locomotora dio un silbido; entraron en acción los frenos y el tren se detuvo. No había estación ni cartel indicador, sólo un tramo de peldaños que subía por el verde talud. Al final de la escalera se abría un postigo en un seto muy cuidado. Junto a él

estaba su bicicleta: por lo menos parecía la suya y llevaba una etiqueta amarilla atada al manillar, con la palabra NIGGLE escrita en grandes letras negras.

Abrió la puerta de la barrera, saltó a la bicicleta y se lanzó colina abajo, acariciado por el sol primaveral. Pronto comprobó que desaparecía el camino que había venido siguiendo y que la bicicleta rodaba sobre un césped maravilloso. Era verde y tupido; podía apreciar, sin embargo, cada brizna de hierba. Le parecía recordar que en algún lugar había visto o soñado este prado. Las ondulaciones del terreno le resultaban en cierta forma familiares. Sí, el terreno se nivelaba, coincidiendo con sus recuerdos, y después, claro está, comenzaba a ascender de nuevo. Una gran sombra verde se interpuso entre él y el sol. Niggle levantó la vista y se cayó de la bicicleta. Ante él se encontraba el Árbol, su Árbol, ya terminado, si tal cosa puede afirmarse de un árbol que está vivo, cuyas hojas nacen y cuyas ramas crecen y se mecen en aquel aire que Niggle tantas veces había imaginado y que tantas veces había intentado en vano captar. Miró el Árbol, y lentamente levantó y extendió los brazos.

—Es un don —dijo. Se refería a su arte, y también a la obra pictórica; no obstante estaba usando la palabra en su sentido más literal.

Siguió mirando el Árbol. Todas las hojas sobre las que él había trabajado estaban allí, más como él las había intuido que como había logrado plasmarlas. Y había otras que sólo fueron brotes en su imaginación y muchas más que hubieran brotado de haber tenido tiempo. No había nada escrito en ellas; eran sólo hojas exquisitas; pero todas llevaban una fecha, nítidas como las de un calendario. Se veía que algunas de las más hermosas y características, las que mejor reflejaban el estilo de Niggle, habían sido realizadas en colaboración con el señor Parish: no hay otra forma de decirlo.

Los pájaros hacían sus nidos en el Árbol. Pájaros sorprendentes: ¡qué forma de trinar! Se apareaban, incubaban, echaban plumas y se internaban gorjeando en el Bosque, incluso mientras los contemplaba. Entonces se dio cuenta de que el Bosque estaba también allí, abriéndose a ambos lados y extendiéndose en la distancia. A lo lejos reverberaban los montes.

Después de algún tiempo, Niggle se dirigió hacia la espesura. No es que se hubiese cansado ya del Árbol, pero ahora parecía tenerlo todo claro en su mente, y lo comprendía, y era consciente de su crecimiento aunque no estuviese contemplándolo. Mientras caminaba descubrió algo curioso: el Bosque era, por supuesto, un bosque lejano, y sin embargo él podía aproximarse, incluso entrar en él, sin que por ello perdiese su peculiar encanto. Antes no había conseguido nunca entrar en la distancia sin que ésta se convirtiese en meros alrededores. Se añadía así un considerable atractivo al hecho de pasear por el campo, porque al andar se desplegaban ante él nuevas distancias; de modo que ahora se lograban perspectivas dobles, triples, e

incluso cuádruples, y ello con doblado, triplicado o cuadruplicado encanto. Podías seguir andando hasta lograr reunir todo un horizonte en un jardín, o en un cuadro (si uno prefería llamarlo así). Podías seguir andando, pero acaso no indefinidamente. Al fondo estaban las

Montañas. Se iban aproximando, muy despacio. No parecían formar parte del cuadro, o en todo caso sólo como nexo de unión con algo más, algo distinto entrevisto tras los árboles, una dimensión más, otro paisaje.

Niggle paseaba, pero no se limitaba a vagar. Observaba con detalle el entorno. El Árbol estaba completo, aunque no terminado. («Justo todo lo contrario de lo que antes ocurría», pensó.) Pero en el Bosque había unas cuantas parcelas por concluir, que todavía necesitaban ideas y trabajo. Ya no era necesario hacer modificaciones, todo estaba bien, pero había que proseguir hasta lograr el toque definitivo. Y en cada momento Niggle veía la pincelada precisa.

Se sentó bajo un árbol distante y muy hermoso: una variedad del Gran Árbol, pero con su propia identidad o a punto de alcanzarla, si recibía un poco más de atención. Y se puso a hacer cabalas sobre dónde empezar el trabajo y dónde terminarlo y cuánto tiempo le llevaría. No pudo concluir todo el esquema.

—¡Claro! —dijo—. ¡Necesito a Parish! Hay muchas cosas de la tierra, las plantas y los árboles que él entiende y yo no. No puedo concebir este lugar como mi coto privado. Necesito ayuda y consejo. ¡Tenía que haberlos pedido antes!

Se levantó y caminó hasta el lugar en que había decidido comenzar el trabajo. Se quitó la chaqueta. En aquel momento, medio escondido en una hondonada que lo protegía de otras miradas, vio a un hombre que, con cierto asombro, paseaba la vista en derredor. Se apoyaba en una pala, pero estaba claro que no sabía qué hacer. Niggle lo saludó:

—¡Parish! —gritó.

Parish se echó la pala al hombro y vino hacia él. Aún cojeaba un poco. Ninguno habló; simplemente se saludaron con un movimiento de cabeza, como solían hacer cuando se cruzaban en el camino; sólo que ahora se pusieron a caminar juntos, agarrados del brazo. Sin una sola palabra, Niggle y Parish se pusieron de acuerdo sobre el lugar exacto donde levantar la casita y el jardín que se les antojaban necesarios.

Mientras trabajaban al unísono, se hizo evidente que Niggle era el más capacitado de los dos a la hora de distribuirse el tiempo y llevar a buen término la tarea. Aunque parezca extraño, fue Niggle el que más se absorbió en la construcción y jardinería, mientras que Parish se extasiaba en la contemplación de los árboles y especialmente del Árbol.

Un día Niggle estaba atareado plantando un seto; Parish se encontraba muy cerca, echado sobre la hierba y observando con atención una bella y delicada flor amarilla

que crecía entre el verde césped. Niggle había sembrado hacía algún tiempo un buen número entre las raíces de su Árbol. De pronto, Parish levantó la vista. Su cara resplandecía bajo el sol mientras sonreía.

—¡Esto es extraordinario! —dijo—. En realidad yo no debía estar aquí: gracias por hablar en mi favor.

—¡Bah, tonterías! —dijo Niggle—. No recuerdo lo que dije, pero, de todas formas, no tuvo importancia.

—¡Oh, sí! —dijo Parish—, la tiene. Me rescató mucho antes. La Segunda Voz, ya sabes, hizo que me enviaran aquí. Dijo que tú habías pedido verme. Esto te lo debo a ti.

—No. Se lo debemos a la Segunda Voz —dijo Niggle—. Los dos.

Siguieron viviendo y trabajando juntos. No sé por cuánto tiempo. No sirve de nada negar que al comienzo había ocasiones en que no se entendían, sobre todo cuando estaban cansados. Porque en un principio, de cuando en cuando, se cansaban. Comprobaron que a ambos les habían entregado un reconstituyente. Los dos frascos llevaban la misma indicación: «Tomar unas pocas gotas diluidas en agua del Manantial, antes de descansar».

Encontraron el Manantial en el corazón del Bosque; sólo una vez, hacía muchísimo tiempo, había pensado Niggle en él; pero no llegó nunca a dibujarlo. Ahora comprendió que era el origen del lago que brillaba a lo lejos y la razón de cuanto crecía en los contornos. Aquellas pocas gotas convertían el agua en un astringente, que, aunque bastante amargo, era reconfortante y despejaba la cabeza. Después de beber descansaban a solas; luego se levantaban y las cosas marchaban de maravilla. En tales ocasiones Niggle soñaba con nuevas y espléndidas flores y plantas, y Parish sabía siempre cómo colocarlas y dónde habían de quedar mejor. Bastante antes de que se les terminase el tónico, habían dejado de necesitarlo. También desapareció la cojera de Parish.

A medida que el trabajo progresaba se permitían más y más tiempo para pasear por los alrededores, contemplando los árboles y las flores, las luces, las sombras y la condición de los campos. En ocasiones cantaban a una. Pero Niggle se dio cuenta de que comenzaba a volver los ojos, cada vez con mayor frecuencia, hacia las Montañas.

Pronto tuvieron casi todo terminado: la casa de la hondonada, el césped del bosque, el lago y todo el paisaje, cada uno en su propio estilo. El Gran Árbol estaba en plena floración.

—Terminaremos al atardecer —dijo Parish un día—. Luego nos iremos a dar un paseo que esta vez será realmente largo.

Partieron al día siguiente y cruzaron la distancia hasta llegar al confín. Este no era visible, por supuesto: no había ninguna línea, valla o muro; pero supieron que habían llegado al extremo de aquella región. Vieron a un hombre con pinta de pastor. Se

dirigía a ellos por los declives tapizados de hierba que llevaban hacia las Montañas.

—¿Necesitan un guía? —preguntó—. ¿Van a seguir adelante?

Durante unos momentos se extendió una sombra entre Parish y Niggle, porque éste sabía ahora que sí quería continuar y (en cierto sentido) tenía que hacerlo. Pero Parish no quería seguir ni estaba aún preparado.

—Tengo que esperar a mi mujer —le dijo a Niggle—. Se encontrará sola. Creí oírlos que la enviarían después de mí en cualquier momento, cuando estuviese lista y yo lo tuviera todo preparado. La casa ya está terminada, e hicimos lo que estaba en nuestras manos. Pero me gustaría enseñársela. Espero que ella pueda mejorarla, hacerla más hogareña. Y confío que también le guste el sitio. —Se volvió hacia el pastor—. ¿Es usted guía? —preguntó—. ¿Puede decirme cómo se llama este lugar?

—¿No lo sabe? —dijo el hombre—. Es la comarca de Niggle. Es el paisaje que Niggle pintó, o una buena parte de él. El resto, se llama ahora el Jardín de Parish.

—¡El paisaje de Niggle! —dijo Parish, asombrado—. ¿Imaginaste tú todo esto? Nunca pensé que fueras tan listo. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Intentó hacerlo hace tiempo —dijo el hombre—, pero usted no prestaba atención. En aquellos días sólo tenía el lienzo y los colores, y usted pretendía arreglar el tejado con ellos. Esto es lo que usted y su mujer solían llamar «el disparate de Niggle», o «ese Mamarracho».

—¡Pero entonces no tenía este aspecto; no parecía real! —dijo Parish.

—No, entonces era sólo una vislumbre —dijo el hombre—; pero usted podía haberlo captado si hubiera creído que merecía la pena intentarlo.

—Nunca te di muchas facilidades —dijo Niggle—. Jamás intenté darte una explicación. Solía llamarte Viejo Destripaterrones. Pero ¡qué importa eso ahora! Hemos vivido y trabajado juntos últimamente. Las cosas podían haber sido diferentes, pero no mejores. En cualquier caso, me temo que yo he de seguir adelante. Espero que volvamos a vernos: debe de haber muchas más cosas que podamos hacer juntos. Adiós.

Estrechó con calor la mano de Parish: una mano que dejaba traslucir bondad, firmeza y sinceridad. Se volvió y miró un momento hacia atrás. Las flores del Gran Árbol brillaban como una llama. Los pájaros cruzaban el aire entre trinos. Sonrió, al tiempo que se despedía de Parish con una inclinación de cabeza, y siguió al pastor.

Iba a aprender a cuidar ovejas y a saber de los pastos altos y a contemplar un cielo más amplio y caminar siempre más y más en permanente ascensión hacia las Montañas. No alcanzo a imaginar qué fue de él tras haberlas cruzado. Incluso el infeliz de Niggle podía en su antiguo hogar vislumbrar las lejanas Montañas, y éstas encontraron un lugar en su cuadro; pero cómo sean en realidad, o qué pueda haber al otro lado, sólo lo saben quienes han ascendido a su cima.

—Creo que era un pobre estúpido —dijo el Concejal Tompkins— . Desde luego,

un inútil. Sin ningún valor para la sociedad.

—Bueno, no sé —dijo Atkins que sólo era un maestro, alguien sin mayor importancia—. No estoy muy seguro. Depende de lo que se entienda por valor.

—Sin utilidad práctica o económica —dijo Tompkins—. Me atrevería a decir que se podría haber hecho de él un ser de alguna utilidad si ustedes los maestros supiesen cuál es su obligación. Pero no la saben. Y así nos encontramos con inútiles como éste. Si yo mandase en este país, los pondría a él y a los de su clase a trabajar en algo apropiado para ellos, lavando platos en la cocina comunal o algo por el estilo, y me preocuparía de que lo hiciesen bien. O los pondría en la calle. Hace tiempo que debí haberlo echado.

—¿Echarlo? ¿Quiere decir que lo habría obligado a salir de viaje antes de cumplirse el tiempo?

—Sí, si usted se empeña en usar esa expresión vacía y anticuada. Empujarlo a través del Túnel al Gran Vertedero: eso era lo que yo quería decir.

—Entonces no cree que la pintura valga nada, que no hay por qué conservarla, mejorarla, o aun utilizarla.

—Claro, la pintura es útil —dijo Tompkins—. Pero no se podía usar la suya. Hay cantidad de oportunidades para los jóvenes agresivos que no teman las ideas ni los métodos nuevos. Ninguna para esta vieja morralla. Sólo son ensueños personales. No hubiese sido capaz de diseñar un buen mural ni aunque lo matasen. Siempre jugueteando con hojas y flores. En cierta ocasión le pregunté la causa. ¡Me contestó que las encontraba hermosas! ¿Puede creerlo? ¡Dijo «hermosas»! ¿Qué?, le pregunté yo, ¿los órganos digestivos y genitales de las plantas? Y no encontró contestación. Pobre majadero.

—¡Majadero! —suspiró Atkins—. Sí, pobre hombre, nunca terminó nada. Bueno, sus telas han quedado para «mejores usos» desde que él se marchó. Pero yo no estoy muy seguro, Tompkins. ¿Recuerda aquella grande que emplearon para reparar la casa vecina después del ventarrón y las inundaciones? Encontré tirada en el campo una de las esquinas. Estaba estropeada, pero se podía distinguir el dibujo: la cima de un monte y un grupo de hojas. No puedo quitármelo de la mente.

—¿De dónde? —dijo Tompkins.

—¿De qué estáis hablando? —terció Perkins, intentando evitar la discusión. Atkins se había puesto completamente colorado.

—No merece la pena repetir la palabra —dijo Tompkins—. No sé por qué perdemos el tiempo hablando de esto. El no vivió en la ciudad.

—No —dijo Atkins—. Pero usted de todas formas ya le había echado el ojo a su casa. Por esa razón solía visitarlo y burlarse de él mientras se tomaba su té. Bueno, ahora ya ha conseguido la casa, además de la que tiene en la ciudad. Así que ya no necesita envidiarlo. Hablábamos de Niggle, si le interesa, Perkins.

—¡Oh, pobrecillo Niggle! —comentó Perkins—. No sabía que pintase.

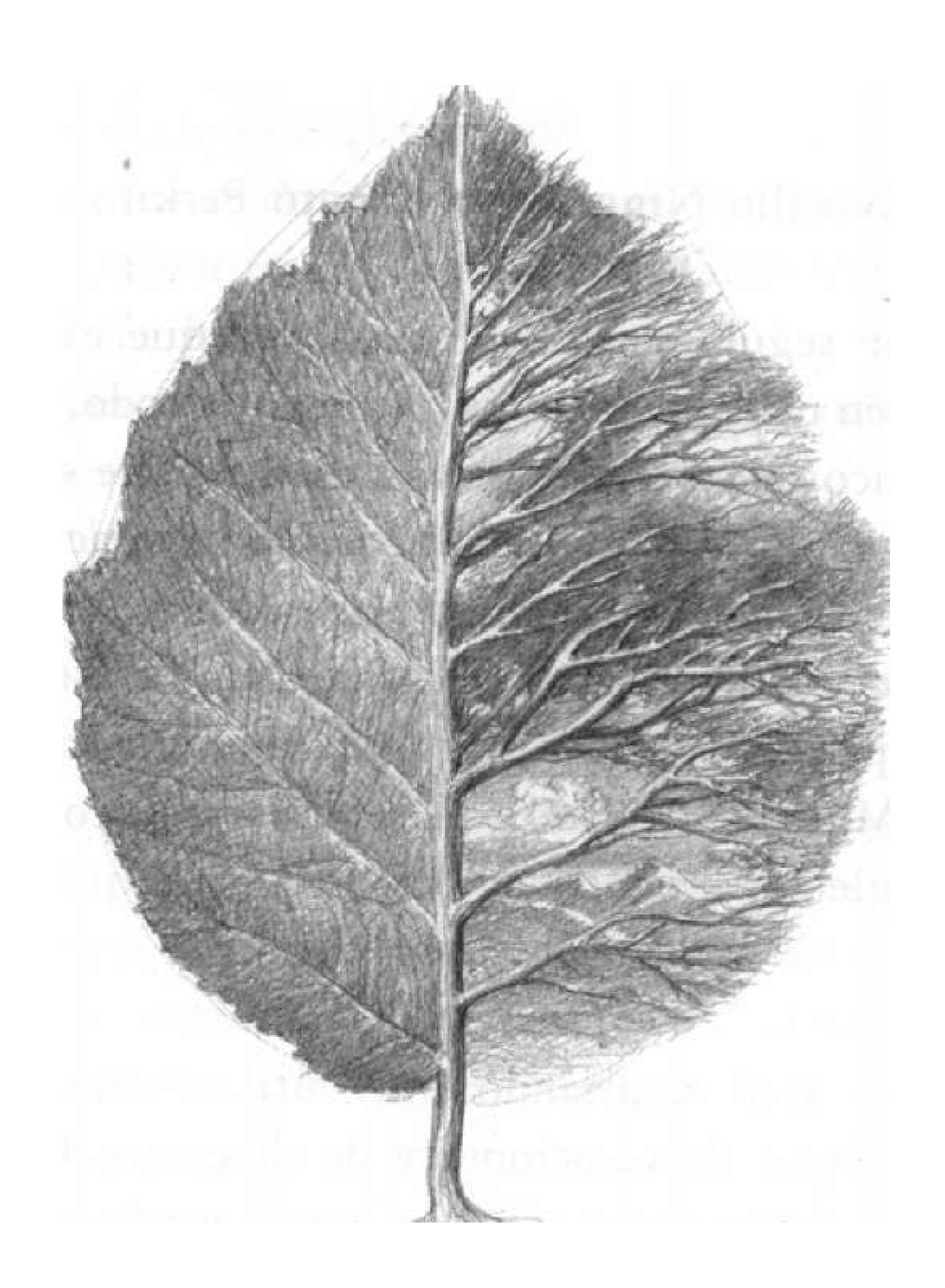
Aquélla fue seguramente la última vez que el nombre de Niggle surgió en una conversación. A pesar de todo, Atkins conservó aquel único retazo de lienzo. La mayor parte de él se echó a perder, aunque una preciosa hoja permaneció intacta. Atkins la hizo enmarcar. Más tarde la donó al Museo Municipal, y durante algún tiempo el cuadro titulado Hoja, de Niggle estuvo colgado en un lugar apartado y sólo unos pocos ojos lo contemplaron. Pero luego el Museo ardió, y el país se olvidó por completo de la hoja y de Niggle.

—Desde luego, está resultando muy útil —dijo la Segunda Voz— . Como lugar de vacaciones y de descanso. Es magnífico para los convalecientes; y no sólo por eso: a muchos les resulta la mejor preparación para las Montañas. En algunos casos logra maravillas. Cada vez envío más gente allí. Rara vez tienen que regresar.

—Sí, es cierto —dijo la Primera Voz—. Creo que deberíamos dar un nombre a esa comarca. ¿Cuál sugiere?

—El Maletero se encargó de ello hace ya algún tiempo —dijo la Segunda Voz—. «El tren de Niggle-Parish está a punto de salir»: eso es lo que ha venido gritando durante años. Niggle-Parish. Les envié un mensaje a los dos para comunicárselo. —¿Y qué opinaron?

—Se rieron. Se rieron, y las Montañas resonaron con su risa.



Mi propósito es hablar de los cuentos de hadas, aunque bien sé que ésta es una empresa arriesgada. Fantasía es una tierra peligrosa, con trampas para los incautos y mazmorras para los temerarios. Y de temerario se me puede tildar, porque, aunque he sido un aficionado a tales cuentos desde que aprendí a leer y en ocasiones les he dedicado mis lucubraciones, no los he estudiado, en cambio, como profesional. Apenas si he sido en esa tierra algo más que un explorador sin rumbo (o un intruso), lleno de asombro, pero no de preparación.

Ancho, alto y profundo es el reino de los cuentos de hadas, y lleno todo él de cosas diversas: hay allí toda suerte de bestias y pájaros; mares sin riberas e incontables estrellas; belleza que embelesa y un peligro siempre presente; la alegría, lo mismo que la tristeza, son afiladas como espadas. Tal vez un hombre pueda sentirse dichoso de haber vagado por ese reino, pero su misma plenitud y condición arcana atan la lengua del viajero que desee describirlo. Y mientras está en él le resulta peligroso hacer demasiadas preguntas, no vaya a ser que las puertas se cierren y desaparezcan las llaves.

Hay, con todo, algunos interrogantes que quien ha de hablar de cuentos de hadas espera por fuerza resolver, o intenta hacerlo cuando menos, piensen lo que piensen de su impertinencia los habitantes de Fantasía. Por ejemplo: ¿qué son los cuentos de hadas?, ¿cuál es su origen?, ¿para qué sirven? Trataré de dar contestación a estas preguntas, u ofrecer al menos las pistas que yo he espigado... fundamentalmente en los propios cuentos, los pocos que yo conozco de entre tantos como hay.

Cuentos de Hadas

¿Qué es un cuento de hadas? En vano acudiréis en este caso al *Oxford English Dictionary*. No contiene alusión ninguna a la combinación *cuento-hada*, y de nada sirve en el tema de las *hadas* en general. En el Suplemento, *cuento de hadas* presenta una primera cita del año 1750, y se constata que su acepción básica es *a)* un cuento sobre hadas o, de forma más general, una leyenda fantástica; *b)* un relato irreal e increíble, y *c)* una falsedad.

Las dos últimas acepciones, como es lógico, harían mi tema desesperadamente extenso. Pero la primera se queda demasiado corta. No demasiado corta para un ensayo, pues su amplitud ocuparía varios libros, sino para cubrir el uso real de la palabra. Y lo es en particular si aceptamos la definición de las *hadas* que da el lexicógrafo: «Seres sobrenaturales de tamaño diminuto que la creencia popular supone poseedores de poderes mágicos y con gran influencia para el bien o para el mal sobre los asuntos humanos».

Sobrenatural es una palabra peligrosa y ardua en cualquiera de sus sentidos, ya sea estricto o impreciso, y es difícil aplicarla a las hadas, a menos que *sobre* se tome meramente como prefijo superlativo. Porque es el hombre quien, en contraste con las hadas, es sobrenatural (y a menudo de talla reducida), mientras que ellas son naturales, muchísimo más naturales que él. Tal es su sino. El camino que lleva a la tierra de las hadas no es el del Cielo; ni siquiera, imagino, el del Infierno, a pesar de que algunos han sostenido que puede llevar indirectamente a él, como diezmo que se paga al Diablo.

¿No ves esa angosta vereda
cubierta de espinos y zarzas?
Esa es la vereda del Bien,
aunque pocos vengan por ella.

¿Y no ves ese ancho camino
que cruza los campos de lirios?
Por él se camina hacia el Vicio,
aunque algunos digan que al Paraíso.

¿Y aquel tan hermoso sendero,
el que serpentea entre helechos?
Va al hermoso país de los Elfos,
donde tú y yo esta noche iremos.

Por lo que al *tamaño diminuto* se refiere, no niego que ésta sea la idea hoy más extendida. A menudo he pensado que sería interesante tratar de indagar cómo se ha llegado a ella; pero mis conocimientos no alcanzan a dar una respuesta concreta. Cierto es que ya de antiguo había algunos habitantes de Fantasía que eran pequeños (rara vez, en cambio, diminutos), pero no era una característica generalizada de ese pueblo. Yo imagino que en Inglaterra el personaje diminuto, sea elfo o hada, es en gran medida un producto refinado de la ficción literaria[6]. Tal vez no sea impropio que en Inglaterra, el país donde con frecuencia ha aparecido en el arte el amor por lo delicado y elegante, la ficción se haya dirigido en este punto hacia lo exquisito y diminuto, de la misma forma que en Francia se volvió hacia la corte y se cubrió de polvos y diamantes. Sospecho, sin embargo, que esta delicadeza de porcelana fue también un producto de la «racionalización», que convirtió la fascinación del país de los elfos en mera delicadeza, y su invisibilidad en una fragilidad que podía ocultarse en una prímula o encogerse tras una brizna de hierba. Tal noción comenzó a ponerse de moda poco después de que los grandes viajes empezaran a reducir demasiado el mundo como para albergar juntos a los hombres y los elfos: esa época en que la mágica región occidental de Hy Breasail se transformó en el simple Brasil[7], la tierra del palo brasil. De cualquier forma, fue en gran medida un asunto literario en el que William Shakespeare y Michael Drayton tuvieron su parte[8]. La *Nymphidia* de Drayton es un antecedente de esa larga genealogía de hadas de las flores y revoloteadores duendes con antenas que a mí tanto me disgustaban de niño, y que mis hijos detestaron a su vez. Andrew Lang compartía estos sentimientos. En el prefacio a *Lilac Fairy Book* alude a los cuentos de tediosos autores contemporáneos: «Siempre empiezan con un niño o una niña que sale y se encuentra con las hadas de las prímulas y de las gardenias y de las flores del manzano... Estas hadas intentan hacer reír y no lo logran; o intentan sermonear y lo consiguen».

Pero la cosa empezó, como ya he dicho, mucho antes del siglo XIX y hace ya largos años que alcanzó el hastío, el seguro hastío del que intenta hacer reír y no lo consigue. Considerado como cuento de hadas (sobre hadas), la *Nymphidia* de Drayton es uno de los peores que jamás se hayan escrito. El palacio de Oberon tiene paredes de patas de araña, y ventanas de ojos de gato, y el tejado, en vez de pizarra, cubierto de alas de murciélago.

El caballero Pigwiggen cabalga sobre una vivaracha tijereta y envía a su amor, la reina Mab, un brazalete de ojos de hormiga, quedando citados en una prímula. Pero el cuento que así se relata con toda esta galanura resulta una insulsa historia de intriga y furtivos mensajeros; en el fango caen el valiente caballero y el marido enojado, y la ira de ambos queda aplacada con un trago de las aguas del Leteo. Mejor habría sido que el Leteo se hubiese tragado todo el asunto. Puede que Oberon, Mab y Pigwiggen sean hadas o elfos diminutos, de la misma forma que Arturo, Ginebra y Lanzarote no

lo son; pero el relato de buenos y malos de la corte de Arturo es más «cuento de hadas» que esta historia de Oberon.

Hada, como nombre que más o menos equivale a *elfo*, es una palabra relativamente moderna que apenas si se usó hasta el período Tudor. La primera cita del *Oxford Dictionary* (la única previa a 1450) es significativa. Está tomada del poeta Gower: *como si fuera un hada*. Pero Gower no dijo tal cosa. Gower escribió: *como si fuera de las hadas*, «como si hubiera venido de las hadas». Gower estaba describiendo a un joven galán que en la iglesia busca hechizar los corazones de las doncellas.

Sobre los rizados bucles un broche y una diadema, o tal vez una hoja verde traída de la arboleda para hablar de lozanía.

Y así él la carne contempla como halcón que atisba el ave a la que ha de hacer su presa; como si de Fantasía fuera, a ella se muestra[9].

Este es un joven de carne y hueso; pero la imagen que da de los habitantes de la Tierra de los Elfos es muy superior a la definición de «hada» que a él, de manera doblemente equivocada, se le asigna. Porque el problema con el auténtico pueblo de Fantasía es que no siempre parecen lo que son; y se revisten del orgullo y de la belleza que nosotros mismos de buena gana adoptaríamos.

Parte al menos de la magia con que ellos manejan el bien y el mal del hombre es su poder para jugar con los deseos de nuestro cuerpo y nuestro corazón. La Reina de los Elfos, que más rápida que el viento llevó a Tomás el Trovador sobre su niveo corcel, se acercó cabalgando al Árbol Eildon en forma de mujer, aunque de una belleza encantadora. De modo que Spenser siguió la auténtica tradición cuando dio el nombre de Elfos a los caballeros de su País de Fantasía. Más cuadraba a caballeros tales como sir Guyon que al Pigwiggen armado con el aguijón de una avispa.

Debo ahora volver al punto de partida, aunque sólo me haya detenido un momento (y de la forma más inadecuada) en los *elfos* y las *hadas*; porque me he apartado de mi tema central: los cuentos de hadas. Dije que la acepción «relatos sobre hadas» era demasiado parca[10]. Y lo es, aun en el caso de que neguemos su tamaño diminuto, porque los cuentos de hadas no son en el uso diario de la lengua relatos sobre hadas o elfos, sino relatos sobre el País de las Hadas, es decir, sobre *Fantasía*, la región o el reino en el que las hadas tienen su existencia. *Fantasía* cuenta con muchas más cosas que elfos y hadas, con más incluso que enanos, brujas, gnomos, gigantes o dragones: cuenta con mares, con el sol, la luna y el cielo; con la tierra y todo cuanto ella contiene: árboles y pájaros, agua y piedra, vino y pan, y nosotros mismos, los hombres mortales, cuando quedamos hechizados.

En efecto, los relatos que tratan primordialmente de «hadas», es decir, de las criaturas que en el inglés actual podrían recibir también el nombre de «*elves*» [elfos], son relativamente escasos y, en general, no muy interesantes. La mayor parte de los

buenos «cuentos de hadas» tratan de las *aventuras* de los hombres en el País Peligroso o en sus oscuras fronteras. Y es natural que así sea; pues si los elfos son reales y de verdad existen con independencia de nuestros cuentos sobre ellos, entonces también resulta cierto que los elfos no se preocupan básicamente de nosotros, ni nosotros de ellos. Nuestros destinos discurren por sendas distintas y rara vez se cruzan. Incluso en las fronteras mismas de Fantasía sólo los encontraremos en alguna casual encrucijada de caminos[11].

La definición de un cuento de hadas —qué es o qué debiera ser— no depende, pues, de ninguna definición ni de ningún relato histórico de elfos o de hadas, sino de la naturaleza de *Fantasía*: el Reino Peligroso mismo y el aire que sopla en ese país. No intentaré definir tal cosa, ni describirla por vía directa. No hay forma de hacerlo. Fantasía no puede quedar atrapada en una red de palabras; porque una de sus cualidades es la de ser indescriptible, aunque no imperceptible. Consta de muchos elementos diferentes, pero el análisis no lleva necesariamente a descubrir el secreto del conjunto. Confío, sin embargo, que lo que después he de decir sobre los otros interrogantes suministrará algunos atisbos de la visión imperfecta que yo tengo de Fantasía. Por ahora, sólo diré que un «cuento de hadas» es aquel que alude o hace uso de Fantasía, cualquiera que sea su finalidad primera: la sátira, la aventura, la enseñanza moral, la ilusión. La misma Fantasía puede tal vez traducirse, con mucho tino, por Magia, pero es una magia de talante y poder peculiares, en el polo opuesto a los vulgares recursos del mago laborioso y técnico. Hay una salvedad: lo único de lo que no hay que burlarse, si alguna burla hay en el cuento, es de la misma magia. Se la ha de tomar en serio en el relato, y no se la ha de poner en solfa ni se la ha de justificar. El poema medieval *Sir Gawain and the Green Knight* es un ejemplo admirable de ello.

Mas aunque sólo apliquemos estos límites vagos y mal definidos, resulta claro que muchos, incluso los entendidos en tales temas, han usado con gran descuido el término «cuento de hadas». Basta un vistazo a esos libros aún recientes que dicen ser colecciones de «cuentos de hadas» para comprobar que los cuentos sobre ellas, sobre la familia de las hadas en cualquiera de sus linajes, o incluso sobre enanos y duendes, representan tan sólo una reducida parte de su contenido. Cosa esperada, como ya hemos visto. Pero estos libros contienen además muchos cuentos que no hacen uso, que ni siquiera aluden lo más mínimo a Fantasía; que no tienen de hecho razón ninguna para estar allí incluidos.

Voy a dar uno o dos ejemplos de las expurgaciones que yo llevaría a cabo. Reforzarán el lado negativo de la definición. Y comprobaremos también que nos abocan a la segunda pregunta: ¿cuáles son los orígenes de los cuentos de hadas?

Hoy en día son muchísimas las recopilaciones de cuentos de hadas. Es probable que en la lengua inglesa ninguna supere en popularidad, ni en amplitud ni en méritos

generales a los doce libros de doce colores que debemos a Andrew Lang y su esposa. El primero apareció hace ya más de cincuenta años (1889) y continúa imprimiéndose. La mayor parte de sus relatos pasan con más o menos holgura la prueba. No voy a analizarlos aquí, aunque un análisis pudiera resultar interesante; pero apunto de pasada que ninguna de las historias de este *Blue Fairy Book* habla principalmente de «hadas» y que pocas son las que aluden a ellas. La mayoría proceden de fuentes francesas: una preferencia en cierta manera razonable en aquella época, como acaso aún lo siga siendo (aunque no responde a mis gustos, ni ahora ni de niño). De todas formas, la influencia de Charles Perrault ha sido tan considerable desde que sus *Contes de ma Mere L'Oye* fueron por primera vez traducidos al inglés en el siglo XVIII (como considerable ha sido la influencia de otras selecciones semejantes, hoy bien conocidas, derivadas de la vasta fuente del *Cabinet des Fées*), que supongo que si en nuestros días se le pregunta de improviso a cualquiera el nombre de un típico «cuento de hadas», lo más probable es que mencione uno de esos títulos de origen francés: sea *El gato con botas, Cenicienta o Caperucita Roja*. Pudiera ser que a algunos les vengan primero a la memoria los *Cuentos* de Grimm.

Pero, ¿cómo ha de tomarse la inclusión en el *Blue Fairy Book* de *A Voyage to Lilliput*? Mi opinión es que no se trata de un cuento de hadas ni en la forma en que su autor lo escribió ni como aparece resumido por la señorita May Kendall. No tiene nada que hacer en tal libro. Me temo que se lo incluyó por la mera razón de que los liliputienses son pequeños, incluso diminutos: lo único en lo que verdaderamente sobresalen. Pero en Fantasía, al igual que en nuestro mundo, la baja estatura es sólo un accidente. Los pigmeos no están más cerca de las hadas que los patagones. No elimino este relato en razón de su intención satírica: la sátira, persistente o intermitente, forma parte de los genuinos cuentos de hadas, y es posible que los cuentos tradicionales a menudo hayan perseguido una sátira que ahora nosotros no apreciamos. Lo elimino porque el vehículo de la sátira, aunque sea un recurso brillante, pertenece al género de los relatos de viajes. Tales relatos aluden a muchas maravillas, pero se trata de maravillas que pueden contemplarse en este mundo nuestro, en alguna región de nuestro propio tiempo y espacio; sólo la distancia las mantiene ocultas. Con el mismo derecho que los relatos de Gulliver podrían quedar incluidas las historias del Barón Munchausen; o bien *Los primeros hombres en la Luna*, o *La máquina del tiempo*. Más razones asistirían a los elois y morlocks que a los liliputienses. Los liliputienses no son sino hombres a los que se mira desde lo alto, con sarcasmo, desde una altura algo mayor que la de las casas. Los elois y morlocks quedan más distantes, en un abismo de tiempo tan profundo que en ellos se opera ya el hechizo; y si derivan de nosotros mismos, puede también traerse a la memoria que en cierta ocasión un antiguo pensador inglés hizo descender de Adán, a través de Caín, a los mismos elfos, los *ylfe*[12]. Este embrujo de la distancia, en especial la

distancia temporal, sólo se ve quebrantado por la increíble y descabellada máquina del tiempo. Pero este caso pone ante nuestros ojos uno de los motivos primeros por los que los límites del cuento de hadas resultan inevitablemente imprecisos. La magia de Fantasía no es en sí misma un fin, su poder reside en sus manifestaciones; y entre ellas se cuenta el cumplimiento de algunos deseos humanos primordiales, uno de los cuales es el de recorrer las honduras del tiempo y del espacio; otro es (como se verá) el de mantener la comunión con otros seres vivientes. Puede así darse un cuento que aborde la satisfacción de esos deseos, con o sin la intervención de la máquina o la magia, y en la proporción en que lo logre alcanzará la calidad y el regusto del cuento de hadas.

Después, tras los cuentos de viajes, yo también excluiría o dejaría al margen cualquier relato que para explicar los evidentes lances maravillosos apele a los mecanismos del Sueño, el sueño del más genuino dormir humano. Cuando menos, yo lo acusaría de gravemente defectuoso, a despecho incluso de que el sueño que se relate constituya en sí mismo un cuento de hadas: como un marco que desmerece un buen lienzo. Cierto es que Sueño y Fantasía no andan desconectados. Los sueños pueden desatar extraños poderes de la mente. En algunos de ellos podemos empuñar por algún tiempo el poder de Fantasía, ese poder que al mismo tiempo que engendra el relato hace que cobre forma viva y color ante nuestros ojos. Hasta es posible que un sueño real sea en ocasiones un cuento de hadas, casi con el ingenio y la desenvoltura de los elfos... Pero sólo mientras se está soñando. Si un escritor, en cambio, una vez despierto, os dice que su relato no es sino algo que imaginó en sueños, está engañando deliberadamente el primer deseo del corazón de Fantasía: la materialización del prodigio imaginado, con independencia de la mente que lo concibe. A menudo (no sé si con verdad o mentira) se afirma que las hadas fraguan espejismos, que con su «fantasía» engañan a los hombres; pero ése es un tema bien distinto que sólo a ellas atañe. En todo caso, engaños semejantes se dan en cuentos en los que las hadas no son una ilusión; tras la fantasía existen voluntades y poderes reales que no dependen de las mentes e intenciones de los hombres.

De todas formas, es esencial que, si se pretende diferenciar un genuino cuento de hadas de otros usos de este género que ofrecen miras más estrechas y plebeyas, se lo presente como «verdadero». En seguida paso a considerar el significado de «verdadero» en este contexto. Dado, sin embargo, que el cuento de hadas trata de «prodigios», no puede tolerar marco ni mecanismo alguno que sugiera que la historia en que los prodigios se desenvuelven es ilusoria o ficticia. Claro que tal vez el cuento mismo sea tan bueno que uno llegue a prescindir del marco. O acaso como tal cuento onírico dé en la diana y entretenga. Así sucede con los sueños que enmarcan y eslabonan los diversos relatos de *Alicia*, de Lewis Carroll, motivo por el cual (amén de otras razones) no podemos considerarlos cuentos de hadas[13].

Hay otra clase de relato maravilloso que yo excluiría del epígrafe «cuento de hadas», y de nuevo no porque a mí no me guste, ciertamente; me refiero a la pura «fábula de animales». Elegiré un ejemplo de los libros de hadas de Lang: *The Monkey's Heart*, un relato swahili que se incluye en el *Lilac Fairy Book*. En esta historia, un malvado tiburón convence a un simio para que se suba a su lomo y, cuando ya se han adentrado un buen trecho en su elemento, le revela que el sultán del país está enfermo y necesita el corazón de un mono para sanar de su dolencia. Pero el simio, más listo que el escualo, lo convence para que regresen, tras persuadirlo de que había dejado el corazón en casa, dentro de una bolsa y colgado de un árbol.

La fábula de animales guarda, naturalmente, cierta relación con las historias de hadas. En las verdaderas historias de hadas, las bestias y los pájaros y otras criaturas hablan a menudo con los hombres. En parte (pequeña, con frecuencia) este prodigio deriva de uno de los «deseos» innatos más caros al corazón de Fantasía: el deseo de los hombres de entrar en comunión con otros seres vivientes. Pero en las fábulas el habla de los animales se ha convertido en género aparte, con escasa referencia a aquel deseo, y olvidándolo a menudo por completo. Está mucho más cerca de las verdaderas miras de Fantasía que los hombres comprendan por vía mágica los lenguajes particulares de las aves y bestias y los árboles.

Pero en los cuentos en los que no interviene ningún ser humano; o en los que los animales son los héroes y heroínas y (caso de aparecer) hombres y mujeres son meros comparsas; y, sobre todo, en aquellos en los que la forma animal es sólo una careta que se superpone a un rostro humano, un recurso del fustigador o del predicador; en tales ocasiones lo que tenemos son fábulas, no cuentos de hadas, tanto en el caso de *Renard el raposo* como en el del *Cuento del capellán de monjas, El conejo Brer* o simplemente en *Los tres cerditos*. Los cuentos de Beatrix Potter están en los límites del mundo de las hadas, sin que en mi opinión pertenezcan en su mayor parte a él[14]. Su proximidad se debe en gran medida a su fuerte componente moral. Con ello aludo a su inherente moralidad, no a una cierta *significatio* alegórica. Pero *El conejo Pedro* sigue siendo una fábula de animales, aun cuando contenga una prohibición y aun cuando haya prohibiciones en el país de las hadas (como probablemente las haya en todo el universo, no importa a qué nivel o dimensión).

Ahora bien, *The Monkey's Heart* no es también sino una fábula evidente. Sospecho que la razón primera de que se la incluyese en un libro de hadas no fue por resultar divertida, sino precisamente por el corazón del mono, que se suponía había quedado atrás en una bolsa. Eso tenía importancia para Lang, estudioso del folklore, a pesar de que esta curiosa idea sólo se utiliza aquí como humorada; porque en este cuento el corazón del mono era, en efecto, absolutamente normal y estaba en su lugar. No obstante, es obvio que este detalle sólo implica el uso secundario de una antigua y muy difundida noción popular, que también se presenta en los cuentos de hadas[15]: la

idea de que la vida o la fuerza de un hombre o de una criatura puede residir en algún otro lugar o cosa; o que alguna parte del cuerpo (en particular el corazón) puede quedar separado y escondido en una bolsa o bajo una piedra o en un huevo. En un extremo de la historia conocida del folklore, George MacDonald se sirvió de esta idea en su cuento de hadas *The Giant's Heart*, que toma ese tema central (al igual que otros muchos detalles) de conocidos relatos tradicionales. En el otro extremo, en lo que, por cierto, probablemente sea una de las más antiguas narraciones en forma escrita, el tema aparece en *El cuento de los dos hermanos*, en el papiro egipcio D'Orsigny. El hermano menor dice allí al mayor:

Hechizaré mi corazón y lo colocaré en lo alto de la flor del cedro. Talarán entonces el cedro y caerá mi corazón a tierra, y tú has de acudir a buscarlo, aunque en ello emplees siete años; mas cuando lo hayas encontrado, ponió en una vasija de agua fría y en verdad que yo viviré.

Pero puntos tales de interés y comparaciones semejantes a éstas nos sitúan ya al pie de la segunda pregunta: ¿cuáles son los orígenes de los «cuentos de hadas»? Que, como es lógico, equivale a decir cuál es el origen u orígenes del elemento «hada». Preguntar cuál es el origen de las narraciones (cualquiera que sea su calificativo) es preguntar cuál es el origen del lenguaje y del pensamiento.

En realidad, la pregunta «¿cuál es el origen del elemento *hada*?» nos deja en definitiva abocados al mismo interrogante fundamental. En los cuentos de hadas hay muchos elementos (como este corazón de quita y pon, o atavíos de cisne, anillos mágicos, prohibiciones arbitrarias, malvadas madrastras y hasta las mismas hadas) que pueden estudiarse sin necesidad de abordar esta pregunta básica. Sin embargo, tales estudios son de carácter científico (o al menos ésa es su intención); constituyen el empeño de folkloristas y antropólogos, o sea, gente que no hace de esos relatos el uso que se pretendió que tuvieran, sino que los utiliza como filón del que obtener testimonios o información sobre los temas que a ellos les interesan. Un proceder en sí mismo perfectamente legítimo... aunque la ignorancia o el olvido de la naturaleza de una narración (hecha para ser contada como un todo) con frecuencia han llevado a tales indagadores a opiniones peregrinas. A esta suerte de investigadores les parecen particularmente importantes las similitudes que se repiten (como este tema del corazón). Hasta el punto de que los estudiosos del folklore son propensos a salirse de su propia senda y hacer uso de una engañosa «simplificación»: particularmente engañosa si desde sus monografías salta a los libros de literatura. Se sienten inclinados a decir que dos historias cualesquiera que estén construidas sobre el mismo motivo folklórico o creadas con una combinación aparentemente similar de tales motivos son «una misma historia». Así leemos que Beowulf «no es sino una versión de Dat Erdmanneken»; que «*El toro negro de Norroway* es *La Bella y la Bestia*», o que «es la misma historia de *Eros y Psyque*»; que el nórdico *Mastermaid*

(o *La batalla de los pájaros*[16] gaélica y sus muchos congéneres y variantes) es «la misma historia del cuento griego de Jasón y Medea».

Frases de esta naturaleza pueden contener (con una simplificación excesiva) ciertos elementos de verdad; pero no son ciertas en lo que a cuentos de hadas se refiere, ni lo son en el arte y la literatura. Lo que realmente cuenta es el colorido, la atmósfera, los detalles individuales e inclasificables de un relato; y, por encima de todo, el designio global que llena de vida la estructura ósea de un determinado argumento. *El rey Lear* de Shakespeare no es lo mismo que la historia que aparece en el Brut de Layamon. O vayamos al caso extremo de *Caperucita Roja*: resulta de un interés meramente secundario que las versiones derivadas de este cuento, en las que los leñadores salvan a la niña, procedan de forma directa del cuento de Perrault. Lo verdaderamente importante es que las versiones tardías cuentan con un final feliz (más o menos, si es que no lloramos a la abuela en exceso) que no tenía el original de Perrault. Ésa es una diferencia muy profunda sobre la que he de volver.

Naturalmente, no niego que se dé, porque yo lo siento con fuerza, el fascinante deseo de desenmarañar la historia inrrincadamente enredada y ramificada del Árbol de los Cuentos. Está muy cerca del estudio filológico de la embrollada maraña del Lenguaje, algunos de cuyos fragmentos conozco. Pero incluso por lo que respecta al Lenguaje, a mí me parece que más importante que comprender el desarrollo diacrónico de un determinado idioma es captar su cualidad esencial y características en un momento concreto, mucho más difíciles de poner de manifiesto. Con relación a los cuentos de hadas, pues, tengo la seguridad de que es más interesante, y a su modo también más difícil, considerar lo que son, lo que han llegado a ser para nosotros y los valores que el largo proceso de la alquimia del tiempo ha creado en ellos. Yo diría, en palabras de Dasent: «Hemos de contentarnos con la sopa que se nos pone delante, sin desear ver los huesos del buey con que se ha hecho».14

Aunque, cosa extraña, Dasent entendía por «sopa» una mezcolanza de espúrea prehistoria basada en las primeras conjeturas de la Filología Comparada; y por «deseo de ver los huesos» entendía la exigencia de ver las pruebas y los hechos que llevaban a tales teorías. Yo entiendo por «sopa» el cuento tal cual viene servido por su autor o narrador; y por «los huesos», las fuentes o el material, aun cuando (por extraña fortuna) se llegue a descubrirlos con certidumbre. Con todo, naturalmente, no me opongo a la crítica de la sopa como sopa.

Trataré, pues, por encima el tema de los orígenes. Ignoro demasiadas cosas como para abordarlo de cualquier otra manera; pero para mis propósitos es la menos importante de las tres preguntas, y bastará con unos breves comentarios. Es harto evidente que los cuentos de hadas (en su sentido más lato o en el más reducido) son en verdad muy antiguos. Versiones muy primitivas ya presentan puntos comunes; y allí donde se da el lenguaje, allí sin excepción se los encuentra. Nos hallamos, pues,

como es obvio, ante una variante del problema que afrontan el arqueólogo o el filólogo comparatista: el debate entre *evolución independiente* (o mejor dicho, *invención*) de temas parecidos; *derivación* de un antepasado común, y *difusión* en distintas épocas desde uno o más centros. La mayor parte de las controversias no existirían si una o ambas partes no tratasen de simplificar en demasía; e imagino que esta controversia no es la excepción. Probablemente, la historia de los cuentos de hadas sea más compleja que la evolución de la raza humana, y tanto como la historia del lenguaje. Es evidente que los tres elementos, invención independiente, derivación y difusión, han desempeñado su papel en la elaboración de la intrincada madeja del Cuento. Y si exceptuamos a los elfos, no hay hoy ingenio alguno que pueda desenmarañarla[17]. La más importante y fundamental de las tres es la invención, por lo que no ha de sorprender que sea también la más misteriosa. Las otras dos, en definitiva, se retrotraen por necesidad hasta un inventor, es decir, hasta un narrador. La *difusión* (o transmisión en el espacio), ya sea de un artefacto o de un cuento, no hace sino remitir el problema del origen a otro punto cualquiera. En el centro de la supuesta difusión hay un lugar en el que una vez vivió un autor. Otro tanto ocurre con la *derivación* (o transmisión en el tiempo): con ella no llegamos sino a un único autor primero. Mientras que si creemos que de forma independiente nacieron a veces ideas, temas o ingenios similares, nos limitamos a multiplicar el inventor primero, sin que por ello penetremos con más nitidez en su talento.

La filología ha quedado destronada del alto sitial que en otro tiempo ocupó en este tribunal de investigación. La opinión de Max Müller de que la mitología era una «enfermedad del lenguaje» puede ya abandonarse sin remordimientos. La mitología no es ninguna enfermedad, aunque, como todas las cosas humanas, pueda enfermar. De igual modo podría decirse que el pensamiento es una enfermedad de la mente. Estaría más cerca de la verdad decir que las lenguas, en particular los modernos idiomas europeos, son una enfermedad de la mitología. De todas formas, no podemos descartar el Lenguaje. En nuestro mundo el pensamiento, el lenguaje y el cuento son coetáneos. La mente humana, dotada de los poderes de generalización y abstracción, no sólo ve *hierba verde*, diferenciándola de otras cosas (y hallándola agradable a la vista), sino que ve que es *verde*, además de verla como *hierba*. Qué poderosa, qué estimulante para la misma facultad que lo produjo fue la invención del adjetivo: no hay en Fantasía hechizo ni encantamiento más poderoso. Y no ha de sorprendernos: podría ciertamente decirse que tales hechizos sólo son una perspectiva diferente del adjetivo, una parte de la oración en una gramática mítica. La mente que pensó en *ligero, pesado, gris, amarillo, inmóvil y veloz* también concibió la noción de la magia que haría ligeras y aptas para el vuelo las cosas pesadas, que convertiría el plomo gris en oro amarillo y la roca inmóvil en veloz arroyo. Si pudo hacer una cosa, también la otra; e hizo las dos, inevitablemente. Si de la hierba podemos abstraer lo verde, del

cielo, lo azul y de la sangre, lo rojo, es que disponemos ya del poder del encantador. A cierto nivel. Y nace el deseo de esgrimir ese poder en el mundo exterior a nuestras mentes. De aquí no se deduce que vayamos a hacer buen uso de ese poder en cualquier nivel; podemos poner un verde horrendo en el rostro de un hombre y obtener un monstruo; podemos hacer que brille una extraña y temible luna azul; o podemos hacer que los bosques se pueblen de hojas de plata y que los carneros se cubran de vellocinos de oro; y podemos poner ardiente fuego en el vientre del helado saurio. Y con tal «fantasía», que así se la denomina, se crean nuevas formas. Es el inicio de Fantasía. El Hombre se convierte en subcreador.

Así, el poder esencial de Fantasía es hacer inmediatamente efectivas a voluntad las visiones «fantásticas». No todas son hermosas, ni siquiera ejemplares; no al menos las fantasías del Hombre caído. Y con su propia mancha ha mancillado a los elfos, que sí tienen ese poder (real o imaginario). En mi opinión, se tiene muy poco en cuenta este aspecto de la «mitología»: subcreación, más que representación o que interpretación simbólica de las bellezas y los terrores del mundo. ¿Ocurre así porque lo vemos más en relación con Fantasía que con el Olimpo? ¿Porque se considera que pertenece a la «mitología menor», más que a la «alta mitología»? Ha habido abundantes controversias sobre las relaciones entre ambos, *cuento popular y mito*; pero aunque no las hubiera habido, el tema requeriría cierta atención, si bien breve, en cualquier reflexión acerca de los orígenes.

En cierto momento dominó el criterio de que todos estos temas derivaban de los «mitos de la naturaleza». Los moradores del Olimpo eran *personificaciones* del sol, de la aurora, de la noche, etcétera, y todo lo que de ellos se contaba eran originalmente los *mitos* (*alegorías* habría sido un término más adecuado) de los grandes cambios y procesos elementales de la naturaleza. La épica, las leyendas heroicas, las sagas localizaban luego estos relatos en lugares reales y los humanizaban al atribuírselos a héroes ancestrales, más poderosos que los hombres, aunque siguieran siendo hombres. Y por último, degenerando poco a poco, estas leyendas se transformaban en cuentos populares, *Marchen*, cuentos de hadas, cuentos para niños.

Ese podría muy bien ser el reverso de la verdad. Cuanto más se acerca a su supuesto arquetipo el denominado «mito de la naturaleza», o alegoría de los grandes cambios de la naturaleza, tanto menos interesante resulta y más incapaz es como mito de arrojar luz de ninguna clase sobre el mundo. Supongamos por el momento, como lo hace esta teoría, que nada existe realmente que guarde relación con los «dioses» de la mitología: ningún personaje, sólo fenómenos astronómicos y meteorológicos. En ese caso únicamente una mano, la mano de una persona, la mano de un hombre, puede investir a esos elementos naturales de un significado y una gloria personales. Sólo de una persona se deriva personalidad. Acaso los dioses deriven su color y su

hermosura de los excelsos esplendores de la naturaleza, pero fue el Hombre quien se los procuró, él los extrajo del sol y la luna y la nube; de él derivan ellos directamente su personalidad; a través de él reciben ellos desde el mundo invisible, desde lo Sobrenatural, el hálito o la sombra de divinidad que los envuelve. No hay una distinción fundamental entre altas y bajas mitologías. Sus individuos viven, si es que viven, según la misma vida, de igual manera que monarcas y campesinos lo hacen en el mundo de los mortales.

Tomemos lo que tiene todo el aspecto de ser un caso claro de mito olímpico de la naturaleza: el dios escandinavo Tor. Su nombre significa Trueno, Thórr en la forma nórdica; y no resulta difícil interpretar su martillo, Miollnir, como el relámpago. Sin embargo, hasta donde llegan nuestras tardías crónicas, Tor tiene una personalidad y un carácter muy definidos que no se justifican por el trueno o el relámpago, aunque algunos detalles puedan, por así decir, relacionarse con estos fenómenos naturales: la barba roja, por ejemplo, la voz potente y el temperamento violento, la fuerza bruta y aniquiladora. No obstante, sería hacer una pregunta sin demasiado sentido si quisiéramos saber qué fue primero, las alegorías de la naturaleza sobre, la personificación del trueno de las montañas hendiendo rocas y árboles o los relatos sobre un granjero de roja barba, irascible y no muy inteligente, de fuerza superior a la común, una persona en todo (excepto en la talla) muy semejante a los granjeros nórdicos, los *bcendr*, que profesaban por Tor un afecto tan especial. Podrá sostenerse que Tor quedó «reducido» al retrato de un hombre así, o bien que a partir de una figura parecida a ésta se magnificó la imagen del dios. Pero dudo de que uno y otro punto de vista sean certeros: no en sí mismos, no si insistís en que una de estas dos alternativas ha de preceder a la otra. Es más razonable suponer que el granjero apareció de pronto en el mismo momento en que se dotó de voz y de rostro al Trueno, y que en las colinas se oía el distante retumbo del trueno cada vez que un narrador de cuentos advertía la ira de un granjero.

Es preciso, naturalmente, situar a Tor entre los miembros de la más alta aristocracia mitológica: uno de los soberanos del mundo. Con todo, el relato que de él se cuenta en *Thrymskvitha* (en la Antigua Edda) no es en verdad sino un cuento de hadas. Es un relato antiguo en relación con los demás poemas escandinavos, aunque no demasiado (digamos del año 900 de nuestra era, o algo antes en este caso). En cambio, no hay razones fundadas para suponer que no sea «primitivo», al menos en su cualidad, ya que pertenece al género de los cuentos populares y no resulta muy majestuoso. Si pudiéramos retroceder en el tiempo, tal vez encontrásemos que los detalles han variado en el cuento o que han dado paso a otras narraciones. Pero mientras hubiera un Tor, habría siempre un «cuento de hadas». Y cuando cesase el cuento, no quedaría ya sino el trueno, que ningún oído humano habría escuchado aún.

En la mitología se atisba a veces algo «más elevado»: la Divinidad, el derecho al

poder (como forma distinta de su posesión), el derecho a la adoración; en definitiva, la «religión». Andrew Lang dijo, y hay quienes lo siguen elogiando por ello[18], que mitología y religión (en el sentido más estricto de la palabra) son dos cosas diferentes que han llegado a estar inextricablemente enredadas, a pesar de que la mitología se halla en sí misma casi desprovista de trascendencia religiosa[19].

No obstante, es cierto que esas cosas han quedado enredadas; o tal vez quedaron hace mucho tiempo separadas y poco a poco han ido acercándose a tientas hacia una nueva fusión a través de un laberinto de errores, a través de la confusión. Incluso los cuentos de hadas presentan en su conjunto tres caras: la Mística, que mira hacia lo Sobrenatural; la Mágica, hacia la Naturaleza, y el Espejo de desdén y piedad, que mira hacia el Hombre. La cara esencial de Fantasía es la segunda, la Mágica. Pero varía el grado en que las otras dos aparecen (si llegan a hacerlo), que puede ser determinado por el narrador individual. Puede utilizarse la cara Mágica, el cuento de hadas, como *Mirour de l'Omme*; y puede convertirse (aunque no tan fácilmente) en vehículo de Misterio. Esto es al menos lo que intentaba George MacDonald, que cuando acertaba escribía recios y hermosos relatos, como *The Golden Key* (que él denominó cuento de hadas), e incluso cuando fracasaba en parte, como en *Lilith* (al que llamó novela sentimental).

Volvamos por un momento a la «Sopa» que antes he mencionado. Al hablar de la historia de las narraciones y en particular de los cuentos de hadas, podríamos decir que la Marmita de Sopa, el Caldero de los Relatos, siempre ha estado hirviendo y que siempre se han ido agregando nuevos trozos, exquisitos o desabridos. Por ello, y refiriéndonos a un ejemplo cualquiera, el hecho de que en el siglo xm se contase de Berta, la madre de Carlomagno, una historia que guarda semejanzas con la hoy conocida como *La niña de los gansos* (*Die Gansemagd* de Grimm), nada demuestra en realidad en ninguno de los dos sentidos: ni que el relato, a punto de convertirse en un *Hausmarcben*, derivase (en el siglo xm) del Olimpo o del Asgard a través de un antiguo rey ya legendario; ni que el relato estuviese evolucionando en dirección opuesta a ésta. Es una historia que se halla ampliamente difundida, sin relación alguna con la madre de Carlomagno o con cualquier otro personaje histórico. Del hecho mismo no puede, ciertamente, deducirse que no aluda a la madre de Carlomagno, si bien ésa es la clase de deducción que con más frecuencia se deriva de este tipo de pruebas. La opinión de que este relato no hace referencia a Berta ha de basarse en otras cosas: bien en características internas de la narración que la filosofía del crítico no acepte como posibles en la «vida real», con lo que el crítico desconfiaría del cuento aunque éste no se diera en ningún otro lugar; o bien por la existencia de sólidas pruebas históricas de que la auténtica vida de Berta fue por completo diferente, con lo que el crítico desconfiaría también del cuento aun en el caso de que su filosofía aceptase que resultaba perfectamente posible en la «vida

real». Nadie, imagino, pondría en duda la historia de que el Arzobispo de Canterbury resbaló sobre una piel de plátano simplemente porque se sabe que similares accidentes cómicos se han contado de otra mucha gente y en especial de dignatarios ya ancianos. Podría dudarse del relato si se descubriera que un ángel (o incluso un hada) había avisado al Arzobispo de que resbalaría si usaba polainas los viernes. Tampoco podría darse crédito a la historia si se dijera que ésta había ocurrido, digamos, en el período comprendido entre 1940 y 1945. Y ya basta. Es un aspecto obvio que se ha tratado antes. Corro, con todo, el riesgo de sacarlo de nuevo a colación (aun apartándome un tanto de mi tema actual), porque constantemente aparece relegado por quienes se ocupan del origen de los cuentos.

Pero ¿qué hay de la piel de plátano? Nuestro interés por ella no comienza sino cuando queda descartada por los historiadores. Cuando se la tira es cuando resulta más útil. El historiador, con toda probabilidad, dirá que la piel de plátano «se le atribuyó al Arzobispo», como ciertamente dice en buena lógica que «el *Marchen* de *La niña de los gansos* fue atribuido a Berta». Esta forma de decir las cosas es harto inocua en lo que habitualmente se conoce por «historia». Pero ¿es ésta, de verdad, una buena descripción de lo que sucede y ha sucedido en la historia de los cuentos? No lo creo. Yo creo que estaría más cerca de la verdad decir que el Arzobispo quedó asociado a la piel de plátano, o que Berta acabó convertida en la Niña de los Gansos. Mejor aún: diría que la madre de Carlomagno y el Arzobispo fueron añadidos a la Marmita, entraron de hecho en la Sopa. No fueron sino nuevos ingredientes que se sumaron a los ya existentes. Honor considerable, porque en aquella Sopa había muchas cosas más antiguas, más activas, más bellas, cómicas o terribles de lo que ellos eran en sí mismos (considerados sin más como figuras históricas).

Parece bastante claro que también Arturo, que es un personaje histórico (aunque acaso no de mucha importancia como tal), fue asimismo añadido a la Olla. Allí hirvió durante largos años junto a otros muchos personajes y aliños de la mitología y la Fantasía, e incluso con algunos huesos sueltos de historia (como la defensa de Alfredo contra los daneses), hasta que emergió como un rey de Fantasía. La situación es similar a la de la gran corte «artúrica» de los reyes de Dinamarca, los *Scyldingas* de la antigua tradición inglesa. El rey Hrothgar y su familia presentan muchas huellas evidentes de verdadera historia, muchas más que Arturo; y, sin embargo, hasta en los relatos más antiguos (ingleses) aparecen ya asociados a muchos personajes y sucesos de los cuentos de hadas: porque han estado en la Olla. Pero para no discutir la transformación del muchacho-oso en el caballero Beowulf ni explicar la invasión del palacio real de Hrothgar por el monstruo Grendel, quiero ahora limitarme a los restos más antiguos de cuentos de hadas (o limítrofes con ellos) que se conservan en inglés, a pesar de ser poco conocidos en Inglaterra. Quisiera señalar algo que estas tradiciones contienen: un ejemplo singularmente evocador del nexo que existe entre

el «cuento de hadas» y los dioses, reyes y hombres innominados, y que ilustra (así lo estimo) la creencia de que este elemento no aumenta ni decrece, sino que está ahí, en la Marmita de los Cuentos, a la espera de las grandes figuras del Mito y de la Historia y de los aún anónimos El o Ella, a la espera del momento en que se los eche al guiso que allí hierve, todos a la vez o por separado, sin tener en cuenta los rangos ni las prioridades.

Froda, rey de los heathobardos, era el gran enemigo del rey Hrothgar. Con todo, nos llegan ecos de un extraño relato referente a Freawaru, la hija de Hrothgar, un relato poco corriente en las leyendas heroicas nórdicas: Ingeld, hijo de Froda, hijo, pues, del enemigo de la familia de Freawaru, se enamora e infaustamente se casa con ella. Algo que resulta en extremo interesante y significativo. En el trasfondo de esa vieja enemistad se vislumbra la figura de aquel dios al que los antiguos escandinavos denominaban Frey (el Señor) o Yngvifrey, y al que los anglos llamaban Ing: dios de la fertilidad y de las mieses en la antigua mitología (y religión) nórdica. La enemistad de las dos casas reales estaba relacionada con un lugar sagrado de culto de esa religión. Ingeld y su padre llevan nombres que pertenecen a ella. El nombre de la misma Freawaru significa «Protección del Señor (de Frey»). No obstante, uno de los principales hechos que más tarde (en antiguo islandés) se narraron de Frey es la historia en la que desde lejos se enamora de la hija de los enemigos de los dioses, Gerdr, hija del gigante Gymir, y se casa con ella. ¿Prueba esto que Ingeld y Freawaru, o su amor, son «meramente míticos»? Creo que no. La Historia a menudo se asemeja al Mito, porque en última instancia ambos comparten la misma sustancia. Si fuera cierto que Ingeld y Freawaru nunca vivieron, o al menos que nunca se amaron, resultaría entonces que su historia dimana en definitiva del hombre y la mujer anónimos; o mejor aún, que han entrado en la historia de un hombre y una mujer anónimos. Se les ha metido en la Marmita en que tantas cosas poderosas llevan siglos y siglos hirviendo al fuego, y una de ellas es el Amor-a-primera-vista. Otro tanto ocurre con el dios. Si ningún joven se hubiera nunca enamorado de una muchacha en su primer encuentro casual, ni hubiera topado con viejas enemistades que se interponían entre él y su amada, el dios Frey jamás habría visto a Gerdr, la hija del gigante, desde el alto trono de Odín. Mas aunque hablemos de la Marmita, no hemos de dejar en completo olvido a los Cocineros. La Marmita contiene muchas cosas, pero no por ello los Cocineros meten allí a ciegas la cuchara. La selección también cuenta. Después de todo, los dioses son dioses, y asunto de cierta importancia son los relatos que de ellos se cuentan. Hemos así de admitir abiertamente que un cuento de amor se le atribuya a un príncipe de la historia real; y, en efecto, es más probable que tal cosa suceda en una familia de la historia real, cuyas tradiciones son las del Dorado Frey y el Vanir, y no las de Odín el Godo, el Nigromante, devorador de grajos y Señor de los Muertos. Poco hay que sorprenderse de que en inglés *spell* signifique

tanto algo que se deletrea como una fórmula de poder sobre los hombres vivos.

Mas cuando hemos hecho todo lo que la investigación puede hacer —recoger y comparar los cuentos de muchos países—, cuando hemos justificado muchos de los elementos que a menudo se hallan engastados en los cuentos de hadas (como las madrastras, osos y toros encantados, brujas caníbales, los tabúes de los nombres y otros tales) como reliquias de antiguas costumbres que en cierta época fueron práctica diaria, o de credos que en cierta época se tuvieron por credos y no por «fantasías»..., aún nos queda un punto que se olvida con demasiada frecuencia, y es el efecto que *ahora* producen esos antiguos elementos en las actuales versiones de los cuentos.

En primer lugar, son ahora cosas antiguas y la antigüedad ofrece en sí misma cierta atracción: conmigo continúa desde la niñez la belleza y el horror de *El arbusto de enebro* (*Von dem Machandelbloom*), con su comienzo exquisito y trágico, el abominable guisote caníbal, los horribles huesos, el brillante y vengativo espíritu del pájaro que sale de una niebla que se ha alzado desde el arbusto; y con todo, el aroma de ese cuento que más particularmente se ha demorado en mis recuerdos no es la belleza ni el horror, sino la distancia y un abismo enorme de tiempo que ni siquiera pueden medir los *twe tusend Johr*. Sin el guisote y los huesos (que demasiado a menudo se les ahorran ahora a los niños en las versiones dulcificadas de Grimm),[20] esa visión habría quedado en gran parte perdida. No creo que yo sufriera ningún daño por el horror que había en el ambiente de aquel cuento de hadas, cualesquiera que fuesen las oscuras creencias y prácticas del pasado de las que pudiera proceder. Tales historias producen ahora un efecto mítico o total (imposible de analizar), un efecto independiente por completo de los hallazgos del folklore comparado, y que éste no puede ni explicar ni desvirtuar. Tales historias abren una puerta a Otro Tiempo, y si la cruzamos, aunque sólo sea por un instante, nos quedamos fuera de nuestra propia época, acaso fuera del Tiempo mismo.

Si nos detenemos no sólo a señalar que tales elementos antiguos han sido conservados, sino a considerar cómo han sido conservados, habremos de concluir, creo, que a menudo, si no siempre, ha ocurrido precisamente en razón de este efecto literario. No podemos ser nosotros quienes primero lo hayamos sentido; ni siquiera los hermanos Grimm. De ninguna manera pueden ser los cuentos de hadas lechos rocosos de los que nadie sino el geólogo experto sabe sacar los fósiles. Estos elementos antiguos pueden eliminarse con la mayor facilidad, u olvidarse, o dejarse fuera, o reemplazarse por otros ingredientes: así lo demuestra cualquier comparación de un cuento con sus variantes más inmediatas.

Las cosas que allí aparecen deben con frecuencia haberse mantenido (o haber sido insertadas) porque los narradores orales sentían instintiva o conscientemente su «importancia» literaria[21]. Incluso cuando se adivina que la prohibición en un cuento de hadas deriva de algún tabú que estaba vigente hace ya mucho tiempo,

probablemente se lo ha conservado por el gran significado mítico de la prohibición. Es muy posible que cierto sentido de esta importancia se oculte también detrás de algunos de los propios tabúes. No lo harás..., o si lo haces, un infinito pesar inundará tu miseria. Hasta los más amables «cuentos de niños» conocen este factor. Hasta al Conejo Pedro se le vedó un jardín, perdió su chaqueta azul y enfermó. La Puerta Cerrada se alza como una Tentación eterna.

Los niños

Voy a ocuparme ahora de los niños, viniendo con ello a la última y más importante de las tres preguntas: ¿cuáles, si alguno hay, son hoy los valores y las funciones de los cuentos de hadas? Normalmente se acepta que los niños son los destinatarios naturales de tales cuentos, o los más apropiados. Al hablar de un cuento de hadas que consideran que tal vez los adultos podrían leer con deleite, quienes hacen su reseña se permiten con frecuencia donaires de este tenor: «Este libro es para niños de entre seis y sesenta años». Pero estoy aún por ver la propaganda de un nuevo coche en miniatura que comience así: «Este es un juguete para criaturas de entre diecisiete y setenta años»; aunque se me ocurre que esto sería mucho más apropiado. ¿Hay algún nexo esencial entre los niños y los cuentos de hadas? ¿Hay algún comentario que hacer, caso de que un adulto llegue a leerlos? Caso de que los lea como tales cuentos, no si los estudia como curiosidades. A los adultos se les permite coleccionar y estudiar cualquier cosa, hasta programas viejos de teatro o bolsas de papel.

Entre los que aún conservan suficiente sabiduría como para no estimar perniciosos los cuentos de hadas, la opinión habitual parece ser que hay una relación natural entre las mentes infantiles y este tipo de relatos, de suerte similar al nexo que hay entre los cuerpos de los niños y la leche. Creo que es un error; en el mejor de los casos un error de falso sentimiento y un error en el que, por lo tanto, muy a menudo incurren quienes, por la razón personal que sea (la puerilidad, por ejemplo) tienden a considerar a los niños como un tipo especial de criatura, casi como una raza aparte, más que como miembros normales, si bien inmaduros, de una determinada familia y de la familia humana en general.

De hecho, la asociación de niños y cuentos de hadas es un accidente de nuestra historia doméstica. En nuestro mundo moderno e ilustrado, los cuentos de hadas han sido relegados al «cuarto de los niños», de la misma forma que un mueble destartalado y pasado de moda queda relegado al cuarto de juegos, debido sobre todo a que los adultos ya no lo quieren ni les importa que lo maltraten[22]. No es la preferencia de los niños lo que decide una cosa así. Como grupo o clase —y lo único que así los conjunta es la falta común de experiencia—, a los niños no les agradan los cuentos de hadas más que a los adultos, ni los entienden mejor que ellos; no más ni mejor de lo que les gustan otras muchas cosas. Son jóvenes y están creciendo, y por regla general tienen buen apetito, así que también por regla general los cuentos de hadas bajan bastante bien a sus estómagos. Pero lo cierto es que sólo algunos niños y algunos adultos sienten por ellos una afición especial; y cuando la sienten, no es una afición exclusiva, ni siquiera necesariamente dominante[23]. Es también una afición,

así lo estimo, que no suele aparecer muy temprano en la niñez, a menos que medie un estímulo artificial; y si es innata, ciertamente no decrece con la edad, sino que aumenta.

Es cierto que en tiempos recientes los cuentos de hadas han sido casi siempre escritos o «adaptados» para niños. Pero otro tanto puede ocurrir con la música, los versos, las novelas, la historia o los manuales científicos. Es un procedimiento peligroso, aun cuando resulte necesario. Y sólo se salva del desastre por el hecho de que las artes y las ciencias no están en su conjunto relegadas a la enseñanza primaria; en la enseñanza primaria y secundaria sólo se imparten las aficiones y los reflejos del mundo adulto que a los adultos (a menudo muy equivocados) les parecen adecuados para los niños. Si cualquiera de estas cosas quedara por completo relegada a la primera enseñanza, terminaría gravemente dañada. Como terminaría estropeada y rota una hermosa mesa, un buen cuadro o una máquina útil (un microscopio, por ejemplo) si permaneciesen mucho tiempo desatendidos en un aula. Desterrados así los cuentos de hadas, desgajados del conjunto del arte adulto, acabarían por ser destruidos; y de hecho han sido destruidos en la medida en que así se los ha desterrado.

En mi opinión, pues, el valor de estos cuentos no ha de medirse con los niños como única referencia. Las colecciones de cuentos no son por naturaleza sino desvanes y trasteros. Sólo una costumbre local o accidental las convierte en cuartos de niños. Están llenas de cosas en desorden y muchas veces maltrechas, un revoltijo de fechas, intenciones y gustos; pero entre ellas puede hallarse de vez en cuando algo de valor permanente: una antigua obra de arte no demasiado estropeada, que sólo por estupidez habría quedado allí almacenada.

Los libros de hadas de Andrew Lang no son, probablemente, trasteros. Más bien tenderetes de un mercado. Alguien con un plumero y buen ojo para las cosas que aún conservan cierto valor ha estado revolviendo áticos y desvanes. Sus antologías son en gran medida un derivado de sus estudios adultos de mitología y folklore; pero se las convirtió en libros para niños y así se las presentó.[24] Merece la pena considerar algunas de las razones que Lang ofrece.

La introducción a la primera de la serie habla de «los niños a quienes y para quienes estas historias se relatan». «Representan — dice— la edad juvenil del hombre fiel a sus primeros amores, y muestran el filo aún no embotado de su fe y una nueva avidez de prodigios.» «La gran pregunta —dice— que los niños hacen es: "¿Es eso verdad?"»

Tengo la sospecha de que fe y avidez de prodigios se consideran aquí idénticos y estrechamente relacionados. Son radicalmente diferentes, si bien una mente humana en desarrollo no diferencia ni en seguida ni al principio su avidez de prodigios de su avidez general. Parece bastante claro que Lang usaba el término yé en su sentido

ordinario: creencia de que una cosa existe o puede existir en el mundo real (primario). Si así fuera, temo que de las palabras de Lang, desprovistas de sentimiento, sólo pueda deducirse que el narrador de cuentos maravillosos para niños explota su credulidad, o puede hacerlo, o en cualquier caso lo hace, explota la falta de experiencia de los niños que les hace menos sencillo distinguir en casos concretos la realidad de la ficción, a pesar de que esa diferenciación sea básica para una mente humana sana y para los mismos cuentos de hadas.

Naturalmente que los niños son capaces de una fe literaria cuando el arte del escritor de cuentos es lo bastante bueno como para producirla. A ese estado de la mente se lo ha denominado «voluntaria suspensión de la incredulidad». Mas no parece que ésa sea una buena definición de lo que ocurre. Lo que en verdad sucede es que el inventor de cuentos demuestra ser un atinado «subcreador». Construye un Mundo Secundario en el que tu mente puede entrar. Dentro de él, lo que se relata es «verdad»: está en consonancia con las leyes de ese mundo. Crees en él, pues, mientras estás, por así decirlo, dentro de él. Cuando surge la incredulidad, el hechizo se rompe; ha fallado la magia, o más bien el arte. Y vuelves a situarte en el Mundo Primario, contemplando desde fuera el pequeño Mundo Secundario que no cuajó. Si por benevolencia o por las circunstancias te ves obligado a seguir en él, entonces habrás de dejar suspensa la incredulidad (o sofocarla); porque si no, ni tus ojos ni tus oídos lo soportarían. Pero esta interrupción de la incredulidad sólo es un sucedáneo de la actitud auténtica, un subterfugio del que echamos mano cuando condescendemos con juegos e imaginaciones, o cuando (con mayor o menor buena gana) tratamos de hallar posibles valores en la manifestación de un arte a nuestro juicio fallido.

El verdadero entusiasta del criquet vive bajo este hechizo: el de la Fe Secundaria. Cuando yo contemplo un encuentro de criquet me encuentro a un nivel inferior. Y puedo alcanzar una (mayor o menor) suspensión voluntaria de la incredulidad cuando allí me retiene y sostiene algún otro motivo que aparta de mí el aburrimiento; por ejemplo: una preferencia indómita y heráldica por el azul oscuro en vez de por el azul claro. Es posible que esta suspensión de la incredulidad sea así un estado mental algo laso, pobre o sentimental, y es posible que esté algo escorada hacia lo «adulto». Me da la impresión de que ésta precisamente es con frecuencia la posición de los adultos ante un cuento de hadas. Los retiene y sostiene el sentimiento (recuerdos de la niñez o nociones de a lo que la niñez debiera asemejarse); creen que el cuento debería gustarles. Pero si verdaderamente les gustase por sí mismo, no tendrían que dejar la incredulidad en suspenso: creerían sin más... en este sentido.

Ahora bien, si Lang hubiera querido decir algo parecido a esto, podría haber habido algo de verdad en sus palabras. Acaso se arguya que es más fácil provocar el hechizo en los niños. Es posible que sí, aunque yo no estoy seguro de ello. Si así lo

parece, yo creo que a menudo sólo se debe a una ilusión de los adultos producida por la humildad de los niños, por su falta de experiencia crítica y de vocabulario y por su voracidad (propia de su rápido crecimiento). Les gusta o intentan que les guste lo que se les da: y si no les gusta, no logran expresar bien su desagrado ni logran razonarlo (y llegan así a ocultarlo); y les gustan de forma indiscriminada una gran cantidad de cosas diferentes, sin molestarse por analizar los distintos niveles de su creencia. Dudo en cualquier caso que esta poción —el hechizo de un buen cuento de hadas— sea realmente una de esas que pierden «fuerza» con la costumbre, menos fuertes a medida que se prodigan los tragos.

Lang dijo que la gran pregunta que hacen los niños es: «¿Es eso verdad?» Desde luego que hacen esa pregunta, bien lo sé; y no es pregunta que se conteste ni en un segundo ni de cualquier manera.[25] Pero el interrogante mismo apenas constituye prueba ninguna de una «fe embotada», ni prueba siquiera de que los niños deseen tal cosa. Nace con harta frecuencia del deseo que el niño siente de saber qué tipo de literatura tiene delante. El conocimiento que los niños tienen del mundo es muchas veces tan escaso que no pueden discernir de improviso y sin ayuda entre lo fantástico, lo extraño (hechos raros o remotos), lo disparatado y lo meramente «adulto» (es decir, las cosas ordinarias del mundo de sus padres, que en gran medida aún les queda por explorar). Pero reconocen los diferentes tipos y en ocasiones es posible que gusten de todos ellos. Claro que a veces los límites entre unos y otros fluctúan y se confunden; mas eso no es sólo cierto en los niños. Todos conocemos las diferencias entre los géneros, aunque no siempre sabemos catalogar con seguridad todo lo que oímos. Es muy posible que un niño crea la conseja de que en la vecina provincia hay ogros; a muchos adultos les resulta fácil creerlo de otros países; y en lo que se refiere a otros planetas, poquísimos adultos parecen capaces de imaginarlos poblados, si lo imaginan, por algo que no sean monstruos de iniquidad.

Pues bien, yo era uno de los niños a quienes Andrew Lang se dirigía (vine al mundo casi al mismo tiempo que el Green Fairy Book), niños para quienes él parecía pensar que los cuentos de hadas eran el equivalente de las novelas de los adultos, y niños de quienes dijo: «Sus gustos siguen siendo los de sus desnudos antepasados de hace miles de años; y parece que los cuentos de hadas les agradan más que la historia, la poesía, la geografía o la aritmética».[26] Pero ¿sabemos mucho realmente de esos «desnudos antepasados», a excepción de que no estaban en absoluto desnudos? Por muy antiguos que sus elementos puedan ser, nuestros cuentos no son con seguridad los mismos que los de ellos. Y, sin embargo, si damos por sentado que nosotros tenemos cuentos de hadas porque ellos los tuvieron, ocurre entonces que probablemente contamos también con la historia, la geografía, la poesía y la aritmética porque a ellos les agradaban estas cosas, en la medida en que les era dado comprenderlas y en la medida asimismo en que ellos habrían ya diferenciado las

distintas ramas de su interés general por todas las cosas.

Y en cuanto a los niños de nuestros días, la descripción de Lang no cuadra con mis propios recuerdos ni con mi experiencia con niños. Acaso Lang se equivocaba con los que él conoció; si así no fuera, se debería entonces a que de todas formas los niños difieren considerablemente entre sí, incluso dentro de los estrechos límites de Gran Bretaña; y engañosas serían las generalizaciones que los tratan como grupo (sin consideración a sus talentos individuales ni a las influencias del paisaje en que viven ni a su educación). Yo no tenía un «deseo especial de creer». Yo quería saber. La Fe dependía del modo en que, bien los mayores o los autores, me ofrecían los cuentos, o dependía del tono y de las cualidades inherentes al relato. Pero no consigo recordar que jamás el disfrute de una narración dependiera de la fe en que cosas tales pudiesen suceder o hubiesen sucedido en la «vida real». Los cuentos de hadas, como es obvio, no se ocupaban mayormente de lo posible, sino de lo deseable. Y sólo daban en el blanco si despertaban los deseos y, al tiempo que los estimulaban hasta límites insufribles, también los satisfacían. No es preciso ser en esto más explícito, porque espero decir después algo más en torno a este deseo, en el que entran muchos ingredientes, algunos universales, otros propios sólo del hombre moderno (niños incluidos), o propios incluso sólo de cierta clase de hombres. Yo no sentí ganas de tener sueños ni aventuras como los de Alicia, y sus pormenores no pasaban de distraerme. Sentí muy pocas ganas de buscar tesoros escondidos o de luchar contra los piratas, y La isla del tesoro me dejaba frío. Prefería los Pieles Rojas: en esas historias había arcos y flechas (tuve y tengo aún un deseo del todo insatisfecho de manejar bien el arco), y extraños idiomas, y atisbos de un modo arcaico de vida, y sobre todo bosques. Pero aún me gustaba más el país de Merlín y Arturo. Y lo que por encima de todo prefería era el innominado Norte de Sigurd el volsungo y el príncipe de todos los dragones. Hacia tales regiones miraban con preferencia mis deseos. Jamás me pasó por la imaginación que el dragón fuese de la misma familia que el caballo. Y no era sólo porque viera caballos a diario y jamás ni tan sólo la huella de un saurio.[27] Era que el dragón llevaba patente sobre su lomo la impronta De Fantasía. Cualquiera que fuese el mundo en que él viviese, se trataba de Otro Mundo. La fantasía, la creación o el vislumbre de Otros Mundos, ése era el núcleo mismo de esta acucia por el País de las Hadas. Yo penaba por los dragones con un profundo deseo. Claro que yo, con mi tímido cuerpo, no deseaba tenerlos en la vecindad, ni que invadieran mi mundo relativamente seguro, en el que, por ejemplo, era posible leer cuentos con paz de espíritu, libre de temores.[28] Pero el mundo que incluía en sí hasta la fantasía de Fáfnir era más rico y bello, cualquiera que fuese el precio del peligro. El que habita tranquilas y fértiles llanuras puede llegar a oír hablar de montañas escabrosas y mares vírgenes y a suspirar por ellos en su corazón. Porque el corazón es fuerte, aunque el cuerpo sea débil.

De todas formas, aun cuando ahora considero que la lectura de los cuentos de hadas en los primeros años fue importante, y hablo de mi experiencia infantil, he de reconocer que el gusto por tales narraciones no fue la principal característica de mis tempranas aficiones. El auténtico interés por ellas se despertó tras los tiempos de la primera infancia, y tras los años que median entre el aprendizaje de la lectura y la escuela, que aunque pocos, ahora parecen dilatados. En esta época (iba a escribir «feliz», o «dorada»; en realidad fue triste e inquieta) había otras cosas que me gustaban tanto o más: como la historia, la astronomía, la botánica, la gramática o la etimología. En principio, yo no respondía lo más mínimo a la generalización de «niño» propuesta por Lang, o sólo por casualidad en algunos aspectos. Yo era, por ejemplo, insensible a la poesía, y cuando en los cuentos había versos, me los saltaba. Descubrí la poesía mucho después, en el latín y el griego, sobre todo cuando me vi obligado a intentar traducir versos ingleses a las lenguas clásicas. El auténtico interés por la literatura fantástica me lo despertó la filología, ya en el umbral de los años mozos, y la guerra lo aceleró y desarrolló del todo.

Puede que lo dicho sobre este punto sea ya más que suficiente. Por lo menos queda claro que, en mi opinión, los cuentos de hadas no han de estar particularmente asociados con los niños. Existe una relación de tipo natural, porque los niños son seres humanos y los cuentos son algo connatural a la sensibilidad humana (aunque no tenga por qué ser universal); hay otra relación de tipo circunstancial, porque cuentos de hadas son la mayor parte de los desechos literarios con que la Europa de los últimos tiempos ha estado atiborrando sus desvanes; y una tercera de tipo anormal, a causa de una sensiblería equivocada hacia los niños, una sensiblería que parece ir en aumento a medida que el número de niños desciende.

Cierto es que esa época de afecto por la infancia ha producido algunos libros deliciosos de esa índole, o próximos a ella (que, sin embargo, ofrecen un encanto especial para los adultos); pero también ha propiciado una horrenda espesura de obras escritas o adaptadas a lo que se suponía (o se supone) que es la medida de las mentes infantiles. Se acaramelan o se censuran los antiguos relatos, cuando habría que preservarlos como son; las imitaciones resultan con frecuencia puras ñoñeces, sandeces sin el menor interés, o bien paternalistas, cuando no, y esto es lo peor, solapadamente cínicas, siempre con un ojo puesto en los demás adultos presentes. No voy a acusar de ello a Andrew Lang, pero está claro que se sonreía para sus adentros y que con demasiada frecuencia tenía en cuenta los rostros de otros adultos inteligentes que sobresalían sobre las cabezas de su audiencia infantil. Con grave detrimento para sus Chronicles of Pantouflia.

Dasent replicó con ardor e imparcialidad a los pudibundos críticos de su traducción de los cuentos populares escandinavos. Pero cometió la sorprendente tontería de prohibir específicamente a los niños la lectura de los dos últimos de la

colección. Casi parece increíble que una persona pueda dedicarse al estudio de los cuentos de hadas y no saque mejores enseñanzas. Pero ni las críticas habrían sido precisas, ni las réplicas ni las prohibiciones, si no se hubiera considerado innecesariamente a los niños como los lectores exclusivos del libro.

No niego que sean ciertas —aunque suenen sensibleras— las siguientes palabras de Andrew Lang: «Quien desee entrar en el Reino de Fantasía habrá de tener corazón de niño». Porque tenerlo resulta necesario en toda gran aventura, y tanto en territorios más pequeños como mucho más grandes que el de Fantasía. Pero la humildad y la inocencia —que es lo que en un contexto como éste debe entenderse por «corazón de niño» no implican necesariamente un asombro indiscriminado ni, desde luego, una indiscriminada ternura. Chesterton comentó en cierta ocasión que los niños con los que había visto El pájaro azul de Maeterlinck se mostraron insatisfechos «porque no terminaba con el Día del Juicio Final y porque el héroe y la heroína no se enteraban de la fidelidad del Perro y de la infidelidad del Gato». «Porque los niños —dice—, son inocentes y aman la justicia, mientras que la mayoría de nosotros no lo somos y preferimos la misericordia.»

Andrew Lang anduvo errado en este punto. Tuvo dificultades para justificar la muerte del Enano Amarillo a manos del príncipe Ricardo en uno de sus propios cuentos. «Odio la crueldad —dijo—, ... pero fue en lucha leal, con la espada en la mano, y el enano murió con las botas puestas. ¡Descansen en paz sus cenizas!» No parece claro, sin embargo, que una «lucha leal» sea menos cruel que un «juicio leal»; o que atravesar a un enano con una espada sea más justo que la ejecución de reyes malvados y malignas madrastras, cosas de las que Lang abjura: él, y se jacta de ello, envía a los criminales al retiro con una sustanciosa pensión. Esto es misericordia sin la temperancia de la justicia. Bien es cierto que esta declaración no iba dirigida a los niños, sino a los padres y tutores a los que Lang recomendaba su Prince Prigio y su Prince Ricardo como obras adecuadas para sus hijos y pupilos.[29] Son los padres y tutores quienes han clasificado los cuentos de Lang como Juvenilia. Y éste es un pequeño ejemplo de la adulteración de valores que se produce.

Si usamos la palabra niño en su buen sentido (tiene también, con todo derecho, otro malo), no debemos consentir que ello nos empuje al sentimentalismo de utilizar adulto o mayor en su mal sentido (también tiene, con todo derecho, otro bueno). El proceso de crecimiento no va necesariamente unido a una creciente perversidad, aunque sí es verdad que con frecuencia ambos suelen darse a un mismo tiempo. Los niños están hechos para crecer, no para quedarse en Peter Pan. No perder la inocencia y la ilusión, sino progresar en la ruta marcada, en la que ciertamente es mejor llegar que viajar esperanzados, aunque hayamos de viajar esperanzados si queremos llegar. Pero una de las enseñanzas de los cuentos de hadas (si puede hablarse de enseñanza en las cosas que no la imparten) es que a la juventud inexperta, abúlica y engreída, el

peligro, el dolor y el aleteo de la muerte suelen proporcionarle dignidad y hasta en ciertos casos sentido común.

No caigamos en el error de dividir a la humanidad entre elois y morlocks: hermosos niños («elfos», como a menudo los calificaba estúpidamente el siglo XVM), con sus cuentos de hadas cuidadosamente podados por un lado, y morlocks tenebrosos por otro, al cuidado siempre de sus máquinas. Si algún interés tiene la lectura de los cuentos de hadas como género específico es que merece la pena escribirlos por y para los adultos. Pondrán en ellos, sin duda, y de ellos extraerán más de lo que los niños puedan poner y obtener. Y entonces, como una rama más de un arte auténtico, los niños pueden tener la esperanza de que se les escriban cuentos, cuentos a su medida; como acaso esperan disponer de adecuadas introducciones a la poesía, la historia o las ciencias. De todas formas, siempre es preferible que algunas de las cosas que lean, en particular los cuentos de hadas, sobrepasen su capacidad y no se les queden cortas. Los libros, como la ropa, no deben estorbar el crecimiento; los libros deben, cuando menos, alentarlo.

Ahora bien, si los adultos se decidiesen a acercarse a la lectura de esos cuentos como a una rama más de la literatura —sin jugar a ser niños ni simular que realizan una selección para niños, ni siendo niños que se niegan a crecer—, ¿cuáles serían los valores y cuáles las funciones de este género? Esta es, en mi opinión, la última y definitiva pregunta. Ya he dejado entrever algunas de mis respuestas. Ante todo, si están escritos con arte, ése será simplemente el valor primordial de tales cuentos, que, en cuanto literatura, comparten con el resto de las formas literarias. Pero los cuentos de hadas ofrecen también en forma y grado excepcional otros valores: Fantasía, Renovación, Evasión y Consuelo, de todos los cuales, por regla general, necesitan los niños menos que los adultos. La mayoría de estas cosas se tienen hoy por perjudiciales para todo el mundo. Me detendré brevemente en cada una de ellas, comenzando por la *Fantasía*.

Fantasía

La mente del hombre tiene capacidad para formar imágenes de cosas que no están de hecho presentes. La facultad de concebir imágenes recibe (o recibió) el nombre lógico de Imaginación. Pero en los últimos tiempos y en el lenguaje especializado, no en el de todos los días, se ha venido considerando a la Imaginación como algo superior a la mera formación de imágenes, adscrito al campo de operaciones de lo Fantasioso, forma reducida y peyorativa del viejo término Fantasía; se está haciendo, pues, un intento para reducir, yo diría que de forma inadecuada, la Imaginación al «poder de otorgar a las criaturas de ficción la consistencia interna de la realidad».

Aun cuando pueda parecer ridículo que una persona tan poco docta pueda mantener una opinión sobre este punto tan básico, me arriesgo a pensar que la diferenciación es filológicamente inadecuada y el análisis, inexacto. Una cosa, o un aspecto, es el poder mental para formar imágenes, y su denominación adecuada debe ser Imaginación. La percepción de la imagen, la aprehensión de sus implicaciones y su control, necesarios para una eficaz expresión, pueden variar en viveza y vigor; pero ello supone una diferencia de grado con respecto a la Imaginación, no de esencia. El logro de la expresión que proporciona (o al menos así lo parece) «la consistencia interna de la realidad»[30] es ciertamente otra cosa, otro aspecto, que necesita un nombre distinto: el de Arte, el eslabón operante entre la Imaginación y el resultado final, la Subcreación. Para el fin que ahora me propongo preciso de un término que sea capaz de abarcar a la vez el mismísimo Arte Subcreativo y la cualidad de sorpresa y asombro expositivos que se derivan de la imagen: una cualidad esencial en los cuentos de hadas.

Me propongo, pues, arrogarme los poderes de Humpty-Dumpty y usar de la Fantasía con ese propósito; es decir, con la intención de combinar su uso más tradicional y elevado (equivalente a Imaginación) con las nociones derivadas de «irrealidad» (o sea, disimilitud con el Mundo Primario) y liberación de la servidumbre del «hecho» observado; la noción, en pocas palabras, de lo fantástico. Soy consciente, y con gozo, de los nexos etimológicos y semánticos entre la fantasía y lo fantástico: entre la fantasía y las imágenes de cosas que no sólo «no están realmente presentes», sino que con toda certeza no vamos a poder encontrar en nuestro mundo primario, o que en términos generales creemos imposibles de encontrar. Pero, aun admitiendo esto, no puedo aceptar un tono peyorativo. Que sean imágenes de cosas que no pertenecen al mundo primario (si tal es posible) resulta una virtud, no un defecto. En este sentido, la fantasía no es, creo yo, una manifestación menor sino más elevada del Arte, casi su forma más pura, y por ello —cuando se alcanza— la más poderosa.

La fantasía, claro, arranca con una ventaja: la de domeñar lo inusitado. Pero esta ventaja se ha vuelto en su contra y ha contribuido a su descrédito. A mucha gente le desagrada que la «dominen». Les desagrada cualquier manipulación del Mundo Primario o de los escasos reflejos del mismo que les resultan familiares. Confunden, por tanto, estúpida y a veces malintencionadamente, la Fantasía con los Sueños, en los que el Arte no existe;[31] y con los desórdenes mentales, donde ni siquiera se da un control; y con las visiones y alucinaciones.

Pero el error o la malicia, que vienen engendrados por el desasosiego y el consiguiente disgusto, no son la causa única de esta confusión. La Fantasía presenta también una desventaja esencial: es difícil de alcanzar. En mi opinión, la Fantasía no tiene por qué ser menos, sino más subcreativa; pero de todas maneras la práctica enseña que «la consistencia interna de la realidad» es más difícil de conseguir cuanto más ajenas a las del Mundo Primario sean las imágenes y la nueva estructuración de la materia original. Con materiales más «sobrios» es más fácil lograr esa especie de «realidad». Así que la Fantasía queda con demasiada frecuencia casi en barbecho: se la usa y ha usado con ligereza, con poca seriedad, o simplemente como decorado; se queda, sin más, en lo «fantasioso». Cualquiera que haya recibido el maravilloso instrumento del lenguaje puede decir el verde sol. Y muchos pueden imaginarlo o figurárselo. Pero no es suficiente, aunque pueda considerárselo ya un logro mayor que muchos de los apuntes y cuadros «de la vida real» que reciben el aplauso literario.

Crear un Mundo Secundario en el que un sol verde resulte admisible, imponiendo una Creencia Secundaria, ha de requerir con toda certeza esfuerzo e intelecto, y ha de exigir una habilidad especial, algo así como la destreza élfica. Pocos se atreven con tareas tan arriesgadas. Pero cuando se intentan y se alcanzan, nos encontramos ante un raro logro del Arte: auténtico arte narrativo, fabulación en su estadio primario y más puro.

En el arte del hombre es mejor reservar la Fantasía para el campo de la palabra, para la verdadera literatura. En pintura, por ejemplo, la representación visual de imágenes fantásticas es técnicamente muy sencilla; la mano tiende a sobrepasar a la mente, e incluso a desbordarla.[32] Con un frecuente resultado de ñoñería y morbidez. Es una desgracia que al Teatro, arte fundamentalmente distinto de la Literatura, se le tenga en general como un todo con ella, o como parte de ella. Hemos de reconocer que otra de tales desgracias es la depreciación de la Fantasía. Ya que al menos en parte tal depreciación se debe al natural deseo de los críticos de pregonar las formas de literatura o de «imaginación» que de forma innata o por deformación profesional prefieren. Y en un país que ha producido un Teatro tan importante y que cuenta con las obras de William Shakespeare, la crítica tiende a ser teatral en demasía. Pero el Teatro es por naturaleza hostil a la Fantasía. En el Teatro, casi siempre fracasa la

Fantasía, incluso en sus formas más sencillas, cuando se la presenta del modo que le es propio, ante y para el público. Las formas de la Fantasía no se pueden enmascarar. Puede que si los hombres se disfrazan de animales parlantes sean válidos como bufones o mimos, pero no se acercan a la Fantasía. Creo que esto queda bien demostrado por el fracaso de esa forma bastarda que es la pantomima. Cuanto más se acerca al «cuento de hadas dramatizado», peor resultado da. Sólo se la tolera cuando el argumento y su fantasía quedan reducidos a meros vestigios de un entramado de farsa, y de nadie se requiere o se espera ningún tipo de «credulidad» en ningún momento de la representación. Esto, claro está, se debe al hecho de que los directores de escena tienen que echar mano de la tramoya, o así lo intentan, para simular tanto lo fantástico como lo mágico. En cierta ocasión presencié una de las llamadas «pantomimas infantiles», el mismísimo cuento de El gato con botas, incluida la transformación del ogro en ratón. De haber resultado la tramoya un éxito, hubiese aterrorizado a los espectadores o hubiera significado un auténtico acto de magia. Tal como se desarrolló, en cambio, aunque resuelta con cierta ingeniosidad luminotécnica, no necesitamos tanto sofocar nuestra incredulidad como ahorcarla, arrastrarla y hacerla cuartos.

Cuando leo Macbeth, encuentro a las brujas aceptables: poseen una función narrativa y una anticipación de tenebroso significado, a pesar de que resultan vulgares, las pobrecillas. En una representación son casi insoportables. Y me lo parecerían del todo de no ser por la impresión favorable que de ellas obtuve en mis lecturas de la obra. Dicen que mis sentimientos serían otros si tuviese la mentalidad de aquella época, con su caza de brujas y los juicios subsiguientes. Lo que equivale a decir: si considerase posibles a las brujas, más aún, probables, en el Mundo Primario. En otras palabras, si dejasen de ser «fantasía». Este argumento dilucida la cuestión. Hay un destino casi seguro para la Fantasía cuando cae en manos de un dramaturgo: termina evaporada o envilecida, hasta con un dramaturgo como Shakespeare. En realidad, Macbeth es la obra de teatro de un autor que, al menos en esta ocasión, debería haber escrito una narración, si hubiese tenido la habilidad y la paciencia para hacerlo.

Otra razón de más peso que la inadecuación de los efectos escénicos es, según creo, ésta: el Teatro ha intentado ya, por su misma naturaleza, una especie de falsa magia ¿o tendría que llamarlo sucedáneo?: la materialización en el escenario de los personajes imaginarios de una historia. Esto ya es en sí mismo un intento de usurpar la varita de los magos. Aunque la tramoya resultase un éxito, añadir más magia o fantasía a este mundo secundario y casi mágico sería postular, por así decir, un mundo aún más profundo o terciario. Y eso ya es demasiado mundo. Acaso no sea imposible lograrlo. Pero yo nunca he visto hacerlo con éxito. Y por lo menos no se puede afirmar que sea el estilo más idóneo para el teatro, en el que se ha comprobado

que el medio natural del Arte y la ilusión es la gente normal y corriente.[33]

Por esta razón concreta, porque en el teatro no hay que imaginarse los personajes, ni siquiera los escenarios, sino verlos realmente, el Teatro es un arte fundamentalmente distinto del narrativo, a pesar de que haga uso de materiales similares: la palabra, el verso, el argumento. Por tanto, si uno prefiere el Teatro a la Literatura (caso clarísimo de muchos críticos literarios) y basa sus juicios sobre todo en la crítica dramática o en el mismo Teatro, queda predispuesto a entender mal la pura narrativa de ficción y a constreñirla a las limitaciones de las representaciones escénicas. Es más probable, por ejemplo, que prefiera personajes, hasta los más groseros y elementales, a objetos. En una obra de teatro se encontrará muy poco sobre los árboles como tales.

Ahora bien, esas obras con las que, según numerosas crónicas, los elfos han obsequiado a los hombres, ese «Teatro de Hadas» puede reflejar la Fantasía con un realismo e inmediatez que escapan al alcance de cualquier tramoya humana. No es, pues, de extrañar que su efecto normal en el hombre sea el de sobrepasar la Creencia Secundaria. Si asistimos a una obra de teatro élfica, nos encontramos, o así lo creemos, metidos de lleno en el Mundo Secundario. La experiencia puede ser semejante a la del Sueño y, al parecer, con él la ha confundido a veces el hombre. No obstante, el teatro de hadas nos hunde en un sueño tejido por otra mente, y puede que la noción de este hecho inquietante se nos escape. La experiencia directa de un Mundo Secundario es brebaje harto fuerte, y le concedemos Credibilidad Primaria, a pesar de que los hechos sean maravillosos. Quedamos así burlados. Que tal sea la intención de los elfos en todas o en algunas ocasiones, ésa ya es otra cuestión. En cualquier caso, ellos no quedan burlados. Consideran esto un aspecto del Arte, diferente de la Magia o de la Brujería propiamente dichas. No viven en ese mundo, aunque puedan quizá dedicarle más tiempo que nuestros artistas. El Mundo Primario, la Realidad, es el mismo para los elfos que para los hombres, aunque percibido y valorado en forma distinta.

Creo que se hacen precisas unas palabras sobre esta habilidad élfica, si bien todas las que se le han dedicado han quedado borrosas y confundidas con otras cuestiones. Tenemos la Magia a mano. Yo mismo la he mencionado antes (p. 263), aunque no debería haberlo hecho. La palabra Magia habría que reservarla para dar nombre al tejemaneje del Mago. Y el Arte es la actividad humana que da origen en su desenvolvimiento a la Creencia Secundaria, a pesar de que éste no es su único y primordial objetivo. Esa misma clase de Arte, pero más exquisito y menos laborioso, pueden utilizarlo los elfos, o al menos así parecen indicarlo las crónicas. Sin embargo, a la más poderosa y típica habilidad élfica la denominaré Encantamiento, por carecer de un término menos controvertible. El Encantamiento genera un Mundo Secundario accesible tanto al creador como al espectador, para mayor gozo de sus

sentidos mientras se hallan inmersos en él; y en estado puro es artístico tanto en deseos como en designios. La Magia produce, en cambio, o pretende producir, una alteración en el Mundo Primario. No importa a quién se atribuya su práctica, hadas o mortales, aparece distinta de las otras dos manifestaciones; no es un arte, sino una técnica; desea el poder en este mundo, el dominio de las cosas y las voluntades.

La Fantasía aspira a igualar el buen hacer de los elfos, el Encantamiento, y cuando lo logra, es la manifestación del arte humano que más se le aproxima. En el fondo de muchas de las historias élficas escritas por el hombre yace, patente o encubierto, puro o amalgamado, el deseo de un arte subcreativo vivo, cumplido, que en el fondo es distinto por completo del afán egoísta de poder característico del simple mago, por mucho que aparentemente pueda ser semejante. Este deseo constituye la parte mejor de los elfos, aunque siga siendo peligrosa. Y de ellos es de quienes podemos aprender cuál es el anhelo y la aspiración íntima de la Fantasía humana, incluso aunque los elfos sólo sean (y más aún si lo son) un producto de esa misma Fantasía. Lo único que logran las falsificaciones es engañar este deseo, tanto si se trata de los inocentes aunque torpes trucos de los dramaturgos humanos como de los malintencionados fraudes de los magos. En este mundo el hombre no puede satisfacerlo, y el deseo se convierte así en imperecedero. Si no se lo corrompe, no busca engañar ni hechizar ni dominar; busca compartir el enriquecimiento, busca compañeros en la labor y en el gozo, no esclavos. A muchos la Fantasía, este arte subcreativo que le hace al mundo y a todo lo que en él hay sorprendentes trucos y combina nombres y redistribuye adjetivos, les ha parecido sospechosa, cuando no ilegítima. A algunos les ha resultado, como poco, una tontería infantil, algo que queda para la infancia de los pueblos o de las personas. Por lo que se refiere a su legitimidad, me limitaré a citar un corto párrafo de una carta que una vez escribí a alguien que tildaba a los mitos y cuentos de hadas de «mentiras». Para hacerle justicia añadiré que estuvo lo suficientemente amable y lo bastante equivocado como para calificar la labor de escribir cuentos como «dorar mentiras».

Muy señor mío —dije—. Aunque ahora exiliado,
el hombre no se ha perdido ni cambiado del todo;
quizá conozca la desgracia, pero no ha sido destronado,
y aún lleva los harapos de su señorío.
El Hombre, Subcreador, es la Luz refractada
como una astilla sacada del Blanco único
de mil colores que se combinan sin cesar
en formas vivas que saltan de mente en mente.
Aunque poblamos el universo y todos sus rincones
con elfos y trasgos y nos atrevimos a hacer dioses

y sus moradas con la sombra y la luz,
y aventamos semillas de dragones... era nuestro derecho
(bien o mal usado). Ese derecho sigue en pie:
aún seguimos la ley por la que fuimos hechos.

La Fantasía es una actividad connatural al hombre. Claro está que ni destruye ni ofende a la Razón. Y tampoco inhibe nuestra búsqueda ni empaña nuestra percepción de las verdades científicas. Al contrario. Cuanto más aguda y más clara sea la razón, más cerca se encontrará de la Fantasía. Si el hombre llegara a hallarse alguna vez en un estado tal que le impidiese o le privase de la voluntad de conocer o percibir la verdad (hechos o evidencias), la Fantasía languidecería hasta que la humanidad sanase. Si tal situación llegara a darse (cosa que en absoluto se puede considerar imposible), perecería la Fantasía y se trocaría en Enfermizo Engaño.

Porque la Fantasía creativa se basa en el amargo reconocimiento de que las cosas del mundo son tal cual se muestran bajo el sol; en el reconocimiento de una realidad, pero no en la esclavitud a ella. Sobre la lógica se fundamentó, por ejemplo, el absurdo que impregna las narraciones y los versos de Lewis Carroll. Si no fuésemos capaces de distinguir las ranas de los hombres, no habrían llegado a escribirse cuentos de hadas sobre reyes-rana.

Se pueden, claro, cometer excesos con la Fantasía. Se la puede utilizar mal. Se la puede aplicar a fines perversos. Puede, incluso, confundir las mentes de las que procede. Pero ¿de qué empresa humana en este mundo caído no se diría otro tanto? Los hombres no sólo han concebido a los elfos, sino que se han inventado dioses y los han adorado; han adorado incluso a los que la maldad de sus autores creó más deformes. Pero esos falsos dioses los han fabricado con otros materiales. Sus conocimientos, sus banderas, sus dineros, hasta sus ciencias y las teorías sociales y económicas han exigido sacrificios humanos. Abusus non tollit usum. La Fantasía sigue siendo un derecho humano: creamos a nuestra medida y en forma delegada, porque hemos sido creados; pero no sólo creamos, sino que lo hacemos a imagen y semejanza de un Creador.

Por lo que respecta al envejecimiento, el de las personas o el del tiempo en que vivimos, acaso sea cierto que supone una merma de facultades, como a menudo se presume. Pero ésta es una idea sacada básicamente del simple estudio de los cuentos de hadas. De su análisis resulta una preparación tan perjudicial para escribirlos o para disfrutar con su lectura como lo sería el estudio de la evolución del teatro en todos los países y las épocas para escribirlo o disfrutarlo. El estudio puede ser desalentador. Es fácil que el estudioso piense que a pesar de todos sus esfuerzos no llega sino a reunir unas pocas hojas, muchas de ellas rasgadas o secas, del abundante follaje del Árbol de los Cuentos que alfombra la Arboleda de los Días. Parece un sin sentido aumentar los desechos. ¿Quién podría dibujar una nueva hoja? Hace ya tiempo que el hombre descubrió todo el proceso, desde el brote hasta la floración, y los colores todos que se suceden de la Primavera al Otoño. Aunque esto no es cierto. La semilla del árbol se puede replantar en casi todas las tierras, incluso en una tan contaminada por los humos (según Lang) como la de Inglaterra. La primavera, ciertamente, no pierde su hermosura porque hayamos visto u oído hablar de parecidos fenómenos: parecidos, pero nunca los mismos desde que el mundo es mundo. Cada hoja, sea de roble, fresno o espino, es una plasmación exclusiva del modelo y, para algunas, este año puede ser el de su plasmación, la primera vez que se las ve y se las reconoce, aunque los robles hayan estado dando hojas durante generaciones y generaciones.

No debemos, no tenemos que dejar de dibujar sólo porque todas las líneas tengan forzosamente que ser rectas o curvas ni de pintar porque sólo haya tres colores «primarios». Puede que seamos, sí, más viejos ahora en cuanto que hemos heredado el gozo y las enseñanzas de muchas generaciones que nos precedieron en las artes. Tal vez exista el peligro del aburrimiento en este legado de riqueza; o bien el anhelo de ser originales puede conducirnos a un rechazo de los trazos armoniosos, de los modelos delicados y de los colores «hermosos», o a la mera manipulación y a la elaboración excesiva, calculada y fría de los viejos temas. Pero la auténtica vía de evasión de esta apatía no habrá que buscarla en lo voluntariamente extraño, rígido o deforme, ni en presentar todas las cosas negras o irremisiblemente violentas; ni en la continua mezcolanza de colores para pasar de la sutileza a la monotonía, o en la fantástica complicación de las formas hasta rozar la estupidez y de ésta llegar al delirio. Antes de llegar a tales extremos necesitamos renovarnos. Deberíamos volver nuestra mirada al verde y ser capaces de quedarnos de nuevo extasiados —pero no ciegos— ante el azul, el rojo y el amarillo. Deberíamos salir al encuentro de centauros y dragones, y quizás así, de pronto, fijaríamos nuestra atención, como los pastores de antaño, en las ovejas, los perros, los caballos... y los lobos. Los cuentos

de hadas nos ayudan a completar esta renovación. En este sentido, sólo si los sabemos

apreciar pueden ellos volvernos o mantenernos como niños.

La Renovación (que incluye una mejoría y el retorno de la salud) es un volver a ganar: volver a ganar la visión prístina. No digo «ver las cosas tal cual son» para no enzarzarme con los filósofos, si bien podría aventurarme a decir «ver las cosas como se supone o se suponía que debíamos hacerlo», como objetos ajenos a nosotros. En cualquier caso, necesitamos limpiar los cristales de nuestras ventanas para que las cosas que alcanzamos a ver queden libres de la monotonía del empañado cotidiano o familiar, y de nuestro afán de posesión. De todos los rostros que nos rodean, los de nuestros familiares son a la vez los que más dificultad presentan cuando con ellos se quieren hacer juegos de fantasía y los más arduos de contemplar con nuevo interés, percibiendo sus semejanzas y diferencias: percibiendo que todo son rostros y, sin embargo, rostros únicos. Esta cotidianeidad es el castigo por la «apropiación»: los objetos cotidianos o familiares (en el peor de los sentidos) son aquellos de los que nos hemos apropiado, legal o mentalmente. Decimos que los conocemos. Son como aquellas cosas que una vez llamaron nuestra atención por su brillo, su color o sus formas y que, ya en nuestras manos, encerramos con llave en el arca, las hacemos nuestras y, una vez poseídas, dejamos de prestarles atención.

Los cuentos de hadas, naturalmente, no son el único medio de renovación o de profilaxis contra el extravío. Basta con la humildad. Y para ellos en especial, para los humildes, está Mooreeffoc, es decir, la Fantasía de Chesterton. Mooreeffoc es una palabra imaginada, aunque se la pueda ver escrita en todas las ciudades de este país. Se trata del rótulo «Coffee-room», pero visto en una puerta de cristal y desde el interior, como Dickens lo viera un oscuro día londinense. Chesterton lo usó para destacar la originalidad de las cosas cotidianas cuando se nos ocurre contemplarlas desde un punto de vista diferente del habitual. La mayoría estaría de acuerdo en que este tipo de fantasía es ya suficiente; y en que siempre abundarán materiales que la nutran. Pero sólo tiene, creo yo, un poder limitado, por cuanto su única virtud es la de renovar la frescura de nuestra visión. La palabra Mooreeffoc puede hacernos comprender de repente que Inglaterra es un país harto extraño, perdido en cualquier remota edad apenas contemplada por la historia o bien en un futuro oscuro que sólo con la máquina del tiempo podemos alcanzar; puede hacernos ver la sorprendente rareza e interés de sus gentes, y sus costumbres y hábitos alimentarios. Pero no puede lograr más que eso: actuar como un telescopio del tiempo enfocado sobre un solo punto. La fantasía creativa, por cuanto trata de forma fundamental de hacer algo más — de recrear algo nuevo—, es capaz de abrir nuestras arcas y dejar volar como a pájaros enjaulados los objetos allí encerrados. Las gemas todas se tornarán flores o llamas, y será un aviso de que todo lo que poseíais (o conocíais) era peligroso y

fuerte, y que no estaba en realidad verdaderamente encadenado, sino libre e indómito; sólo vuestro en cuanto que era vosotros mismos.

Los elementos «fantásticos» de otro tipo, sea en verso o en prosa, ayudan a esta liberación, aunque sólo resulten decorativos o circunstanciales. No de forma tan completa, sin embargo, como los cuentos de hadas, que son algo que se construye sobre o en torno a la Fantasía, y en los que ésta es el núcleo. La Fantasía se saca del Mundo Primario, pero un buen artesano ama sus materiales y posee el conocimiento y la intuición de la arcilla, la piedra o la madera que sólo el arte de trabajarlos puede proporcionar. Al forjar a Gram se descubrió el temple del hierro; con la creación de Pegaso se ennoblecieron los caballos; en los Árboles del Sol y la Luna se manifiestan gloriosos el tronco y las raíces, la flor y el fruto.

Y es una realidad que los cuentos de hadas (los mejores) tratan amplia o primordialmente de las cosas sencillas o fundamentales que no ha tocado la Fantasía; pero estas cosas sencillas reciben del entorno una luz particular. Porque el narrador que se permite ser «libre» con la Naturaleza puede ser su amante, no su esclavo. Fue en los cuentos de hadas donde yo capté por vez primera la fuerza de las palabras y el hechizo de cosas tales como la piedra, la madera y el hierro, el árbol y la hierba, la casa y el fuego, el pan y el vino.

Terminaré ya hablando de la Evasión y el Consuelo, que están, claro es, íntimamente relacionados. Aunque desde luego los cuentos de hadas no son en forma alguna la única fuente de Evasión, hoy resultan una de las más obvias y (para algunos) más bochornosas manifestaciones de la literatura de «evasión». Así que es razonable añadir a las consideraciones que sobre ello hagamos algunas otras sobre el término «evasión» tal como lo entiende la crítica en general.

He alegado que la Evasión es una de las principales funciones de los cuentos de hadas y, puesto que no los desapruebo, está claro que no acepto el tono peyorativo o condescendiente con el que tan a menudo se emplea hoy en día el término Evasión. Tono que no está en absoluto justificado por los usos de esta palabra fuera del ámbito de la crítica literaria. La Evasión es evidentemente muy práctica por regla general y puede incluso resultar heroica en la Vida Real, como gustan llamarla los que usan mal el término. En la vida real es difícil reprocharle nada, a menos que se malogre. En el campo de la crítica, cuanto más éxito tenga, peor. Es evidente que nos enfrentamos a un uso erróneo de las palabras y al mismo tiempo a una confusión de ideas. ¿Por qué ha de despreciarse a la persona que, estando en prisión, intenta fugarse y regresar a casa? Y en caso de no lograrlo, ¿por qué ha de despreciársela si piensa y habla de otros temas que no sean carceleros y rejas? El mundo exterior no ha dejado de ser real porque el prisionero no pueda verlo. Los críticos han elegido una palabra inapropiada cuando utilizan el término Evasión en la forma en que lo hacen; y lo que es peor, están confundiendo, y no siempre con buena voluntad, la Evasión del

prisionero con la huida del desertor. De la misma manera, un portavoz del Partido habría calificado de traidor al que tan sólo criticara o al que escapara de las penalidades del Reich del Führer o de cualquier otro Reich. De igual forma, para hacer la confusión aún mayor y dejar en ridículo a sus oponentes, estos críticos aplican la etiqueta de su desprecio no sólo a la auténtica Evasión, sino a la Deserción y a sus frecuentes camaradas: el Hastío, la Angustia, la Reprobación y la Rebelión. No sólo confunden la fuga del prisionero con la huida del desertor; da la impresión de que prefieren la aquiescencia del colaboracionista a la resistencia del patriota. Si así se piensa, basta decir «la tierra que amamos está condenada» para excusar cualquier traición; más aún, para glorificarla.

Voy a poner un sencillo ejemplo: Evasión es, según ellos, no mencionar en un cuento, o mejor, no detenerse morosamente en las farolas callejeras, todas fabricadas en serie. Pero eso puede deberse —y casi seguro que es así— a la aversión que produce un objeto tan típico de la Era del Robot, que auna la complicación y la ingeniosidad de medios con la fealdad; y (a menudo) con muy pobres resultados. Pueden desterrarse estas farolas de los cuentos simplemente porque son malas farolas; y quizás una de las lecciones que de ellos se hayan de extraer sea la toma de conciencia de este hecho. Pero entonces llega el varapalo: «Las farolas son algo definitivo», dicen. Hace ya tiempo, Chesterton comentó, y con toda la razón, que en cuanto oía decir de una cosa que era «definitiva» tenía la seguridad de que al poco tiempo sería sustituida y considerada conmiserativamente como obsoleta y periclitada. He aquí un anuncio: «El avance de la Ciencia, su ritmo, acelerado por los imperativos de la guerra, es inexorable... convierte en caducas algunas cosas y presagia nuevos avances en el uso de la electricidad». Dice lo mismo, sólo que de forma más amenazadora. Se puede, naturalmente, no tener en cuenta una farola por ser insignificante y perecedera. Los cuentos de hadas, en cualquier caso, tienen cosas mucho más permanentes e importantes de las que ocuparse. El relámpago, por ejemplo. El evasor no está tan sujeto a los caprichos de una moda pasajera como sus oponentes. No convierte las cosas (que con cierta lógica pueden ser tenidas por malas) en amos o dioses a los que adorar por inevitables, o incluso por «inexorables». Y sus oponentes, tan dados al menosprecio, no están seguros de que vaya a detenerse ahí: podría enardecer a la gente para que derribase las farolas. La Evasión tiene otra cara, más maligna aún: la Reacción.

Aunque parezca increíble, no hace mucho tiempo que le oí comentar a un médico interno de Oxford que a él le «satisfacía» la proximidad de las fábricas de producción en serie y el estruendo del tráfico rodado en continuo embotellamiento porque ponía a la Universidad «en contacto con la vida real». Quizá quería indicar que el modo en que el hombre del siglo XX vive y trabaja aumenta en brutalidad a pasos alarmantes, y que la ruidosa prueba de ello en las calles de Oxford ha de servir de aviso de la

imposibilidad de conservar durante mucho tiempo con unas simples vallas y sin una auténtica reacción ofensiva (práctica e intelectual) un oasis de cordura en un desierto de irracionalidad. Pero mucho me temo que no se refería a esto. En cualquier caso, la expresión «vida real» parece quedar en este contexto bastante lejos de sus usos académicos. Es sorprendente la idea de que los coches están más «vivos» que, digamos, los centauros o los dragones; que sean más «reales» que, pongamos por caso, los caballos es algo patéticamente absurdo. ¡Qué real, qué sorprendentemente viva es la chimenea de una fábrica comparada con un olmo, ese pobre objeto caduco, sueño banal de un visionario!

A mí en particular me resulta inconcebible que el techo de la estación de Bletchley sea más «real» que las nubes. Y como artefacto, lo encuentro menos inspirador que la legendaria cúpula del firmamento. La pasarela que lleva al andén 4 despierta en mí menos interés que Bifróst [arco iris], guardado por Heimdall con su Gjallarhorn. No puedo apartar de lo que aún queda de indómito en mi corazón el interrogante de si los ingenieros del ferrocarril, de haber sido educados con un poco más de fantasía, no habrían sido capaces de mejores logros con los abundantes medios que por lo general poseen. Imagino que los cuentos de hadas serían mejores humanistas que el universitario al que antes he aludido.

Supongo que gran parte de lo que él y ciertamente otros muchos llamarían literatura «seria» no es más que un pasatiempo al borde de una piscina cubierta. Los cuentos de hadas pueden crear monstruos que vuelan por los aires o moran en los abismos, pero al menos ellos no intentan escapar de los cielos o del mar.

Y si por un momento dejamos de lado la «fantasía», no veo por qué el lector o el autor de cuentos de hadas tengan siquiera que sentirse avergonzados de lo arcaico como elemento de «evasión»: avergonzados de preferir no ya dragones, sino caballos, castillos, veleros, arcos y flechas; no ya elfos, sino caballeros, reyes y clérigos. Porque, después de todo, el ser racional puede llegar mediante la reflexión (que poco tiene que ver con los relatos de hadas o de aventuras) a la condena, implícita al menos en el silencio de la literatura de «evasión», de cosas tan progresistas como las fábricas o las ametralladoras y bombas, que parecen ser sus más naturales, inevitables y hasta me atrevería a decir que «inexorables» logros.

«La crudeza y el horror de la vida en la Europa moderna —esa vida real cuyo hálito habríamos de recibir con regocijo— es prueba de inferioridad biológica, de insuficiente o falsa reacción al medio ambiente.»[34] El castillo más disparatado que haya podido salir nunca del talego de un gigante en una disparatada narración celta es mucho menos horroroso que una fábrica automatizada; y no sólo eso: es también, «en su sentido más real» (por usar una expresión muy actual), muchísimo más real. ¿Por qué no habríamos de condenar o escapar de la adusta e hierática extravagancia de los sombreros de copa o del morlockiano horror de las fábricas? Los condenan incluso

los autores del género que mayor evasión supone en la literatura: la ciencia-ficción. Estos profetas a menudo vaticinan (y otros muchos parecen anhelarlo) un mundo semejante a una estación de ferrocarril, toda techada de cristal. Pero, por lo general, es bastante difícil colegir de sus palabras qué harán las personas en ese mundo-ciudad. Puede que cambien la «entera guardarropía victoriana» por prendas flojas y con cremallera, pero utilizarán esa libertad, así parece, para jugar con trastos mecánicos al monótono juego de ir y venir a gran velocidad. A juzgar por algunas de tales obras, seguirán siendo tan ambiciosos, codiciosos y vengativos como siempre; y los ideales de sus idealistas rara vez llegan más allá de la gloriosa intención de levantar más ciudades de idénticas características en otros planetas. Es ésta, en verdad, una época en que «se mejoran los medios para malograr los fines». Una causa de la más grave enfermedad de estos días —que engendra el deseo de escapar no de la vida, pero sí de los tiempos actuales y de la miseria que ellos engendran— es que tenemos conciencia cierta tanto de la fealdad de nuestras obras como de su maldad. De forma que maldad y fealdad se nos muestran ligadas de manera indisoluble. Se nos hace difícil concebir la unión de maldad y belleza. El miedo a una maga hermosa, tan extendido en épocas pretéritas, casi escapa a nuestra comprensión. Peor aún: se despoja a la bondad de su propia belleza. En Fantasía se puede concebir, sí, que un ogro posea un castillo tan estremecedor como una pesadilla (puesto que la maldad del ogro así lo requiere), pero no se puede aceptar que un edificio construido con un buen fin —una posada, una venta, el salón de un rey noble y virtuoso— sea también repelente hasta la náusea. En nuestros días sería temerario esperar encontrar uno que no lo fuese, a no ser que haya sido edificado en épocas pasadas.

Este es, sin embargo, en los cuentos de hadas el aspecto moderno y particular (o accidental) de la evasión, que comparten con las novelas y con otros relatos de o sobre el pasado. Muchos de ellos sólo participan de la «evasión» por el simple hecho de ser reliquias de un tiempo en que la gente estaba por lo general satisfecha con su trabajo artesanal, cuando hoy la mayoría lo menosprecia.

Pero hay otros y más profundos motivos de «evasión» que siempre han estado presentes en los cuentos de hadas y en las leyendas. Hay cosas más tenebrosas y terribles de las que escapar que el ruido, la pestilencia, la insensibilidad y la extravagancia de los motores de combustión interna. Está el hambre, la sed, la pobreza, el sufrimiento, la tristeza, la injusticia y la muerte. E incluso cuando el hombre no tiene que enfrentar la dureza de estas penalidades, quedan todavía antiguas limitaciones para las que los cuentos de hadas ofrecen una cierta salida, y viejas ambiciones y anhelos (en contacto con las raíces mismas de la fantasía) a los que ofrecen cierta satisfacción y consuelo. Algunas son debilidades fáciles de disculpar, como el deseo de visitar con la libertad del pez los abismos del mar; o el anhelo de volar silenciosa, grácil y reposadamente como los pájaros, anhelo que los

aviones defraudan salvo en los contados momentos en que los contemplamos en lo alto, silenciosos en el viento y la distancia, virando bajo el sol, es decir, precisamente cuando los imaginamos, no cuando los utilizamos. Existen otros deseos más íntimos, como el de comunicarse con otros seres. En este deseo, tan antiguo como el pecado original, se basa en gran medida el hecho de que las bestias y las criaturas hablen en los cuentos de hadas y, sobre todo, el hecho de que comprendamos mágicamente su propio lenguaje. Ésta es la razón última, no la «confusión» mental que se atribuye a las gentes de un pasado ya perdido, esa pretendida «carencia del sentido de diferenciación entre nosotros y los animales».[35] Desde muy antiguo se tiene una viva conciencia de esta diferencia; pero también se tiene la convicción de que fue traumática: sobre nosotros recae la culpa y un extraño destino. Las criaturas son como reinos con los que el hombre ha roto sus relaciones y sólo los contempla ahora desde el exterior, a distancia, y se encuentra en guerra con ellos o mantiene un difícil e inestable armisticio. Hay algunos que tienen la fortuna de realizar un corto viaje al extranjero; otros han de conformarse con los relatos de los que viajaron. Aunque hablen de ranas. Al referirse a ese cuento tan extraño como difundido de El rey de las ranas, Max Müller preguntaba con toda seriedad: «¿Cómo pudo nunca forjarse semejante historia? Los seres humanos siempre tuvieron, creemos, luces suficientes como para comprender que el matrimonio entre un sapo y una princesa es un absurdo». ¡Claro que lo creemos! Si no fuera así, este cuento no tendría ninguna razón de ser, estando basado, como en esencia lo está, en el sentido de lo absurdo. De nada sirve aquí hablar de los orígenes de la sabiduría popular, o de lo que de ellos intuimos. Ni nos sería de mucha ayuda tomar en consideración el totemismo. Porque cualesquiera que sean las costumbres y creencias que sobre ranas y pozos se ocultan en esta historia, la figura de la rana se conservó y se conserva en los cuentos de hadas[36] precisamente por resultar tan extraña y su matrimonio, tan absurdo, más aún, abominable. Aunque claro está que en las versiones que nos conciernen, gaélicas, alemanas o inglesas,[37] no se produce en realidad el matrimonio entre una princesa y una rana: porque ésta era un príncipe encantado. Y el quid del cuento no está en considerar a las ranas como posibles cónyuges, sino en la necesidad de cumplir las promesas (hasta las que acarreen consecuencias penosas), cosa que, junto con otros mandamientos vigentes, es algo común a toda la Tierra de Fantasía. Esta es una de las notas de la música élfica, y no precisamente sombría.

Nos queda, por fin, el último y más íntimo deseo: la Gran Evasión, escapar de la muerte. Los cuentos de hadas ofrecen numerosos ejemplos y variantes del que podría considerarse evasor nato, que yo llamaría espíritu fugitivo. Como los ofrecen otros estudios y otras narraciones, en especial las de inspiración científica. Los cuentos de hadas no los escriben las hadas, sino los hombres. Las historias humanas sobre los elfos están impregnadas del afán de escapar de la Inmortalidad. Pero no podemos

esperar que nuestras historias sobrepasen el denominador común. Aunque con frecuencia lo logren. Pocas lecciones quedan en ellas más claras que la carga que supone ese tipo de inmortalidad, o mejor sería decir ese transcurso inacabable de la vida hacia el que el «fugitivo» se precipita. El cuento de hadas ha sido y sigue siendo especialmente apto para este tipo de enseñanzas. Para George MacDonald, la muerte fue el mayor tema de inspiración.

Pero el valor «consolador» de los cuentos de hadas ofrece otra faceta, además de la satisfacción imaginativa de viejos anhelos. Mucho más importante es el Consuelo del Final Feliz. Casi me atrevería a asegurar que así debe terminar todo cuento de hadas que se precie. Sí aseguraría cuando menos que la Tragedia es la auténtica forma del Teatro, su misión más elevada; pero lo opuesto es también cierto del cuento de hadas. Ya que no tenemos un término que denote esta oposición, la denominaré Eucatástrofe. La eucatástrofe es la verdadera manifestación del cuento de hadas y su más elevada misión.

Ahora bien, el consuelo de estos cuentos, la alegría de un final feliz o, más acertadamente, de la buena catástrofe, el repentino y gozoso «giro» (pues ninguno de ellos tiene un auténtico final),[38] toda esta dicha, que es una de las cosas que los cuentos pueden conseguir extraordinariamente bien, no se fundamenta ni en la evasión ni en la huida. En el mundo de los cuentos de hadas (o de la fantasía) hay una gracia súbita y milagrosa con la que ya nunca se puede volver a contar. No niegan la existencia de la discatástrofe, de la tristeza y el fracaso, pues la posibilidad de ambos se hace necesaria para el gozo de la liberación; rechazan (tras numerosas pruebas, si así lo deseáis) la completa derrota final, y son por tanto evangelium, ya que proporcionan una fugaz visión del Gozo, Gozo que los límites de este mundo no encierran y que es penetrante como el sufrimiento mismo.

Lo que caracteriza a un buen cuento de hadas, a los mejores y más completos, es que por muy insensato que sea el argumento, por muy fantásticas y terribles que sean sus aventuras, en el momento del climax puede hacerle contener la respiración al lector, niño o adulto, puede acelerarle y encogerle el corazón y colocarlo casi, o sin casi, al borde de las lágrimas, como lo haría cualquier otra forma de arte literario, pero manteniendo siempre sus cualidades específicas. Hasta los cuentos modernos consiguen a veces estos efectos. No es fácil; de toda la narración depende cuál será la atmósfera del desenlace, que por otra parte da glorioso sentido a todo el relato. Al cuento que en alguna medida logre esto nunca podremos considerarlo un fracaso total, cualesquiera que sean sus defectos y la mezcolanza o confusión de sus propósitos. Así ocurre con el cuento de hadas de Andrew Lang, Prince Prigio, tan insatisfactorio en otros muchos aspectos. Cuando leemos que «todos los caballeros tornaron a la vida y gritaron alzando sus espadas: "¡Larga vida al príncipe Prigio!"», el gozo cobra algo de esa extraña y mítica característica del cuento de hadas, más

sublime que el suceso narrado. Y ocurre así en el cuento de Lang porque ese fragmento citado es una «fantasía» más profunda que el resto de la narración, que en general adolece de frivolidad y de la cínica sonrisa del cortesano y sofisticado Conté?[39] Este efecto resulta mucho más poderoso y estremecedor cuando se da en un buen cuento de hadas.[40] Cuando en un relato así llega el repentino desenlace, nos atraviesa un atisbo de gozo, un anhelo del corazón, que por un momento escapa del marco, atraviesa realmente la misma tela de araña de la narración y permite la entrada de un rayo de luz.

Siete largos años he servido por ti, y la helada colina he subido por ti, y la maldita ropa he lavado por ti, ¿y tú no despertarás y vendrás a mí?

El la oyó y fue hacia ella.[41]

Epílogo

Este «gozo» que yo he elegido como carácter o sello del auténtico cuento de hadas (y del de aventuras) merece mayor atención. Probablemente, todo escritor, todo subcreador que elabora un mundo secundario, una fantasía, desea en cierta medida ser un verdadero creador, o bien tiene la esperanza de estar haciendo uso de la realidad; esperanza de que (si no todos los detalles)[42] la índole típica de ese mundo secundario proceda de la Realidad o fluya hacia ella. Si de verdad consigue una cualidad a la que justamente se le pueda aplicar la definición del diccionario, «consistencia interna de la realidad», es difícil entonces concebir que la haya logrado sin que la obra forme parte de esa realidad. La cualidad específica del «gozo» en una buena fantasía puede así explicarse como un súbito destello de la verdad o realidad subyacente. No se trata sólo de un «consuelo» para las tristezas de este mundo, sino de una satisfacción y una respuesta al interrogante: «¿Es eso verdad?» La contestación que di al principio (por demás adecuada) fue: «si habéis creado bien vuestro propio mundo, sí; en ese mundo es verdad». Eso le basta al artista (o a lo que de artista tiene el artista). Pero una rápida ojeada nos muestra que en la «eucatástrofe» la respuesta puede ser más importante; puede ser un lejano destello, un eco del evangelium en el mundo real. El uso de este término dará una pista de por dónde va mi epílogo. Es un tema profundo y peligroso. Por mi parte resulta una presunción tocarlo; pero si, por un milagro, lo que yo diga alcanza a tener cierta validez, ello se deberá tan sólo al hecho de ser una faceta de una verdad incalculablemente rica, como es evidente; de una verdad que tan sólo es finita porque la capacidad del Hombre, para quien se hizo, es asimismo finita.

Me atrevería a decir que al aproximarme desde este ángulo a la Historia del Cristianismo he tenido siempre la impresión —una impresión jubilosa— de que Dios redimió a los hombres, criaturas caídas y a su vez creadoras, en una forma que respondía a éste tanto como a los otros aspectos de su extraña naturaleza. El Nuevo Testamento ofrece un relato maravilloso, o un relato de género más amplio, que abarca toda la esencia de las historias de fantasía. Contiene muchas maravillas, particularmente artísticas[43], hermosas y emotivas, «míticas» en su significado intrínseco y absoluto; y entre esas maravillas está la mayor y más completa eucatástrofe que pueda concebirse. Pero esta historia ha entrado ya en la Historia y en el mundo primario; el deseo y las aspiraciones de la subcreación se han sublimado hasta la plenitud de la Creación. El nacimiento de Cristo es la eucatástrofe de la historia del Hombre. La Resurrección es la eucatástrofe de la historia de la Encarnación. Una historia que comienza y finaliza en gozo. Posee de manera preeminente la «consistencia interna de la realidad». Nunca los hombres han deseado

más comprobar que el contenido de una historia resulta cierto, ni hay relato alguno que por sus propios merecimientos tantos escépticos hayan dado por verdadero. Porque su Arte ofrece la índole suprema y convincente del Arte Primario, es decir, de la Creación. Rechazarlo sólo conduce a la tristeza o a la ira.

No es difícil imaginar la singular emoción y el júbilo que llegaríamos a experimentar si descubriésemos que algunos de los más bellos cuentos de hadas son «primariamente» verdaderos, que su contenido es histórico, sin que tengan por ello que perder la significación mítica y alegórica que poseen. Y no resulta difícil porque a nadie se le pide que intente concebir algo cuyas cualidades se desconocen. El gozo tendría exactamente la misma naturaleza, si no el mismo grado, que el que proporciona el desenlace en un cuento de hadas; con el mismo sabor de la verdad primaria. (Si no, su nombre no sería «gozo».) Se va el alma detrás de la Gran Eucatástrofe (o delante de ella, que en este caso la dirección es lo de menos). La alegría cristiana, la Gloria, es del mismo tipo; pero elevada y gozosa de modo preeminente, que sería infinito si nuestra capacidad no fuera limitada. Claro que ésta es una historia excelsa. Y cierta. El arte se ha autentificado. Dios es el Señor, de los ángeles y de los hombres... y de los elfos. La Leyenda y la Historia se han encontrado y fusionado.

Pero en el reino de Dios la presencia de los fuertes no subyuga a los débiles. El Hombre redimido sigue siendo hombre. La narración, la fantasía, todavía continúan y deben continuar. El Evangelio no ha desterrado las leyendas; las ha santificado, en particular el «final feliz». El cristiano ha de seguir trabajando, en cuerpo y alma, ha de seguir sufriendo, esperando y muriendo. Pero ahora puede comprender que todas sus inclinaciones y facultades tienen una finalidad, que pueden ser redimidas. Se lo ha tratado con tanta munificencia que quizás ahora se atreva a pensar con cierta razón que en Fantasía podrá asistir realmente a la floración y multiplicación de la Creación. Quizá todos los cuentos se tornen reales; mas con todo, una vez redimidos, se parecerán tanto y al mismo tiempo tan poco a las formas con que salen de nuestras manos como el Hombre, una vez salvado, a la criatura caída que ahora conocemos.

Epílogo

Una de las grandes recompensas de ser ilustrador de libros es el aliciente y la oportunidad que supone regresar a historias que leí muchos años antes y dedicarme de nuevo a ellas —a menudo con más atención a los detalles—, además de hallar placer en obras que son nuevas para mí. Leí algunos de los relatos del presente volumen por primera vez hace apenas unos meses y lamenté no haberlos tenido a mano cuando mis hijos esperaban cuentos para ir a dormir todas las noches.

Muchos de los cuentos infantiles más populares tienen sus raíces en historias inventadas para niños concretos y este método casual y con frecuencia imprevisto genera un torrente de ideas que más tarde se perfeccionan para convertirse en alta literatura. Con los relatos breves y los poemas de Tolkien soy aún más consciente de la presencia del autor y de sus hijos. Hay elementos y acontecimientos tan asombrosamente originales que sólo podían surgir como resultado de observaciones y conversaciones iniciadas por dos o más mentes llenas de vida. En mi imaginación, veo al marinero de «Errabundo» cobrar vida cuando el autor enseñó a sus hijos un insecto flotando, o volando a través de un estanque un día de verano, y especuló sobre las aventuras en las que se embarcaba. Para mí evoca —con más intensidad aún que las imágenes surrealistas y maravillosas— ese momento mágico de transmisión, cuando una idea de una mente arraiga en otra y nace una nueva historia o criatura.

Algunos de los otros poemas y relatos tienen un tono más sutil, personal y elegiaco, y puedo imaginarme su composición en el estudio del profesor, entre clases y tutorías, en momentos de relajación o aburrimiento, como los de los escribas cuyas reflexiones semejantes a baikus han sobrevivido en los bordes de los manuscritos que estaban copiando. Independientemente de cuál fuera su génesis, la considero mucho más próxima al autor y valoro su capacidad para contar historias aún más por la levedad del tacto y la invención que aporta a algunas de sus obras menos trascendentales.

Creo que ahora necesitamos buenos narradores de historias, tanto como cuando la tradición oral era la única manera de transmisión; y que la transmisión activa de narraciones desempeña un papel fundamental en el desarrollo del cerebro. La calidad de los relatos que nos rodean cuando crecemos tiene una importancia vital para nuestro bienestar, igual que la calidad del alimento que ingerimos y el entorno que nos rodea. El aspecto más hermoso de esta narración compartida —y tenemos grandes ejemplos en Cuentos desde el Reino Peligroso— es que la colaboración y el compromiso entre el narrador y el público los embarca en un viaje juntos, un viaje que puede llevarlos a los lugares más inesperados y maravillosos.

Alan Lee

[1] *Niggler*, que dedica demasiado tiempo y esfuerzo a detalles sin importancia. *(N. de la t.)*.

[2] *Lefnui, Morthond-Kiril-Ringló, Gilrain-Sernui y Anduin.*

[3] Este nombre perteneció a una princesa de Gondor, a través de quien Aragorn proclamabadescender de la línea meridional. También era el nombre de una hija de Elanor, hija a su vezde Sam; pero ese nombre, si es que está conectado con el poema, debe haberse derivado deél; no puede haber surgido en la Frontera Oeste.

[4] *Grindmuro* era un pequeño muelle sobre la ribera norte del Torna-sauce; estaba fuera de la Cerca, y estaba bien protegido y vigilado por un *grind* o valla que se extendía incluso hasta el lecho del río. Espino (Colina del Zarzal) era una caserío ubicado sobre un terreno elevado tras el muelle, en una lengua de tierra estrecha, entre el fin de la Cerca Alta y el Brandivino. En *Mithe*, la desembocadura del Río de la Comarca, había un desembarcadero, desde el cual bajaba un sendero hacia Hoya del Bajo que seguía hacia el Pontón y pasaba por Junquera y Cepeda.

[5] De hecho, probablemente fueron ellos mismos quienes le dieron ese nombre (es una forma típica de Los Gamos), que se debe haber añadido a los muchos que ya tenía.

[6] Me refiero aquí a una evolución anterior al desarrollo del interés por el folklore de otros países. Las palabras inglesas, como en el caso de *elf*, han sido largamente influidas por el francés (del que derivan *fay, faerie y fairy*); pero en tiempos aún recientes, y en función de su presencia en traducciones, tanto *fairy* [hada] como elf [elfo] han adquirido buena parte de la aureola de los cuentos alemanes, escandinavos y célticos, así como muchas características de los *huldu fólk, daoine-sithe y tylwyth teg*.

[7] Para la probabilidad de que el irlandés Hy Breasai/ desempeñara algún papel en la denominación del Brasil, véase Nansen, In Northern Mists, II, pp. 223-230.

[8] Su influencia no quedó limitada a Inglaterra. El alemán *Elf, Elfe* parece derivar de *El sueño de una noche de verano* en la traducción de Wieiand (1764).

[9] *Confessio Amantis*, w. 7.065 y siguientes.

[10] Salvo en casos especiales, como las colecciones de cuentos galeses o gaélicos. En ellos se distingue a veces con el nombre de «cuentos de hadas» a los relatos sobre la «Hermosa Familia» o pueblo de las hadas, diferenciándolos de aquellos «cuentos populares» que hacen referencia a otros hechos prodigiosos. Los «relatos tradicionales» o «cuentos de hadas» casi siempre son en este sentido breves descripciones de las apariciones de estos seres o de sus intromisiones en los asuntos humanos. Pero esta diferenciación es sólo fruto de las traducciones.

[11] Cosa que también es verdad, aun cuando sólo sean creaciones de la mente del Hombre, y «verdad» sólo en cuanto que reflejan de forma especial una de las visiones que el Hombre tiene de la Verdad.

[12] *Beowulf*, vv. 111-112.

[13] La auténtica raíz (no sólo el uso) de sus «maravillas» es la sátira, una burla de la sinrazón; y el elemento «sueño» no es sólo una mera estructura de comienzo y fin, sino que es inherente a la acción y a las transiciones. Si no se les influye, los niños pueden percibir y apreciar estas cosas. Pero a muchos, como a mí me ocurrió, se les dice que Alicia es un cuento de hadas y, mientras dura este malentendido, se advierte su disgusto por el artificio del sueño. No hay ninguna mención al sueño en El viento en los sauces. «El topo había estado trabajando con ahínco toda la mañana, haciendo en su casa la limpieza de primavera.» Tal es el comienzo, y este tono formal se mantiene. Por lo que es muy llamativo que A. A. Milne, tan gran admirador de este excelente libro, abriera el prefacio de su versión dramatizada con un comienzo caprichoso en el que aparece un niño usando un narciso como teléfono. O quizá no resulte tan llamativo, porque un admirador sensible de esta obra (a diferencia de un gran admirador) nunca hubiera intentado dramatizarla. Es evidente que sólo los componentes más sencillos, la pantomima y los elementos satíricos de la fábula, admiten este tipo de presentación. La citada obra es, a un nivel ínfimo de teatro, aceptablemente graciosa, sobre todo para los que no han leído el libro; pero algunos niños a los que llevé a ver El sapo de Villasapo se trajeron como principal recuerdo la aversión que les produjo el comienzo. En cuanto al resto de la función, preferían sus recuerdos del libro.

[14] El que tal vez se acerque más sea *El sastre de Gloucester*. Si no fuera por el intento de explicación onírica, también estaría muy cerca *La señora Tiggywinkle*. De igual forma, yo incluiría entre las fábulas *El viento en los sauces*.

[15] Como es el caso, por ejemplo, de *The Giant that had no Heart*, en *Popular Tales from the Norse*, de Dasent; o *The Sea-Maiden*, en *Popular Tales of the West Highlands*, de Campbell (n.° IV; véase también el n.° 1); o más remotamente, *Die Kristallkugel*, de Grimm. Budge, *Egyptian Reading Book*, p. XXI.

[16] Véase Campbell, op. cit., vol. 1.

[17] Salvo en casos particularmente afortunados; o bien en unos pocos detalles ocasionales. De hecho es más fácil desenmarañar un solo hilo (un incidente, un nombre, un tema) que rastrear la historia de un dibujo cualquiera en función de los muchos hilos que lo componen. Porque con el dibujo ya en el tapiz, un nuevo elemento ha entrado en juego: la escena es mayor que la suma de los hilos que la integran, que además no ayudan a su explicación. En eso reside el punto débil característico del método analítico (o «científico»): hace muchos descubrimientos sobre las cosas que acontecen en los cuentos, pero pocos o ninguno sobre sus efectos

en un cuento determinado.

[18] Christopher Dawson, por ejemplo, en *Progress and Religión*.

[19] Esto queda corroborado con un estudio más detallado y amable de los pueblos "primitivos"; es decir, pueblos que siguen viviendo en un paganismo ancestral, que no están, como nosotros decimos, civilizados. Lo único que un rápido examen descubre son sus relatos más chocantes; un estudio más detalaldo saca a la luz sus mitos cosmológicos; sólo la paciencia y un saber profundo describen su filosofía y su religión: aquello en verdad venerable, de lo que los "dioses" no son necesariamente encarnaciones o lo son sólo en dosis variables (dispensadas a menudo por el propio individuo).

[20] No se les debería ahorrar tal cosa; a menos que se les impida el acceso al cuento completo hasta que dispongan de estómagos más resistentes.

[21] Es evidente que por lo general estos detalles se integraban en los cuentos, incluso cuando todavía eran práctica común, porque poseían un valor que ayudaba a su creación. Si yo fuese a escribir un relato en el que se ahorca a un hombre, ese detalle podría dar a entender en épocas posteriores (suponiendo que el cuento se conservase, lo que en sí mismo sería ya una señal de que poseía algún valor más permanente que los meramente locales o temporales) que se escribió cuando ahorcar a las personas era una práctica legal. He dicho podría, aunque está claro que la deducción hecha a posteriori también podría ser errónea. Para estar seguro, el futuro investigador habrá de saber con certeza cuándo se castigaba con la horca y cuándo viví yo. Podría suceder que yo hubiese tomado el episodio de otros tiempos y lugares, de otros relatos, o simplemente habérmelo inventado. Pero incluso aceptando que la deducción fuese acertada, el incidente del ahorcamiento sólo aparecería en el relato por-que: a) yo fuese consciente de la fuerza dramática, trágica o macabra de este episodio de mi cuento, y b) porque aquellos por cuyas manos pasó apreciaron esta fuerza con suficiente intensidad como para conservar el incidente. La distancia en el tiempo, la simple antigüedad y lo inusitado del caso podrían con los años agudizar el filo de la tragedia o del horror; pero el filo ha de estar ya allí para que puedan afilarlo incluso en la piedra de la antigüedad élfica. La pregunta más banal que los críticos literarios pueden plantearse o contestar sobre Ingenia, hija de Agamenón, es: ¿la leyenda de su sacrificio en Áulide proviene de una época en que los sacrificios humanos eran práctica común?

Y digo sólo «por regla general», porque puede suceder que lo que ahora se considera un relato tuviese en otros tiempos una intencionalidad distinta; por ejemplo: la crónica de un suceso o de un rito. La crónica estricta, quiero decir. Una historia inventada para explicar un ritual (fenómeno que a veces se supone que se ha dado con frecuencia) no deja de ser básicamente una historia. Adopta esa forma y sobrevivirá sólo en razón de sus valores narrativos (por mucho más tiempo que el

ritual, evidentemente). En algunos casos, detalles que ahora resultan llamativos por el único hecho de ser extraños pueden haber sido tan cotidianos y normales en otros tiempos que se llegó a mencionarlos por pura casualidad. Como si dijésemos hoy de una persona que nos saluda «sombrero en mano» o que «ha tomado el tren», Son detalles insignificantes que no perduran mucho más allá del cambio en las costumbres cotidianas. No al menos en una época de transmisión oral. Con la literatura escrita (y rápidos cambios en las costumbres), una narración puede conservarse inalterada el tiempo suficiente para que incluso sus detalles menos significativos adquieran el valor de lo extraño y singular. Gran parte de la obra de Dickens presenta ahora este aire. Puede abrirse hoy la edición de una de sus novelas, que se compró y se leyó cuando reflejaba exactamente la vida diaria; y, sin embargo, aquellos hábitos cotidianos resultan en estos momentos tan distantes de nuestras costumbres como los del período isabelino. Bien es cierto que ésta es una situación típica de la actualidad. Los antropólogos y folkloristas no imaginaron nunca condiciones de este tipo. Pero si lo que manejan son elementos de simple transmisión oral, deberían con mayor razón darse cuenta de que están tratando con materiales cuyo primer objetivo fue la creación de narraciones, que es a su vez la razón principal de su supervivencia. El rey de las ranas (véase p. 304) no es un Credo ni un manual de preceptos totémicos: es un cuento muy especial con una sencilla moraleja.

[22] En el caso de los cuentos infantiles entra también un nuevo elemento en juego. Las familias pudientes empleaban a mujeres que cuidaran a los niños, y eran estas ayas, que en ocasiones estaban en contacto con una sapiencia rústica y tradicional ya olvidada por sus «señores», quienes suministraban los cuentos. Hace ya largos años que esta fuente se agotó, al menos en Inglaterra; pero en cierta época tuvo su importancia. Lo cual, en cambio, no es a su vez prueba de que los niños estén especialmente preparados para la recepción de este «folklore» en extinción. De la misma forma (o mejor) podría haberse dejado a las niñeras la elección de los cuadros y muebles.

[23] Por lo que mi experiencia me dicta, los niños que manifiestan un temprano interés por la literatura no sienten una atracción especial por escribir cuentos de hadas, a menos que éste sea el único tipo de literatura que hayan conocido; y cuando lo intentan, fracasan de la forma más lamentable. No es un género fácil. Si hacia algo se inclinan los niños de forma especial, es hacia las fábulas, que a menudo los adultos confunden con cuentos de hadas. Los cuentos mejores que he visto escritos por niños eran «realistas» (lo intentaban) o tenían por protagonistas a bestias y pájaros, que no eran por lo general sino los habituales humanos de las fábulas bajo formas animales. Supongo que esta fórmula se adopta tan a menudo principalmente porque admiten un abundante realismo: la recreación de los acontecimientos y del lenguaje doméstico que el niño de hecho conoce. Sin embargo, por lo general son los adultos quienes

sugieren o imponen esta forma, que tiene una curiosa preponderancia en la literatura (la buena y la mala) que hoy en día se suele ofrecer a los niños. Supongo que la idea es que se da la mano con la Historia Natural, esos libros semicientíficos sobre bestias y pájaros que también pasan por lectura apropiada para muchachos. Idea reforzada por los osos y conejos que en los últimos tiempos casi parecen haber desplazado de los cuartos infantiles a los muñecos, incluidos los de las niñas. Los niños se inventan historias, a veces largas y complicadas, sobre sus muñecos. Y si éstos tienen el aspecto de osos, osos serán los protagonistas de los cuentos; pero hablarán como personas.

[24] Lang y sus colaboradores lo hicieron. No se puede, en cambio, decir lo mismo de la mayor parte del material en su forma original (o en la más antigua que conservamos).

[25] A mí me han preguntado con mucha mayor frecuencia: «¿Era bueno? ¿Era malo?» Es decir, que estaban más interesados por deslindar el lado Bueno del Malo. Y ésa es una pregunta importante tanto en Historia como en Fantasía.

[26] Del prefacio *a Violet Fairy Booh*.

[27] Mis contactos con la zoología y la paleontología («para niños») fueron casi tan tempranos como con el mundo de Fantasía. Solía mirar grabados de animales actuales y de animales prehistóricos auténticos (así decían). Los «prehistóricos» me gustaban más: al menos habían vivido hacía mucho tiempo, y una hipótesis (basada además en datos un tanto someros) nunca puede ahogar el resplandor de la fantasía. Pero no me gustaba que me dijeran que aquellos animales eran dragones. Aún puedo sentir la irritación que de niño me producían las afirmaciones de algunos de mi familia (o de los libros que me regalaban) cuando para instruirme decían cosas como éstas: «Los copos de nieve son las joyas de las hadas», o «son más hermosos que las joyas de las hadas»; «los prodigios de la profundidad del océano son más admirables que el País de las Hadas». Los niños esperan que los adultos les expliquen, o cuando menos reconozcan, las diferencias que ellos intuyen pero no pueden analizar, no que las ignoren o las nieguen. Yo era muy sensible a la belleza de las «Cosas Reales», pero me parecía un error confundirla con la admiración por las «Otras Cosas». Estaba ansioso por estudiar la Naturaleza; más ansioso en realidad que de leer muchos de los cuentos de hadas; no estaba, empero, dispuesto a salir engañado de Fantasía y dejarme llevar confundido a la Ciencia por aquellos que parecían aceptar que, debido a algún tipo de pecado original, yo tenía que preferir los cuentos de hadas, si bien, en aras de cierta clase de nueva religión, me debían inducir al gusto por las ciencias. Sin duda, la Naturaleza precisa de toda una vida de estudio o de un estudio (para los más dotados) de toda una eternidad; pero hay en el hombre una parte que no es «Naturaleza», que no se siente por lo tanto compelida a estudiarla y que de hecho se muestra totalmente insatisfecha con ella.

[28] Naturalmente, esto es lo que muchas veces quieren decir los niños cuando preguntan: «¿Es verdad?» Ellos quieren decir: «Esto me gusta, pero ¿pasa en nuestros días?» Y la única contestación que quieren oír es: «Claro que no hay dragones hoy en Inglaterra».

[29] Del prefacio *a Lilac Fairy Book*.

[30] Es decir, que dicta y provoca la Creencia Secundaria.

[31] Esta afirmación no es válida para todos los sueños. En algunos sí parece que interviene la Fantasía. Pero son los menos. La Fantasía es una actividad racional, no irracional.

[32] En el surrealismo, por ejemplo, es habitual hallar una morbidez o un desasosiego que es mucho menos frecuente en la fantasía literaria. A menudo nos hace pensar que la mente que pintó esas imágenes ya estaba enferma, aunque ésta no sea necesariamente la explicación en todos los casos. Con frecuencia, el simple hecho de plasmar este tipo de cosas suscita una curiosa forma de desequilibrio mental, un estado de características y síntomas semejantes a los que se producen en estados febriles agudos, cuando el cerebro desarrolla una inquietante fecundidad y facilidad para crear figuras y percibe formas grotescas o siniestras en todos los objetos circundantes.

Con ello me refiero, claro, a la plasmación primaria de Fantasía en las artes «pictóricas», no a las «ilustraciones», ni al cine. Aunque en sí mismas las ilustraciones sean buenas, benefician poco a los cuentos de hadas. La diferencia básica entre las artes que ofrecen una presentación visible (incluido el teatro) y la verdadera literatura radica en que ésta impone una sola forma visual. La literatura actúa desde una mente a otra y tiene, por tanto, mayor poder de generación. Al mismo tiempo, es más universal y más dolorosamente particular. Si habla de pan o vino, de piedra o árbol apela a la totalidad de esos objetos, a su idea; sin embargo, cada oyente les otorgará en su mente una corporeidad peculiar y personal. Si el cuento dice: «Comió pan», el director de escena o el pintor sólo podrán mostrar «un trozo de pan» que vaya de acuerdo con sus gustos o su magín, pero el oyente del relato captará la idea general de pan y le dará en su mente una forma personal. Si la narración dice: «Subió a una montaña y abajo, en el valle, vio un río», el ilustrador podrá plasmar, o casi plasmar, su particular visualización de la escena; pero cada uno de los que oigan esas palabras trazará su propio paisaje, que estará formado por todos los montes, ríos y valles que ha conocido, y en especial por el Monte, el Río o el Valle que en su caso dieron por primera vez cuerpo a estas palabras.

[33] Me refiero, desde luego, de modo principal a la fantasía de las formas y figuras visibles. Puede hacerse teatro con el impacto que sobre los personajes humanos ejercen algunos acontecimientos de Fantasía o del País de la Ilusión, acontecimientos que no requieren tramoya, que pueden ser asumidos o narra-dos

como hechos que en verdad sucedieron. Pero en cuanto a resultados dramáticos, eso no es fantasía; los personajes humanos llenan la escena y la atención se centra en ellos. Este tipo de teatro (y buen ejemplo de él son algunas obras de Barrie) puede usarse con frivolidad, con intención satírica o para transmitir los «mensajes» que el autor quiera hacer llegar a los demás. El teatro es antropocéntrico. Fantasía y los cuentos de hadas no necesitan serlo. En muchos cuentos, por ejemplo, se habla de que hombres y mujeres desaparecieron y vivieron entre las hadas sin advertir el paso del tiempo ni dar señales de envejecimiento. Mary Rose es una obra de Barrie con este tema. No hay en ella hadas. Seres cruelmente atormentados están todo el tiempo en escena. A pesar de la estrella sentimental y de las voces angélicas del final (en la versión impresa), es una obra penosa y puede con facilidad convertirse en diabólica: basta sustituir al final (como yo he visto hacerlo) la llamada de los elfos por «voces angélicas». Los cuentos de hadas no dramatizables pueden también resultar patéticos u horribles cuando se ocupan de víctimas humanas. Pero no tienen por qué hacerlo. En la mayoría de ellos las hadas también están allí, en un plano de igualdad. En algunos otros, ellas son el centro de interés. Gran parte de los cuentos folklóricos cortos sobre estos temas pretenden ser sólo «testimonios» sobre las hadas, muestras de un longevo acopio de «conocimientos» sobre ellas y sus formas de vida. Los sufrimientos de los mortales que con ellas se relacionan (las más de las veces de forma voluntaria) se ven entonces desde una perspectiva por completo diferente. Puede escribirse un drama sobre los sufrimientos de una víctima de la investigación radiológica, pero difícilmente sobre el radio como tal. Es posible, con todo, sentir un especial interés por el radio (no por los radiólogos)... o un interés especial por Fantasía, no por los atormentados mortales. El primer caso dará ocasión a un libro científico; el segundo, a un cuento de hadas. El teatro no puede ocuparse bien ni de lo uno ni de lo otro.

[34] Christopher Dawson, *Progress and Religión*, pp. 58-59- Posteriormente añade: «Toda la pompa victoriana de los sombreros de copa y levitas se consideró, sin ninguna duda, esencial para la cultura del xix, y con esa cultura se ha extendido por todo el mundo como nunca había ocurrido con ninguna otra moda en el vestir. Es posible que nuestros descendientes reconozcan en ella una especie de adusta belleza asiria, símbolo muy adecuado de la época grande y despiadada que la creó; sea, sin embargo, como sea, no ofrece la belleza directa e inevitable que todo vestido ha de tener, porque, al igual que la cultura de la que deriva, no estaba en contacto con la vida de la naturaleza ni en contacto tampoco con la naturaleza humana».

[35] La carencia de este sentimiento no es una mera hipótesis por lo que se refiere a los hombres de un pasado desconocido, cualquiera que sea la desordenada confusión que los hombres de hoy en día, degradados o engañados, puedan sufrir. Que este sentimiento fue en otras épocas más fuerte es también una hipótesis

igualmente legítima y más en consonancia con los pocos testimonios que se conservan sobre la forma de pensar de aquellos hombres del pasado. El hecho de que sean antiguas las fantasías que mezclaban la forma humana con los animales o vegetales, o que concedían facultades humanas a las bestias, no es desde luego, en absoluto, prueba de confusión. En todo caso, sería prueba de lo contrario. La fantasía no difumina los claros límites del mundo real, porque depende de ellos. Por lo que respecta a nuestro mundo occidental y europeo, no ha sido la fantasía, sino la teoría científica, la que ha atacado y lleva atado en los tiempos modernos este «sentimiento de diferenciación». No las historias de centauros, hombres lobos y osos encantados, sino las hipótesis (o suposiciones dogmáticas) de escritores científicos que clasifican al hombre no sólo como animal (esta vieja clasificación es válida), sino como «únicamente animal». Se ha producido, en consecuencia, una distorsión de la apreciación. El afecto natural por los animales en los hombres no del todo corrompidos y el deseo humano de «identificarse» con los seres vivientes se ha salido de sus cauces. Hoy encontramos hombres que aman más a los animales que a sus semejantes; que sienten tanta compasión por las ovejas que llaman lobo al pastor; que hacen duelo por un corcel despanzurrado y vilipendian a los soldados muertos. Es ahora y no en los tiempos en que nacieron los cuentos de hadas cuando apreciamos una «carencia de este sentido de diferenciación».

[36] O grupos de cuentos similares.

[37] The Queen who sought drink from a certain Well and the Lorgann (Campbell, xxm); Der Froschkonig; The Maid and the Frog.

[38] La fórmula final «y vivieron felices» (considerada por lo general tan típica para acabar un cuento como el «érase una vez» lo es para el comienzo) es una creación artificial, No engaña a nadie. Este tipo de finales pueden compararse a los márgenes y marcos de los cuadros: no ha de considerárselos auténticos finales de unos fragmentos concretos de la Túnica inconsútil de los Cuentos, de la misma forma que una escena imaginada no termina en el marco ni el Mundo Exterior acaba entre las jambas de una ventana. Estas frases hechas pueden ser sencillas o complicadas, corrientes o extravagantes, tan artificiosas y tan necesarias como los marcos lisos, los tallados o los dorados. «Y si aún no se han ido, todavía deben seguir allí.» «Colorín colorado, este cuento se ha acabado.» «Y vivieron felices.» «Fueron felices y comieron perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron.»

Finales así cuadran bien en los cuentos de hadas porque aprecian y captan que el mundo de los cuentos no tiene límites, y lo hacen mucho mejor que las modernas obras «realistas», restringidas ya a los estrechos confines de su propio y corto tiempo. Cualquier fórmula, incluso las cómicas y grotescas, puede marcar de forma apropiada un corte repentino en el interminable tapiz. Fue el crecimiento abrumador de las modernas ilustraciones (en tan gran medida fotográficas) lo que llevó a prescindir de

los márgenes y a ocupar con el «cuadro» todo el papel. Este método puede ser válido para las fotos, pero es total-mente inadecuado para los dibujos que ilustran o se inspiran en los cuentos de hadas. Un bosque encantado necesita un margen, incluso una orla primorosa. Es una estupidez y un abuso imprimirlo con las mismas dimensiones de la página, como una foto de las Rocosas en el Picture Post, como si en realidad se tratase de una instantánea del País de las Hadas o de un «apunte al natural, por nuestro artista».

Por lo que hace al comienzo de los cuentos de hadas, difícilmente se podrá mejorar la fórmula Érase una vez. Tiene un efecto inmediato. Efecto que puede apreciarse, por ejemplo, cuando en el Blue Fairy Book se lee The Terrible Head. Es la adaptación que Andrew Lang hizo de la leyenda de Perseo y la Gorgona. Comienza con Érase una vez, sin mención del año, país o personas.

Este tratamiento consigue lo que calificaríamos de «conversión de la mitología en cuento de hadas». Yo preferiría decir que convierte un prestigioso cuento de hadas (que eso es el relato griego) en otra forma específica que es hoy más familiar a nuestro mundo: la de los cuentos para la infancia o los «cuentos de la abuela». La ausencia de datos no es una virtud, sino una casualidad que no debería haberse imitado; porque en este aspecto la vaguedad es una imperfección, una corruptela causada por la falta de memoria y de habilidad. No creo, en cambio, que la intemporalidad lo sea. Un comienzo así no resulta pobre, sino significativo. Crea de golpe la sensación de un mundo temporal grandioso y desconocido.

[39] Tal cosa es característica del inestable equilibrio de Lang. Aparentemente, el cuento está en la línea del *conté* francés «cortesano» con una vena satírica; y en particular en la línea de *Rose and the Ring*, de Thackeray. Este género, superficial e incluso frivolo por naturaleza, no produce ni busca producir nada tan profundo. Pero bajo la línea de flotación yace el espíritu más profundo del Lang romántico.

[40] De la clase que Lang denominaba «tradicional», y que era la que él realmente prefería.

[41] *El toro negro de Norroway*.

[42] Pues puede que todos los detalles no sean «verdaderos»: pocas veces la «inspiración» es tan fuerte y duradera que dé fermento a la totalidad de la masa; suele quedar mucho que no es sino mera «inventiva» carente de inspiración.

[43] El Arte reside aquí en el relato mismo más que en la forma de narrarlo; porque los evangelistas no fueron el Autor del relato.